

CUENTOS DE HADAS DE LOS HERMANOS GRIMM



Coleccionados por
Jacob y Whilhelm Grimm



Publicación en Internet:

www.cuentosdegrimm.com

E-book gratuito.
Copyright www.cuentosdegrimm.com ©
Prohibida su venta o lucro con él.

Num. Nombre

Página

001-Caperucita Roja 12

002-El Sastrecillo Valiente 17

003-El Rey Rana 26

004-Monte Simelí 30

005-El Rey Pico de Tordo 33

006-Blanca Nieves y Los Siete Enanos 38

007-Las Tres Hilanderas 48

008-La Luz Azul 52

009-Cenicienta 57

010-Los Siete Cuervos 65

011-Un Cuento Enigmático 68

012-Los Músicos de Bremen 69

013-El Hijo Ingrato 73

014-Las Migajas en la Mesa 74

015-Pulgarcito 76

016-El Diablo con los Tres Pelos de Oro 83

017-El Lobo y las Siete Cabritas 91

018-Rúmpeles-Tíjeles 95

019-Rapunzel 99

020-Hansel y Grethel 103

021-La paja, la brasa y la judía 112

022-Elsie la Lista 114

023-El señor Korbes 119

024-Hermano y Hermana 121

025-La Bella Durmiente del Bosque 128

026-Yorinda y Yoringel 132

027-Allerleirauh 135

028-El Pastor Sabio 141

029-Los Dos Caminantes 143

030-El Doctor Sábelotodo 153

031-El Erizo y el Esposo de la Liebre 156

032-Los Duendes 161
033-El Mantel, La Mochila, el Sombrero y el Cuerno

..... 165

034-El Campesino y el Diablo 171

035-Piel de Oso 173

036-La Abeja Reina 178

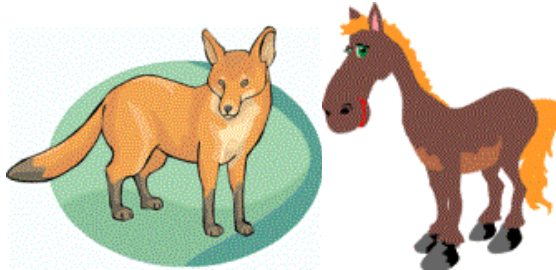
037-El Enigma 181

038-El Azote del Cielo 185

039-El Gato con Botas 187

040-El Manto 192

041-La Serpiente Blanca 194



042-La Zorra y el Caballo 198



043-El Pescador y su Esposa 200



044-El Alimento de Dios 210



045-El Buho 212



046-Las Zapatillas Desgastadas por Danzar 215



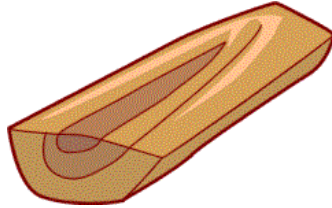
047-La Comadre Loba y el Zorro 220



048-El Agua de la Vida 222



049-Las Tres Plumas 228



050-La Viga 232



001-Caperucita Roja

Había una vez una adorable niña que era querida por todo aquél que la conociera, pero sobre todo por su abuelita, y no quedaba nada que no le hubiera dado a la niña. Una vez le regaló una pequeña caperuza o gorrito de un color rojo, que le quedaba tan bien que ella nunca quería usar otra cosa, así que la empezaron a llamar "Caperucita Roja".

Un día su madre le dijo,

- "Ven, Caperucita, aquí tengo unas flores, un pastel y una botella de vino, llévaselas en esta canasta a tu abuelita que esta enfermita y débil y esto le ayudará. Vete ahora temprano, antes de que caliente el día, y en el camino, camina tranquila y con cuidado, no te apartes de la ruta, no vayas a caerte y se quiebre la botella y no quede nada para tu abuelita. Y cuando entres a su dormitorio no olvides decirle, "Buenos días", ah, y no andes curioseando por todo el aposento." -

- "No te preocupes, haré bien todo" -, dijo Caperucita, y tomó las cosas y se despidió cariñosamente.

La abuelita vivía en el bosque, como a un kilómetro de su casa. Y no más había entrado Caperucita en el bosque, siempre dentro del sendero, cuando se encontró con un lobo. Caperucita no sabía que esa creatura pudiera hacer algún daño, y no tuvo ningún temor hacia él.

- "Buenos días, Caperucita" .- dijo el lobo.

- "Buenos días, amable lobo" .-

- "¿Adonde vas tan temprano, Caperucita?" .-

- "A casa de mi abuelita" .-

- "¿Y qué llevas en esa canasta?" .-

- "Pastel y vino. Ayer fue día de hornear, así que mi pobre abuelita enferma va a tener algo bueno para fortalecerse" .-

- "¿Y adonde vive tu abuelita, Caperucita?" -

- "Como a medio kilómetro más adentro en el bosque. Su casa está bajo tres grandes robles, al lado de unos avellanos. Seguramente ya los habrás visto" -, contestó inocentemente Caperucita.

El lobo se dijo en silencio a sí mismo, - "¡Qué criatura tan tierna! qué buen bocadito - y será más sabroso que esa viejita.- Así que debo actuar con delicadeza para obtener a ambas fácilmente." -

Entonces acompañó a Caperucita un pequeño tramo del camino y luego le dijo, - " Mira Caperucita, que lindas flores se ven por allá, ¿por qué no vas y recoges algunas? Y yo creo también que no te has dado cuenta de lo dulce que cantan los pajaritos. Es que vas tan apurada en el camino como si fueras para la escuela, mientras que todo el bosque está lleno de maravillas." -

Caperucita levantó sus ojos, y cuando vio los rayos del sol danzando aquí y allá entre los árboles, y vio las bellas flores y el canto de los pájaros, pensó, "Supongo que podría llevarle otras de estas flores frescas a mi abuelita y que le encantarán. Además, aún es muy temprano y no habrá problema si me atraso un poquito, siempre llegaré a buena hora". Y así, ella se salió del camino y se fue a cortar flores. Y cuando cortaba una, veía otra más bonita, y otra y otra, y sin darse cuenta se fue adentrando en el bosque.

Mientras tanto el lobo aprovechó el tiempo y corrió directo a la casa de la abuelita y tocó a la puerta.



- "¿Quién es?" - preguntó la abuelita.

- "Caperucita" -, contestó el lobo. - "Traigo pastel y vino. Ábreme, por favor" -

- "Mueve la cerradura y abre tú" -, gritó la abuelita, - "Estoy muy débil y no me puedo levantar" -

El lobo movió la cerradura, abrió la puerta, y sin decir una palabra más, se fue directo a donde se encontraba la abuelita y de un bocado se la tragó.

Y enseguida se puso ropa de ella, se colocó un gorro, se metió en la cama y cerró las cortinas.

Mientras tanto, Caperucita se había quedado colectando flores, y cuando vio que tenía tantas que ya no podía llevar más, se acordó de su abuelita y se puso en camino hacia ella.

Cuando llegó, se sorprendió al encontrar la puerta abierta, y al entrar a la casa, sintió tan extraño presentimiento que se dijo para sí misma, "-¡Oh Dios! que incómoda me siento hoy, y otras veces que me ha gustado tanto estar con abuelita."- Entonces gritó,

- "¡Buenos días!"-, pero no hubo respuesta, así que fue al dormitorio y abrió las cortinas. Allí parecía estar la abuelita con su gorro cubriéndole toda la cara, y con una apariencia muy extraña.

- "¡Oh, abuelita!"- dijo, - "qué orejas tan grandes que tienes" .-

- "Es para oírte mejor, mi niña"-, fue la respuesta.

- "Pero abuelita, qué ojos tan grandes que tienes" .-

- "Son para verte mejor, querida" .-

- "Pero abuelita, qué brazos tan grandes que tienes" .-

- "Para abrazarte mejor" .-

- "Y qué boca tan grande que tienes" .-

- "Para comerte mejor" .-

Y no había terminado de decir lo anterior, cuando de un salto salió de la cama y se tragó también a Caperucita.

Entonces el lobo decidió hacer una siesta y se volvió a tirar en la cama, y una vez dormido empezó a roncar fuertemente.

Un cazador que por casualidad pasaba en ese momento por allí, escuchó los fuertes ronquidos y pensó:

- "¡Cómo ronca esa viejita! Voy a ver si necesita alguna ayuda." -

Entonces ingresó al dormitorio, y cuando se acercó a la cama vio al lobo tirado allí.

- "¡Así que te encuentro aquí, viejo pecador!"- dijo él.- "¡Hacía tiempo que te buscaba!" .-

Y ya se disponía a disparar su arma contra él, cuando pensó que el lobo podría haber devorado a la viejita y que aún podría ser salvada, por lo que decidió no disparar. En su lugar tomó unas tijeras y empezó a cortar el vientre del lobo durmiente. En cuanto había

hecho dos cortes, vio brillar una gorrita roja, entonces hizo dos cortes más y la pequeña Caperucita salió rapidísimo, gritando,

- "¡Qué asustada que estuve, qué oscuro que está ahí dentro del lobo!"-,

y enseguida salió también la abuelita, vivita, pero que casi no podía respirar. Rápidamente, Caperucita trajo muchas piedras con las que llenaron el vientre del lobo. Y cuando el lobo despertó, quiso correr e irse lejos, pero las piedras estaban tan pesadas que no soportó el esfuerzo y cayó muerto.

Las tres personas se sintieron felices. El cazador le quitó la piel al lobo y se la llevó a su casa. La abuelita comió el pastel y bebió el vino que le trajo Caperucita y se reanimó. Pero Caperucita solamente pensó, "Mientras viva, nunca me retiraré del sendero para internarme en el bosque, cosa que mi madre me había ya prohibido hacer."-

También se dice que otra vez que Caperucita llevaba pasteles a la abuelita, otro lobo le habló, y trató de hacer que se saliera del sendero. Sin embargo Caperucita ya estaba a la defensiva, y siguió directo en su camino. Al llegar, le contó a su abuelita que se había encontrado con otro lobo y que la había saludado con "buenos días", pero con una mirada tan sospechosa, que si no hubiera sido porque ella estaba en la vía pública, de seguro que se la hubiera tragado.

-"Bueno"-, dijo la abuelita, -"cerraremos bien la puerta, de modo que no pueda ingresar" .-

Luego, al cabo de un rato, llegó el lobo y tocó a la puerta y gritó,

- "¡Abre abuelita que soy Caperucita y te traigo unos pasteles!" .-

Pero ellas callaron y no abrieron la puerta, así que aquel hocicón se puso a dar vueltas alrededor de la casa y de último saltó sobre el techo y se sentó a esperar que Caperucita regresara a su casa al atardecer para entonces saltar sobre ella y devorarla en la oscuridad. Pero la abuelita conocía muy bien sus malas intenciones.

Al frente de la casa había una gran olla, así que le dijo a la niña,

- "Mira Caperucita, ayer hice algunas ricas salsas, por lo que trae con agua la cubeta en las que las cociné, a la olla que está afuera" .-

Y llenaron la gran olla a su máximo, agregando deliciosos condimentos. Y empezaron aquellos deliciosos aromas a llegar a la nariz del lobo, y empezó a aspirar y a caminar hacia aquel exquisito olor. Y caminó hasta llegar a la orilla del techo y estiró tanto su cabeza que resbaló y cayó de bruces exactamente al centro de la olla hirviente, ahogándose y cocinándose inmediatamente.

Y Caperucita retornó segura a su casa y en adelante siempre se cuidó de no caer en las trampas de los que buscan hacer daño.

Enseñanza:

Hijos e hijas:

Nunca anden solos por las calles y caminos. Pidan a sus padres que les acompañen.
Nunca acepten ofertas que les haga cualquier persona, conocida o desconocida, si no es con el consentimiento y conocimiento de sus padres.

Padres y madres:

Acompañen siempre a sus hijos e hijas cuando tengan que trasladarse de un lugar a otro.
Siempre hay "lobos" acechando para "devorar" (comprendan bien qué es "devorar") a los que andan solos o solas y descuidados. Nunca los dejen solos ni siquiera en su propia casa. Si tienen que dejarlos en compañía de alguien, que sea únicamente si quien acompaña es de **absolutísima** confianza para Uds.





002-El Sastrecillo Valiente

Cierta mañana de verano estaba un sastrecillo trabajando junto a su mesa a la orilla de la ventana, y se sentía con tan buen espíritu que cosía a lo que más podía.

En eso pasó por allí una señora campesina anunciando en voz alta:

- "¡Buenas mermeladas, deliciosas mermeladas! ¡Baratas, a muy buen precio, llévenlas!" -

Eso alertó complacidamente los oídos del sastre, y asomando su delicada cabeza por la ventana gritó:

- "¡Hey, buena señora, suba acá y saldrá de toda su mercancía!" -

La mujer subió los tres pisos hasta el taller del sastre y éste la hizo desempacar todas sus jarras. Él las inspeccionó una a una, las levantaba y las acercaba a su nariz, hasta que por fin expresó:

- "Me parece que las mermeladas están muy buenas, así que por favor, deme 200 gramos, estimada señora, y si fuera un cuarto de kilo, estaría bien". -

La dama, que esperaba tener una buena venta, le entregó lo que pidió, pero salió toda enojada y murmurando, por haber creído que realmente iba a venderlas todas. Y el sastrecillo contento gritó:

- "Ahora, Dios bendiga la mermelada para mi satisfacción, y me dé salud y fortaleza". -

Y fue y sacó el pan de la canasta, cortó una pieza en dos partes y colocó la mermelada a todo lo largo.

- "De ninguna manera que esto estará amargo" - se dijo, - "pero primero terminaré este abrigo antes de darle un mordisco". -

Puso el pan con la mermelada hacia arriba, cerca de él, y siguió cosiendo, y en su alegría, hacía más grandes y más grandes las puntadas. Mientras tanto, el aroma de la dulce mermelada ascendía por la pared hasta donde había gran cantidad de moscas, y éstas fueron atraídas y cayeron en puños sobre ella.

- "¡Hola!, ¿Quién las invitó?" - dijo el sastrecillo, y espantó a las moscas.

Las moscas, que no entendían aquel lenguaje, no se fueron lejos, sino que regresaron y cada vez con más compañía. El sastrecillo por fin perdió la paciencia y tomó un trozo de tela de la caja que tenía debajo de la mesa diciendo:

- "Esperen y verán lo que sucede" - y dio un solo golpe con la tela sin misericordia sobre ellas.

Cuando terminó el golpe, miró y contó que no había menos de siete, bien muertas y patas para arriba.

- "¿Has visto a un tipo semejante?", - se dijo, y no dejaba de admirarse de su proeza.

- "¡Todo el pueblo deberá saber de esto!" -

Y el sastrecillo se hizo para él mismo una cinta, la bordó con grandes letras que decían "**SIETE DE UN GOLPE**", y se la ceñó al pecho.

- "Pero ¿Cómo que sólo el pueblo?" - continuó diciendo.

- "Todo el mundo entero debe de saberlo" - y su corazón oscilaba de contento como la cola de un corderito.

Ya con su cinta ceñida al pecho decidió ir adelante hacia el mundo, porque pensó que su taller era demasiado pequeño para su valor. Antes de salir, miró en la habitación para ver si había algo que pudiera llevarse consigo. Sin embargo no encontró nada, excepto un viejo queso que puso en su bolso. En frente de la puerta de salida observó un pequeño pájaro enredado entre unas ramas. Y quedó el pájaro acompañando al queso en el bolso. Tomó la calle con optimismo, y se marchó corriendo y saltando, sin sentir ninguna fatiga. El camino lo llevó hasta la cumbre de una montaña, y ahí encontró a un poderoso gigante que miraba a su alrededor sentado muy confortablemente. El sastrecillo se acercó bravamente, y le habló diciendo:

- "¡Buen día camarada, así que estás ahí sentado viendo tranquilamente el ancho mundo! Yo estoy exactamente en camino a recorrerlo, y deseo probar mi suerte. ¿Te gustaría acompañarme?" -

El gigante contempló desdeñosamente al sastre y dijo:

"¡Tú, monigote!, ¡Tú, creatura miserable!" -

"¿De veras?" - contestó el sastrecillo, y desabotonando su chaqueta le mostró al gigante su cinta.

"Ahí puedes ver la clase de hombre que soy" -

El gigante leyó, "**SIETE DE UN GOLPE**", y pensó que se trataba de gigantes que había matado, por lo que comenzó a sentir un poco de respeto por el pequeño individuo. Pero antes que nada, deseaba probarlo primero, y tomó una piedra en su mano y la oprimió de tal manera que hasta salió agua de ella.

- "Haz algo semejante", - dijo el gigante, - "si es que tienes tal fuerza". -

- "¿Es eso todo?" - dijo el sastre, - "eso es un juego de niños para mí" -

Y metió su mano en el bolso, sacó el pedazo de queso y lo presionó en su mano hasta que salió abundante líquido de él.

- "Ves" - dijo el sastre, - "estuve mejor que tú". -

El gigante no sabía que decir y no podía creer lo que hizo aquel pequeñín. Entonces el gigante tomó una piedra y la lanzó tan alto que fue difícil seguirla con la vista.

- "Ahora, hombrecito, haz algo semejante." -

- "Buen tiro" - dijo el sastre, - "sin embargo después de todo la piedra cayó al suelo. Yo tiraré ahora una que nunca caerá de nuevo." -

Y metió de nuevo la mano en su bolso, tomó al pájaro y lo lanzó al aire. El pájaro encantado con su libertad, levantó vuelo y se fue lejos sin volver jamás.

- "Qué te pareció, compañero" - preguntó el sastre.

- "Ciertamente que puedes lanzar" - dijo el gigante, - "pero ahora veamos si eres capaz de cargar algo con propiedad". -

- Y llevó al sastrecillo a un grueso roble que estaba caído en el suelo y le dijo:

- "si eres suficientemente fuerte, ayúdame a sacar este árbol del bosque". -

- "Claro" - dijo el hombrecito, - "echa el tronco en tus hombros y yo levantaré las ramas y ramitas; después de todo, es la parte más compleja." -

El gigante se echó el tronco al hombro, pero el sastre se sentó en una rama, y el gigante que no podía voltear la cabeza, tuvo que cargar todo el camino con el árbol completo y el sastrecillo atrás, según el convenio. Él iba bien feliz y contento silbando la canción "Tres marineros partieron del puerto", como si cargar el árbol fuera en verdad un juego de niños. El gigante, después de haber soportado la parte dura del traslado, ya no aguantaba más, y gritó:

- " ¡Cuidado, que tendré que bajar el árbol!" -

El sastre rápidamente se lanzó al suelo, agarró al árbol con sus dos manos como si lo hubiera estado cargando todo el camino, y dijo al gigante:

- "¡Tú, que tienes un gran cuerpo, y no puedes cargar con el árbol!" -

Siguieron juntos el camino, y cuando pasaban por un árbol de cerezas, el gigante tomó y dobló unas ramas altas y le dijo al sastre que las sostuviera mientras cortaba algunos frutos de los más maduros y lo convidó a comer. Pero el sastrecillo era demasiado débil para sostener por sí solo la rama doblada, y cuando el gigante soltó sus manos, la rama regresó a su posición lanzando al sastre por los aires. Cuando cayó al suelo sin maltrato alguno, le dijo el gigante:

- "¿Cómo es eso? ¿No tienes fuerza suficiente para mantener la rama doblada?" -

- "No, no es falta de fuerza" - replicó el sastrecillo. - "¿Crees que eso sería algo para un hombre que aplastó a siete de un golpe? Yo salté por encima del árbol porque había unos cazadores disparando hacia abajo allá en la espesura. Salta tú como yo lo hice, si es que puedes hacerlo." -

El gigante hizo el intento, pero no pudo pasar encima del árbol, y más bien quedó enredado en las ramas, así que en esto también el sastre mantuvo la ventaja. El gigante dijo:

- "Si eres tan valiente, ven conmigo a nuestra caverna y pasa la noche con nosotros." -

El sastrecillo aceptó y lo siguió. Cuando entraron a la cueva, estaban otros gigantes sentados a la orilla del fuego, y cada uno de ellos tenía un cordero asado en sus manos y lo comían. El sastrecillo miró alrededor y pensó:

- "Hay mucho más espacio aquí que en mi taller." -

El gigante le mostró una cama para que durmiera allí. La cama, sin embargo, era demasiado grande para el sastrecillo, por lo que no la usó, sino que se acomodó en una esquina. Cuando llegó la medianoche, y el gigante pensó que el sastrecillo había entrado en sueño profundo, se levantó, tomó una gran barra de hierro, y de un sólo golpe partió la cama en dos, y creyó que le había dado a aquel saltamontes su golpe final. Temprano al amanecer los gigantes se dirigieron al bosque, y ya habían olvidado al sastrecillo, cuando de pronto él caminó alegremente y con firmeza hacia ellos. Los gigantes quedaron espantados, y temerosos de que él los golpeará y dejara muertos, corrieron lo más rápido que pudieron.

Siguió entonces el sastrecillo su camino según su propósito. Después de caminar un largo trecho, llegó al jardín de un palacio real, y como se sentía cansado, se arrecostó en el zacate y se durmió. Mientras dormía, la gente llegó y lo inspeccionó por todos lados, y leyeron su cinta que decía, "SIETE DE UN GOLPE."

- "Ah" - dijeron ellos, - "¿Qué hará aquí este guerrero en tiempos de paz? Debe de ser un poderoso señor." -

Entonces fueron a contarle al rey, y le comentaron que si se presentara una guerra, este hombre sería muy útil y valioso, y por ningún motivo debería dejarse partir. Le pareció bien la idea al rey, y envió a uno de sus cortesanos a donde estaba el sastrecillo para ofrecerle empleo en el servicio militar en cuanto despertare. El enviado permaneció junto al sastre, y esperó hasta que él estiró los brazos y abrió sus ojos, y le habló de la propuesta.

- "Oh sí, es por esa razón que he venido aquí" -, respondió el sastre, - "estoy listo para entrar al servicio del rey." -

Y fue recibido con honores y una habitación especial le fue asignada. Pero los soldados no se sentían bien con él y su deseo era más bien que estuviera a mil kilómetros de distancia.

- "¿Cuál será el final de todo esto?" - se preguntaban entre ellos.

- "Si combatimos contra él, y le da por dar golpes, siete de nosotros caeríamos en cada oportunidad y ninguno podría mantenerse contra él." -

Al fin llegaron a una decisión: fueron todos en grupo donde el rey, y le anunciaron sus renuncias.

- "No estamos preparados" - dijeron, - "para estar con un hombre que mata a siete de un golpe." -

El rey se entristeció que por la causa de un hombre tuviera que perder a tan fieles soldados, y deseaba que ojalá nunca hubiera puesto los ojos en el sastre y que lo mejor sería deshacerse de él. Pero no se aventuró a despedirlo, temiendo que podría rebelarse y matara a toda su gente y se colocara él mismo en su trono real. Lo pensó por mucho tiempo y al fin llegó a una determinación. Envío un mensaje al sastrecillo para ser informado de que como él era un gran guerrero, tenía una solicitud para él.

En un bosque de su país vivían dos gigantes que causaban gran desasosiego con sus robos, asesinatos, maltratos e incendios, y nadie podía acercárseles sin poner en serio riesgo su propia vida. Si el sastre conquistaba y mataba estos dos gigantes, le entregaría a su única hija como esposa y la mitad de su reino como dote, y además cien caballeros podrán ir con él para ayudarle en la misión.

- "¡Eso sin duda será una gran cosa para un hombre como yo!" - pensó el sastrecillo.

- "¡A nadie le ofrecen una bella princesa y la mitad de un reino cada día de la vida!" -

- "Oh, sí, claro"- contestó al rey, -"pronto domaré a esos gigantes, y no necesito la ayuda de esa caballería para hacerlo, porque aquél que de un golpe termina con siete, no tiene por qué temerle a solo dos."-

El sastrecillo fue adelante, y los cien caballeros le seguían. Cuando llegó a los límites de la foresta, le dijo a sus seguidores:

- "Quédense aquí esperando, yo solito terminaré pronto con los gigantes."-

Y se internó en la foresta mirando a izquierda y derecha. Al cabo de un rato encontró a los gigantes. Estaban durmiendo bajo un árbol, y roncaban de tal manera que las ramas subían y bajaban. El sastrecillo, sin perder tiempo, llenó dos bolsos con piedras y con ellas subió al árbol, encima de los gigantes. Cuando estaba a media altura, bajó un poco por una rama para quedar exactamente arriba de los gigantes, y entonces dejó caer una piedra y otras más sobre el pecho de uno de los gigantes. Por un rato el gigante no reaccionaba, pero al fin despertó, empujó a su compañero, y dijo:

- "¿Por qué me estás golpeando?"-

- "Seguro que estás soñando" - contesto el otro, -"no te estoy golpeando."-

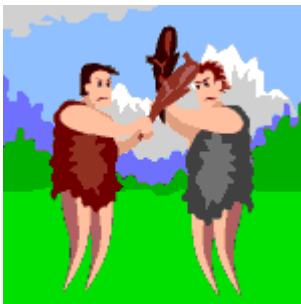
Y de nuevo se pusieron a dormir, y entonces el sastrecillo tiró una piedra sobre el segundo.

- "¿Qué significa todo esto?"- gritó.- "¿Por qué me estás tirando cosas?"-

- "Yo no te estoy tirando cosas"- contestó el primero, refunfuñando.

Discutieron por un rato, pero como estaban cansados, se olvidaron del asunto y regresaron a sus sueños. El sastrecillo inicio su juego de nuevo, tomó la piedra más grande y la tiró con todas sus fuerzas sobre el pecho del primero.

- "¡Eso sí que está malo!"- gritó él, y se levantó como un hombre loco, y empujó a su compañero contra el árbol hasta hacerlo oscilar.



El otro le pagó entonces con la misma moneda, y se envolvieron en tal violencia que arrancaban a los árboles y les quebraban ramas, y se golpearon uno al otro por tan largo

rato que al fin ambos cayeron muertos al suelo al mismo tiempo. Entonces el sastrecillo bajó de un sólo brinco.

- "Qué buena suerte" - se dijo, - "que no maltrataron el árbol en el que me encontraba sentado, si no hubiera tenido que saltar a otro como una ardilla, pero para eso nosotros los sastres somos ágiles."

Sacó él su espada y dio un par de estocadas a cada uno de los gigantes en el pecho y caminó adonde estaban los caballeros y dijo:

- "¡El trabajo está concluido; he dado a ambos el golpe final, aunque fue un trabajo muy duro! En su desesperación dañaron árboles, y se defendieron con ellos, pero todo eso no tiene sentido cuando se enfrentan con un hombre como yo, que mata siete de un golpe." -

- "¿Pero no está usted herido?" - preguntó un caballero.

- "No se preocupe en absoluto por eso" - contestó el sastre, - "ellos no tocaron ni siquiera un pelo de mi cabeza."

Los caballeros no podían creerle e ingresaron a la foresta donde encontraron a los gigantes muertos e inundados con su sangre y gran cantidad de árboles yaciendo en el suelo.

El sastrecillo pidió al rey su recompensa, pero éste, arrepentido de su promesa buscó de nuevo ver como se deshacía del héroe.

- "Antes de que puedas recibir a mi hija y la mitad de mi reino" - le dijo, - "debes realizar antes una hazaña heroica más. En la foresta anda un unicornio que hace mucho daño, y debes de capturarlo." -

- "Le temo mucho menos a un unicornio que a dos gigantes. ¡Siete de un golpe, es mi clase de acción!" -

Tomó una cuerda y un hacha, se encaminó al bosque, y de nuevo le pidió a los que lo acompañaban que esperaran afuera, y se interno en la foresta. Tuvo que buscar por largo rato. De pronto apareció el unicornio que corrió directo hacia el sastre con su cuerno en posición de ataque, como si le hubieran escupido sobre su cuerno sin más ceremonia.

- "Suave, suave, no debes hacerlo así tan rápido" - dijo él, y se mantuvo estático y esperó a que el animal estuviera más cerca.

Entonces de un ágil brinco subió al árbol. El unicornio corrió hacia el árbol con toda su fuerza y chocó su cuerno contra el árbol a tanta velocidad que se clavó profundamente y no pudo sacarlo de allí. Y en consecuencia quedó pegado al árbol.

- "Ya tengo al pajarito" - dijo el sastre.

Y bajó al frente del árbol, puso la soga alrededor del cuello del unicornio, y con el hacha cortó el cuerno del unicornio. Una vez todo listo, tomó a la bestia y la llevó ante el rey. El rey no quería aún cumplir su promesa, y le hizo una tercera demanda. Antes de la boda, el sastre debería capturar para él a un jabalí salvaje que hace grandes estragos en el bosque, y dijo que los cazadores pueden proveerle de la ayuda necesaria.

- "¡Lo haré!" - dijo el sastre, - "¡eso es un juego de niños!" -

Como de costumbre, él no se llevó a los cazadores a lo interno del bosque, y ellos se complacieron de que fuera así, ya que el jabalí salvaje en muchas ocasiones los había recibido de tal manera, que no mentirían en decir que gustosamente lo esperarían afuera.

Cuando el jabalí percibió al sastre, corrió hacia él con su boca espumando, mostrando sus filosos colmillos, y estuvo cerca de tirarlo al suelo, pero el ágil héroe corrió hacia una capilla que había ahí cerca, y de un salto entró por una ventana y salió por otra.

Entró por la puerta el jabalí a perseguirlo, pero el sastre, dando la vuelta por fuera, cerró la puerta detrás de él, y la furiosa bestia, que era demasiado grande para salir por una ventana, quedó atrapado. El sastrecillo llamó a los cazadores para que vieran al prisionero con sus propios ojos. El héroe, sin embargo fue donde el rey, quien estaba ahora, le gustara o no, obligado a cumplir lo prometido, dándole a su hija y a la mitad de su reino. Si el rey hubiera sabido que al que tenía al frente suyo, en vez de un héroe guerrero, no era más que un sastre, se habría enfurecido muchísimo más. La boda se llevó a cabo con gran magnificencia y regocijo, y además de un sastre, un rey fue hecho.

Algún tiempo después, la joven reina oyó a su marido que hablaba en sueños y decía:

- "Muchacho, termina ese traje y arregla los pantalones, si no te golpearé las orejas con la regla de medir." -

Así, ella descubrió de que nivel social provenía el joven monarca, y a la mañana siguiente fue a contarle aquello a su padre, y rogó que le ayudara a deshacerse de su marido, que no era más que un humilde sastre. El rey la confortó y le dijo:

- "Deja la puerta de la habitación abierta esta noche, y mis sirvientes estarán afuera, y cuando él se haya dormido ellos entrarán, lo amarrarán, y lo pondrán en una nave que lo llevará por todo el ancho mundo." -

La mujer se satisfizo con eso, pero un escudero del rey, que había escuchado todo, y que apreciaba mucho al joven soberano, fue a informarle del complot.

- "Pondré mi parte en ese negocio" - dijo el sastrecillo.

En la noche se fue a la cama con su esposa a la hora usual, y cuando ella pensó que ya estaba bien dormido, ella se levantó, abrió la puerta y se acostó de nuevo. El sastrecillo, que se hacía el dormido, comenzó a gritar en voz bien alta:

- "Muchacho, termina ese traje y arregla los pantalones, si no te golpearé las orejas con la regla de medir. Ya maté a siete de un golpe, maté a dos gigantes, traje a un unicornio y capturé a un jabalí salvaje, y no temo a esos que están afuera de mi dormitorio." -

Cuando esos hombres oyeron al sastre hablando así, les sobrecogió un gran miedo, y corrieron como si un cazador los persiguiera, y nadie más se atrevió nunca más a aventurarse en contra de él.

Así, el sastrecillo fue rey y se mantuvo firme, hasta el fin de sus días.

Enseñanza:

Siempre vale mucho más, maña que fuerza.





003-El Rey Rana

Hace muchos años, cuando el desear aún le ayudaba a uno, vivía un rey cuyas hijas eran todas buenas doncellas, pero la más joven era tan bondadosa, que el mismo sol, que ha visto tanto, se detenía cada vez que iluminaba su camino. Cerca del castillo del rey, había una inmensa y oscura selva, y bajo un viejo árbol de lima había un pozo, y cuando el día esta muy caliente, la hija menor del rey iba a la selva a sentarse junto a la fresca fuente, y cuando se aburría, tomaba una bola de oro y la tiraba alto para capturarla. Y esta bola era su juguete favorito.

Pero sucedió que en una ocasión la bola no llegó a las manos que la esperaban, sino que cayó al suelo y rodó hasta caer en el pozo. La hija del rey la siguió con sus ojos, hasta que desapareció. Y el pozo era profundo, tan profundo que no se alcanzaba a ver el fondo. Ella empezó a llorar, y a llorar más alto y más alto sin llegar a sentir consuelo. Y mientras se lamentaba oyó que alguien le decía:

- "¿Que te sucede, hija del rey?, te lamentas tanto que hasta las piedras te mostrarían piedad"-

Ella miró alrededor buscando hacia donde venía la voz, y vio a una rana sacando del agua su gran cabeza.

- "¡Ah!, vieja corredora de aguas, ¿eres tú?"- preguntó.- "Estoy llorando por mi bola de oro, que cayó dentro del pozo"- concluyó diciendo.

- "Quédate tranquila y no llores más"- contestó la rana. "Yo te puedo ayudar, pero ¿que me darás a cambio si te regreso ese juguete de nuevo?"-

- "Lo que tú quieras, querida rana"- dijo ella. - "Mis vestidos, mis perlas y joyas, y hasta la corona de oro que llevo puesta"-

La rana respondió: - "No me interesan tus vestidos, tus perlas o joyas, ni la corona de oro, pero si me amaras y me dejaras ser tu compañera y socia de juegos, y sentarme contigo en tu mesa, y comer de tu plato de oro, y beber de tu vaso, y dormir en tu cama junto a tí. Si tú me prometes cumplir todo eso, yo bajaré y traeré acá de regreso tu bola de oro."-

- "Oh, claro" - dijo ella, - "yo te prometo cumplir tus deseos, si me regresas la bola"-

Ella sin embargo pensaba: -"¡Cómo habla esa tonta rana! ¡Ella vive en el agua junto a las otras ranas y sapos y no podría ser compañera de ningún ser humano!"-

Pero la rana, una vez recibida la promesa, metió su cabeza en el agua y se sumergió profundamente, y momentos después subía nadando trayendo en su boca la bola, y la tiró en el zacate. La hija del rey quedó encantada de ver una vez más de nuevo a su juguete, y recogiénola corrió con ella.

- "¡Espera, espera!"- gritaba la rana. - "¡Llévame contigo, que no puedo correr como lo haces tú!"-

Pero ¿de qué le serviría gritar, aún con su croak, croak, tan fuerte como podía? Ella no la escuchaba, y corrió a su aposento y pronto olvidó a la pobre rana, que se vio obligada a regresar al pozo de nuevo.

Al día siguiente, cuando se sentó a la mesa con el rey y los cortesanos, y había empezado a comer en su plato de oro, algo llegó brincando y sonando splash, splash, a las gradas de mármol, y cuando llegó arriba, tocó a la puerta y gritó:

- "Princesa, la más joven de las princesas, ábreme la puerta a mí."-

Ella corrió a ver que había afuera, pero cuando abrió la puerta, encontró a la rana sentada al frente. Entonces ella tiró la puerta a toda prisa, y regresó a sentarse a la mesa y quedó muy asustada. El rey vio que estaba sumamente alterada y que su corazón latía fuertemente y le preguntó:

- "Mi muchachita, ¿qué es lo que te asustó tanto?, ¿está por casualidad un gigante afuera que quiere raptarte y llevarte lejos?"-

- "Oh, no"- replicó ella. - "No es un gigante, sino una horrible rana"-



- "¿Y qué hace una rana contigo?"-

- "Ah, mi querido padre, ayer yo estaba en la foresta, sentada junto al pozo, jugando con mi bola de oro, cuándo ésta cayó a lo profundo del pozo. Y como yo lloraba mucho, la rana me la regresó, y como ella insistía, yo le prometí que podía ser mi compañera, ¡pero

nunca pensé que sería capaz de alejarse de sus aguas! Y ahora está ahí afuera, esperando que la ingrese conmigo."-

Mientras tanto la rana tocó a la puerta por segunda vez, y gritaba:

-¡Princesa! ¡La más joven de las princesas!
¡Ábreme a mi la puerta!
¿Recuerdas lo que me dijiste
ayer en las frescas aguas de la fuente?
¡Princesa, la más joven princesa!
¡Ábreme a mi la puerta!

Entonces dijo el rey:

-"Lo que tú has prometido, debes cumplirlo. Ve y déjala entrar"-

Ella fue y abrió la puerta, y la rana saltó y la siguió a ella, paso a paso, hasta su silla. Entonces, cuando la princesa se sentó, la rana gritó:

-"Levántame para estar a tu lado."-

Ella no actuaba, hasta que el rey le ordenó hacerlo. Cuando la rana ya estaba en la silla, le pidió estar en la mesa, y una vez en la mesa dijo:

-"Ahora, empuja tu plato de oro más cerca de mí de modo que podamos comer juntos."-

Ella lo hizo, pero fue fácil ver que lo hacía sin su voluntad. La rana disfrutó de la comida, pero casi todos los bocados que la princesa tomaba, la estremecían. Al final dijo la rana:

-"Ya he comido y estoy satisfecha; ahora estoy cansada, llévame a tu dormitorio, alista tu sedosa cama, y ambos iremos a dormir."-

La hija del rey empezó a llorar, porque tenía miedo de la fría rana que ella no quería tocar, y que iba ahora a dormir en su preciosa y limpia cama. Pero el rey se molestó y dijo:

-"Aquel que te ayudó cuando estuviste en apuros, no debe ser decepcionado por tí."-

Así que ella tomó a la rana con sólo dos dedos, la llevó arriba y la puso en una esquina. Pero cuando ella se metió a su cama, la rana sigilosamente se le acercó y le dijo:

-"Estoy cansada, quiero dormir tan bien como tú, levántame o se lo diré a tu padre."-

Entonces ella se enojó terriblemente, la tomó en sus manos y la lanzó con todas sus fuerzas contra la pared.

- "Ahora te estarás quieta, odiosa rana." - dijo ella.

Pero cuando cayó al suelo ya no era una rana, sino un encantador príncipe de bellos modales.

Ahora, él, por decisión de su padre, es su compañero y esposo. Entonces él le contó cómo había sido hechizado por un malvado brujo, y cómo nadie lo había sacado nunca del pozo, excepto ella, y que mañana podrían ir juntos a su reino. Ambos fueron a dormir, y a la mañana siguiente, al levantar el sol, llegó un carruaje con ocho caballos blancos, con plumas blancas de avestruz en sus cabezas, y con arcos con cadenas de oro, y atrás venía el fiel sirviente Henry. El fiel sirviente Henry había quedado tan infeliz cuando su patrón fue convertido en rana, que se había atado tres bandas de hierro alrededor de su corazón para que no reventara de pena y tristeza. El carruaje condujo al príncipe a su reino. El fiel Henry les ayudó a ambos, y se puso a sus órdenes de nuevo, y estaba lleno de dicha por su rescate. Y cuando iban de camino, el hijo del rey escuchó que algo se quebraba atrás de él. Se volvió y gritó:

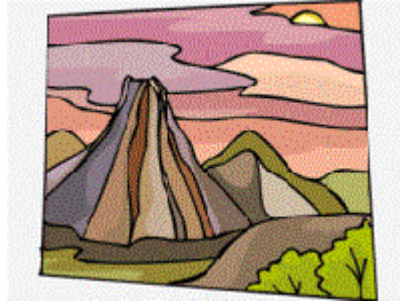
- "Hey, Henry, el carruaje se está quebrando." -

- "No, patrón, no es el carruaje. Es una banda que está sobre mi corazón, que me había puesto por mi gran dolor por su encantamiento como rana dentro del pozo. Otra y otra vez volvieron aquellos sonidos, y el hijo del rey pensaba que el carruaje se estaba quebrando, pero sólo eran las bandas que se reventaban de alrededor del corazón del fiel Henry porque su patrón era ahora libre y feliz.

Enseñanza:

Lo que se promete, siempre debe cumplirse.





004-Monte Simelí

Había una vez dos hermanos, uno rico y otro pobre. El rico, sin embargo, nunca ayudaba al pobre, el cual se ganaba escasamente la vida comerciando maíz, y a veces le iba tan mal que no tenía para el pan de su esposa e hijos. Una vez, cuando el pobre iba con su carreta por el bosque, miró hacia un lado, y vio una grande y pelada montaña, que nunca antes había visto. Él paró y la observó con gran asombro.

Mientras analizaba aquello, vio de pronto que venían doce grandes hombres en dirección a donde se encontraba, y pensando que podrían ser asaltantes, escondió la carreta entre la espesura, se subió a un árbol y esperó a ver que sucedía. Sin embargo, los doce hombres se dirigieron a la montaña y gritaron:

-¡Montaña Semsí, montaña Semsí, ábrete!"-

-E inmediatamente la montaña se abrió al centro, y los doce ingresaron a ella, y una vez dentro, la montaña se cerró. Al cabo de un rato, se abrió de nuevo, y los hombres salieron cargando pesados sacos sobre sus hombros. Y cuando ya todos estaban a la luz del día, dijeron:

-¡Montaña Semsí, montaña Semsí, ciérrate!"-

Y la montaña se cerró completamente, sin que quedara seña de alguna entrada a ella, y los doce se marcharon de allí.

Cuando ya no estaban a la vista, el hombre pobre bajó del árbol y fue a curiosear qué secreto había realmente escondido en la montaña. Así que se acercó y gritó:

-¡Montaña Semsí, montaña Semsí, ábrete!"-

Y la montaña se le abrió a él también. Entró a ella, y toda la montaña era una cueva llena de oro y plata, con grandes cantidades de perlas y brillantes joyas, como si fueran granos de maíz durante la cosecha. El hombre pobre no sabía que hacer, si tomar parte de ese tesoro para sí o no, pero al fin llenó sus bolsillos con oro, dejando las perlas y piedras preciosas donde estaban. Cuando salió gritó:

-¡Montaña Semsí, montaña Semsí, ciérrate!"-

Y la montaña se cerró, y regresó a casa con su carreta y su carga.



Y desde entonces ya no tenía más ansiedad, y podía comprar el alimento para su esposa e hijos con el oro, y además buen vino en el almacén. Vivía felizmente y en desarrollo, daba ayuda a los pobres, y hacía el bien a quien necesitara. Sin embargo, cuando se le terminó el oro obtenido, fue donde su hermano y le pidió prestado un barril para medir trigo, fue a la montaña y trajo de nuevo otro poco más de oro para él, pero nunca tocó ninguna de las cosas más valiosas.

El hermano rico, sin embargo, estaba cada día más envidioso de las posesiones de su hermano, y de la buena vida que llevaba, y no podía entender de donde provenía su riqueza, ni qué era lo que su hermano hizo con el barril de medida. Entonces se le ocurrió un pequeño truco, y cubrió todo el fondo del barril con goma, y a la siguiente vez, cuando el hermano le devolvió el barril, encontró una pieza de oro pegada en él. Inmediatamente fue donde su hermano y le preguntó:

- "¿Qué es lo que mides con mi barril?"

- "Maíz y cebada." - respondió

Entonces le mostró la pieza de oro, y le amenazó de que si no le decía la verdad, lo acusaría a las autoridades. El hermano entonces le contó toda la historia, tal como sucedió.

El hombre rico, ordenó que alistarán su carreta más grande, y se encaminó a la montaña, determinado a aprovechar la oportunidad mejor que como lo hizo su hermano, y traer de regreso una buena cantidad de diversos tesoros.

Cuando llegó a la montaña gritó:

- "¡Montaña Semsí, montaña Semsí, ábrete!" -

La montaña se abrió y él ingresó. Allí estaban todos los tesoros yacientes a su vista, y por un rato no se decidía por cual empezaría. Al fin, se llenó con cuanto piedra preciosa pudo cargar. Él deseaba llevar su carga afuera, pero su corazón y su espíritu estaban también tan llenos del tesoro que hasta había olvidado el nombre de la montaña, y gritó:

- "Montaña Simelí, montaña Simelí, ábrete." -

Pero como ese no era el nombre correcto de la montaña, ella nunca se abrió y permaneció cerrada. Entonces, se alarmó, y entre más trataba de recordarlo, más se le confundían los pensamientos, y sus tesoros no le sirvieron para nada.

Al atardecer, la montaña se abrió, y eran los doce ladrones que llegaron y entraron, y cuando lo vieron soltaron una carcajada y dijeron:

- "¡Pajarito, te encontramos al fin! ¿Creíste que nunca notaríamos que ya has venido dos veces antes? No te pudimos capturar entonces, pero esta tercera vez no podrás salir de nuevo." -

Entonces el hombre rico dijo:

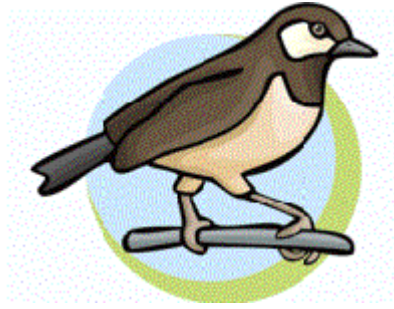
- "Pero no fui yo, fue mi hermano." -

Y lo dejaron rogar por su vida y que dijera lo que quisiera, pero al final lo dejaron encerrado en la cueva hasta sus últimos días.

Enseñanza:

La envidia y la avaricia sólo sirven para hundir al envidioso y avaro.





005-El Rey Pico de Tordo

Había una vez un rey que tenía una hija cuya belleza física excedía cualquier comparación, pero era tan horrible en su espíritu, tan orgullosa y tan arrogante, que a ningún pretendiente lo consideraba adecuado para ella. Los rechazaba uno tras otro, y los ridiculizaba lo más que podía.

En una ocasión el rey hizo una gran fiesta y repartió muchas invitaciones para los jóvenes que estuvieran en condición de casarse, ya fuera vecinos cercanos o visitantes de lejos. El día de la fiesta, los jóvenes fueron colocados en filas de acuerdo a su rango y posición. Primero iban los reyes, luego los grandes duques, después los príncipes, los condes, los barones y por último la clase alta pero no cortesana.

Y la hija del rey fue llevada a través de las filas, y para cada joven ella tenía alguna objeción que hacer: que muy gordo y parece un cerdo, que muy flaco y parece una caña, que muy blanco y parece de cal, que muy alto y parece una varilla, que calvo y parece una bola, que muy... , que...y que....., y siempre inventaba algo para criticar y humillar.

Así que siempre tenía algo que decir en contra de cada uno, pero a ella le simpatizó especialmente un buen rey que sobresalía alto en la fila, pero cuya mandíbula le había crecido un poco en demasía.

- "¡Bien."- gritaba y reía, -"ese tiene una barbilla como la de un tordo!"-

Y desde entonces le dejaron el sobrenombre de Rey Pico de Tordo.

Pero el viejo rey, al ver que su hija no hacía más que mofarse de la gente, y ofender a los pretendientes que allí se habían reunido, se puso furioso, y prometió que ella tendría por esposo al primer mendigo que llegara a sus puertas.

Pocos días después, un músico llegó y cantó bajo las ventanas, tratando de ganar algo. Cuando el rey lo oyó, ordenó a su criado:

- "Déjalo entrar."-

Así el músico entró, con su sucio y roto vestido, y cantó delante del rey y de su hija, y cuando terminó pidió por algún pequeño regalo. El rey dijo:

- "Tu canción me ha complacido muchísimo, y por lo tanto te daré a mi hija para que sea tu esposa."

La hija del rey se estremeció, pero el rey dijo:

- "Yo hice un juramento de darte en matrimonio al primer mendigo, y lo mantengo." -

Todo lo que ella dijo fue en vano. El obispo fue traído y ella tuvo que dejarse casar con el músico en el acto. Cuando todo terminó, el rey dijo:

- "Ya no es correcto para tí, esposa de músico, permanecer de ahora en adelante dentro de mi palacio. Debes de irte junto con tu marido." -

El mendigo la tomó de la mano, y ella se vio obligada a caminar a pie con él. Cuando ya habían caminado un largo trecho llegaron a un bosque, y ella preguntó:

- "¿De quién será tan lindo bosque?"

- "Pertenece al rey Pico de Tordo. Si lo hubieras aceptado, todo eso sería tuyo." -
respondió el músico mendigo.

- "¡Ay, que muchacha más infeliz soy, si sólo hubiera aceptado al rey Pico de Tordo!"

Más adelante llegaron a una pradera, y ella preguntó de nuevo:

- "¿De quién serán estas hermosas y verdes praderas?" -

- "Pertenece al rey Pico de Tordo. Si lo hubieras aceptado, todo eso sería tuyo." -
respondió otra vez el músico mendigo.

- "¡Ay, que muchacha más infeliz soy, si sólo hubiera aceptado al rey Pico de Tordo!"

Y luego llegaron a un gran pueblo, y ella volvió a preguntar:

- "¿A quién pertenecerá este lindo y gran pueblo?" -



- "Pertenece al rey Pico de Tordo. Si lo hubieras aceptado, todo eso sería tuyo." -
respondió el músico mendigo.

- "¡Ay, que muchacha más infeliz soy, si sólo hubiera aceptado al rey Pico de Tordo!"

- "Eso no me agrada." - dijo el músico, oírte siempre deseando otro marido. ¿No soy suficiente para tí?"

Al fin llegaron a una pequeña choza, y ella exclamó:

- "¡Ay Dios!, que casita tan pequeña.
¿De quién será este miserable tugurio?"

El músico contestó:

- "Esta es mi casa y la tuya, donde viviremos juntos." -

Ella tuvo que agacharse para poder pasar por la pequeña puerta.

- "¿Dónde están los sirvientes?" - dijo la hija del rey.

- "¿Cuáles sirvientes?" - contestó el mendigo.

- "Tú debes hacer por ti misma lo que quieras que se haga. Para empezar enciende el fuego ahora mismo y pon agua a hervir para hacer la cena. Estoy muy cansado."

Pero la hija del rey no sabía nada de cómo encender fuegos o cocinar, y el mendigo tuvo que darle una mano para que medio pudiera hacer las cosas. Cuando terminaron su raquílica comida fueron a su cama, y él la obligó a que en la mañana debería levantarse temprano para poner en orden la pequeña casa.

Por unos días ellos vivieron de esa manera lo mejor que podían, y gastaron todas sus provisiones. Entonces el hombre dijo:

- "Esposa, no podemos seguir comiendo y viviendo aquí, sin ganar nada. Tienes que confeccionar canastas." -

Él salió, cortó algunas tiras de mimbre y las llevó adentro. Entonces ella comenzó a tejer, pero las fuertes tiras herían sus delicadas manos.

- "Ya veo que esto no funciona." - dijo el hombre.

- "Más bien ponte a hilar, talvez lo hagas mejor." -

Ella se sentó y trató de hilar, pero el duro hilo pronto cortó sus suaves dedos que hasta sangraron.

- "Ves"- dijo el hombre, - "no calzas con ningún trabajo. Veo que hice un mal negocio contigo. Ahora yo trataré de hacer comercio con ollas y utensilios de barro. Tú te sentarás en la plaza del mercado y venderás los artículos." -

- "¡Caray!"- pensó ella, - "si alguien del reino de mi padre viene a ese mercado y me ve sentada allí, vendiendo, cómo se burlará de mí." -

Pero no había alternativa. Ella tenía que estar allá, a menos que escogiera morir de hambre.

La primera vez le fue muy bien, ya que la gente estaba complacida de comprar los utensilios de la mujer porque ella tenía bonita apariencia, y todos pagaban lo que ella pedía. Y algunos hasta le daban el dinero y le dejaban allí la mercancía. De modo que ellos vivieron de lo que ella ganaba mientras ese dinero durara. Entonces el esposo compró un montón de vajillas nuevas.

Con todo eso, ella se sentó en la esquina de la plaza del mercado, y las colocó a su alrededor, listas para la venta. Pero repentinamente apareció galopando un jinete aparentemente borracho, y pasó sobre las vajillas de manera que todas se quebraron en mil pedazos. Ella comenzó a llorar y no sabía que hacer por miedo.

- "¡Ay no!, ¿Qué será de mí?"-, gritaba, - "¿Qué dirá mi esposo de todo esto?" -

Ella corrió a la casa y le contó a él todo su infortunio.

- "¿A quién se le ocurre sentarse en la esquina de la plaza del mercado con vajillas?" - dijo él.

- "Deja de llorar, ya veo muy bien que no puedes hacer un trabajo ordinario, de modo que fui al palacio de nuestro rey y le pedí si no podría encontrar un campo de criada en la cocina, y me prometieron que te tomarían, y así tendrás la comida de gratis." -

La hija del rey era ahora criada de la cocina, y tenía que estar en el fregadero y hacer los mandados, y realizar todos los trabajos de limpieza. En ambas bolsas de su ropa ella siempre llevaba una pequeña jarra, en las cuales echaba lo que le correspondía de su comida para llevarla a casa, y así se mantuvieron.

Sucedió que anunciaron que se iba a celebrar la boda del hijo mayor del rey, así que la pobre mujer subió y se colocó cerca de la puerta del salón para poder ver. Cuando se encendieron todas las candelas, y la gente entró, cada una más elegante que la otra, y todo se llenó de pompa y esplendor, ella pensó en su destino, con un corazón triste, y maldijo el orgullo y arrogancia que la dominaron y la llevaron a tanta pobreza.

El olor de los deliciosos platos que se servían adentro y afuera llegaron a ella, y ahora y entonces, los sirvientes le daban a ella algunos de esos bocadillos que guardaba en sus jarras para llevar a casa.

En un momento dado entró el hijo del rey, vestido en terciopelo y seda, con cadenas de oro en su garganta. Y cuando él vio a la bella criada parada por la puerta, la tomó de la mano y hubiera bailado con ella. Pero ella rehusó y se atemorizó mucho, ya que vio que era el rey Pico de Tordo, el pretendiente que ella había echado con burla. Su resistencia era indescriptible. Él la llevó al salón, pero los hilos que sostenían sus jarras se rompieron, las jarras cayeron, la sopa se regó, y los bocadillos se esparcieron por todo lado. Y cuando la gente vio aquello, se soltó una risa generalizada y burla por doquier, y ella se sentía tan avergonzada que desearía estar kilómetros bajo tierra en ese momento. Ella se soltó y corrió hacia la puerta y se hubiera ido, pero en las gradas un hombre la sostuvo y la llevó de regreso. Se fijó de nuevo en el rey y confirmó que era el rey Pico de Tordo. Entonces él le dijo cariñosamente:

- "No tengas temor. Yo y el músico que ha estado viviendo contigo en aquel tugurio, somos la misma persona. Por amor a ti, yo me disfracé, y también yo fui el jinete loco que quebró tu vajilla. Todo eso lo hice para abatir al espíritu de orgullo que te poseía, y castigarte por la insolencia con que te burlaste de mí." -

Entonces ella lloró amargamente y dijo:

- "He cometido un grave error, y no valgo nada para ser tu esposa." -
Pero él respondió:

- "Confórtate, los días terribles ya pasaron, ahora celebremos nuestra boda." -

Entonces llegaron cortesanas y la vistieron con los más espléndidos vestidos, y su padre y la corte entera llegó, y le desearon a ella la mayor felicidad en su matrimonio con el rey Pico de Tordo. Y que la dicha vaya en crecimiento. Son mis deseos, pues yo también estuve allí.

Enseñanza:

El orgullo y la arrogancia, sólo dejan pérdidas y disgustos.





006-Blanca Nieves y Los Siete Enanos

Había una vez hace mucho tiempo, allá en el norte, a la mitad del invierno, cuando los copos de nieve caen como plumas desde el cielo, una reina que gustaba de coser sentada junto a una ventana que tenía los marcos hechos de ébano negro. Y mientras cosía y miraba hacia afuera el caer de la nieve, se punzó uno de sus dedos, y tres gotas de sangre cayeron sobre algunos copos de nieve que habían entrado por la ventana. Y vio aquella sangre preciosa sobre la blanca nieve, y pensó:

- "¡Oh!, ¡Si yo llegara a tener una niña que tuviera el blanco de la nieve, el rojo de la sangre, y el negro del ébano del marco de esta ventana!" -

Pronto tuvo la dicha de tener una linda niña, que era tan blanca como la nieve, sus mejillas rojas como la sangre, y su cabello tan negro como el ébano. Por lo tanto la llamó Blanca-Nieves. Pero poco después de nacer la niña, la reina murió.

Después de pasado un año, el rey tomó otra esposa. Era bella, pero orgullosa y engreída, y no soportaba que existiera otra mujer que la sobrepasara en hermosura. Ella poseía un espejo mágico, y cuando se colocaba al frente y se miraba en él, le decía:

- "Espejito, espejito, que estás en la pared ¿Quién en esta tierra es la más bella?" -

Y el espejo contestaba:

- "Tú, gran reina, eres la más bella de todas." -

Y ella quedaba satisfecha, porque sabía que el espejo le decía siempre la verdad.

Unos años después el rey falleció, pero Blanca-Nieves fue creciendo, y crecía más y más bondadosa, educada y preparada cada día, y cuando ya estaba adolescente era tan bella en su espíritu, como un día primaveral, y por todas sus buenas cualidades superaba en mucho a la belleza física de la misma reina.

Y llegó al fin un día en que la reina preguntó de nuevo:

- "Espejito, espejito, que estás en la pared ¿Quién en esta tierra es la más bella?" -

El espejo contestó:

- "Tú eres físicamente la más bella de todas las mujeres que hay por aquí, excepto por Blanca-Nieves, a quien su bondad la hace ser aún más bella que tú. Así lo creo." -

Entonces la reina se enfureció, y su tez se tornó amarilla y verde de la envidia. A partir de entonces, donde quiera que viera a Blanca-Nieves, su corazón se estremecía en su pecho, y llegó a odiar muchísimo a la muchacha.

A medida que la envidia y el orgullo crecían más y más en su corazón como una maleza, así también dejaba de tener paz en el día y en la noche.

En un momento dado, no soportando más, llamó a un cazador y le dijo:

- "Llévate a la muchacha adentro del bosque, no quiero tenerla más a mi vista. Mátala, y tráeme su corazón al regreso como prueba." -

El cazador obedeció y la llevó lejos, pero cuando él sacó su cuchillo, y estaba a punto de herir a la inocente Blanca-Nieves, ella, llorando le dijo:

- "¡Ay, querido cazador, déjame vivir! Yo me internaré lejos en la espesura y nunca más volveré a casa de nuevo." -

Y como ella era tan dulce y buena, el cazador tuvo piedad y dijo:

- "Corre, vete lejos, pobre muchacha." -

- "Las bestias salvajes pronto la devorarán." - se pensó él.

Y sintió como si una enorme y pesada piedra se hubiera escapado de su pecho, ante el hecho de que ya no era necesario que tuviera que matarla. Y justo en ese momento un joven jabalí se acercó por donde él estaba, le sacó el corazón y se lo llevó a la reina como prueba de que la joven había muerto.

Ahora la pobre muchacha se hallaba sola en el gran bosque, y tan aterrorizada que hasta las hojas de los árboles la asustaban. Entonces empezó a correr, y saltaba sobre filosas piedras y punzantes espinos, y las bestias salvajes corrían tras ella, pero no le hacían daño.

Ella corrió tan lejos como pudieron darle sus piernas hasta la llegada del anochecer. Entonces divisó una pequeña cabaña y entró en ella a dormir. Todo lo que había en la cabaña era pequeño, pero tan limpio y aseado como no podría describirse. Había una mesa con un mantel blanco y siete platos pequeños, y con cada plato una cucharita. Es más, había siete pequeños cuchillos y tenedores, y siete jarritas. Y contra la pared se hallaban siete pequeñas camas una junto a la otra y cubiertas con colchas tan blanquitas como la nieve.

La joven Blanca-Nieves estaba tan hambrienta y sedienta que ella tomó y comió un poquito de vegetales y pan de cada platito y bebió una gota de vino de cada jarrita, porque no deseaba coger todo de un mismo plato y jarra. Entonces, al estar tan cansada, trató de acomodarse en alguna camita, pero a como iba probando, ninguna le asentaba bien, hasta que llegó a la última que sí le sirvió, y ahí se quedó. Dijo su oración, y se acomodó a dormir.

Cuando ya había oscurecido, regresaron los dueños de la cabaña. Eran siete enanos que cavaban y extraían oro y piedras preciosas en las montañas. Encendieron sus siete candelas, y con su luz observaron que alguien había estado allí, pues las cosas no estaban exactamente en el orden en que las acostumbraban tener.

El primero dijo:

- "¿Quién se ha sentado en mi silla?" -

El segundo:

- "¿Quién comió de mi plato?" -

El tercero:

- "¿Quién cogió parte de mi pan?" -

El cuarto:

- "¿Quién tomó parte de mis vegetales?" -

El quinto:

- "¿Quién usó mi tenedor?" -

El sexto:

- "¿Quién usó mi cuchillo?" -

El séptimo:

- "¿Quién bebió de mi jarra?" -

Entonces el primero observó alrededor y vio que había un pequeño hundimiento en su cama y dijo:

- "¿Quién se ha metido en mi cama?" -

Y los demás fueron a revisar sus camas, diciendo:

- "Alguien ha estado en nuestras camas también" -

Pero cuando el séptimo miró en su cama, vio a Blanca-Nieves, quien dormía profundamente allí.

Y llamó a los demás, quienes llegaron corriendo, y suspiraron con asombro, y trajeron sus siete candelas para alumbrar mejor a la joven Blanca-Nieves.

- "¡Oh, cielos!, ¡Oh, cielos!" - susurraban - "¡Que encantadora muchacha!" -

Y les encantó tanto que no la despertaron, y la dejaron dormir en la cama. Y el séptimo enano se acomodó entre sus compañeros, turnándose a ratos de un lugar a otro por toda la noche.

Cuando llegó el amanecer, Blanca-Nieves despertó, y se asustó cuando vio a los siete enanos. Pero ellos fueron amistosos y le preguntaron su nombre.

- "Mi nombre es Blanca-Nieves." - contestó.

- "¿Y cómo fue que llegaste a nuestra cabaña?" - preguntaron los enanos.

Ella les dijo que la reina la mandó a matar, pero que el cazador le salvó la vida, y que corrió durante todo el día, hasta que por fin encontró su vivienda. Los enanos dijeron:

- "Si puedes tomar cuidado de nuestra casa, cocinar, arreglar las camas, lavar, coser y tejer, y mantienes todo limpio y nítido, puedes quedarte lo que quieras por nada." -

- "Sí, claro." - respondió ella, - "Con todo mi corazón." - y se quedó con ellos.

Les mantuvo su casa en orden. Ellos iban en las mañanas a las montañas a buscar oro y piedras preciosas, y al atardecer regresaban, encontrando ya lista su cena al llegar.

La joven tenía que quedarse sola todo el día, por lo que los buenos enanos siempre le decían:



- "Ten cuidado de la reina, pronto se enterará de que estás aquí, así que no dejes entrar a nadie." -

Mientras tanto, la reina, creyendo que ya Blanca-Nieves no estorbaba, no hacía otra cosa más que pensar en que ella era de nuevo la más hermosa. Y fue donde el espejo y dijo:

- "Espejito, espejito, que estás en la pared ¿Quién en esta tierra es la más bella?" -

y el espejo contestó:

- "Oh, reina, tú eres lo más bello que yo he podido ver,
pero en las montañas, sobre las colinas, donde viven los siete enanos,
Blanca-Nieves aún vive con muy buena salud,
y no hay ninguna, que por su bondad, sea más bella que ella." -

La reina se quedó atónita, pues sabía que el espejo jamás mentía, y comprendió que el cazador la traicionó, y que por eso Blanca-Nieves aún vivía.

Y pensó y pensó de nuevo cómo podría matarla, para que aquella no siguiera siendo la más bella en el mundo. Y la envidia no la dejaba descansar. Cuando ya hubo meditado sobre qué hacer, se pintó la cara, y se disfrazó como una vieja vendedora, de tal manera que nadie la hubiera reconocido. Con ese disfraz se dirigió a la montaña a la casa de los siete enanos, tocó la puerta y gritó:

- "¡Vendo bellas cosas, baratitas, baratitas!" -

La joven Blanca-Nieves se asomó por la ventana y la llamó:

- "¡Buenos días, mi buena señora, qué es lo que tiene para vender?" -

- "Buenas cosas y bellas cosas" - contestó, - "lazos de muchos colores para lucir en la garganta" -, y ella jaló uno que estaba confeccionado con finas y coloridas sedas.

- "Voy a pagarle a esa viejita" - pensó Blanca-Nieves.

Quitó la cerradura a la puerta y compró el lazo, y se lo colocó ella misma.

- "Jovencita" - dijo la mujer, - "Qué mal te lo pusiste. Permíteme ponértelo adecuadamente de una vez." -

Blanca-Nieves no sospechó nada y se mantuvo junto a ella y dejó que le montara el nuevo lazo. Pero la vieja mujer lo puso tan rápido y tan apretado que Blanca-Nieves perdió el sentido y la respiración, y cayó al suelo como muerta.

- "Ahora ya soy la más bella." - se decía a sí misma la reina, y se alejó rápidamente.

No mucho rato después, al atardecer, regresaron los siete enanos, pero se sintieron totalmente perturbados cuando vieron a su amada Blanca-Nieves yaciendo en el suelo, y que no se movía ni respondía y parecía como si estuviera muerta. La incorporaron y

vieron que tenía un lazo muy apretado. Lo cortaron y ella comenzó a respirar lentamente, y al cabo de un rato se recuperó totalmente. Cuando los enanos escucharon lo que había pasado dijeron:

- "La vieja vendedora no era otra persona más que la malvada reina. Ten mucha precaución y no te acerques a nadie mientras no estemos contigo." -

Pero la perversa mujer, al llegar a su habitación, fue inmediatamente donde el espejo y preguntó:

- "Espejito, espejito, que estás en la pared ¿Quién en esta tierra es la más bella?" -

y el espejo contestó:

- "Oh, reina, tú eres lo más bello que yo he podido ver,
pero en las montañas, sobre las colinas, donde viven los siete enanos,
Blanca-Nieves aún vive con muy buena salud,
y no hay ninguna, que por su bondad, sea más bella que ella." -

Cuando ella oyó aquello, toda su sangre se le subió a la cabeza con furia, de saber que Blanca-Nieves seguía aún con vida.

- "Pero ahora" - se dijo, "pensaré algo que será tu final."

Y con ayuda de algo de brujería, en lo cual ella era experta, se fabricó un venenoso peine. Y tomó una nueva apariencia, con la forma de otra vieja mujer. Entonces volvió a ir a la casa de los siete enanos, tocó a la puerta y gritó con otra voz:

- "¡Vendo cosas buenas y baratas, baratas!" -

Blanca-Nieves se asomó y le dijo:

- "¡Váyase! ¡No puedo dejar entrar a nadie!" -

- "Supongo que al menos podrías mirar." - dijo la vieja.

Y sacó el venenoso peine y lo sostuvo en alto. Y le gustó tanto a la muchacha que la sedujo y abrió la puerta. Una vez hecha la compra, la vieja mujer dijo:

- "Ahora te peinaré apropiadamente como debe ser de una vez." -

La pobre Blanca-Nieves de nuevo no tuvo suspicacia, y dejó que la vieja hiciera como quiso. Pero no más había colocado el peine en su cabellera, cuando enseguida el veneno hizo efecto, y la joven cayó al suelo sin sentido.

- "Tú, modelo de bondad" - dijo la malvada mujer, - "ya estás lista." - y se marchó.

Pero afortunadamente ya casi era el atardecer, la hora de regreso de los siete enanos. Cuando llegaron y vieron a Blanca-Nieves en el suelo, como muerta, enseguida sospecharon de la reina. La revisaron y encontraron el peine envenenado en la cabellera. Entonces de nuevo le recordaron a ella estar siempre en guardia y no abrir la puerta a nadie.

La reina, de nuevo en casa, corrió al espejo y dijo:

- "Espejito, espejito, que estás en la pared ¿Quién en esta tierra es la más bella?" -

y el espejo contestó:

- "Oh, reina, tú eres lo más bello que yo he podido ver, pero en las montañas, sobre las colinas, donde viven los siete enanos, Blanca-Nieves aún vive con muy buena salud, y no hay ninguna, que por su bondad, sea más bella que ella." -

Cuando ella oyó al espejo hablar así, se estremeció y golpeteó con rabia.

- "Blanca-Nieves deberá morir" - gritó ella, - "aunque me cuesta la vida." -

Inmediatamente bajó a un salón secreto, solitario, donde nadie más que ella podía llegar, y allí hizo una muy venenosa manzana. Por fuera la manzana se veía preciosa, con unos pómulos rojizos muy atractivos, que cualquiera que la viera desearía tomarla, pero quien mordiera aún una pequeña porción, de seguro moriría.

Cuando estuvo terminada la manzana, se pintó la cara, y se vistió como una campesina, y así regresó a la casa de los siete enanos en la montaña. Tocó a la puerta. Blanca-Nieves asomó su cabeza por la ventana y dijo:

- "¡No puedo abrirle a nadie!, los enanos me lo han prohibido!

- "Me da lo mismo" - contestó la mujer, - "Pronto terminaré con mis manzanas. Pero te obsequiaré una para ti." -

- "No" - dijo Blanca-Nieves, - "No debo aceptar nada." -

- "¿Temes que estén envenenadas?" - dijo la vieja mujer. - "Mira, cortaré la manzana en dos piezas. Tú te comes la orilla roja, y yo la parte blanca." -

La manzana estaba tan perfectamente confeccionada, que solamente la parte roja contenía el veneno. Blanca-Nieves deseaba la manzana, y cuando vio que la mujer comía tranquilamente su parte blanca, no resistió más y tomó en sus manos la porción envenenada. Pero no había terminado de saborear el primer bocado, cuando cayó como muerta. Entonces la reina la miró con una mirada terrorífica, y se rió fuertísimo diciendo:

- "¡Blanca como la nieve, roja como la sangre y negra como la madera de ébano! Esta vez los enanos no podrán reanimarte de nuevo" -

Y ya en su habitación, cuando preguntó al espejo:

- "Espejito, espejito, que estás en la pared ¿Quién en esta tierra es la más bella?" -

al fin le dijo:

- "Oh, reina, en este mundo, tú eres la más bella de todas." -

Entonces su envidioso corazón sintió descanso, si es que un corazón envidioso puede llegar a tener algún descanso.

Cuando regresaron los enanos al atardecer, encontraron de nuevo a Blanca-Nieves yaciendo en el suelo. No se le sentía respirar y parecía muerta. La levantaron, la revisaron a ver si encontraban algo venenoso, le soltaron lazos, revisaron su cabellera, la lavaron con agua y vino, pero todo fue en vano. La pobre muchacha seguía como muerta. La colocaron entonces en un ataúd, y los siete se sentaron alrededor y lloraron por ella, y lloraron durante tres largos días.

Entonces ellos fueron a enterrarla, pero lucía tan linda como si estuviera viva, y aún conservaba sus rojas mejillas. Ellos dijeron:

- "No la enterremos en la oscura tierra." -

Y construyeron un ataúd de cristal transparente, de modo que pudiera ser vista de todos lados, y la colocaron allí, y escribieron su nombre en letras doradas, y que era hija del rey. Entonces pusieron el ataúd en lo claro de la montaña, y uno de ellos siempre se quedaba acompañándola y vigilándola. Y llegaron también aves y lloraron por ella. Primero un búho, luego un cuervo, y de último una paloma.

Y ahora Blanca-Nieves estuvo por largo tiempo en el ataúd, y no cambiaba nada en absoluto, siempre aparentando que estaba dormida, porque era blanca como la nieve, roja como la sangre, y su cabello negro como el ébano.

Sucedió sin embargo, que el hijo de otro rey llegó al bosque, y fue a la casa de los enanos a pasar la noche. Y vio el ataúd en la montaña con la bella Blanca-Nieves dentro de él, y leyó las letras doradas que los enanos le habían escrito. Entonces dijo a los enanos:

- "Permítanme llevármela con el ataúd, yo le daré a ustedes lo que pidan por ella." -

Pero los enanos respondieron:

- "No la dejaríamos ir por todo el oro del mundo." -

Entonces les dijo:

- "Permítanme tenerla como un obsequio, porque no podría vivir sin ver a Blanca-Nieves. Yo la honraré y valoraré como mi más amada posesión."

Al hablar de ese modo, los enanos se compadecieron y le entregaron el ataúd.

Ahora el hijo del rey la hizo cargar en los hombros de sus sirvientes. Pero ocurrió que tropezaron con la raíz de un árbol, y con el golpe, el pedacito de manzana envenenada que Blanca-Nieves había mordido, salió disparado de su boca. Y al momento ella abrió los ojos, levantó la tapa del ataúd, se sentó, y una vez más le volvió la conciencia.

- "¡Oh, cielos!, ¿dónde estoy?" - preguntó sorprendida.

El hijo del rey, lleno de gozo, dijo:

- "Estás conmigo." -

Y le contó todo lo acontecido y agregó:

- "Te quiero más que nada en el mundo, ven conmigo al palacio de mi padre, y te haré mi esposa." -

Blanca-Nieves aceptó y fue con él, y su boda fue celebrada con gran ceremonia y esplendor. Pero la malvada reina también fue invitada a la fiesta. Cuando ella ya se había arreglado glamorosamente en espléndidos vestidos, fue al espejo y le dijo:

- "Espejito, espejito, que estás en la pared ¿Quién en esta tierra es la más bella?" -

y el espejo contestó:

- "Oh, reina, eres lo más bello que yo he visto,
pero la joven reina, por su bondad, es aún más bella que tú."

Entonces la perversa mujer maldijo todo, y se sentía tan infeliz, pero tan infeliz, que no sabía qué hacer. Al principio no quería ir a la boda del todo, pero no tenía paz, y decidió ir a conocer a la joven princesa. Y cuando ingresó al salón, reconoció a Blanca-Nieves, y quedó paralizada de rabia y rencor, y no se pudo mover. Pero ya se habían preparado unas zapatillas con polvo de pimientos picantes, que fueron traídas por los sirvientes, y las pusieron al frente de ella. Entonces fue forzada a ponerse aquellas zapatillas, y bailó y bailó hasta que cayó exhausta de agotamiento. Y desde entonces fue llevada a una habitación aislada donde pasó el resto de sus días.

Enseñanza:

La envidia, y el no saber aceptar con humildad el éxito ajeno, conducen hasta la muerte del alma con el cuerpo vivo.





007-Las Tres Hilanderas

Había una vez una joven muy perezosa que no le gustaba hilar, y aunque su madre le insistía, no había manera de que se pusiera a hilar. Un día su madre se impacientó y se molestó tanto, que la regañó con dureza, y ella se puso a llorar sonoramente. En ese momento pasaba por ahí la reina, y cuando oyó los lamentos paró su carruaje, fue a la casa y preguntó a la madre que por qué estaba castigando a su hija que lloraba tan fuerte que desde lejos se oían sus gritos.

Entonces la madre, sintiendo vergüenza de lo inútil que era su hija le dijo:

- "Es que no puedo hacer que pare de hilar. Ella insiste en hilar e hilar, y como somos pobres, no puedo darle todo el material que me pide." -

Entonces contestó la reina:

- "Para mí no hay sonido tan gratificante como cuando están hilando, y nunca me siento tan feliz como cuando están las ruedas girando. Permítame llevar a su hija a mi palacio, allí yo tengo suficiente lino y podrá hilar todo lo que ella quiera." -

La madre se alegró muchísimo con la propuesta, y la reina se llevó a la joven. Cuando llegaron al palacio, la reina llevó a la muchacha a tres recámaras que estaban repletas del más fino lino, de pared a pared.

- "Ahora hílame este lino" - dijo la reina, - "y cuando hayas terminado, te ofrezco a mi hijo mayor como esposo, no importa que seas de familia pobre. Eso no me molesta, tu infatigable industriosisidad es de un valor suficiente." -

La muchacha, secretamente, se sentía aterrorizada, porque veía que no podría hilar el lino, ni aunque viviera trescientos años sentada todo el día de la mañana a la noche. Entonces, cuando ya estuvo sola, comenzó a llorar, y por tres días se sentaba sin mover siquiera un dedo. Al tercer día volvió la reina, y cuando vio que nada se había hilado aún, se sorprendió. Pero la joven se excusó diciendo que no se había sentido en condiciones de comenzar debido a su tristeza de haber dejado la casa materna. La reina quedó satisfecha con eso, pero le dijo al salir:

- "Mañana ya debes empezar a trabajar." -

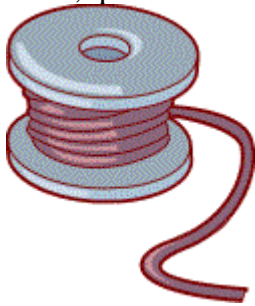
Cuando la joven quedó sola de nuevo, no sabía que hacer, y en su congoja se acercó a la ventana. Vio que tres mujeres venían hacia ella, la primera tenía un anchísimo pie

aplanado; la segunda tenía el labio inferior tan agigantado que le colgaba sobre la barbilla; y la tercera tenía un dedo pulgar enorme. Ellas se pararon bajo la ventana, miraron hacia arriba, y le preguntaron que era lo que la estaba inoportunando. La muchacha les explicó su problema, y entonces ellas le ofrecieron ayudarla y le dijeron:

- "Si nos invitas a tu boda, y no te avergüenzas de nosotras, y nos llamas "tías", y además nos sientas a la mesa principal, nosotras hilaremos el lino por ti, y en un tiempo bien corto."-

- "Con todo mi corazón"- replicó ella, - "pero entren y comiencen el trabajo de una vez."-

Y dejó entrar a las tres desconocidas mujeres, y les aclaró un espacio en la primera habitación, donde ellas se sentaron y comenzaron a hilar. La primera jalaba el hilo y pedaleaba la rueda, la segunda humedecía el hilo, y la tercera lo trenzaba, y golpeaba la mesa con su pulgar, y en el tanto que la golpeaba, una madeja de hilo caía al suelo, quedando la hilada del modo más fino posible.



La muchacha encubrió a las tres hilanderas de la vista de la reina, y cuando ella llegaba, le mostraba la gran cantidad de lino hilado, y a la reina no le quedaban palabras con que elogiarla.

Cuando ya se vació la primera habitación, pasaron a la segunda y por último a la tercera, la que fue aclarada rápidamente. Entonces las tres mujeres se marcharon, no sin antes decir:

- "No olvides lo que nos prometiste. Eso te llenará de fortuna."-

Cuando la joven le mostró a la reina las habitaciones vacías, y la gran cantidad de hilado, la reina dio las órdenes para la boda, y el novio se regocijó de que tendría una inteligente e industriosa esposa, y la elogió grandemente.

- "Yo tengo tres tías"- dijo ella, - "y han sido muy buenas conmigo, y no me gustaría olvidarlas en mi buena fortuna. Permíteme invitarlas a la boda, y que compartan con nosotros a la mesa principal."-

La reina y el novio dijeron:

- "¿Cómo no las invitaríamos?" -

Así, cuando la fiesta empezó, las tres mujeres entraron vestidas extrañamente, y la novia dijo:

- "Bienvenidas, queridas tías." -

- "¡Huy!" - dijo el novio, - "¡Qué tías más raras tienes!" -

Se levantó él entonces y fue donde la que tenía el pie ancho y aplanado y le preguntó:

- "¿Cómo llegó a deformarse así su pie?" -

- "Pedaleando" - contestó, - "pedaleando." -

Entonces el novio fue donde la siguiente y le preguntó:

- "¿Cómo se le formó ese labio tan caído?" -

- "Humedeciendo." - respondió.

Por último preguntó a la tercera:

- "¿Cómo se le hizo tan gordo ese pulgar?" -

- "Trenzando el hilo" - le contestó, - "trenzando el hilo." -

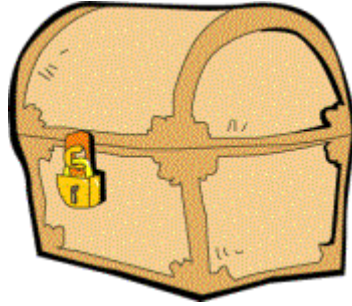
Con todo eso, el hijo del rey se alarmó tanto que dijo:

- "Ni ahora ni nunca, volverá mi querida novia a tocar una hiladora." -

Y así ella se libró para siempre del odiado trabajo de hilar.

Enseñanza:

Cumplir lo prometido, trae un tesoro escondido.





008-La Luz Azul

Había una vez en tiempos de guerras, un soldado que por muchos años sirvió a su rey fielmente. Pero cuando acabaron las guerras, ya no pudo servir más a causa de las muchas heridas que había recibido. El rey le dijo:

- "Debes volver a tu casa, ya no te necesito más, y no vas a recibir ninguna paga adicional, pues solamente se da el salario mientras se está en servicio." -

Entonces el soldado, que no sabía de que otra manera ganarse la vida, se fue totalmente frustrado, y caminó todo el día, hasta que llegó a un bosque y entró en él. Cuando oscureció, vio una luz, y se dirigió a ella, y llegó a una choza donde vivía una bruja.

- "Por favor, dame posada por una noche, y un poquito de comida y bebida" - le dijo él a ella, - "o moriré de hambre." -

- "¡Ajá!" - contestó ella, - "¿Quién le daría algo a un soldado despedido? Te tendré compasión y te dejaré entrar, si haces lo que deseo" -

- "¿Y qué es lo que deseas?" - respondió el soldado.

- "Que mañana me arregles totalmente mi jardín." - dijo la bruja.

El soldado consintió, y al día siguiente trabajó con todas sus fuerzas, pero no pudo terminar todo al llegar el atardecer.

- "Veo muy bien" dijo la bruja, - "que por hoy ya no puedes hacer más, pero te daré otra noche, y en pago por ello, mañana me picarás una carga de leña haciéndola compacta." -

El soldado gastó todo el día haciéndolo, y al atardecer la bruja le propuso quedarse una noche más.

- "Mañana solamente deberás hacerme un trabajito muy pequeñito. Atrás de mi casa hay un viejo pozo seco, donde ha caído mi linterna. Ella alumbraba azul, y nunca se apaga, y debes traérmela de regreso." - dijo ella.

Al día siguiente la vieja lo llevó al pozo, y lo bajó en una canasta. Él encontró la luz azul, y le hizo una señal a ella para que lo subiera. Ella jaló la cuerda hacia arriba, pero cuando

ya estaba cerca del borde, ella estiró la mano tratando de coger la luz azul, quitándosela a él.

- "¡No!" - dijo él, percibiendo su mala intención, - "No te daré la luz, hasta tanto no esté afuera con mis dos pies sobre el suelo." -

La bruja se molestó, soltó la cuerda y se marchó. El pobre soldado cayó sobre el húmedo fondo, sin herirse, y la luz azul seguía iluminando, pero, ¿De qué le serviría eso? Vio él que no podría escapar de la muerte. Se sentó por un rato muy acongojado, y de pronto exploró su bolsillo y encontró su pipa de tabaco, que aún estaba a medio llenar.

- "Este será mi último placer." - pensó.

La sacó, la encendió con la luz azul y comenzó a fumarla. Cuando el humo había circulado por toda la caverna, súbitamente apareció un duende negro parado frente a él, que le dijo:



- "Señor, ¿Cuáles son tus órdenes?" -

- "¿Y que órdenes tengo que darte?" - replicó el soldado, bastante confundido.

- "¿Y que órdenes tengo que darte?" - replicó el soldado, bastante confundido.

- "Yo debo hacer cualquier cosa que me pidas" - dijo el hombrecito.

- "Bien" - dijo el soldado, - "en primer lugar, sácame de este pozo."

El hombrecito lo tomó de la mano y lo llevó por un pasaje subterráneo, pero no olvidó de llevarse la luz azul consigo. En el camino, el duende le mostró los tesoros que la bruja había colectado y escondido allí, y el soldado tomó tanto oro como podía cargar. Cuando llegaron arriba, él le dijo al hombrecito:

- "Ve ahora y atas a la bruja, y la llevas ante la justicia." -

En unos momentos, pasó la bruja, tan rápido como el viento, dando escalofriantes gritos como un gato salvaje, e inmediatamente reapareció el hombrecito.

- "Todo está hecho" - dijo él, - " y la bruja ya cuelga en el cadalso. ¿Qué más se te ofrece, mi señor?" -

- "Por ahora, nada más." - contestó el soldado, - "Debes retornar a tu hogar, pero mantente siempre disponible a mi alcance, por si te convoco." -

- "No necesitas más que encender tu pipa con la luz azul, y yo apareceré ante ti de nuevo." - dijo el duende, y desapareció de su vista.

El soldado retornó al pueblo de donde había venido. Fue a la mejor posada, ordenó los mejores vestidos, y pidió al propietario que le alistara una habitación tan preciosa como fuera posible. Cuando ya estuvo lista y el soldado había tomado posesión de ella, invocó al pequeño negrito y le dijo:

- "Mira, yo serví muy fielmente a mi rey, pero el me despreció, y me dejó hambriento, y ahora es mi turno de tomar mi acción." -

- "¿Qué debo hacer?" - preguntó el hombrecito.

- "Cuando ya esté entrada la noche, y la hija del rey esté en su cama, tráela dormida, y ella hará el trabajo de servidumbre para mí." - contestó.

- "Eso es algo muy fácil para mí, pero algo muy peligroso para ti, porque si eres descubierto, te podría costar un buen disgusto." - dijo el duende.

Cuando sonaron las doce de la noche, la puerta se abrió, y el hombrecito traía a la princesa.

- "¡Aja!, ¿Eres tú?" - gritó el soldado a la princesa, - "¡Ponte a trabajar de inmediato! Toma la escoba y barre la recámara." -

Cuando hubo terminado esto, él le ordenó acercarse a la silla, y estiró sus piernas y dijo:

- "¡Quítame las botas!" -

Y enseguida las tiró al suelo enfrente de su cara, e hizo que las recogiera de nuevo, las limpiara y les diera brillo. Ella, sin embargo, hizo todo lo que le pidió, sin oposición, en silencio y con los ojos a medio cerrar. Y cuando cantó el primer gallo, el duende la llevó de regreso al palacio y la colocó en su cama.

En la mañana, cuando la princesa se levantó, fue donde su padre y le contó que había tenido un muy extraño sueño.

- "Yo era llevada volando por las calles con la rapidez del relámpago" - decía ella, - "y puesta en la habitación de un soldado, y yo tenía que trabajarle como una sirvienta, barrer su alcoba, limpiar sus botas y hacer todos los trabajos misceláneos. Fue sólo un sueño, pero me siento tan cansada como si realmente hubiera hecho todo aquello." -

- "El sueño podría haber sido real." - dijo el rey, - "Te daré una pequeña ayuda. Llena tu bolso de guisantes, y hazle un pequeño hueco al bolso, y entonces, si de nuevo eres llevada en vuelo, los guisantes irán cayendo y dejando un rastro en las calles." -

Pero, sin que hubiera sido notado por el rey, el duende estaba a su lado cuando él decía eso, y oyó todo al respecto. En la noche, cuando la princesa era llevada de nuevo por las calles, ciertamente algunos guisantes cayeron del bolso, pero no pudieron dejar un rastro, pues el hombrecito había regado guisantes en todas las calles. Y de nuevo la princesa fue obligada a hacer el trabajo de sirviente hasta el canto del gallo.

A la mañana siguiente, el rey mandó a su gente a buscar el rastro, pero todo fue en vano, pues en cada calle, los niños pobres recogían los guisantes diciendo:

- "Debe de haber llovido guisantes, anoche." -

- "Tenemos que pensar en algo más." - dijo el rey.-

- "Déjate los zapatos puestos cuando te vayas a la cama, y antes de que regreses del lugar a donde has sido llevada, esconde uno de ellos ahí, y yo pronto idearé el medio para encontrarlo." -

El duende escuchó el nuevo plan, y en la noche, cuando el soldado le ordenó de nuevo traer a la princesa, se lo reveló, y además le dijo que no sabía de ningún método para contrarrestar esa estrategia, y que si el zapato era encontrado en su habitación, le podría ir muy mal.

- "Haz lo que te pido." - replicó el soldado. Y de nuevo esta tercera noche la princesa fue obligada a trabajar como sirviente, pero antes de partir a palacio, escondió su zapato bajo la cama del soldado.

A la mañana siguiente, el rey tenía al pueblo entero buscando el zapato de su hija. Y fue encontrado donde el soldado, y el mismo soldado, que por ruego del enano se había alejado de la casa, fue pronto capturado y llevado a prisión. En su huída, había olvidado su más preciada posesión, la luz azul y el oro, y solamente le quedaba un ducado en su bolsillo. Y ahora cargado de cadenas, estaba parado junto a la ventana de su calabozo, cuando tuvo la suerte de ver a uno de sus antiguos colegas pasar por ahí. El soldado golpeó en la ventana, y cuando el colega se acercó, le dijo:

- "¿Serías tan amable de traerme un pequeño envoltorio que dejé en la posada olvidado?, yo te daré un ducado por el mandado" -

El camarada corrió hacia allá y le trajo lo solicitado. Tan pronto como el soldado quedó solo de nuevo, encendió su pipa e invocó al negro duende.

- "No temas." - le dijo éste. - "Ve adonde te lleven, y déjalos hacer lo que quieran, solamente mantén contigo la luz azul." -

Al día siguiente el soldado fue llevado a juicio, y aunque alegó que no había hecho nada malo, fue condenado a muerte. Cuando era llevado al cadalso, le pidió al rey un último favor.

- "¿Y qué es?" - preguntó el rey.

- "Que pueda fumar una vez más mi pipa en el camino." - dijo el soldado.

- "Puedes fumarla hasta tres veces más" - contestó el rey, - "pero no imagines que te perdonaré la vida."

Entonces el soldado sacó su pipa y la encendió con la luz azul, y apenas subieron unas pocas roscas de humo apareció el duende con un pequeño látigo en la mano diciendo:

- "¿Qué deseas mi señor?" -

- "Castiga con el látigo hasta hacer caer al suelo a esos falsos jueces, y a su comisario, y no pongas reparos en el rey que tan mal me ha tratado." -

Entonces el duende cayó sobre ellos, castigándolos, dándoles aquí y allá, y quienquiera fuera tocado por el látigo, caía al suelo, y no se aventuraba a levantarse de nuevo. El rey estaba aterrizado. Y él mismo le pidió piedad al soldado, que lo dejara vivir, y le dio todo su reino, y a la princesa por esposa.

Enseñanza:

Toda mala acción contra el prójimo, tarde o temprano regresa al actor. Y con creces.





009-Cenicienta

La esposa de un rico hombre cayó enferma, y sintiendo que ya estaba en sus últimos días, llamó a su única hija a su lado y le dijo:

- "Mi querida hija, se siempre buena y piadosa, y así el buen Dios te protegerá todos los días, y yo también velaré por ti desde el cielo y estaré cerca de ti." -

Momentos después la buena señora cerró sus ojos y partió al reino de Dios. Todos los días la joven visitaba la tumba de su madre, y lloraba, y se comportaba buena y piadosa. Cuando llegó el invierno, una gran capa de nieve se formó sobre la tumba, y cuando el sol del verano la derritió, su padre tomó a otra mujer por esposa.

La nueva mujer llegó a la casa con dos hijas, las cuales eran guapas y de lindas caras, pero viles y de negro corazón. Allí empezaron los malos tiempos para la pobre hija del señor.

- "¿Pero se va a sentar esa estúpida gansa con nosotras en la sala?" - decían ellas, - "Si alguien quiere comer pan, que se lo gane. Que se vaya para la cocina." -

Ellas le quitaron los lindos vestidos que tenía, le pusieron un viejo delantal gris, y le dieron unos zapatos de madera.

- "¡Sólo mira a la orgullosa princesa, qué compuesta que está!" - gritaban y reían, y la llevaron a la cocina.

Allí ella tenía que hacer trabajos duros desde la mañana hasta la noche, levantarse antes del amanecer, traer el agua, encender los fuegos, limpiar, cocinar y lavar. Además de todo eso, las dos hermanas le hacían las mayores groserías que podían imaginarse - la imitaban burlonamente, le vaciaban los guisantes y las lentejas dentro de las cenizas para que tuviera que recogerlas una a una de nuevo -, y así muchas otras cosas más. Al anochecer, después de todo el trabajo que la dejaba rendida de cansancio, no tenía cama a donde ir a dormir, por lo que se acostaba entre las cenizas junto al fuego. Su padre, casi siempre ausente de la casa por su trabajo, no percibía lo que pasaba. Y como la joven siempre andaba sucia y tiznada por la ceniza, ellas le pusieron el sobrenombre de "Cenicienta".

Sucedió que un día, en uno de los viajes que el padre acostumbraba hacer, le preguntó a las hijastras si querían que les trajera algo al regreso.

- "Bellos vestidos." - dijo una.

- "Perlas y joyas." - dijo la otra.

- "¿Y tú, que deseas para ti?" - le preguntó el padre a Cenicienta.

- "Padre, corta para mí, la primer rama que te golpee el sombrero cuando vengas de regreso." -

Así pues, él compró bellos vestidos, perlas y joyas para las dos hijastras, y cuando venía para su casa, pasando por un tupido bosque, una rama de avellano pegó en su sombrero y se lo botó. Entonces cortó la rama y la cargo con él.

Al llegar a casa, dio a las hijastras lo que le pidieron, y a Cenicienta la rama del avellano. Cenicienta se lo agradeció, fue a la tumba de su madre y plantó la rama allí, y lloró tanto que las lágrimas cayeron sobre la rama y la humedeció. Y la rama creció, llegando a ser un frondoso árbol. Tres veces al día, Cenicienta iba y se sentaba bajo él, y lloraba y rezaba, y un pequeño pajarito blanco venía siempre al árbol, y si Cenicienta expresaba algún deseo, el pajarito le dejaba caer lo que ella había deseado.

Sucedió sin embargo, que el rey organizó un festival que duraría tres días, y al cual invitaba a todas la bellas muchachas del país, para que su hijo pudiera escoger a una de ellas por esposa.

Cuando las dos hermanastras oyeron que ellas estarían en la lista, se sintieron muy complacidas, y llamaron a Cenicienta diciéndole:

- "Péinanos el cabello, cepilla nuestros zapatos y sujeta nuestras hebillas, porque vamos para el festival en el palacio del rey." -

Cenicienta obedecía, pero lloraba, porque también le gustaría poder ir con ellas al baile. Y le rogaba a su madrastra que lo hiciera.

Pero su madrastra, que no era buena ni cariñosa, como sí lo son la mayoría de las madrastras, le dijo:

- "¿Ir tú, Cenicienta? ¿Tú, que estás toda sucia y asquerosa, pretendes ir al festival?, ¡tú que no tienes vestidos ni zapatos adecuados, y pretendes ir a bailar!" -

Sin embargo tanto insistía Cenicienta en pedirlo, que al fin dijo la madrastra:

- "He vaciado un plato de lentejas entre las cenizas para tí. Si en dos horas las has recogido todas, podrás ir con nosotras." -

La joven Cenicienta corrió hacia la puerta trasera que da al jardín, y llamó:

-¡Hola!, ustedes mansas palomitas, ustedes pequeñas tortolitas, y ustedes pajaritos del cielo, vengan y me ayudan a recoger lentejas:

" Las buenas al tazón,
las malas al montón." "-

Entonces dos palomas blancas entraron por la ventana de la cocina, y detrás las tortolitas, y por último todos los pajaritos que volaban cerca, y llegaron zumbando y en tropel y se colocaron junto a las cenizas. Y las palomas movían sus cabezas y comenzó el pic, pic, pic. Y todos los demás también estaban con el pic, pic, pic, y recogieron todos los granos y los colocaron en el plato.

Difícilmente había transcurrido una hora cuando ya habían terminado, y salieron de la cocina. Entonces Cenicienta llevó el plato donde la madrastra, e iba contenta, pensando que ahora sí que la dejaría ir al festival. Pero la madrastra dijo:

-¡Ah no, Cenicienta!, tú no tienes vestidos y así no puedes bailar. Sólo serías motivo de risas."-

Y como Cenicienta lloró por eso, la madrastra dijo:

-"Si puedes sacar de las cenizas otros dos platos de lentejas que tienen mezcladas, y me las muestras en menos de una hora, podrías ir con nosotras."-

Y la madrastra pensó para sí:

-¡Eso sí que no lo podrá hacer!"

En cuanto la madrastra mezcló los dos platos de lentejas con la ceniza, la joven corrió de nuevo a la puerta que da al jardín y gritó:

-¡Hola!, ustedes mansas palomitas, ustedes pequeñas tortolitas, y ustedes pajaritos del cielo, vengan y me ayudan a recoger lentejas:

" Las buenas al tazón,
las malas al montón." "-

Entonces dos palomas blancas entraron por la ventana de la cocina, y detrás las tortolitas, y por último todos los pajaritos que volaban cerca, y llegaron zumbando y en tropel y se colocaron junto a las cenizas. Y las palomas movían sus cabezas y comenzó el pic, pic, pic Y todos los demás también estaban con el pic, pic, pic, y recogieron todos los granos y los colocaron en el plato, y antes de media hora habían terminado y volaron hacia afuera de nuevo. Entonces la joven llevó los platos a la madrastra, y toda contenta pensando que ahora sí iría al festival con ellas. Pero la madrastra dijo:

-¡Nada de eso te ayudará, no irás con nosotras, ya que no tienes vestidos para bailar, y nos avergonzaríamos de ti!"-

Y volvió la espalda a Cenicienta, y salió presurosa junto con su dos orgullosas hijas.

Como ya no había nadie más en la casa, Cenicienta fue a la tumba de su madre bajo el árbol de avellanas, y gritó:

- "Tirita y tiembla, arbolito, te lo pido a tí,
oro y plata tírame a mí." -

Entonces un pájaro le tiró un vestido de oro y plata, con bordados de fina seda. Y ella se colocó el vestido y corrió al festival. Sus hermanastras y su madrastra no la reconocieron, y creyeron que sería una princesa extranjera, ya que se veía tan bella con aquel vestido de oro y plata. Ellas nunca la relacionaron con Cenicienta, y más bien la imaginaban sentada en la cocina de la casa, toda sucia, recogiendo lentejas de las cenizas.

El príncipe fue a conocerla, la tomó de la mano y bailó con ella. El no quiso bailar con ninguna otra joven, y nunca le soltó la mano, y si alguien venía a invitarla, él decía:



- "Ésta es mi compañera." -

Ella bailó hasta el atardecer, y entonces quiso regresar a casa. Pero el hijo del rey le dijo:

- "Yo iré contigo y te acompañaré." -, pues quería saber a que familia pertenecía la bella joven.

Sin embargo ella logró escabullirse de él, y se metió en un palomar. El hijo del rey esperó a que llegara un leñador que había llamado, y entonces le contó que la extraña joven había saltado hacia el palomar. El viejo hombre pensó:

- "¿Quién podrá ser?"

Y mandó a que le trajeran un hacha y un pico, y él tiró en pedazos el palomar, pero no encontraron a nadie adentro. Y cuando todos llegaron a la casa, Cenicienta yacía en sus sucios vestidos, y una débil lámpara de aceite alumbraba la habitación, pues Cenicienta había saltado rápidamente por la parte trasera del palomar y corrió al arbolito de avellanas, y allí se quitó el vestido de oro y plata y lo colocó sobre la bóveda, y la paloma se lo llevó de allí. Luego ella se fue a la cocina y se colocó entre las cenizas con su usual gris vestimenta.

Al día siguiente, cuando el festival comenzó de nuevo, y su madrastra y hermanas se habían marchado, Cenicienta fue al avellano y dijo:

- "Tirita y tiembla, arbolito, te lo pido a ti,
oro y plata tírame a mí." - "

Entonces el pájaro le tiró ahora un vestido mucho más bonito que el del día anterior. Y cuando Cenicienta apareció en el festival con ese vestido, todo el mundo quedó maravillado de su presentación. El hijo del rey había esperado hasta que ella llegara, e inmediatamente tomó su mano y bailó únicamente con ella. Cuando alguien venía a invitarla, él decía:

- "Ésta es mi compañera." -

Cuando llegó el atardecer ella quiso retirarse, y el hijo del rey la siguió, pues quería ver en que casa se introducía. Pero ella se escapó rápido de él, y entró a un jardín detrás de una casa. Había allí un bello y alto árbol del cual colgaban magníficas peras. Ella subió tan ágilmente las ramas como una ardilla, que el hijo del rey no pudo saber exactamente por dónde se fue. Y esperó a que llegara otra vez el leñador, y entonces le contó que creía que la extraña joven había subido al árbol de peras. El viejo hombre pensó:

- "¿Quién podrá ser?"

Y tomando el pico y el hacha, derribó al árbol, pero no había nadie allí. Y en casa de Cenicienta, cuando todos llegaron a la cocina, Cenicienta estaba allí, entre las cenizas, como siempre, ya que ella había saltado por el lado opuesto del peral, y entregado el bello vestido a la paloma en el avellano, y puesto sus grises ropas de nuevo.

Al tercer día, cuando todos se habían marchado, Cenicienta fue otra vez más a la tumba de su madre y dijo al árbol:

- "Tirita y tiembla, arbolito, te lo pido a ti,
oro y plata tírame a mí." -

Y ahora el pájaro le tiró otro vestido aún más esplendoroso y lujoso que jamás hubiera tenido, y las zapatillas eran de oro. Y cuando llegó al festival con aquella vestimenta, todo el mundo quedó mudo de la impresión. El hijo del rey de nuevo sólo bailó con ella, y si alguien llegaba a invitarla, le decía:

- "Ella es mi compañera." -

Al llegar otra vez el atardecer, Cenicienta quiso retirarse, y el hijo del rey estaba ansioso de acompañarla, pero ella escapó tan rápido que no pudo seguirla. Sin embargo, el hijo del rey, había pensado en una estrategia, y había llenado las escaleras con resina, y cuando ella bajaba las gradas, la zapatilla izquierda se quedó pegada. El hijo del rey la recogió, y era pequeña y fina, toda de oro. Al día siguiente fue donde el rey y le dijo:

- "Ninguna joven, sino solamente aquella a quien le calce esta zapatilla de oro podrá ser mi esposa." -

Al saberse la noticia, las dos hermanas se regocijaron, pues tenían un bonito pie. Cuando el hijo del rey, en su recorrido, llegó a la casa de Cenicienta, la mayor fue a su habitación con la zapatilla a tratar de colocársela, y su madre estaba con ella. Pero le fue imposible ajustar el dedo gordo del pie, y la zapatilla era demasiado pequeña para ella. Entonces su madre trajo un cuchillo y le dijo:

- "Córtate el dedo, que cuando seas la reina, no necesitarás andar más a pie." -

La muchacha se cortó el dedo, y forzó el pie dentro de la zapatilla, y soportando el dolor, fue donde el hijo del rey. Entonces él la montó en su caballo como novia, y salió con ella. Pero sin embargo, tenían que pasar por la tumba, y allí, en el avellano, estaban las dos palomas que gritaban:

- "Voltea y vuelve a ver,
hay sangre en el zapato,
muy grande es el pie,
y en casa está aún tu mujer" -

Entonces el bajó la mirada y vio cómo salía sangre del zapato. Volteó hacia atrás a su caballo, y llevó a la falsa novia de regreso a su casa, y dijo que esa no era la verdadera, y que la otra hermana debería medirse la zapatilla. Entonces ella fue a su habitación y sus dedos calzaban bien en la zapatilla, pero su talón era demasiado largo. Y su madre de nuevo tomó el cuchillo y le dijo:

- "Córtate un poco ese talón, pues cuando seas reina, no necesitarás andar más a pie." -

La hija se cortó un pedazo del talón, soportó el dolor, y fue a la presencia del hijo del rey. Y la montó en su caballo como su novia, y se fue con ella. Pero cuando pasaban el avellano, las dos palomas sentadas en él, gritaron:

- "Voltea y vuelve a ver,
hay sangre en el zapato,
muy grande es el pie,
y en casa está aún tu mujer" -

Él miró hacia abajo al pie de ella y vio cómo salía sangre de la zapatilla y cómo le había manchado su media blanca. Entonces giró a su caballo y llevó a la falsa novia de nuevo a su casa.

- "Ésta no es la correcta" - dijo él, - "¿No tienes otra hija?" - preguntó al padre.

- "Bueno..." - dijo el hombre, - "hay aún una pequeña y tímida hija en la cocina, que mi anterior esposa me dejó, pero es imposible que ella pueda ser la novia." -

El hijo de rey dijo que fueran por ella, pero la mujer exclamó:

- "¡Oh, no, ella está muy sucia, y no puede presentarse así!" -

El insistió decididamente, y tuvieron que llamar a Cenicienta. Ella primero se lavó sus manos y su cara, y entonces se reverenció ante el hijo del rey, quien le dio la zapatilla de oro. Ella se sentó serenamente en una banca, sacó su pie del pesado zapato de madera y lo puso en la zapatilla, que calzó como un guante.

Y cuando ella se levantó y el hijo del rey la miró a la cara, reconoció a la bella joven que bailó con él y gritó entusiasmado:

- "¡Ésta es la verdadera novia!" -

Y además, Cenicienta sacó la otra zapatilla que guardaba en su delantal y se lo puso emocionadamente.

La madrastra y las dos hijas quedaron aterrorizadas y se pusieron pálidas y rabiosas. Él, sin más que hacer, montó a Cenicienta en su corcel, y salió con ella. Cuando pasaban por el avellano, las dos palomas cantaron:

- "Voltea y vuelve a ver,
no hay sangre en el zapato,
muy exacto es el pie,
y contigo viaja tu mujer" -

y una vez que dijeron eso, las dos palomas volaron hacia ellos y se posaron en los hombros de Cenicienta, una a la derecha, otra a la izquierda, y allí siguieron todo el viaje.

Cuando llegó el día de celebrar la boda del hijo del rey, las dos hermanastras llegaron y buscaron obtener el favor de Cenicienta y compartir su buena fortuna. Y cuando la pareja de novios iba hacia la iglesia, la mayor se colocó al lado derecho y la menor al lado izquierdo de Cenicienta, pero entonces las palomas empezaron a picotearlas y a ensuciarlas sin descanso. De ese modo castigaron a las hermanas por su maldad y falsedad, quedando ellas con las cicatrices por muchos días. Sin embargo, por tener gran corazón, Cenicienta las perdonó sinceramente y las ayudó a llevar una vida digna, junto con su padre y su madrastra.

Enseñanza:

No se debe despreciar al humilde, siempre tiene tesoros que no se ven.





010-Los Siete Cuervos

Había una vez un hombre que tenía siete hijos, y no tenía ninguna hija, aunque deseaba tener una. A los días su esposa le dio la noticia de la próxima llegada de un nuevo hijo. Y sucedió que por fin fue una niña. La dicha fue inmensa, pero la niña era pequeña y enfermiza, y tuvieron que bautizarla privadamente por motivo de su debilidad. El padre envió a uno de sus muchachos con una jarra a que fuera de prisa al pozo para que trajera agua para el bautizo. Los otros seis lo acompañaron, y como cada uno quería ser el primero en llenarla, discutiendo se les cayó la jarra en el pozo.

Se quedaron paralizados, y no sabían que hacer, y ninguno quería volver a la casa. Como ellos no retornaban, el padre se impacientó y dijo:

- "¡De seguro se quedaron jugando y olvidaron su deber, esos irresponsables muchachos!" -

Él se atemorizó tanto de que la niña muriera sin ser bautizada, que en su angustia gritó:

- "¡Desearía que todos esos muchachos se convirtieran en cuervos!" -

No había terminado de pronunciar esas palabras cuando escuchó un escandaloso ruido de alas en el aire sobre su cabeza, miró hacia arriba y vio a siete negros cuervos alejándose. Los padres no podían creer aquello, y muy tristes con la pérdida de sus siete hijos, se consolaban con la existencia de su pequeña hija, que pronto se restableció y fue creciendo sana y bondadosa.

Por un largo tiempo, ella no supo que tenía hermanos, pues sus padres se cuidaban de no mencionarlo en su presencia. Pero un día, accidentalmente escuchó a otra gente hablando de ella:

- "Que la muchacha era ciertamente encantadora, pero que en realidad era la culpable de la mala fortuna que habían tenido sus siete hermanos." -

Entonces ella se sintió acongojada, y fue donde sus padres y preguntó si era cierto que ella tenía hermanos, y que qué había sido de ellos. Los padres no pudieron ocultar más el secreto, pero que lo que les había sucedido a sus hermanos fue la voluntad del cielo, y que su nacimiento solamente fue una causa inocente de aquello.

Pero la joven tomó todo eso a pecho diariamente, y pensó que tenía que salvar a sus hermanos. Ella no tenía descanso ni paz hasta que secretamente se fue, y salió hacia el ancho mundo para encontrar la pista de sus hermanos y liberarlos, le costara lo que fuera. No llevaba nada con ella, a excepción de un pequeño anillo de sus padres como amuleto, un bollo de pan contra el hambre, una pequeña botella de agua contra la sed y una pequeña silla como provisión contra el cansancio.

Y ella avanzaba continuamente hacia adelante, lejos y más lejos, hacia el puro final del mundo. Y llegó hasta donde el sol, pero era muy caliente y terrible, y devoraba a los niños pequeños. Rápidamente ella corrió, y fue hacia la luna, pero era muy helada, y también horrible y maliciosa, y cuando la vio a ella, dijo:

- "Me huele, me huele a carne humana." -

Con eso ella escapó velozmente y llegó hasta las estrellas, que fueron amables y buenas con ella, y cada una de ellas estaba sentada en su propia sillita particular. Pero la estrella matutina se levantó, y le dio el hueso de una pata de pollo, y dijo:

- "Si tú no tienes ese hueso, no podrás abrir la Montaña de Cristal, y es en esa montaña donde están tus hermanos." -

La joven tomó el hueso, lo envolvió cuidadosamente en una manta, y siguió adelante hasta llegar a la Montaña de Cristal. La puerta estaba cerrada, y pensó que debería sacar el hueso, pero cuando desenvolvió la manta, estaba vacía, y se dio cuenta de que había perdido el regalo de la buena estrella.

¿Qué debería hacer ahora? Ella deseaba rescatar a sus hermanos, y no tenía la llave de la Montaña de Cristal. La buena hermana tomó un cuchillo, cortó uno de sus pequeños dedos, lo puso en la puerta y exitosamente se abrió. En cuanto ella entró, un pequeño enano se le acercó, quien le dijo:



- "Mi muchachita, ¿que andas buscando?" -

- "Busco a mis hermanos, los siete cuervos." - replicó ella.

El enano dijo:

- "Los señores cuervos no están en casa, pero si quieres esperar hasta que regresen, pasa adelante." -

Enseguida el pequeño enano trajo la comida de los cuervos, en siete platitos, y siete vasitos, y la pequeña hermana comió una pizca de cada plato, y un pequeñito sorbo de cada vaso, pero en el último vaso dejó caer el anillo que ella había cargado consigo.

De pronto ella oyó el aleteo de alas y un zumbido por el aire, y entonces el pequeño enano dijo:

- "Ahora los señores cuervos están llegando a casa." -

Y ellos llegaron, y querían comer y beber, y buscaron sus pequeños platos y vasos. Entonces se dijeron unos a otros:

- "¿Quién habrá comido algo de mi plato? ¿Quién habrá bebido algo de mi vaso? Es la huella de una boca humana." -

Y cuando el séptimo llegó al fondo de su vaso, el anillo rodó contra su boca. Entonces lo miró, y vio que era el anillo que pertenecía a su padre y madre, y dijo:

- "Dios nos ha otorgado que nuestra hermana pueda estar aquí, y entonces quedaremos libres." -

Cuando la joven, que se había quedado observando detrás de la puerta, escuchó el deseo, avanzó hacia adelante, y en ese instante los cuervos retornaron a su forma humana de nuevo. Y se abrazaron y besaron, y regresaron felizmente a su casa.

Enseñanza:

Nunca debe de tomarse determinaciones, ni hacer amenazas, bajo un estado de enojo.





011-Un Cuento Enigmático

Tres mujeres fueron convertidas en flores y colocadas en el campo del jardín, pero a una de ellas le fue permitido que durante las noches podía estar en su casa como humana. Entonces, una noche, cuando ya se acercaba el día y tendría que volver a ser flor otra vez, ella le dijo a su esposo:

-"Si cuando vuelves más tarde vienes al jardín y me arrancas, quedaré libre y podré estar siempre contigo."-

Y él así lo hizo.

Ahora, la pregunta es: -¿Cómo supo el esposo cuál era la flor correcta, si todas se veían exactamente igual, sin ninguna diferencia en su forma?

Respuesta: Como ella pasaba la noche en su casa y no en el jardín, no había entonces rocío sobre ella como sí lo había sobre las otras, y así el esposo supo cuál era la que debía tomar.

Enseñanza:

Una adecuada observación, da una correcta solución.



012-Los Músicos de Bremen



Un cierto hombre tenía un burro, con el cual transportó infatigablemente los sacos de maíz al molino durante muchos años, pero la fuerza del burro ya decaía, y cada día se le hacía más difícil cumplir la tarea. Entonces el hombre comenzó a considerar que tendría que deshacerse del burro. Pero el burro, sintiendo que no soplaban buenos vientos, se escapó y tomó el camino rumbo a Bremen.

- "Ahí" - pensó el burro, - "podré ser un músico de pueblo." -

Cuando había recorrido alguna distancia, se encontró a un perro de caza echado en el camino, cansado y jadeando como quien corrió hasta más no dar.

- "¿Por qué estás jadeando tanto, compañero?" - preguntó el burro.

- "¡Ah!" - replicó el perro, - "como ya estoy viejo, y cada día me pongo más débil, y ya no puedo cazar como antes, mi patrón quiere terminar conmigo, así que me escapé soplado. Pero ahora, ¿cómo haré para ganarme mi pan?" -

- "Te diré una cosa" - dijo el burro, - "yo voy hacia Bremen, y voy a hacerme músico de pueblo, ven conmigo y hazte también un músico. Yo tocaré la flauta y tú golpearás el tambor" -

El perro aceptó y avanzaron hacia Bremen.

Al cabo de un rato encontraron un gato sentado en el camino, con una cara como de tres días de ayuno.

- "Y ahora, viejo maullador, ¿qué ha estado mal contigo?" - le preguntó el burro.

- "¿Quién podría sentirse contento cuando tiene una soga en el cuello?" - contestó el gato. - "Porque ahora que me estoy poniendo viejo, y mis dientes ya no muerden bien, y prefiero estar sentado junto al fogón bien acurrucado en vez de andar detrás de algún ratón, mi ama desea echarme lejos, por lo que decidí huir primero. Pero ahora los buenos consejos están escasos. ¿Hacia donde podré ir?" -

- "Ven con nosotros a Bremen. Tú sabes mucho de cantos nocturnos, podrás ser un buen músico de pueblo." -

El gato lo pensó muy bien y decidió irse con ellos. Al cabo de un rato, los tres fugitivos llegaron a una granja, donde el gallo se había sentado sobre el portón, cantando a lo más que podía.

- "¡Qué modo de cantar!" - le dijo el burro. - "¿Qué te sucede?" -

- "Yo he estado pronosticando buen tiempo, porque es el día en que nuestra Señora lava la ropita del pequeño Niño, y ella quiere que se seque." - dijo el gallo, - "pero para el domingo vendrán invitados, por lo que la patrona no tendrá piedad, y le ha dicho a la cocinera que quiere comerme en sopa. Y para esta tarde ya habrán cortado mi cabeza. Por eso ahora estoy cantando a lo que más doy, mientras pueda." -

- "Ah, pero cresta-roja" - dijo el burro, - "mejor vienes con nosotros. Vamos hacia Bremen. Encontrarás algo mejor que ser cocinado, ya que tienes muy buena voz, y si nosotros hacemos la música juntos, será de buena calidad." -

El gallo estuvo de acuerdo con el plan, y los cuatro marcharon juntos. Sin embargo no alcanzaron a llegar a Bremen ese mismo día, y al atardecer llegaron a una foresta donde pensaron pasar la noche. El burro y el perro se echaron bajo un gran árbol, el gato y el gallo se subieron a las ramas, pero el gallo decidió volar hasta la cumbre, donde se sentía más seguro. Antes de irse a dormir, el gallo miró para todo lado, y le pareció ver en la distancia un pequeño resplandor, así que llamó a sus compañeros diciendo que debería de haber una casa no muy lejos, pues ha visto su luz. El burro dijo:

- "Si es así, mejor nos levantamos y vamos hacia allá, pues el refugio de aquí no es nada bueno" -

El perro pensó que unos pocos huesos con algo de carne le caerían muy bien.

Así es que se fueron en la dirección de aquella luz, y pronto la vieron brillar más fuertemente y más grande, hasta que llegaron a una bien iluminada casa de ladrones.



El burro, por ser el más grande, fue a asomarse a la ventana.

- "¿Qué es lo que ves, mi caballo gris?" - preguntó el gallo.

- "¿Qué es lo que veo?" - respondió el burro, - "una mesa repleta de buenas cosas para comer y beber, y ladrones sentados disfrutando de todo eso." -

- "Eso es exactamente lo que necesitamos" - dijo el gallo.

- "¡Sí, sí, y cómo me gustaría que estuviéramos allí!" - comentó el burro.

Entonces los animales se reunieron para planear como sacar a los ladrones de la casa, y al rato concibieron un plan. El burro se pararía en la ventana, con sus patas delanteras apoyadas en el marco, el perro se subiría en la espalda del burro, el gato iría sobre el perro, y por último el gallo quedaría encima de la cabeza del gato.

Cuando eso estuvo hecho, a una señal ellos empezarían a hacer su música juntos: el burro rebuznando, el perro ladrando, el gato maullando, y el gallo cantando. Entonces se resbalaron sobre la ventana, quebraron el vidrio y cayeron dentro de la habitación. Con semejante horrible ruido, los ladrones se levantaron como un resorte, pensando solamente que un fantasma había llegado, y corrieron velozmente y con gran nerviosismo y se internaron en el bosque.

Y ahora, los cuatro viajeros se sentaron a la mesa, muy contentos con lo que había quedado, y comieron como si fueran a estar en ayunas por un mes.

Una vez satisfechos los cuatro, apagaron la luz, y cada uno buscó un lugar donde acomodarse adecuadamente a su condición natural. El burro se echó sobre unas pajas en el patio, el perro detrás de la puerta, el gato sobre el borde la chimenea, cerca de las cenizas tibias, y el gallo se subió sobre una viga del techo, y cansados como estaban, pronto se durmieron.

Pasada la media noche, los ladrones notaron que la luz ya no estaba encendida en la casa, y se veía tranquila, por lo que el capitán dijo:

- "No debemos dejarnos asustar por nuestra imaginación"-, y ordenó a uno de ellos que fuera a examinar la casa.

El mensajero fue encontrando todo quieto, fue a la cocina a encender una candela, y creyendo que los brillantes ojos del gato eran carbones vivos, encendió un fósforo para alumbrarlos. Pero el gato no comprendía el asunto, y se le lanzó a la cara, abofeteándolo y arañándolo. Él quedó terriblemente asustado y corrió a la puerta trasera, pero el perro que estaba allí se levantó y le mordió su pierna, y cuando corría por el patio, por donde estaba la paja, el burro le dio una certera patada. El gallo, que se había despertado por el ruido, y ya con plena conciencia, cantó desde la viga:

- "¡Quí qui ri kíí...!"-

Y así, el ladrón regresó corriendo y cojeando, lo más rápido que pudo donde el capitán, y dijo:

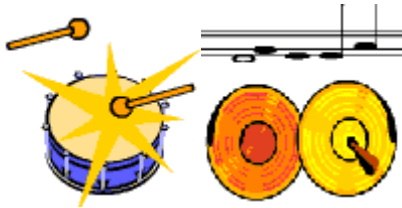
- "¡Uy!, hay una espantosa bruja metida en la casa, que me abofeteó y me arañó la cara con sus largas uñas, y por la puerta había un hombre con un puñal, que me lo clavó en la pierna, y en el patio había un monstruo negro que me golpeó con un palo de madera, y encima, sobre el techo, estaba un juez que gritaba:

- "¡Tráemelo aquíí...!"-, así que me largué tan rápido como pude.

Después de todo aquello, los ladrones ya no confiaron más en esa casa, pero les quedó tan bien a los músicos de Bremen, que ya no quisieron salir de ella nunca más. Y la boca de quien contó de último esta historia, está aún tibia.

Enseñanza:

Nunca hay que despreciar a quienes después de haber dado todo su esfuerzo en su vida, llegan a la natural vejez.





013-El Hijo Ingrato

Un hombre y su esposa, estaban sentados en el corredor, a la entrada de su casa, y tenían en su mesa un delicioso pollo asado para comerlo juntos. En eso el hombre vio que su anciano padre se acercaba, y rápidamente tomó el pollo y lo escondió, para que el anciano no pudiera coger nada de él. El viejito llegó, tomó una bebida y se marchó.

Entonces el hijo quiso poner de nuevo el pollo en la mesa, pero cuando fue a cogerlo, lo que había era un enorme sapo, que se le lanzó a su cara y se quedó allí, y nunca se le despegó, y si alguien intentaba quitárselo, lo miraba maliciosamente como si estuviera a punto de lanzársele a su cara, así que nadie se aventuraba a tocarlo. Y el ingrato hijo quedó obligado a alimentar al sapo todos los días, porque si no él se alimentaba de su cara. Así, por su ingratitud, el hombre no volvió a tener descanso en su vida.

Enseñanza:

Siempre se debe respetar a padre y madre.





014-Las Migajas en la Mesa

Un campesino dijo un día a sus mascotas:

- "Vengan al comedor y disfruten, coman de todas las migajas de pan que hay en la mesa. La señora ha salido a cumplir con algunas visitas." -

Entonces las pequeñas mascotas dijeron:

- "No, no. No iremos. Si la señora lo llega a saber, nos castigará." -

- "Ella no sabrá nada de esto." - dijo el campesino. - "Vengan, después de todo ella nunca les da nada bueno." -

Y los perritos, meneando sus cabecitas, dijeron de nuevo:

- "Nopi, nopi, no iremos. Dejaremos eso donde está." -

Pero el campesino no los dejaba en paz, hasta que al fin fueron, subieron a la mesa y comieron todas las migajas que pudieron. Pero en ese momento llegó la señora, y revoloteó un pequeño látigo con gran destreza y los castigó severamente. Cuando salieron sollozando de la casa, los perritos dijeron al campesino:

- "¡Uh, uh, uh! ¿Viste...?" -

El campesino se rió y dijo:

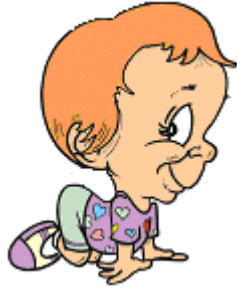
- "Ji, ji, ji. ¿Y no era eso lo que esperaban...?"

Y a ellos no les quedó más que salir corriendo.

Enseñanza:

Cuando se rompe el reglamento, enseguida viene el lamento.





015-Pulgarcito

Había una vez un pobre campesino que se sentaba al anochecer junto al hogar y lo encendía, y su esposa se sentaba e hilaba. Entonces dijo él:

- "¡Qué triste es que no tengamos niños! Con nosotros todo es tan calmo, y en otras casas hay bullicio y vida." -

- "Cierto" - replicó la esposa suspirando, - "aún si tuviéramos solamente uno, y si fuera pequeñito, tan grande como un pulgar, yo estaría satisfecha, y lo amaríamos con todo nuestro corazón." -

Y sucedió que la mujer quedó embarazada, y siete meses después dio a luz a un niño, que era perfecto en su forma, pero no más grande que un pulgar. Entonces ellos dijeron:

- "Es como deseamos que fuera, y será nuestro amado niño." -

Y por motivo de su tamaño, lo llamaron Pulgarcito. Ellos le proveyeron de todo alimento, pero el niño no crecía de talla, si no que seguía del mismo tamaño, pero tenía unos ojitos vivaces, y pronto mostró ser una creatura hábil y entendida, y todo lo captaba perfectamente.

Un día el campesino se preparó para ir al bosque a cortar leña, cuando pensando en voz alta dijo:

- "¡Cómo desearía que hubiera alguien que pudiera llevarme la carreta!" -

- "Oh padre" - gritó Pulgarcito, - "enseguida yo te llevo la carreta, confía en eso, la tendrás en el bosque en el momento apropiado." -

El hombre sonrió y dijo:

- "¿Cómo podría ser, tú tan pequeño manejando los caballos con las riendas?" -

- "Eso no es problema, padre, si mi madre les pone los arreos, yo me sentaré en la oreja del caballo y le iré diciendo qué rumbo tomar." -

- "Bien" - dijo el hombre, - "por esta vez lo intentaremos" -

Cuando llegó el momento, la madre alistó la carreta con el caballo, y colocó a Pulgarcito en la oreja del caballo. Y entonces la creatura gritó:

- "¡Arre! ¡Arre!" -

Todo sucedió apropiadamente como si fuera manejada por el patrón, y la carreta iba por el camino correcto hacia el bosque. Y pasó que al doblar en una esquina, cuando el pequeño iba gritando - "¡Arre! ¡Arre!" - dos extraños hombres se acercaron.

- "¡Por Dios! dijo uno de ellos, - "¿Qué es esto? ¡una carreta que va caminando, y se oye a un carretero arreando al caballo pero no se ve a nadie!" -

- "Algo no calza" - dijo el otro, - "sigamos a la carreta y veamos a donde para." -

La carreta, sin embargo, se internó dentro del bosque, y llegó exactamente adonde la leña había sido cortada. Cuando Pulgarcito vio a su padre, le gritó:

- "Ves padre, aquí estoy con la carreta, bájame por favor." -

El padre sostuvo al caballo con su mano izquierda, y con la derecha sacó a su pequeño hijo de la oreja. Pulgarcito se sentó graciosamente en una rama, pero cuando los dos hombres lo vieron, no supieron que decir por el asombro. Entonces uno de ellos se acercó al otro y le dijo:

- "Hark, ese pequeñín puede traernos una gran fortuna si lo exhibimos en una gran ciudad por dinero. Comprémoslo." -

Ellos fueron donde el campesino y le dijeron:

- "Véndanos a ese hombrecito. Será bien tratado por nosotros." -

- "No" - replicó el padre, - "él es la luz de mis ojos, y ni todo el oro del mundo podría comprármelo." -

Pulgarcito, sin embargo, cuando oyó acerca del negocio, agarrándose de la tela del abrigo de su padre, subió hasta el hombro y le susurró en el oído:

- "Padre, déjame ir, y yo volveré pronto" -

Entonces el padre fue con él donde los dos hombres, y recibió un buen puñado de dinero.

- "¿Dónde te sentarás?" - preguntaron ellos.

- "Oh, simplemente ponme en el ala del sombrero, y desde allí yo podré ir hacia atrás o hacia adelante mirando el paisaje, y no me caeré." -

Ellos lo hicieron tal como lo pidió. Y cuando Pulgarcito se despidió de su padre, ellos partieron con él. Caminaron hasta que oscureció, y entonces el pequeñín dijo:

- "Bájame por favor, necesito bajar." -

El hombre se quitó el sombrero y puso al pequeño compañero en el suelo, a la orilla del camino, y él saltó y se arrastró entre la maleza, y repentinamente se deslizó en el hueco de una cueva de ratones que él había visto.

- "¡Buenas tardes, caballeros, pueden irse a casa sin mí!" - le gritó a los hombres, y se burló de ellos. Ellos corrieron hacia él y metieron varillas dentro de la cueva de los ratones, pero fue una labor perdida. Pulgarcito se metió más adentro aún, y cuando ya oscureció completamente, los hombres se vieron forzados a regresar a sus casas con su pesadumbre y con los bolsillos vacíos.

En cuanto Pulgarcito vio que ellos se fueron, salió del pasaje subterráneo.

- "Es tan peligroso caminar sobre el suelo en la oscuridad" - se dijo él, - "¡tan fácil que sería quebrarse un brazo o una pierna!" -

Afortunadamente tropezó contra una concha de caracol vacía.

- "¡Gracias a Dios!" - se dijo, - "Dentro de esto puedo pasar la noche sin peligro" - y se metió en ella.

Al poco rato, cuando ya estaba a punto de dormirse, oyó a dos hombres que pasaban por allí, y uno de ellos decía:

- "¿Cómo podríamos hacer para sacarle al rico pastor su oro y su plata?" -

- "Yo te puedo decir" - gritó pulgarcito, interrumpiéndolo.

- "¿Qué fue eso?" - dijo uno de los ladrones asustado, - "Escuché a alguien hablando." -

Ellos se mantuvieron escuchando, y Pulgarcito dijo de nuevo:

- "Llévenme con ustedes, y les ayudaré." -

- "¿Pero dónde estás?" - preguntaron.

- "Justo en el suelo, y observen de donde viene mi voz." - contestó.



Por fin los ladrones lo encontraron y lo levantaron.

- "¿Tú, pequeño duende, cómo tú nos vas a ayudar?" - dijeron.

- "Tengo un modo." - respondió él. - "Yo entraré a la habitación del pastor metiéndome entre las rejas, y les pasaré a ustedes lo que deseen tener."

- "Entonces ven con nosotros" - dijeron, - "y veremos que puedes hacer" -

Cuando llegaron a la casa del pastor, Pulgarcito se arrastró a la habitación, e inmediatamente gritó lo más fuerte que pudo:

- "¿Quieren tener todo lo que hay aquí?" -

Los ladrones se alarmaron, y dijeron:

- "Pero habla bajito, no vayas a despertar a alguien." -

Pulgarcito, sin embargo, actuó como si no hubiera entendido, y gritó de nuevo:

- "¿Qué es lo que quieren? ¿Quieren ustedes todo lo que hay aquí?" -

La criada, que dormía en la habitación contigua, oyó aquello y se sentó en la cama, y siguió escuchando. Los ladrones sin embargo, con su temor se habían alejado un poco, pero al final tomaron coraje y pensaron:

- "Ese pequeño pícaro quiere burlarse de nosotros." -

Ellos regresaron y le susurraron:

- "Ven, sé serio, y pásanos algo a nosotros." -

Entonces Pulgarcito de nuevo gritó tan fuerte como pudo:

- "¡En verdad que les voy a dar todo, sólo extiendan las manos!" -

La criada, que estaba escuchando, oyó eso claramente, y saltó de la cama y fue a la puerta. Los ladrones volaron, corriendo como si los persiguiera el Cazador Salvaje, pero como la criada no podía ver nada, fue a encender una luz. Cuando volvió con la luz,

Pulgarcito, sin que fuera percibido, se fue al granero, y la criada, después de examinar cada rincón y no encontrar nada, se acostó de nuevo en su cama, y pensó, que después de todo, sólo había estado soñando con los ojos y oídos abiertos.

Pulgarcito había escalado en el heno y encontró un lindo lugar donde dormir. Allí intentó descansar hasta el amanecer, y luego regresar a casa donde sus padres. Pero debía pasar por otras cosas.

¡De veras que hay mucha aflicción y miseria en este mundo! Cuando el sol salió, la criada se levantó de su cama para ir a alimentar las vacas. Su primera caminata fue dentro del pajar, donde ella tomó una paca de heno, y precisamente era en la que Pulgarcito dormía. Sin embargo, él estaba tan profundamente dormido que no se dio cuenta de nada, y no se despertó hasta que estuvo en la boca de la vaca, que lo había tomado junto al bocado de heno.

- "¡Oh cielos!"- gritó el, - "¿Cómo sería que llegué hasta este molino?" -

Pero inmediatamente descubrió donde estaba. Entonces fue necesario tener mucho cuidado, no fuera a caer entre los dientes y ser descuartizado, pero inevitablemente fue forzado a resbalar dentro del estómago junto con el heno.

- "En esta habitación olvidaron las ventanas"- decía, - "y el sol no brilla, y ni siquiera hay una candela"-

El cuarto no le era nada placentero, y lo peor era que, más y más heno entraba por la puerta, y el espacio se reducía más y más. Entonces, confundido en su angustia, gritó tan fuerte como pudo:

- "¡No quiero más hierba, no quiero más hierba!" -

La criada estaba en ese momento ordeñando la vaca, y cuando oyó que alguien hablaba, y no vio a nadie, y acató que era la misma voz que había escuchado en la noche, se aterrorizó tanto que saltó de su banquillo y desparramó la leche. Corrió ella donde su patrón, y dijo:

- "¡Por los cielos, pastor, la vaca está hablando!"

- "¡Estás loca!"- respondió el pastor.

Pero decidió ir él personalmente a ver que era lo que pasaba allá. Y no terminaba de llegar cuando Pulgarcito gritó de nuevo:

- "¡No quiero más hierba, no quiero más hierba!" -

Entonces el mismo pastor se alarmó, y pensó que un espíritu endemoniado se había apoderado de la vaca, y ordenó matarla. Y fue matada, pero el estómago, donde estaba Pulgarcito, fue tirado a la basura.

Pulgarcito tuvo gran dificultad en salir del paso, sin embargo tuvo éxito en hacerse de más espacio, pero justo cuando iba sacando la cabeza, una nueva dificultad se presentó. Un lobo hambriento corrió hacia allá, y se tragó el estómago de un sólo bocado. Pulgarcito no perdió el coraje.

- "Quizás"- pensó él, -"el lobo tendrá que oír lo que tengo que decirle."-

Y lo llamó desde adentro de su estómago:

- "Querido lobo, yo sé de una magnífica fiesta para ti."-

- "¿Y adonde es que va a tener lugar?"-

- "En una casa que te indicaré. Tienes que arrastrarte por el fregadero de la cocina, y encontrarás pasteles y tocino y salchichas, y muchas otras cosas que podrás comer a tu gusto"-, y le describió exactamente la casa de su padre.

Al lobo no hubo que repetirle eso dos veces, se estrujó lo más que pudo y entró a la casa por el vertedero, y comió hasta quedar contento de gordo. Cuando hubo terminado con todo, quiso salir de nuevo, pero había engordado tanto que no podía usar la misma vía por donde entró.

Pulgarcito sabía que eso iba a suceder, y ahora comenzó a hacer violentos ruidos en el cuerpo del lobo, y gritaba y gritaba tan fuerte como podía.

- "¡Haz silencio!"- decía el lobo, -"¡vas a despertar a la gente!"-

- "¿Y qué?"- replicó el pequeñín, -"has comido hasta llenarte, y yo haré también mi fiesta"-

Y una vez más comenzó a gritar con furor. Por fin, su padre y madre fueron despertados por los ruidos, corrieron al cuarto y se asomaron por la ventanilla de la puerta. Cuando vieron que había un lobo adentro, se alejaron, y el esposo trajo su hacha, y la esposa la guadaña.

- "Ponte detrás"- dijo el hombre cuando entraron al cuarto. -"Cuando yo dé el primer golpe, si no queda muerto, córtalo y divídelo en piezas."-

Entonces Pulgarcito que oyó las voces de su padre, gritó:

- "¡Querido padre, yo estoy aquí, dentro del cuerpo de lobo!"-

Y dijo el padre lleno de gozo:

- "¡Gracias a Dios que nuestro hijo nos ha encontrado de nuevo!" -

Y le pidió a la mujer dejar la guadaña, para que Pulgarcito no resultara herido. El hombre levantó su brazo, y dio tan certero golpe a la cabeza del lobo que éste cayó muerto. Entonces trajeron navajas y tijeras, cortaron su cuerpo y sacaron al pequeñín para afuera.

- "¡Ah!" - dijo el padre, - "que preocupación hemos tenido pensando en tu suerte." -

- "Sí padre, anduve por el mundo en tantas situaciones. ¡Gracias al cielo, ya respiro aire fresco de nuevo.!" -

- "¿Dónde estuviste, entonces?" -

- "Ay padre, estuve en una cueva de ratones, en el estómago de una vaca, y luego en el de un lobo. Ahora ya estaré con ustedes." -

- "Ya no te volveremos a vender, ni por todas las riquezas del mundo" - dijeron sus padres.

Y abrazaron y besaron a su amado Pulgarcito. Le dieron de comer y beber, y lo vistieron con trajes nuevos que habían hecho para él, pues los que llevaba se estropearon en su viaje.

Enseñanza:

Ningún tesoro puede sustituir lo que se ama profundamente.





016-El Diablo con los Tres Pelos de Oro

Había una vez una pobre mujer que dio a luz a un pequeño niño, y como el niño nació con una membrana sobre su cabeza, le predijeron que en su decimocuarto año él tendría a la hija del rey por esposa. Sucedió que poco después el rey bajó a la villa, y nadie sabía que era el rey, y cuando preguntó a la gente que noticias nuevas había, contestaban:

- "Acaba de nacer un niño con una membrana en su cabeza, y quien quiera que nazca con eso tendrá muy buena suerte. Y le han profetizado, también, que cuando cumpla sus catorce años, obtendrá a la hija del rey por esposa." -

El rey, quien tenía un duro corazón, se enojó con lo de la profecía, fue donde los padres de la creatura, y aparentando gran amistad dijo:

- "Ustedes, pobre gente, permítanme tener a su niño y yo cuidaré de él." -

Al principio ellos rechazaron la oferta, pero cuando el extraño les ofreció una gran cantidad de oro, pensaron:

- "Es un niño con suerte, y cualquier suceso siempre se tornará a su favor." -

Y al fin consintieron y le dieron al niño.

El rey lo puso en una cesta y viajó con él hasta llegar a un profundo río. Entonces tiró el cesto al agua y pensó:

- "He librado a mi hija de su inesperado pretendiente." -

Sin embargo el cesto no se hundió, y flotó como un bote, y ni una gota de agua entró en él. Y navegó como dos leguas más abajo hasta llegar a un molino donde entró en una de las tomas de agua del molino. Un joven que trabajaba en el molino, que por casualidad estaba por ahí en ese momento, lo vio, y con un gancho lo jaló y lo sacó del agua, pensando que contenía un gran tesoro, pero cuando lo abrió encontró al precioso niño adentro vivo y contento. Se lo llevó entonces al molinero y su esposa, y como ellos no tenían niños se complacieron y dijeron:

- "Dios nos lo ha enviado -"

Y ellos cuidaron adecuadamente al niño, quien creció lleno de cariño.

Sucedió que años mas tarde, en una gira del rey, éste llegó al molino, y le preguntó al molinero y su esposa si ese alto joven era su hijo.

- "No" - contestaron, - "Él fue encontrado. Hace catorce años él flotaba sobre las aguas del río en un cesto y llegó al molino. Mi ayudante lo jaló y sacó del agua.

Entonces el rey supo que ese no era ni más ni menos que el niño con suerte que él había tirado al agua, y dijo:

- "Mi buena gente, ¿no podría ese muchacho llevarle una carta a la reina, y yo le pagaré con dos piezas de oro?" -

- "Cómo mande el rey." - contestaron ellos, y le dijeron al joven que se alistara.

El rey escribió una carta a la reina, en la que decía:

- "Tan pronto como este muchacho llegue con la carta, mátenlo y entiérrenlo. Todo debe estar cumplido antes de que yo regrese." -

El muchacho partió con la carta, pero perdió el camino, y al anochecer llegó a un gran bosque. En la oscuridad él vio una pequeña luz, y avanzó hacia ella hasta llegar a un rancho. Él entró, y vio a una vieja mujer que estaba sentada sola junto al fogón. Cuando ella vio al joven, dijo:

- "¿De dónde vienes, y hacia dónde te diriges?" -

- "Vengo del molino" - contestó, - "y deseo llegar donde la reina, para quien le llevo una carta, pero he perdido el camino en esta foresta y agradecería poder quedarme aquí la noche." -

- "¡Oh pobre muchacho!" - dijo la mujer, - "has llegado a una cueva de ladrones, y cuando vengan, de seguro te matarán." -

- "Deja que vengan" - dijo el joven, - "no estoy asustado, pero estoy tan cansado que no puedo avanzar más." - y se acomodó sobre una banca y se quedó dormido.

Muy pronto llegaron los ladrones, y molestos preguntaron quien era ese extraño muchacho durmiendo allí.

- "¡Ah!" - dijo la vieja mujer, - "es un inocente muchacho que se perdió en el bosque, y por piedad lo dejé entrar. Él debe de llevar una carta a la reina" -

Los ladrones abrieron la carta y la leyeron, y en ella decía que en cuanto el joven llegara debía ser muerto. Entonces los duros ladrones sintieron lástima, y su líder la rompió y escribió otra diciendo que tan pronto el muchacho llegara, debía ser casado al instante

con la hija del rey. Y lo dejaron dormir tranquilamente hasta la siguiente mañana. Y cuando despertó le dieron la carta, y le indicaron el camino correcto.

La reina, cuando recibió la carta y la leyó, hizo lo que estaba escrito en ella, y preparó una espléndida fiesta de boda, y la hija del rey fue casada con el joven de la suerte, y como el joven era apuesto y colaborador, ella vivió con él felizmente.

Tiempo después el rey retornó de su gira a palacio y vio que la profecía se había cumplido, y que el joven de la suerte se había casado con su hija.

- "¿Cómo habrá sucedido eso?" - dijo él, - "Yo di otras instrucciones en mi carta" -

Así pues que la reina le entregó la carta, y le dijo que podía ver personalmente lo que en ella estaba escrito. El rey examinó la carta y vio muy bien que había sido cambiada por la otra. Él le preguntó al joven que qué había sido de la carta que él le confió, y que por qué había traído otra en su lugar.

- "No sé nada de ello" - contestó, - "pudo haber sido cambiada en la noche, cuando dormí en la foresta." -

El rey dijo molesto:

- "No vas a tener todo tranquilamente a tu manera, quien se casa con mi hija debe traerme del infierno tres pelos de oro de la cabeza del diablo. Dame lo que te pido, y podrás continuar con mi hija." -

De este modo esperaba el rey deshacerse del muchacho para siempre. Pero el chico de la suerte contestó:

- "Conseguiré los pelos de oro, no le temo al diablo" - y se alejó de ellos para comenzar su gira.

El camino lo llevó a un gran pueblo, donde el guardián de las puertas le preguntó a que venía y que conocimientos tenía.

- "Yo sé de todo" - contestó el joven.

- "Entonces puedes hacernos un favor" - dijo el guardián, - "si nos puedes decir por qué nuestra fuente del mercado, que una vez fluía vino, se ha secado, y desde entonces ni siquiera nos da agua." -

- "Ya lo sabrán" - contestó, - "sólo esperen a mi regreso." -

Y siguió su camino y llegó a otra ciudad, y allí también el guardián de las puertas le preguntó a que venía y que sabía.

- "Sé de todo" - contestó.

- "Entonces podrás hacernos un favor y decirnos ¿por qué un árbol en nuestro pueblo, que una vez daba manzanas de oro, ahora ni siquiera echa hojas?" -

- "Ya lo sabrán" - contestó, - "sólo esperen a mi regreso" -

Entonces prosiguió y llegó a un ancho río que debía atravesar. El botero le preguntó a qué venía y qué sabía él.

- "Sé de todo" - contestó.

- "Entonces podrás hacerme un favor" - dijo el botero, - "dime ¿por qué debo estar siempre yendo y viniendo y nunca quedar libre de esta labor?" -

- "Ya lo sabrás" - contestó, - "sólo espera a mi regreso" -

Cuando había cruzado el río encontró la entrada al infierno. Era negra y llena de hollín, y el diablo no se encontraba en casa, pero la abuela estaba sentada en una gran mecedora.



- "¿Qué es lo que quieres?" - le preguntó.

Pero ella no parecía ser malvada.

- "Me gustaría tener tres pelos de oro de la cabeza del diablo" - le contestó. - "De lo contrario no podría conservar a mi esposa." -

- "Eso es un buen trabajo para solicitar." - dijo ella, - "Si el diablo llega y te encuentra, te costará la vida, pero como te tengo piedad, veré si te puedo ayudar." -

Ella lo convirtió en hormiga y dijo:

- "Métete entre los dobleces de mi vestido, allí estarás seguro." -

- "Sí" - contestó él, - "hasta ahora todo bien. Pero hay tres cosas además que debo de saber: ¿por qué una fuente que una vez fluía vino se ha secado, y ahora ni siquiera echa agua;

por qué un árbol que una vez daba manzanas de oro, ahora ni siquiera da hojas; y por qué un botero debe de estar siempre yendo y viniendo, y nunca queda libre?

- "Esas son preguntas difíciles" - contestó ella, - "pero solamente quédate en silencio y quieto y pon atención a lo que diga el diablo cuando yo le arranque los tres pelos de oro." -

Cuando llegó el anochecer, el diablo regresó. No más había entrado cuando notó un cambio en el aire.

- "Me huele a carne humana" - dijo él, - "algo no está bien aquí." -

Entonces él revisó cada rincón, y buscó y buscó, pero no encontró nada. Su abuela lo increpó:

- "Acabo de terminar de barrer y puse todo en orden, y ya estás desordenando todo otra vez; tú siempre tienes carne humana en tu nariz. Siéntate y come tu cena." -

Cuando ya hubo cenado y bebido, se sintió cansado, y reposó su cabeza en el regazo de su abuela, y al poco rato quedó profundamente dormido, roncando y respirando hondo. Entonces la vieja mujer agarró un pelo de oro, lo jaló y lo puso abajo cerca de ella.

- "¡Ay!" - gritó el diablo, - "¿Qué estás haciendo?" -

- "He tenido un mal sueño" - contestó la abuela, - "por eso me sostuve de tu pelo." -

- "¿Y cómo era el sueño?" - dijo el diablo.

- "Soñaba que en una plaza de mercado había una fuente que una vez echaba vino, pero se secó y ahora no echa ni agua. ¿Que podría haber ocurrido?" -

- "¡Ah já! ¡si lo supieran!" - contestó el diablo, - "Hay un enorme sapo sentado sobre una piedra en el pozo. Si lo mataran, el vino regresaría de nuevo." -

Él se durmió de nuevo, y roncaba que hasta las ventanas vibraban. Entonces ella desprendió el segundo pelo.

- "¡Hey, que estás haciendo!" -, gritó el diablo incómodo.

- "No lo tomes mal." - dijo ella, - "Lo hacía en un sueño." -

- "¿Y qué has soñado ahora?" - preguntó él.

- "Soñaba que en cierto reino había un manzano que una vez daba manzanas de oro, pero ahora no da ni hojas. ¿Cuál crees que pueda ser la razón?" -

- "¡Oh! ¡si lo supieran!" - contestó el diablo, - "Un ratón está mordiendo la raíz, si lo mataran, tendrían de nuevo manzanas de oro. Pero si sigue mordiendo más tiempo, el árbol entero se moriría. Pero déjame sólo con tus sueños: si me vuelves a molestar en mi dormir te jalaré las orejas."

La abuela le habló suavemente hasta que de nuevo se durmió y roncó. Entonces ella arrancó el tercer pelo de oro. El diablo saltó, rugió fuertemente, y la hubiera regañado si ella no lo hubiera tranquilizado una vez más diciéndole:

- "¿Quién podría solventar malos sueños?" -

- "¿Cuál fue el sueño, entonces?" - preguntó él, un poco intrigado.

- "Soñaba que había un botero que se quejaba de que siempre tenía que ir de uno al otro lado del río, y nunca podía liberarse. ¿Cuál sería la solución?" -

- "¡Ah, el tontito!" - contestó el diablo, - "cuando alguien llegue y desee cruzar el río, él debe poner los remos en sus manos, y este otro hombre tendrá que seguir haciendo el transporte y él quedará libre." -

En cuanto la abuela hubo arrancado los tres pelos de oro, y los tres enigmas resueltos, lo dejó tranquilo durmiendo hasta el amanecer.

Cuando el diablo salió de nuevo, la vieja mujer tomó a la hormiga de los pliegues de su vestido, y le dio al joven de la suerte su forma humana de nuevo.

- "Aquí tienes los tres pelos de oro para tí" - dijo ella, - "Supongo que oíste lo que dijo el diablo sobre tus tres preguntas" -

- "¡Sí, claro!" - contestó él, - "sí lo oí, y tendré cuidado de recordarlo." -

- "Ya tienes lo que querías" - dijo ella, - "y ahora puedes partir." -

Él le agradeció haberlo ayudado en su necesidad, y dejó el infierno muy contento de que todo salió afortunadamente bien.

Cuando volvió al río, el botero esperaba ansioso la respuesta prometida.

- "Pásame primero" - dijo el joven con suerte, - "y entonces te diré como liberarte." -

Y cuando llegaron a la orilla contraria, le dijo el consejo del diablo:

- "La próxima vez que venga alguien que desee cruzar el río, solamente ponle los remos en sus manos" -

Siguió adelante hasta el pueblo donde estaba el manzano improductivo, y allí también el guardián esperaba la respuesta. Él le dijo lo que escuchó del diablo:

- "Maten al ratón que está mordiendo su raíz, y de nuevo dará manzanas de oro." -

Entonces el guardián le agradeció dándole dos burros cargados con oro, que siguieron tras él.

De último llegó al pueblo donde la fuente se había secado. Él le dijo al guardián lo que dijo el diablo:

- "Un gran sapo está en el pozo sobre una piedra. Deben de encontrarlo y matarlo, y el pozo de nuevo fluirá vino en cantidad." -

El guardián le agradeció, dándole también dos burros cargados de oro.

Al fin el joven de la suerte llegó a casa con su esposa, que estuvo feliz de corazón por verlo de nuevo, y de oír cuan bien había prosperado en todo. Al rey él le llevó lo que había pedido: los tres pelos de oro del diablo, y cuando el rey vio a los cuatro burros cargados con oro se puso muy contento y dijo:

- "Ahora que has cumplido con todas las condiciones, puedes quedarte con mi hija. Pero dime, querido yerno, ¿de dónde sacaste todo ese oro? ¡Es una enorme riqueza!" -

- "Remando, yo atravesé un río" - contestó, - "y allá, en la otra orilla, yacía oro en vez de arena." -

- "¿Podría yo traer también?" - dijo el rey, muy ansioso por conseguirlo.

- "Tanto como quiera." - contestó el joven.

- "Hay un botero en el río, pídale que lo pase al otro lado, y podrá llenar sus sacos." -

El voraz rey salió a toda prisa, y cuando llegó al río le pidió al botero que lo pasara. El botero se acercó y le pidió que subiera. Y cuando llegaron a la otra orilla, le puso los remos en las manos y saltó. Y de ahí en adelante, el rey tuvo que seguir remando, como un castigo a sus pecados.

¿Estará aún ahí de botero? Si lo está, es porque nadie le ha tomado aún los remos.

Enseñanza:

Quien lanza un mal, contra él mismo retorna.





017-El Lobo y las Siete Cabritas

Había una vez una vieja cabra que tenía siete cabritas, y las amaba con todo el amor que una buena madre puede tener por sus hijos. Un día ella quiso ir al bosque y conseguir algún alimento. Así que llamó a las siete y les dijo:

- "Queridas hijas, tengo que ir al bosque, estén en guardia contra el lobo, si él llega a entrar, las devorará – piel, pelo y todo -. El malvado por lo general se disfraza, pero ustedes lo reconocerán enseguida por su gruesa voz y sus negras patas." -

Las cabritas dijeron:

- "Querida mamá, tendremos cuidado de nosotras mismas, puedes salir sin ninguna ansiedad." -

Entonces la vieja cabra baló, y partió a su camino con la mente tranquila.

No había transcurrido mucho tiempo cuando alguien tocó a la puerta de la casa y llamó:

- "Abran la puerta queridas hijas, su madre está aquí, y ha traído de regreso algo para cada una de ustedes." -

Pero las pequeñas cabritas sabían que era el lobo por su gruesa voz,

- "No abriremos la puerta." - gritaron ellas. - "No eres nuestra madre. Ella tiene voz suave y placentera, en cambio tu voz es ronca, ¡Tú eres el lobo!" -

Entonces el lobo se retiró y fue a una tienda y se compró una gran masa de tiza, se la comió y con eso se le suavizó la voz. Y regresó donde las cabritas, tocó a la puerta y gritó:

- "Abran la puerta queridas hijas, su madre está aquí, y ha traído de regreso algo para cada una de ustedes." -

Pero el lobo había arcostado sus patas contra la ventana, y las cabritas las vieron y gritaron:

- "No abriremos la puerta, nuestra madre no tiene patas negras como las tuyas. ¡Tú eres el lobo!" -

Entonces el lobo fue donde un panadero y le dijo:

- "Me he herido los pies, ponme un poco de masa sobre ellos." -

Y cuando el panadero hubo cubierto sus pies, corrió donde el molinero y dijo:

- "Rocíame un poco de harina sobre mis pies." -

El molinero pensó para sí mismo:

- "Este lobo piensa engañar a alguien." - y se negó.

Pero el lobo dijo:

- "Si no lo haces, te devoraré." -



Entonces el molinero se asustó, y le emblanqueció las patas.

Así el malvado fue por tercera vez a la puerta de la casa, tocó y dijo:

- "Abran la puerta queridas hijas, su madre está aquí, y ha traído del bosque algo para cada una de ustedes." -

Las cabritas gritaron:

- "Primero muéstranos tus patas para saber si eres nuestra querida madrecita." -

Entonces él puso sus patas en la ventana, y cuando vieron que eran blancas, creyeron que todo lo que dijo era cierto y abrieron la puerta. ¡Pero ¿quien entró?, si no el malvado lobo! Ella se aterrorizaron y buscaron a esconderse. Una salto bajo la mesa, la segunda se metió dentro de la cama, la tercera dentro de la estufa, la cuarta en la cocina, la quinta en el armario, la sexta bajo el fregadero, y la séptima dentro de la caja del reloj de péndulo.

Pero el lobo las encontró, y sin ninguna ceremonia, una a una se las fue tragando. La más joven, que estaba dentro de la caja del reloj, fue a la única que no encontró.

Cuando el lobo quedó satisfecho con su apetito, salió, y se arrecostó bajo un árbol en el prado verde, y se quedó dormido. Poco después llegó la vieja cabra a casa de nuevo. ¡Oh, qué panorama el que ella encontró! La puerta de la casa permanecía abierta. La mesa, las sillas y bancas todas tiradas por el suelo, el fregadero quebrado en pedazos, los edredones y las almohadas quitadas de las camas. Ella buscó a sus cabritas, pero no encontró a ninguna. Las llamó una a una por su nombre, pero nadie contestaba. Al final cuando llamó a la más joven, una vocecita gritó:

- "¡Mamita querida, estoy en la caja del reloj!" -

Ella sacó a la cabrita y ésta le contó que había venido el lobo y devoró a las otras. Entonces puedes imaginarte cuánto lloró por sus pobres hijitas.

Soportando su dolor salió afuera, y la cabrita salió con ella. Cuando llegaron al prado, allí yacía el lobo bajo el árbol, y roncaba tan fuerte que hasta las ramas se movían. Ella lo miró por todo lado, y observó que algo se movía y saltaba en su abultado estómago.

- "¡Oh cielos!" - dijo ella, ¿Sería posible que mis pobres hijitas, que se las tragó el lobo para su cena, estuvieran aún con vida?" -

Entonces la cabrita menor corrió a casa y trajo tijeras, una aguja e hilo, y la vieja cabra le abrió el estómago al lobo, y cuando dificultosamente había hecho el primer corte, una de las cabritas asomó su cabeza, y cuando el corte fue aumentado, todas las seis saltaron hacia afuera, vivitas, y sin heridas, pues el malvado, en su ansiedad, se las había tragado enteras. ¡Cuánta felicidad hubo! Abrazaron a su querida madre, y saltaban como un marinero en su boda. La madre sin embargo dijo:

- "Ahora vayan por algunas piedras grandes, y le llenaremos a la malvada bestia el estómago con ellas, mientras sigue dormido." -

Entonces las siete cabritas le trajeron rápidamente las piedras, y pusieron tantas como pudieron dentro del estómago, y la madre lo cosió de nuevo a la mayor velocidad, de modo que él no se diera cuenta de nada y no notara ningún cambio.

Cuando al fin el lobo despertó, se paró en sus patas, y las piedras en su estómago lo hicieron sentir sed, y quiso ir al pozo a beber. Pero cuando empezó a caminar y moverse, las piedras en su estómago pegaban unas con otras y sonaban. Entonces gritó:

- "¿Qué tumba y retumba
dentro de mi pobre panza?
Yo pensé que eran seis cabritas,
pero no son sino piedras en danza." -

Cuando llegó al pozo se paró a la orilla, y cuando justo se agachó a beber, las pesadas piedras lo hicieron caer adentro. No tuvo ayuda alguna y se ahogó miserablemente.

Cuando las siete cabritas vieron aquello, llegaron corriendo al sitio y gritaron en voz alta:

- "¡El lobo ha muerto! ¡El lobo ha muerto!" -

Y danzaron llenas de regocijo alrededor del pozo junto con su madre.

Enseñanza:

Siempre es lo mejor obedecer las instrucciones de los padres.

Nunca se deben comunicar al enemigo los secretos de las defensas.





018-Rúmpeles-Tíjeles

Había una vez un molinero que era muy pobre, pero tenía una buena hija. Un día sucedió que tuvo que ir a hablar con el rey, y para presentarse como persona importante le dijo:

- "Tengo una hija que cuando hila el lino, lo convierte en oro." -

El rey dijo al molinero:

- "Ese es un arte que me complace mucho. Si tu hija es tan ingeniosa como dices, tráela mañana a mi palacio, y entonces veré eso que hace." -

Y cuando llegaron al palacio, el rey llevó a la muchacha a un cuarto que estaba lleno de lino, le dio una rueda de hilar y un carrete, y le dijo:

- "Ahora ponte a trabajar, y si para mañana temprano no has hilado y convertido este lino en oro, te castigaré." -

Enseguida él cerró con llave el cuarto y la dejó sola. Allí, ella se sentó, y no sabía qué hacer. No tenía idea de como hilar y transformar el lino en oro. Y se acongojó tanto, y se sintió tan miserable que se puso a llorar.

Pero de pronto la puerta se abrió, y entró un pequeño hombrecillo, que dijo:

- "Buenos días, señorita molinera, ¿por qué lloras así?" -

- "¡Ay!" - contestó la muchacha, - "tengo que hilar lino y convertirlo en oro, y yo no sé cómo hacer eso." -

- "¿Qué me darías si yo lo hago por ti?" - preguntó el enano.

- "Mi lazo de gargantilla." - dijo la joven.

El hombrecito tomó el lazo, se sentó al frente de la rueda, y "roar.." "roar.." "roar..", tres vueltas y el carrete se llenó. Entonces puso otro, y "roar.." "roar.." "roar..", tres vueltas y el segundo carrete se llenó. Y así siguió hasta la mañana siguiente, cuando todo el lino quedó hilado y los carretes llenos de oro. Apenas empezada la mañana llegó el rey, y al ver el oro quedó embelesado y asombrado, pero únicamente su corazón se volvió más

avaro. Y llevó a la hija del molinero a otra habitación aún más grande, y le ordenó hilar todo aquello en una noche si quería evitar el castigo. La muchacha no sabía como se salvaría, y empezó a llorar, cuando la puerta se abrió de nuevo y el hombrecito apareció y le dijo:

- "¿Qué me darías si yo te hilo y convierto en oro todo ese lino?" -

- "El anillo de mi dedo" - respondió ella.

El enano tomó el anillo y empezó a girar la rueda, y al amanecer ya tenía todo el lino hilado y convertido en brillante oro.

El rey se regocijó sin medida por lo que veía, pero sintió que aún no tenía suficiente oro, y llevó a la doncella a una aún más grande habitación llena también de lino, y le dijo:

- "Tienes que trabajar esto también en el transcurso de la noche, y si tienes éxito, te haré mi esposa." -

- "No me importa que sea hija de un molinero" - pensó él, - "no podría encontrar una esposa con mayor riqueza en el mundo entero." -

Cuando la joven quedó sola, el enano entró de nuevo por tercera vez, y dijo:

- "¿Qué me darás si te realizo el trabajo esta vez también?" -

- "Ya no me queda nada que pudiera darte." - contestó la muchacha.

- "Entonces prométeme que si llegas a ser la reina, me darás a tu primer hijo." - dijo él.

- "¿Quién sabe para que eso pueda suceder!" - pensó ella.

No teniendo otra opción para salir de este problema, le prometió al duende lo que pidió, y entonces una vez más él hiló y convirtió el lino en oro.

Y cuando el rey llegó en la mañana, y encontró todo finalizado tal como lo pidió, la tomó en matrimonio, y la buena hija del molinero llegó a ser la reina.

Un año después, ella tuvo un hermoso niño, y jamás volvió a recordar duende. Pero súbitamente éste entro al dormitorio y dijo:

- "Ahora dame lo prometido."

La reina se horrorizó, y le ofreció al enano todas las riquezas del reino si la dejaba con el niño. Pero el duende dijo:

- "No, algo que es viviente es más apreciado por mí que todos los tesoros del mundo." -

Entonces la reina empezó a llorar y gritar tan amargamente que el duende se compadeció.

- "Bien, te daré tres días de tiempo" - dijo él, - "si para ese tiempo averiguas mi nombre, podrás quedarte con el niño." -

Así, la reina pasó toda la noche pensando en todos los nombres que ella hubiera oído antes, y envió un mensajero por todo el reino para preguntar, a lo ancho y largo, por todos los nombres que hubiera.



Cuando al día siguiente llegó el duende, ella empezó a mencionar "Melchor", "Gaspar", "Baltazar" y todos los demás que ella había aprendido, uno tras otro. Pero a cada ocasión el hombrecito respondía:

- "Ése no es mi nombre." -

En el segundo día ella había preguntado en la vecindad por los nombres de las personas de allí, y ella le repetía al duende los más curiosos y desconocidos nombres.

- "Quizás tu nombre sea "Mecacorto", o "Ríoazul", o "Estrellablanca"." -

Pero él siempre respondía:

- "Ése no es mi nombre." -

Al tercer día regresó el mensajero que había enviado y éste dijo:

- "No me ha sido posible encontrar un nuevo nombre, pero cuando subí a una alta montaña al final del bosque, donde la zorra y la liebre se dicen entre sí "buenas noches", ví una pequeña casa, y al frente de la casa había un fuego encendido, y dando vueltas alrededor del fuego un ridículo hombrecito que brincando en un pie, cantaba:

- "Hoy horneo, mañana fermento,
y al siguiente el niño de la reina mío será.
¡Já! Gustoso estoy que nunca sabrá
que Rúmpeles-Tíjeles será su tormento."

¡Ya te puedes imaginar lo contenta que se puso la reina cuando escuchó el nombre! Y cuando poco después el hombrecito entró, y preguntó:

- "¿Ahora señora reina, cuál es mi nombre?" -

De primero ella preguntó:

- "¿Será tu nombre Conrad?" -

- "No. " -

- "¿Es Pedro?" -

- "No. " -

- "¡Entonces podría ser Rúmpeles-Tíjeles!" - gritó con entusiasmo.

- "¡Fue el diablo quien te lo dijo! ¡Fue el diablo quien te lo dijo!" - gritaba el duende.

Y en su enojo zapateó tan duro en la tierra que la pierna derecha entera se le hundió, y entonces de rabia se apoyó tan fuerte en la pierna izquierda que él mismo se partió en dos, desapareciendo al instante para siempre.

Enseñanza:

No se debe prometer lo que no se querrá cumplir.





019-Rapunzel

Había una vez un hombre y su esposa que por largo tiempo esperaron en vano por un hijo. Al fin la mujer supo que Dios estaba por concederles el deseo. Esta gente tenían en su casa una ventana en la parte de atrás desde la cual se veía un espléndido jardín, lleno de las más bellas flores y hierbas. El jardín, sin embargo, estaba rodeado por un gran muro, y nadie intentaba entrar en él porque pertenecía a una "hechicera" que tenía grandes poderes y era temida por todo el mundo. Un día la esposa estaba en la ventana mirando hacia abajo al jardín cuando vio una era que estaba plantada con bellísimos rapunzeles (= rapónchigo o nabiza: planta campanulácea de raíz comestible). Y las vio tan frescas y verdes que suspiraba por ellas y le entró el gran antojo de comer algunas.

Ese deseo se incrementaba día a día, y como ella sabía que no podía coger ninguna, fue perdiendo su salud, y se veía pálida y miserable. Entonces su esposo se alarmó y preguntó:

- "¿Qué es lo que te sucede, querida esposa?" -

- "¡Ay, si yo no pudiera obtener alguno de los rapunzeles, que están en el jardín atrás de la casa, para comerlos, me moriría." -

El hombre, que la amaba mucho, pensó:

- "Antes que dejar que mi mujer se muera, le traeré algunos rapunzeles, no importa lo que cueste." -

Al medio oscurecer del final de la tarde, escaló y atravesó el muro cayendo sobre el jardín de la hechicera, rápidamente cogió un racimo de rapunzeles y se los llevó a su esposa. Inmediatamente ella se hizo una ensalada y se la comió con mucho gusto. A ella, sin embargo, le gustaron tanto, tanto, tanto, que al día siguiente estaba tres veces más antojada que antes. Si él debía tener algún reposo, debería ir otra vez más al jardín. En la penumbra del atardecer, sin embargo, él bajó de nuevo el muro, pero cuando había bajado al suelo, se asustó terriblemente pues encontró a la hechicera parada a su lado.

- "¿Cómo te atreves" - dijo ella con una mirada furiosa, - "descender dentro de mi jardín y robarme los rapunzeles como un ladrón? ¡Sufrirás por ello!" -

- "Oh" - contestó él, - "deja que la misericordia tome el lugar de la justicia, yo sólo lo hacía por necesidad. Mi esposa ha visto sus rapunzeles desde la ventana, y ha sentido tan grande antojo por ellos, que moriría si no le llevo algunos para comer" -

Entonces la hechicera dejó que se calmara su enojo, y le dijo:

- "Si el caso es como lo dices, te permitiré llevar contigo todos los que quieras, solamente con una condición, deben darme la criatura que tu esposa traerá al mundo. Será muy bien tratada, y yo cuidaré de ella como una madre." -

El hombre, aterrizado, consintió en todo, y cuando nació la criatura, la hechicera apareció al momento, le dio a la criatura el nombre de Rapunzel, y se la llevó con ella.



Rapunzel se desarrolló como la niña más bella bajo el sol. Cuando cumplió los doce años, la hechicera la encerró en una torre, dentro del bosque, que no tenía puertas ni escaleras, excepto una pequeña ventana arriba. Cuando la hechicera quería subir, ella se paraba exactamente abajo de la ventana y gritaba:

- "Rapunzel, Rapunzel,
tírame tu cabellera a mí." -

Rapunzel tenía una exuberante cabellera larga, muy fina y de un color dorado, y cuando ella oía la voz de la hechicera, se soltaba las prensas que la sostenían, la amarraba de una de las barras de la ventana, y entonces la dejaba caer veinte metros hacia abajo, y la hechicera subía por medio de ella.

Como uno o dos años después, sucedió que el hijo del rey, recorriendo el bosque, llegó a la torre. Entonces él oyó una canción de una voz tan tierna que paró y se quedó escuchando. Era la voz de Rapunzel, que en su soledad pasaba el tiempo haciendo resonar su dulce voz. El hijo del rey quería subir hasta ella, y buscó la puerta que no encontró. Él regresó al hogar, pero el canto tocó tan profundamente su corazón, que todos los días iba al bosque a escucharla. Un día, cuando él estaba parado detrás de un árbol, vio que la hechicera llegó allí, y escuchó lo que gritaba:

- "Rapunzel, Rapunzel,
tírame tu cabellera a mí." -

Entonces Rapunzel bajó las trenzas de su cabello, y la hechicera subió hasta ella.

- "Si esa es la escalera por la que uno sube, probaré por esta vez mi fortuna." - dijo él.

Y al siguiente día, cuando empezaba a oscurecer, él fue a la torre y gritó:

- "Rapunzel, Rapunzel,
tírame tu cabellera a mí." -

Inmediatamente la cabellera bajó y el hijo de rey subió. Al principio, Rapunzel quedó terriblemente atemorizada cuando un hombre como sus ojos nunca habían conocido, llegó donde ella. Pero el hijo del rey comenzó a hablarle como un amigo, y le contó que su corazón estaba tan conmovido que no tenía descanso, y que se había visto forzado a verla. Entonces Rapunzel perdió su temor, y cuando le preguntó que si ella lo tomaría por esposo, y ella vio que era joven, apuesto y bueno, pensó:

- "Él me amará más que la vieja hechicera." - y dijo sí, y puso sus manos en las de él.

Ella le dijo:

- "Estoy decidida a ir contigo, pero yo no sé como bajar. Trae contigo un ovillo de seda cada vez que vengas, y yo tejeré una escalera con ellos, y cuando esté lista, yo descenderé y podrás llevarme en tu caballo." -

Ellos acordaron que mientras llegaba ese momento, él vendría cada atardecer, ya que la vieja mujer llegaba en las mañanas. La hechicera no sabía nada de eso, hasta que un día inocentemente Rapunzel le dijo a ella:

- "Dime señora, por qué sucede que eres mucho más pesada para mí de subirte, que el joven hijo del rey? - él estará conmigo más tarde." -

- "Ah ja, chica malvada" - gritó la hechicera, - "¿Qué es lo que he oído que dijiste? Yo creía que te había separado del mundo, pero me has engañado." -

En su enojo ella agarró las bellas trenzas de Rapunzel, las enrolló en su mano izquierda, sostuvo unas tijeras con la derecha, y tras, tras, tras, todas fueron cortadas, y las adorables trenzas quedaron en el suelo. Y estuvo tan sin piedad que se llevó a Rapunzel a un desierto donde tuvo que vivir en gran pesadumbre y miseria.

Ese mismo día en que mudó de sitio a Rapunzel, la hechicera al atardecer ató todas las trenzas que había cortado del cabello de la muchacha, las amarró a las barras de la ventana, y cuando el hijo del rey llegó y gritó:

- "Rapunzel, Rapunzel,
tírame tu cabellera a mí." -

dejó caer las trenzas. El hijo del rey ascendió, pero no encontró a su amada Rapunzel, sino a la hechicera, que le lanzaba malvadas y venenosas miradas.

- "¡Ah já!" - gritaba mofándose, - "Hubieras alcanzado a tu apreciada, pero el bello pájaro no se sienta más en el nido para cantar, el gato la ha capturado, y te arrancará sus ojos también. Rapunzel está perdida para ti, nunca más la volverás a ver." -

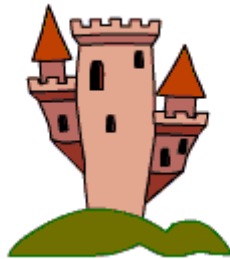
El hijo del rey se confundió todo con dolor, y en su desesperación saltó desde lo alto de la torre. Él escapó con vida, pero las zarzas en que cayó le agujerearon los ojos. Entonces anduvo errante y ciego por el bosque, comiendo únicamente raíces y bayas, y no hacía más que lamentarse y llorar por la pérdida de su amada esposa.

Así él vagó miserablemente por varios años, y al fin llegó al desierto donde estaba Rapunzel, quien con los gemelos que ella había dado a luz, un niño y una niña, vivían en desdicha.

Él oyó una voz, y le pareció tan familiar que corrió hacia donde la oía, y cuando llegó, Rapunzel lo reconoció y arrecostándolo sobre su cabeza, lloró. Dos de sus lágrimas le humedecieron sus ojos, y le devolvieron la vista y pudo ver tan bien como antes. Él entonces la llevó a su reino donde fue recibido con júbilo, y en adelante vivieron muy felices y contentos.

Enseñanza:

Ante las dificultades, nunca debe perderse la esperanza.





020-Hansel y Grethel

Al lado de un bosque muy grande moraban un pobre leñador con sus dos niños y su esposa, quien no era la madre de ellos. El niño se llamaba Hansel (Juancito), y la niña se llamaba Grethel (Margarita). Tenían muy poco para comer, y cuando una gran hambruna cayó sobre esa región, no podían procurarse el pan de cada día. Una noche, cuando él pensaba en ese problema en su cama, y no dormía bien por la ansiedad que eso le producía, suspiró y le dijo a su esposa:

- "¿Qué irá a ser de nosotros? ¿Cómo podremos alimentar a nuestros pobres niños, cuando ni siquiera tenemos para nosotros?" -

- "Te diré una cosa, esposo" - comentó la mujer, - "mañana temprano al amanecer, llevamos a los niños a lo más profundo del bosque, y allí encendemos una fogata para ellos, y les damos un pedacito más de pan, y enseguida nos vamos a trabajar y los dejamos solos. Ellos no encontrarán el camino de regreso a casa, y nos habremos librado de ellos." -

- "No, mujer" - dijo el hombre, - "No voy a hacer eso. ¿Cómo podría ser yo capaz de abandonar a los niños solos en el bosque? Los animales salvajes llegarían pronto y los despedazarían." -

- "Ah, tonto" - dijo ella, - "Entonces todos los cuatro moriríamos de hambre, y deberías desde ya ir preparando nuestros ataúdes." -

Y ella no lo dejó en paz hasta que aceptó.

- "Pero me siento muy afligido por los pobres niños, de igual forma." -

Los dos niños tampoco podían dormir bien debido al hambre, y escucharon lo que su madrastra le decía a su padre. Grethel lloró amargas lágrimas, y le dijo a Hansel:

- "Ya todo se acabó para nosotros." -

- "Ten calma Grethel" - dijo Hansel, - "no te desanimes, que ya pronto encontraré la manera de ayudarnos." -

Y cuando los mayores se habían dormido, él se levantó, se puso su abrigo, abrió la puerta y salió. La luna brillaba fuertemente, y las blancas piedritas que rodeaban la casa

resplandecían como verdaderas monedas de plata. Hansel recogió y guardó en el bolso de su abrigo tantas como pudo para llenar el bolso. Entonces regresó y dijo a Grethel:

- "Ya puedes estar tranquila, querida hermanita, y dormir en paz, Dios no nos abandonará." - y se metió de nuevo en su cama.

Cuando ya amanecía, y antes de que saliera el sol, la mujer vino y despertó a los niños diciéndoles:

- "¡Ya, levántense, holgazanes! que vamos al bosque a traer leña" -

Ella le dio un pedazo de pan a cada uno y dijo:

- "Hay algo para sus cenas, pero no se lo coman antes de entonces, porque no hay más." -

Grethel guardó el pan bajo el delantal, ya que Hansel tenía su bolso lleno de piedritas. Entonces todos salieron hacia el bosque. Cuando habían caminado un poco, Hansel se detuvo y volvió la vista hacia la casa, y así lo hizo una y otra vez. Su padre le dijo:

- "Hansel, ¿Qué estás viendo tanto que te hace quedarte atrás? Piensa en dónde estás, y no olvides usar tus piernas." -

- "¡Oh, padre!" - dijo Hansel, estoy viendo a mi gatito sentado en el techo, y quiere decirme adiós a mí." -

La esposa dijo:

- "¡No seas tonto!, eso no es tu gatito, es el sol de la mañana que brilla en la chimenea." -

Hansel, sin embargo, no estaba realmente mirando atrás al gato, sino que había estado tirando constantemente una de sus piedritas blancas sobre el camino.

Cuando llegaron al centro del bosque, el padre dijo:

- "Ahora niños, amontonen algo de leña y yo encenderé una pequeña fogata para que no se enfríen." -

Hansel y Grethel recogieron troncos y ramas e hicieron una gran pila. Ésta fue encendida, y cuando las llamas ya habían cogido fuerza, la mujer dijo:

- "Ahora niños, arrecuéstense cerca del fuego y descansen, que nosotros andaremos por el bosque cortando alguna madera. Cuando terminemos, volveremos a recogerlos." -

Hansel y Grethel se sentaron junto al fuego, y cuando llegó el medio día, cada uno comió un pedazo de pan, y como oían el golpear de un hacha, creían que su padre estaba cerca.

Pero sin embargo, no era un hacha, era una rama que él había amarrado a un árbol marchito y que el viento mecía hacia atrás y hacia adelante.

Y como habían estado sentados mucho rato, sus ojos se cerraban fatigados, y al fin cayeron dormidos. Cuando despertaron, ya era de noche. Grethel empezó a gritar diciendo:

- "¿Cómo hacemos para salir del bosque ahora?" -

Pero Hansel la confortaba diciéndole:

- "Espera un ratito, hasta que la luna se levante, y entonces pronto encontraremos el camino." -

Y cuando la luna llena se levantó, Hansel tomó a su hermanita de la mano, y siguieron a las piedritas que brillaban como moneditas nuevas de plata, y les mostraban el camino.

Ellos caminaron toda la noche, y al inicio del día llegaron una vez más a la casa de su padre. Tocaron a la puerta, y cuando la mujer abrió y vio que eran Hansel y Grethel, dijo:

- "Ustedes, niños desobedientes, ¿por qué se durmieron tanto en el bosque? ¡Pensamos que nunca regresarían!" -

El padre, sin embargo, se alegró, pues le había herido el corazón el haberlos dejado solos.

No mucho tiempo después, volvió a haber escasez por todas partes, y los niños oyeron a la mujer diciéndole en la noche a su padre:

- "Ya nos hemos comido todo, sólo nos queda medio bollo de pan, y después de eso vendrá el final. Hay que deshacerse de los niños, llevémoslos más adentro del bosque, de modo que no puedan encontrar el camino de nuevo, es que no hay otra manera de que podamos salvarnos." -

El corazón del hombre se entristeció, y pensó, diciéndose a sí mismo:

- "Sería mejor para ti compartir el último bocado con tus niños."

La mujer, sin embargo, no aceptaba nada de lo que él dijera, sino que lo reprobaba y regañaba. Si él decía A, debía ser B, y así con todo, hasta que así como cedió la primera vez, lo hizo por segunda vez.

Los niños, sin embargo, no se habían dormido y escucharon la conversación. Cuando los grandes se durmieron, Hansel de nuevo se levantó, y quiso ir afuera a recoger piedritas blancas como lo había hecho antes, pero la mujer había cerrado la puerta con llave, y Hansel no pudo salir. Aún así, él confortaba a su hermanita, y le decía:

- "No llores, Grethel, ve a dormir tranquila. El buen Dios nos ayudará." -

Temprano al amanecer llegó la mujer, y sacó a los niños de sus camas. Les dio un pedacito de pan a cada uno, pero mucho más pequeño que antes. En el camino hacia el bosque, Hansel desmenuzaba el suyo en su bolsillo, y a menudo se detenía para tirar una borona en el suelo.

- "Hansel, ¿por qué te detienes y te quedas viendo alrededor? preguntó el padre, - "¡sigue adelante!" -

- "Estoy viendo hacia atrás a mi pequeña palomita que está sentada en el techo, y quiere decirme adiós." - Contestó Hansel.

- "¡Ignorante!" - dijo la mujer, - "eso no es tu palomita, eso es el sol matinal que brilla en la chimenea." -

Hansel, sin embargo, borona tras borona, las tiró todas en el camino.

La mujer condujo a los niños bien profundo en el bosque, donde nunca en sus vidas habían estado antes. Entonces una gran fogata fue encendida otra vez, y ella dijo:

- "Ahora siéntense ahí, niños, y cuando estén cansados pueden dormir un ratito. Nosotros iremos a cortar leña más adentro, y al atardecer, cuando hayamos terminado, vendremos por ustedes.

Al llegar el mediodía, Grethel compartió su pedacito de pan con Hansel, que había gastado el suyo en el camino. Entonces se durmieron y llegó el atardecer, pero nadie vino por los pobres niños. Y no se despertaron sino hasta llegada la noche, y Hansel confortaba a su hermanita diciéndole:

- "Sólo espera, Grethel, a que la luna salga, y veremos las boronas de pan que yo tiré, y ellas nos mostrarán el camino de regreso." -

Cuando la luna salió, ellos se pusieron en camino, pero no encontraron boronas, ya que los cientos de pájaros que habitan en el bosque se las habían comido. Hansel le dijo a Grethel:

- "Pronto encontraremos el camino." - Pero no lo encontraron.

Caminaron toda el resto de la noche y todo el día siguiente desde la mañana hasta el anochecer, sin que lograran salir del bosque, y ya sentían hambre, pero no tenían nada para comer, excepto unas moras, de las que crecían por allí. Y estaban tan cansados que sentían que sus pies ya no podrían llevarlos más lejos, y se sentaron debajo de un árbol y se durmieron.

Ya habían pasado tres días desde que salieron de casa. Comenzaron a caminar de nuevo, pero cada vez se internaban más en el bosque, y si no llegaba pronto ayuda, morirían de hambre y debilidad. Cuando fue el mediodía, vieron un bello pájaro tan blanco como la nieve posado en una rama, que cantaba tan dulcemente que se quedaron quietos escuchándolo. Y cuando hubo terminado de cantar, levantó sus alas y voló alejándose de ellos, y lo siguieron hasta que llegaron a una pequeña casita, en cuyo techo el pájaro se posó. Y cuando estuvieron más cerca de la casita vieron que estaba hecha de pan y cubierta con pasteles, y las ventanas eran de transparente azúcar.

- "¡Empecemos a trabajar en ella!" - dijo Hansel, - "¡y tendremos una buena comida! Yo comeré un pedazo de techo, y tú Grethel, puedes comer de la ventana, sabrá dulce." -

Hansel se estiró un poco hacia arriba, y quebró un pedacito de techo para probar cómo sabía, y Grethel se inclinó hacia la ventana y mordisqueó los cristales. Entonces una voz suave gritó desde el cuarto:



- "Mordisco, mordisco, que roe,
¿Quién está mordiendo mi casita?" -

Los niños contestaron:

- "El viento, el viento,
el viento que viene del cielo." -

Y siguieron comiendo sin más preocupación. Hansel, quien pensó que el techo estaba muy sabroso, desprendió una gran trozo de él, y Grethel arrancó un cristal entero de la ventana, y se sentaron a disfrutar plenamente de todo aquello. De pronto la puerta se abrió, y una muy, pero muy viejita mujer, que se sostenía en muletas, salió caminando lentamente. Hansel y Grethel quedaron tan terriblemente asustados que dejaron caer lo que tenían en las manos. La vieja mujer, sin embargo, movió su cabeza y dijo:

- "¡Oh!, queridos niños, ¿Quién los ha traído aquí?. Pasen adentro y quédense conmigo. Ningún daño les ocurrirá." -

Ella tomó a ambos por las manos, y los introdujo dentro de la casita. Entonces buena comida fue puesta frente a ellos, leche y panqueques, con azúcar, manzanas y nueces. Y

además dos preciosas camas estaban cubiertas con un límpido lino blanco. Hansel y Grethel se arrecostaron en ellas y se sentían como si estuvieran en el cielo.

La vieja mujer solamente simulaba ser amable. En realidad era una malvada bruja, que esperando que llegara algún niño algún día, había construido la casita de pan y dulces solamente con el objetivo de tentarlos a quedarse allí. Cuando un niño caía en su poder, ella lo mataba, lo cocinaba y se lo comía, y eso era una fiesta para ella.

Las brujas tienen los ojos rojos, y no pueden mirar muy lejos, pero tienen un olfato muy afinado, como las bestias, y están muy alertas cuando un niño ronda cerca.

Cuando Hansel y Grethel llegaron a su vecindad, ella se rió maliciosamente, y dijo burlonamente:

- "¡Ya los tengo, y no se me van a escapar!" -

Temprano en la mañana, antes de que se despertaran los niños, ya ella estaba levantada, y cuando los vio a ambos durmiendo y con tan linda apariencia, con sus rosadas mejillas, ella comentó para sí misma:

- "¡Esto será un bocado muy delicado!" -

Entonces con su encogida mano agarró a Hansel, lo llevó a un pequeño establo, y lo encerró con una puerta enrejada. Él podía gritar lo que quisiera, que de nada le serviría. Y llegó luego donde Grethel, la movió hasta despertarla, y gritó:

- "¡Levántate, perezosa, trae algo de agua, y cocina algo bueno para tu hermano, que está afuera en el establo, y hay que engordarlo! Cuando ya esté gordito, me lo comeré." -

Grethel empezó a llorar amargamente, pero fue en vano. Ella fue obligada a hacer lo que la malvada bruja le había ordenado.

Y ahora las mejores comidas eran cocinadas para el pobre Hansel, pero para Grethel solamente había cáscaras de cangrejo. Todas las mañanas, la vieja mujer iba al establo y gritaba:

- "¡Hansel, saca tu dedo por la reja para saber si ya pronto estarás gordo!" -

Pero Hansel le sacaba un pequeño hueso, y la vieja mujer, con su poca vista no lo distinguía bien, y creía que era el dedo de Hansel, y estaba intrigada de que no hubiera manera de engordarlo. Cuando pasaron cuatro semanas, y sentía aún delgado a Hansel, ella se llenó de impaciencia y no esperó más.

- "¡Hola Grethel!" - le gritó a la niña, - "muévete y tráeme algo de agua. No importa que Hansel esté gordo o flaco, mañana lo mataré y lo cocinaré." -

¡Ay, cómo la pobre hermanita se lamentaba cuando tenía que traer el agua, y cómo corrían las lágrimas por sus mejillas!

-¡"Querido Dios, por favor ayúdanos!"- gritaba. -"¡Si las bestias salvajes del bosque nos hubieran devorado, al menos habiéramos muerto juntos!"-

- "Ya deja de hacer ruido"- dijo la vieja mujer, - "todo eso no te ayudará en nada."-

Temprano en la mañana, Grethel tenía que ir afuera y colgar la caldera con el agua, y encender el fuego.

- "Primero hornearémos." dijo la vieja, - "Ya tengo calentado el horno, y preparada la masa."-

Ella se llevó a la pobre Grethel al horno, donde ya había vigorosas llamas. Y cuando Grethel estuvo junto a la puerta del horno, la bruja pensó que en cuanto Grethel entrara le cerraría la puerta, dejando que la niña se horneara, y así comer a dos de una sola vez.

- "Entra"- le dijo la bruja, - "y mira si está adecuadamente caliente, de modo que podamos meter ya el pan."-

Pero Grethel previó las intenciones que aquella mujer tenía en mente, y dijo:

- "Pero no sé cómo tengo que hacer eso, ¿cómo se entra ahí?"-

- "¡Cabeza de chorlito!"- dijo la vieja mujer, - "La puerta es suficientemente grande, solo mírame cómo yo misma puedo entrar."-

Y se movió hacia la puerta metiendo su cabeza dentro del horno. Entonces Grethel le dió un fuerte empujón que la hizo caer adentro del horno, y le cerró la puerta, y le puso tranca. ¡Uy! entonces la bruja empezó a chillar horriblemente, pero Grethel corrió alejándose y la diabólica bruja murió horriblemente carbonizada.

Grethel salió como un rayo hacia donde Hansel, abrió la puerta del establo y gritaba:

- "¡Hansel, nos salvamos! ¡La vieja bruja está muerta!"-

Entonces Hansel voló como un pájaro cuando la celda se abrió. ¡Cómo se regocijaron y se abrazaron uno al otro, y bailaron felizmente! Y como ya no tenían por qué tener miedo de la bruja, fueron a la casa donde ella vivía, y en cada cuarto que estuvieron encontraron cestas llenas de joyas y perlas.

- "Todo esto es mucho mejor que las piedritas."- dijo Hansel, y llenó sus bolsillos con toda la cantidad que pudo, y Grethel decía:

- "Yo también llevaré todo lo que pueda conmigo a casa."- y llenó su delantal al máximo.

- "Pero ahora que comienza el día, debemos marcharnos" - dijo Hansel, - " para que podamos salir del bosque de la bruja." -

Caminaron como dos horas y llegaron a un gran río.

- "No podemos atravesarlo" - dijo Hansel, - "No veo huellas humanas, ni un puente." -

- "Ni tampoco botes que lo atraviesen" - contestó Grethel, - "pero hay un pato blanco nadando allí, si le preguntáramos, tal vez podría ayudarnos." -

Entonces ella gritó:

- "Patito, patito, estamos a tu vista,
Hansel y Grethel esperan por ti.
No hay tablón ni puente por aquí,
pásanos en tu espalda blanquita." -

El pato se les acercó, y Hansel se sentó en su espalda, y le dijo a Grethel que se sentaran juntos.

- "No" - replicó Grethel, - "eso sería mucha carga para el patito, él nos pasará, uno después del otro." -

El patito así lo hizo, y una vez pasados exitosamente al otro lado, caminaron por un corto tiempo y la foresta se les hacía cada vez más familiar, y por fin divisaron a lo lejos la casa de su padre. Entonces corrieron, entraron a la sala, y se tiraron en los brazos de su padre.

El hombre no había tenido un segundo de tranquilidad desde que dejaron a los niños en el bosque. Mientras tanto, su mujer había fallecido. Grethel vació su delantal, de donde salieron perlas y piedras preciosas que corrieron por el piso, y Hansel vació también uno a uno sus bolsillos para que las joyas suyas se juntaran con las de Grethel.

Entonces toda ansiedad se terminó, y vivieron juntos en perfecta armonía y felicidad.

Mi cuento se acabó, por allá va un ratón, y con su cuero, hazte un buen sombrero.

Enseñanza:

Siempre debe estar atento para no desaprovechar las buenas oportunidades cuando ellas se presentan.



021-La paja, la brasa y la judía



En una villa vivía una pobre mujer, que había recogido un plato de judías y deseaba cocinarlas. Así que la señora encendió su fogón, y para que ardiera más rápido trajo con un puñado de pajas para atizarlo. Cuando estaba vaciando las judías a la olla, una de ellas cayó al suelo sin que se diera cuenta, y quedó posada junto a una paja, e instantes después una brasa encendida saltó del fuego y cayó en medio de la paja y la judía.

Entonces la paja tomó la palabra y dijo:

- "Queridas amigas, ¿de adónde han llegado ustedes?" -

La brasa replicó:

- "Yo afortunadamente salté del fuego, y si no hubiera escapado por fuerza mayor, mi muerte hubiera sido cierta, y estaría convertida en cenizas." -

La judía dijo:

- "Yo también escapé con mi pellejo entero, pero si la mujer me hubiera regresado a la olla, ya estaría hecha puré como mis compañeras." -

- "¿Y podría haber habido mejor destino para mí?" - dijo la paja, - "Esa mujer convirtió a toda mi hermandad en fuego y humo. Ella cogió a sesenta hermanas de una sola vez, y tomó sus vidas. Dichosamente yo resbalé de entre sus dedos." -

- "¿Pero que haremos ahora?" - dijo la brasa.

- "Yo creo" - contestó la judía, - "que como afortunadamente escapamos de la muerte, debemos mantenernos juntas como buenas compañeras, y a menos que una desgracia nos obligara a quedarnos aquí, debemos partir juntas e irnos para otras tierras.

La propuesta complació a las otras dos, y salieron a su camino en compañía. Sin embargo, pronto llegaron a un pequeño riachuelo, y como no había puente ni tablón, no sabían como hacer para pasar. La paja creyó tener una buena idea y dijo:

- "Yo me posaré entre las dos orillas, y entonces ustedes pasan sobre mí como un puente." -

La paja, efectivamente se posicionó de orilla a orilla, y la brasa, que era de una disposición impetuosa, se subió rápidamente sobre aquel recién construido puente. Pero cuando estaba por la mitad, oyó al agua corriendo debajo de ella, y después de todo, se asustó y se quedó paralizada y no caminó más. La paja entonces comenzó a arder, se rompió en dos partes y cayó a la corriente. La brasa resbaló detrás de ella, se apagó en cuanto cayó al agua, y se ahogó. La judía que se había quedado prudentemente en su orilla, no pudo más que reírse del suceso, y le fue imposible parar, y se rió tan fuerte que se reventó. Ahí pudo haber terminado todo para ella también, pero afortunadamente, un sastre de muy buen corazón que buscaba trabajo y pasaba por allí, la vio, sacó hilo y aguja, y la remendó. La judía le agradeció muy sinceramente, y desde entonces, todas las judías tienen una costura al centro.

Enseñanza:

Antes de hacer una alianza, siempre es bueno revisar que todos sus miembros sean compatibles.





022-Elsie la Lista

Había una vez un matrimonio que tenía una hija a la que llamaban "Elsie la Lista". Y cuando ella creció y fue una muchacha, su padre dijo a su esposa:

"Tenemos que casar a Elsie."

"Sí" dijo la madre, "si viniera alguien y la quisiera tomar."

Al tiempo un hombre llamado Hans vino de lejos y la pidió, pero estipuló que Elsie realmente debería ser lista..

"¡Oh sí!" dijo el padre, "ella es bien capaz."

Y la madre agregó:

"¡Uh!, ella puede ver el viento viniendo por las calles, y oír a las moscas tosiendo."

"Bien" dijo Hans, "si no es realmente lista, no la tendré."

Cuando todos se sentaron a cenar y habían comido, la madre dijo:

"Elsie, ve al sótano y trae algo de cerveza."

Entonces Elsie tomó el pichel de la pared, y bajó al sótano golpeando la tapa del pichel para que el tiempo no pareciera ser muy largo. Una vez abajo alcanzó una silla, y la colocó junto al barril de cerveza de modo que no tuviera que agacharse, para no maltratarse la espalda o hacerse alguna herida inesperada. Tomó el recipiente, levantó su tapa, y mientras la cerveza corría, no dejaba sus ojos quietos, sino que miraba por las paredes, y de estar viendo aquí y allá, vio una piqueta exactamente encima de ella, que los albañiles habían dejado olvidada accidentalmente allí.

Entonces Elsie comenzó a llorar, y a decir:

"Si yo acepto a Hans, y tenemos un niño, y él se hace grande, y lo enviamos al sótano a traer cerveza, entonces la piqueta le caerá sobre su cabeza y lo matará."

Ella se sentó y lloró amargamente, gritando con todas sus fuerzas por la desdicha que se presentaba ante ella.

Los de arriba esperaban por la cerveza, pero Elsie la Lista no aparecía. Entonces la mujer dijo a su sirvienta:

- "¡Baja al sótano y mira en dónde está Elsie.!" -

La criada bajó y la encontró sentada frente al barril, llorando fuertemente.

- "¿Elsie, por qué lloras así?" -

- "Pero, ¿no tengo acaso razón para llorar así? Si me caso con Hans, y tenemos un niño, y él crece grande, y tiene que venir a traer cerveza aquí, quizás la piqueta caerá sobre su cabeza y lo matará." -

Entonces la criada dijo:

- "¡Que Elsie más lista tenemos aquí!" - y se sentó a su lado a llorar fuertemente por esa desdicha.

Al cabo de un rato, como la criada no regresaba y los de arriba estaban sedientos por la cerveza, el señor le dijo al hijo:

- "Sólo ve al sótano y averigua que pasó con Elsie y la criada." -

El muchacho bajó y allí encontró sentadas y llorando juntas a Elsie y la muchacha.

Entonces preguntó:

- "¿Por qué están llorando?" -

- "Ah" - dijo Elsie, - "Pero, ¿no tengo acaso razón para llorar? Si me caso con Hans, y tenemos un niño, y él crece grande, y tiene que venir a traer cerveza aquí, quizás la piqueta caerá sobre su cabeza y lo matará." -

Entonces el muchacho dijo:

- "¡Que Elsie más lista tenemos aquí!" - y se sentó a su lado a lamentarse fuertemente como las otras por esa desdicha.

Arriba esperaban al muchacho, pero no regresaba. El hombre dijo a la esposa:

- "Solamente anda abajo y ve dónde está Elsie." -

La mujer bajó, y encontró a los tres en medio de sus lamentaciones, y queriendo saber de la causa de todo aquello, Elsie le contó que su futuro niño iba a ser muerto por la piqueta cuando creciera y bajara a llevar cerveza, y la piqueta le cayera sobre la cabeza.



Entonces en igual forma la madre dijo:

- "¡Que Elsie más lista tenemos aquí!" - y se sentó a su lado a llorar junto con los demás.

El padre esperó un pequeño tiempo, pero su esposa no regresaba y su sed crecía y crecía, y dijo:

- "Tendré que ir yo mismo al sótano a ver que pasó con Elsie." -

Pero cuando bajó, todos estaban juntos llorando, y oyó la razón de que el niño de Elsie era la causa, ya que quizás Elsie traiga uno al mundo algún día, y que podría ser muerto por la piqueta, si sucediera que estando sentado debajo de ella por llevar la cerveza, en ese preciso momento la piqueta se desprendiera y lo mate. Entonces él gritó:

- "¡Que Elsie más lista tenemos aquí!" - y también se sentó a su lado a llorar junto con los demás.

El novio se quedó solo arriba por tamaño rato, y como nadie regresaba pensó:

- "Seguro deben estar esperándome allá abajo, debo bajar también y saber qué es lo que ocurre." -

Cuando llegó abajo, los cinco anteriores estaban sentados llorando y lamentándose piadosamente, cada uno con más ímpetu que el otro.

- "¿Qué desgracia ha sucedido aquí?" - preguntó.

- "Ay, querido Hans" - dijo Elsie, - "si nos casáramos y tuviéramos un niño, y se hace grande, y quizás lo enviamos aquí por unas cervezas, entonces la piqueta que está allá arriba puede desprenderse y caerle encima rompiéndole su cerebro y matándolo. ¿No es eso suficiente razón para lamentarnos?" -

- "Ven" - dijo Hans, - "más claro que eso no es necesario para mi hogar, y como eres tan lista, Elsie, te aceptaré." - y le tomó de la mano, fueron arriba, y la desposó.

Pasado un tiempo después, él le dijo:

- "Elsie, voy a salir a trabajar afuera y ganar algún dinero para nosotros. Ve tú al campo y corta el maíz para que podamos tener algún pan." -

- "Sí, querido Hans. Así lo haré" -

Una vez marchado Hans, ella se alistó algún buen alimento y lo llevó al campo con ella. Cuando llegó al campo pensó para sí misma:

- "¿Qué hago ahora, recolecto o como primero? Bueno, comeré primero." -

Entonces ella terminó con su bolso de comida, y sintiéndose completamente satisfecha, se dijo:

- "¿Qué hago ahora, recolecto o duermo una siesta? Bien, dormiré una siesta." -

Entonces se acostó entre el maizal y se dejó dormir. Hans había llegado hacía rato a casa, pero Elsie no aparecía. Entonces dijo:

- "¡Qué Elsie más lista tengo. Es tan industriosa que ni siquiera regresa para almorzar." -

Sin embargo, cuando ya se acercaba el anochecer y ella no llegaba, Hans fue a ver cuánto había cortado. Pero no había cortado nada, y la encontró dormida entre el maizal.

Entonces Hans fue rápido a la casa y trajo una red de cacería con pequeños cascabeles y se la colgó a su alrededor, y ella siguió durmiendo. Entonces corrió a la casa, cerró la puerta, y se sentó en su silla a trabajar. Al tiempo, cuando ya estaba oscuro, Elsie la Lista despertó, y cuando se levantó, escuchó un tintineo a todo su alrededor, y las campanillas sonaban a cada paso que daba. Entonces se alarmó y empezó a poner en duda si ella era Elsie la Lista o no, y dijo:

- "¿Seré yo o no seré yo?" -

Pero ella no sabía que contestar a eso, y estuvo un tiempo en duda. Al rato ella pensó:

- "Iré a casa y preguntaré si soy yo o no soy yo, de seguro allá sabrán." -

Ella corrió a la puerta de su propia casa, pero estaba cerrada. Entonces tocó a la ventana y gritó:

- "¿Hans, está Elsie contigo?" -

- "¡Sí!" - contestó Hans, - "ella está conmigo." -

Eso la aterrorizó, y dijo:

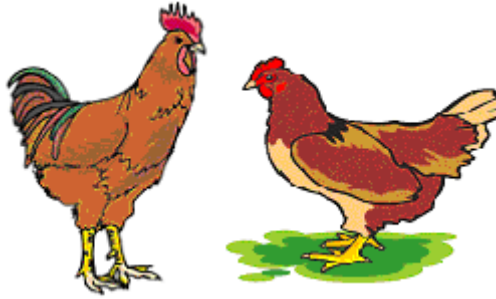
- "¡Oh, cielos! Entonces no soy yo." -

Y siguió de puerta en puerta, pero cuando la gente oía las campanillas no abrían, y no pudo entrar a ningún lugar. Entonces corrió fuera de la villa, y desde entonces nadie volvió a saber de ella.

Enseñanza:

Nunca hay que lamentarse de desgracias que no han ocurrido, ni abandonar los deberes.





023-El señor Korbes

Hubo una vez un gallo y una gallina que decidieron hacer una gira juntos. Así, el gallo construyó un hermoso carruaje, con cuatro ruedas rojas, y con herrajes para ser jalado por cuatro ratones. La gallina y el gallo se montaron y empezaron el recorrido. No muy lejos encontraron un gato que les dijo:

- "¿Hacia dónde van?" -

- "Vamos a la casa del señor Korbes." - replicó el gallo.

- "Llévenme con ustedes." - dijo el gato.

El gallo contestó:

- "Con mucho gusto, súbete atrás, no vaya a ser que te caigas yendo adelante. Ten cuidado de no ensuciar las rueditas rojas. Y ustedes, rueditas, avancen, y ustedes ratoncitos, arranquen, pues seguimos en la ruta hacia la casa del señor Korbes." -

Luego subió a una piedra de molino, a un huevo, a un pato, a un perno, y por último a una aguja, quienes todos se acomodaron en el carrito, y siguió la ruta junto con ellos. Cuando llegaron a la casa del señor Korbes, el señor no estaba ahí.

Los ratones llevaron el carruaje al establo, la gallina y el gallo se subieron sobre una valla. El gato se sentó en el suelo junto al fogón, el pato se acomodó junto al grifo de agua. El huevo rodó hacia una toalla, el perno se subió al almohadón de una silla, la aguja se fue a la cama y se colocó al centro de una almohada, y la piedra de moler se posó encima de la puerta.

Entonces llegó el señor Korbes y se dirigió al fogón. Estaba a punto de encenderlo, cuando el gato le tiró una cantidad de cenizas en la cara. El señor Korbes corrió apurado a la cocina para lavarse, pero el pato le salpicó agua en la cara. Quiso secarse con la toalla, pero el huevo rodó hacia él, se quebró y le engomó los ojos. Pensó mejor en descansar y se sentó en la silla, pero el perno lo maltrató al sentarse. Y todo enojado, se lanzó a la cama. Pero apenas puso su cabeza en la almohada, la aguja lo punzó, por lo que gritó adolorido, y todo rabioso y desesperado quiso salir corriendo hacia el ancho mundo, pero al pasar por la puerta de la casa, la piedra de molino cayó sobre su cabeza, dejándolo muerto.

Pobre señor Korbes, debe haber sido un hombre de muy mala suerte.

Enseñanza:

Antes de hacer algún movimiento, es prudente observar antes cómo está todo alrededor.





024-Hermano y Hermana

Un hermano tomo de la mano a su hermana y le dijo:

- "Desde que nuestra madre murió no hemos tenido felicidad. Nuestra tutora nos golpea a diario, y si nos acercamos a ella, nos patea con sus pies. Nuestras comidas es el pan viejo que sobró días antes, y el perrito que se sienta bajo la mesa lo pasa mejor que nosotros, pues a menudo le tira una buena porción. Que el Cielo tenga piedad de nosotros. ¡Si sólo lo supiera nuestra madre! Ven hermana, tomemos esta canasta con algunas frutas y vamos a recorrer el ancho mundo" -

Caminaron todo el día por verdes campos y praderas, y lugares pedregosos, y cuando empezó a llover la hermana dijo:

- "El Cielo y nuestros corazones están llorando juntos." -

Al anoecer llegaron a un gran bosque, y estaban tan cansados por la tristeza, el hambre y la larga caminata que se acurrucaron en un hueco y se durmieron.

Cuando al día siguiente despertaron, ya el sol estaba en lo alto, y brillaba caliente entre los árboles. Entonces el hermano dijo:

- "Hermana, tengo sed, si llego a encontrar alguna pequeña naciente, iré y tomaré agua. Me parece escuchar una corriendo cerca." -

El hermano se levantó y tomando a su hermana por la mano, salieron a buscar la naciente.

Pero la malvada tutora era una hechicera, y notó que los jóvenes se habían ido, y los siguió sigilosamente, como lo hacen las hechiceras, y embrujó a todas las nacientes del bosque.

Ahora que ellos habían encontrado una naciente brillante y salpicante sobre las piedras, el hermano iba a beber agua de ella, pero la hermana oyó un murmullo en la corriente que decía:

- "¡Quien beba de mí, se convertirá en tigre, quien beba de mí, se convertirá en tigre!" -

Entonces ella gritó:

- "¡Te lo ruego querido hermano, no bebas, o te convertirás en una bestia salvaje y me harías trizas." -

El hermano no bebió, aunque estaba muy sediento, pero dijo:

- "Esperaré por el próximo arroyo." -

Cuando llegaron al siguiente arroyo, la hermana oyó al arroyo que también decía:

- "¡Quien beba de mí, se volverá lobo, quien beba de mí, se volverá lobo!" -

Entonces la hermana gritó:

- "¡Te lo ruego querido hermano, no bebas, o te volverás lobo y me devorarás!" -

El hermano no bebió, pero dijo:

- "Esperaré una vez más hasta el próximo arroyo, pero entonces beberé, no importa lo que digas, ya que mi sed es muy grande." -

Y cuando llegaron al tercer arroyo, la hermana escuchó su susurro que decía:

- "¡Quien beba de mí, se convertirá en corso, quien beba de mí, se convertirá en corso!" -

Entonces ella gritó:

- "¡Te lo ruego querido hermano, no bebas, o te convertirás en corso y me abandonarás!" -

Pero el hermano se arrodilló de una vez sobre el arroyo, y apenas había empezado a tomar un sorbo del agua, cuando se convirtió allí mismo en un joven corso.

Y ahora la hermana lloró sobre su pobre hermano embrujado, y el pequeño animal lloró también, y se sentó junto a ella. Pero al fin la joven dijo:

- "¡Quédate tranquilo querido corsito, yo nunca, nunca te dejaré!" -

Ella se soltó su prendedor de oro y lo puso en una suave cuerda, lo anudó muy bien y se lo colocó al corso alrededor del cuello. Con eso ella se mantuvo unida con el pequeño animal y lo dirigía, y se adentraron más profundamente en el bosque.

Y cuando ya habían caminado un largo trecho, llegaron a una pequeña casa, y la joven se asomó. Estaba vacía y ella pensó:

- "Podemos quedarnos aquí y vivir." -

Entonces ella buscó hojas y musgo para hacer una cama para el corso, y cada mañana salía y conseguía raíces y bayas para ella misma, y pasto tierno para el corso, quien comía de su mano, y muy contento jugueteaba a su alrededor. Al anochecer, cuando la hermana estaba cansada, y después de decir sus oraciones, ella posaba su cabeza sobre el lomo del corso como si fuera almohada, y se dormía suavemente allí. Y si solamente su hermano tuviera la forma humana, todo sería una vida feliz .

Siguieron así solos por un tiempo dentro de la foresta. Pero sucedió que un día el rey organizó una gran cacería en el bosque. Entonces el sonido de las cornetas, el ladrido de los perros, y los alegres gritos de los cazadores, se propagaban entre los árboles, y el corso los escuchó, y se puso muy ansioso por estar allá.

- "¡Oh!" - le dijo a la hermana, - "déjame ir a la cacería, no me agunto las ganas de estar allí." -

Y tanto le rogó que al fin accedió.

- "Pero" - le dijo ella, - "vuelve al anochecer. Yo cerraré la puerta por miedo a los rudos cazadores, así que tocas la puerta y dices, "Hermana, déjame entrar." y así sabré que eres tú. Y si no dices eso, no abriré la puerta." -

Entonces el joven corso salió rápidamente, saltando de alegría de estar al aire libre.

El rey y los cazadores vieron al bello corso, y se fueron tras de él, pero no lo pudieron alcanzar, y en los momentos que creían que ya lo tenían, él saltaba veloz entre los arbustos y no podía ser visto. Cuando ya anocheció, él corrió hacia la casita, tocó y dijo:

- "Hermana mía, déjame entrar." -

Entonces la puerta fue abierta para él, y de un salto se tiró en la suave cama y descansó toda la noche.

Al siguiente día la cacería empezó de nuevo, y cuando el corso escuchó de nuevo el bullicio de las trompetas, y el ¡jo! ¡jo! de los cazadores, se inquietó, y dijo:

- "Hermana, déjame salir, debo irme." -

Su hermana abrió la puerta y dijo:

- "Recuerda que debes regresar al anochecer y decir tu palabra secreta." -

Cuando el rey y sus cazadores vieron de nuevo al joven corso con el prendedor de oro, todos lo persiguieron, pero él era demasiado rápido y ágil para ellos. Así pasó todo el día, pero al final de la tarde los cazadores lo cercaron, y uno de ellos le hirió levemente una pata, de manera que corría y saltaba despacio. Entonces un cazador lo siguió hasta llegar al refugio, y oyó cómo él decía:



- "Hermana, déjame entrar." -

Y vio cómo la puerta se le abría, y se cerraba en cuanto entraba. El cazador tomó nota de todo aquello, y fue donde el rey y le dijo lo que había visto y oído. Entonces el rey dijo:

- "Mañana cazaremos una vez más." -

La hermana, sin embargo, se puso terriblemente asustada cuando vio que su cervatillo estaba herido. Ella le lavó la sangre y le puso hierbas sobre la herida, y le dijo:

- "Vete a la cama, querido corso, que te pondrás bien de nuevo." -

Pero la herida era tan simple que el corso, a la mañana siguiente, ya no sentía molestia alguna.

Y cuando de nuevo oyó el ruido afuera, dijo:

- "No aguanto más, debo ir allá, ellos no me alcanzarán tan fácilmente." -

La hermana gritó y dijo:

- "¡Esta vez te matarán, y yo estoy aquí sola en el bosque olvidada por todo el mundo. No te dejaré salir!" -

- "Entonces me verás morir de tristeza." - contestó el corso, - "Cuando yo oigo el sonar de las trompetas siento como si tuviera que salirme de mi piel." -

Entonces la hermana no pudo hacer otra cosa y le abrió la puerta con el corazón muy dolido, y el corso, lleno de salud y dicha, se internó en el bosque.

Cuando el rey lo vio, dijo a los cazadores:

- "Ahora persígalo por todo el día hasta que llegue la noche, pero tengan cuidado de no hacerle ningún daño." -

Tan pronto como se puso el sol, el rey dijo a los cazadores:

- "Ahora vamos y muéstrenme el refugio que está en el bosque." -

Y cuando estuvo frente a la puerta, la tocó y dijo:

- "Querida hermana, déjame entrar." -

Entonces la puerta se abrió, y el rey ingresó, y allí encontró la doncella más adorable que él hubiera visto jamás. La joven se atemorizó cuando en vez de ver al cervatillo, vio un hombre que llevaba una corona de oro sobre su cabeza. Pero el rey la miró amablemente, le extendió su mano y dijo:

- "¿Vendrías a mi palacio y serías mi amada esposa?" -

- "¡Sí, claro!" - respondió la doncella, - "Pero el cervatillo debe ir conmigo, no puedo abandonarlo." -

- "Estará contigo toda la vida, y nada le faltará." dijo el rey.

Justo en ese momento llegó corriendo el corso, y la hermana lo ató de nuevo con la cuerda, la tomó en sus manos, y salió con el rey alejándose del refugio.

El rey montó a la adorable doncella en su caballo y la llevó a su palacio, donde luego la boda se celebró con gran pompa. Ahora ella era la reina, y vivieron por un largo tiempo juntos, y el corso era atendido y acariciado, y corría en los jardines del palacio.

Pero la malvada tutora, quien fuera la causante de la salida de los jóvenes hacia el mundo, creyó todo el tiempo que la hermana había sido despedazada por las fieras salvajes del bosque, y que el hermano convertido en corso, había sido tirado por los cazadores. Ahora, cuando supo que ellos eran muy felices, y que estaban muy bien, la envidia y el odio se levantaron en su corazón y no tenía paz, y no pensaba en nada más que en cómo llevarlos a la mala situación de nuevo. La propia hija de la tutora, que era horrible como una noche tormentosa, y que sólo tenía un ojo, le dijo quejándose:

- "¡Una reina! Esa debía ser mi suerte" -

- "Tranquilízate" - contestó la vieja mujer, confortándola - "cuando llegue el momento, yo estaré lista." -

Corriendo el tiempo, la reina tuvo un precioso niño, y sucedió que ese día el rey andaba de cacería, así que la vieja hechicera tomó la forma de la criada de la habitación, llegó al cuarto donde la reina reposaba y le dijo:

- "Venga, el baño está listo, le hará mucho bien, y le dará nuevas fuerzas. Dese prisa antes de que se enfríe." -

Su fea hija estaba por ahí cerca, y llevaron al cuarto de baño a la débil reina, y la pusieron en el baño. Entonces cerraron la puerta y corrieron. Pero en el baño ellas habían hecho un fuego tan mortal que la joven reina quedó pronto sofocada.

Una vez hecho eso, la vieja mujer tomó a su hija, le puso una gorra de noche en su cabeza, y la acostó en la cama en lugar de la reina. Le dio la forma y apariencia de la reina, solamente que no pudo reponerle el ojo faltante. Pero para que el rey no se diera cuenta esa noche, la acostó del lado en que no tenía ojo.

Al atardecer, cuando llegó el rey y supo que tenían un hijo, se sintió muy halagado, y fue a la cama de su amada esposa para ver cómo se encontraba. Pero la vieja mujer disfrazada como la criada, rápidamente exclamó:

- "Por la vida de ella, deje las cortinas cerradas. La reina no debe ver la luz todavía, y debe reposar." -

El rey se fue, y no notó que una falsa reina estaba en la cama.

Pero a medianoche cuando todos dormían, la enfermera, que estaba sentada en la enfermería cerca de la cuna, y quien era la única persona despierta, vio abrirse la puerta y entrar a la verdadera reina. La reina sacó al niño fuera de la cuna, lo puso en sus brazos y lo amamantó. Luego sacudió la almohadilla, acostó al niño y lo cubrió con la cobijita. Tampoco había olvidado al corso, y fue al rincón donde dormía, y le acarició la espalda. Entonces ella salió silenciosamente por la puerta de nuevo. A la mañana siguiente la enfermera preguntó a los guardas si alguien había venido al palacio durante la noche, pero ellos contestaron:

- "No, no hemos visto a nadie." -

Ella llegó así muchas noches, y nunca decía una palabra. La enfermera siempre la veía, pero no se atrevía a contárselo a nadie. Pasado un tiempo de esa forma, la verdadera reina comenzó a hablar cuando llegaba en la noche y decía:

- "¿Qué será de mi niño, qué será de mi cervatillo?
Dos veces más vendré, luego nunca más." -

La enfermera no contestó, pero cuando la reina salió, ella fue donde el rey y le contó todo. El rey dijo:

- "¡Oh Dios! ¿Qué es todo esto? Mañana en la noche yo vigilaré al niño." -

Al anochecer él entró a la enfermería, y a medianoche la reina apareció de nuevo y dijo:

- "¿Qué será de mi niño, qué será de mi cervatillo?
Una vez más vendré, luego nunca más." -

Y ella amamantó al niño, lo que siempre hacía antes de desaparecer. El rey no se atrevió a hablarle, pero también a la siguiente noche él vigiló. Entonces ella dijo:

- "¿Qué será de mi niño, qué será de mi cervatillo?
Esta vez vine, pero ya nunca más." -

Entonces el rey no pudo retenerse y de un salto se adelantó hacia ella y dijo:

- "Tú no puedes ser nadie más que mi amada esposa." -

Ella contestó:

- "Sí, yo soy tu amada esposa." -

Y en ese mismo momento ella volvió a la vida, y por la gracia de Dios se puso lozana, fresca, de piel rosada y llena de salud.

Entonces le contó al rey de las malvadas acciones que contra ella hicieron la hechicera mujer y su hija, de lo cual serían las culpables. El rey ordenó que ambas fueran llevadas a la justicia, y un juicio se celebró contra ellas. Las dos fueron exhorcitadas para eliminarles sus brujerías y condenadas a trabajos forzados por el resto de sus vidas. Inmediatamente el curso cambió a su forma humana, y entonces la hermana y el hermano vivieron felices en palacio por todas sus vidas.

Enseñanza:

La buena hermandad genera fortaleza.





025-La Bella Durmiente del Bosque

Hace muchos años vivían un rey y una reina quienes cada día decían:

- "¡Ah, si al menos tuviéramos un hijo!" -

Pero el hijo no llegaba. Sin embargo, una vez que la reina tomaba un baño, una rana saltó del agua a la tierra, y le dijo:

- "Tu deseo será realizado y antes de un año, tendrás una hija." -

Lo que dijo la rana se hizo realidad, y la reina tuvo una niña tan preciosa que el rey no podía ocultar su gran dicha, y ordenó una fiesta. Él no solamente invitó a sus familiares, amigos y conocidos, sino también a un grupo de hadas, para que ellas fueran amables y generosas con la niña. Eran trece estas hadas en su reino, pero solamente tenía doce platos de oro para servir en la cena, así que tuvo que prescindir de una de ellas.

La fiesta se llevó a cabo con el máximo esplendor, y cuando llegó a su fin, las hadas fueron obsequiando a la niña con los mejores y más portentosos regalos que pudieron: una le regaló la Virtud, otra la Belleza, la siguiente Riquezas, y así todas las demás, con todo lo que alguien pudiera desear en el mundo.

Cuando la decimoprimeras de ellas había dado sus obsequios, entró de pronto la decimotercera. Ella quería vengarse por no haber sido invitada, y sin ningún aviso, y sin mirar a nadie, gritó con voz bien fuerte:

- "¡La hija del rey, cuando cumpla sus quince años, se punzará con un huso de hilar, y caerá muerta inmediatamente!" -

Y sin más decir, dio media vuelta y abandonó el salón.

Todos quedaron atónitos, pero la duodécima, que aún no había anunciado su obsequio, se puso al frente, y aunque no podía evitar la malvada sentencia, sí podía disminuirla, y dijo:

- "¡Ella no morirá, pero entrará en un profundo sueño por cien años!" -

El rey trataba por todos los medios de evitar aquella desdicha para la joven. Dio órdenes para que toda máquina hilandera o huso en el reino fuera destruido. Mientras tanto, los regalos de las otras doce hadas, se cumplían plenamente en aquella joven. Así ella era hermosa, modesta, de buena naturaleza y sabia, y cuanta persona la conocía, la llegaba a querer profundamente.

Sucedió que en el mismo día en que cumplía sus quince años, el rey y la reina no se encontraban en casa, y la doncella estaba sola en palacio. Así que ella fue recorriendo todo sitio que pudo, miraba las habitaciones y los dormitorios como ella quiso, y al final llegó a una vieja torre. Ella subió por las angostas escaleras de caracol hasta llegar a una pequeña puerta. Una vieja llave estaba en la cerradura, y cuando la giró, la puerta súbitamente se abrió. En el cuarto estaba una anciana sentada frente a un huso, muy ocupada hilando su lino.

- "Buen día, señora." - dijo la hija del rey, - "¿Qué haces con eso?" -

- "Estoy hilando." - dijo la anciana, y movió su cabeza.

- "¿Qué es esa cosa que da vueltas sonando tan lindo?" - dijo la joven.

Y ella tomó el huso y quiso hilar también. Pero nada más había tocado el huso, cuando el mágico decreto se cumplió, y ella se punzó el dedo con él.



En cuanto sintió el pinchazo, cayó sobre una cama que estaba allí, y entró en un profundo sueño. Y ese sueño se hizo extensivo para todo el territorio del palacio. El rey y la reina quienes estaban justo llegando a casa, y habían entrado al gran salón, quedaron dormidos, y toda la corte con ellos. Los caballos también se durmieron en el establo, los perros en el césped, las palomas en los aleros del techo, las moscas en las paredes, incluso el fuego del hogar que bien flameaba, quedó sin calor, la carne que se estaba asando paró de asarse, y el cocinero que en ese momento iba a jalarle el pelo al joven ayudante por haber olvidado algo, lo dejó y quedó dormido. El viento se detuvo, y en los árboles cercanos al castillo, ni una hoja se movía.

Pero alrededor del castillo comenzó a crecer una red de espinos, que cada año se hacían más y más grandes, tanto que lo rodearon y cubrieron totalmente, de modo que nada de él se veía, ni siquiera una bandera que estaba sobre el techo. Pero la historia de la bella durmiente "Preciosa Rosa", que así la habían llamado, se corrió por toda la región, de modo que de tiempo en tiempo hijos de reyes llegaban y trataban de atravesar el muro de espinos queriendo alcanzar el castillo. Pero era imposible, pues los espinos se unían tan fuertemente como si tuvieran manos, y los jóvenes eran atrapados por ellos, y sin poderse liberar, obtenían una miserable muerte.

Y pasados cien años, otro príncipe llegó también al lugar, y oyó a un anciano hablando sobre la cortina de espinos, y que se decía que detrás de los espinos se escondía una bellísima princesa, llamada Preciosa Rosa, quien ha estado dormida por cien años, y que también el rey, la reina y toda la corte se durmieron por igual. Y además había oído de su abuelo, que muchos hijos de reyes habían venido y tratado de atravesar el muro de espinos, pero quedaban pegados en ellos y tenían una muerte sin piedad. Entonces el joven príncipe dijo:

- "No tengo miedo, iré y veré a la bella Preciosa Rosa." -

El buen anciano trató de disuadirlo lo más que pudo, pero el joven no hizo caso a sus advertencias.

Pero en esa fecha los cien años ya se habían cumplido, y el día en que Preciosa Rosa debía despertar había llegado. Cuando el príncipe se acercó a donde estaba el muro de espinas, no había otra cosa más que bellísimas flores, que se apartaban unas de otras de común acuerdo, y dejaban pasar al príncipe sin herirlo, y luego se juntaban de nuevo detrás de él como formando una cerca.

En el establo del castillo él vio a los caballos y en los céspedes a los perros de caza con pintas yaciendo dormidos, en los aleros del techo estaban las palomas con sus cabezas bajo sus alas. Y cuando entró al palacio, las moscas estaban dormidas sobre las paredes, el cocinero en la cocina aún tenía extendida su mano para regañar al ayudante, y la criada estaba sentada con la gallina negra que tenía lista para desplumar.

Él siguió avanzando, y en el gran salón vio a toda la corte yaciendo dormida, y por el trono estaban el rey y la reina.

Avanzó aún más, y todo estaba tan silencioso que un respiro podía oírse, y por fin llegó hasta la torre y abrió la puerta del pequeño cuarto donde Preciosa Rosa estaba dormida. Ahí yacía, tan hermosa que él no podía mirar para otro lado, entonces se detuvo y la besó. Pero tan pronto la besó, Preciosa Rosa abrió sus ojos y despertó, y lo miró muy dulcemente.

Entonces ambos bajaron juntos, y el rey y la reina despertaron, y toda la corte, y se miraban unos a otros con gran asombro. Y los caballos en el establo se levantaron y se sacudieron. Los perros cazadores saltaron y menearon sus colas, las palomas en los aleros del techo sacaron sus cabezas de debajo de las alas, miraron alrededor y volaron al cielo abierto. Las moscas de la pared revolotearon de nuevo. El fuego del hogar alzó sus llamas y cocinó la carne, y el cocinero le jaló los pelos al ayudante de tal manera que hasta gritó, y la criada desplumó la gallina dejándola lista para el cocido.

Días después se celebró la boda del príncipe y Preciosa Rosa con todo esplendor, y vivieron muy felices hasta el fin de sus vidas.

Enseñanza:

Cuando las circunstancias son propicias, las dificultades se desvanecen.





026-Yorinda y Yoringel

Hubo una vez un viejo castillo en medio de un grande y denso bosque, y en él sólo vivía un viejo hombre que era un brujo. Durante el día él se convertía en un gato o en un búho gritón, pero al anochecer tomaba de nuevo su forma humana. Él atraía hacia sí bestias y pájaros, para luego matarlos y hervirlos o asarlos. Si alguien se acercaba a cien pasos del castillo, se quedaba paralizado donde estaba, y no podía moverse hasta que él le permitiera moverse. Pero en cualquier momento que una inocente doncella pasaba dicho círculo, la transformaba en un pájaro, y la metía en una jaula y la llevaba a un salón del castillo. Ahí tenía cerca de siete mil jaulas de exóticos pájaros.

Ahora bien, había una vez una doncella llamada Yorinda, que era más hermosa que las demás muchachas. Ella tenía un joven pretendiente llamado Yoringel, con quien se había comprometido en matrimonio. Ellos estaban en los días previos a los esponsales, y su mayor ilusión era estar juntos. Un día, con el fin de poder conversar en quietud, salieron a caminar por el bosque.

- "Ten cuidado" - dijo Yoringel, - "recuerda que no debes de llegar muy cerca del castillo." -

Era un bello atardecer, el sol brillaba entre los árboles, contrastando con la espesura del bosque, y las palomas daban sus melancólicos cantos sobre las jóvenes ramas de los árboles de abedul.

De pronto y sin saber por qué, Yorinda empezó a llorar y se sentó a la luz del atardecer muy triste. Y Yoringel también se puso triste, y se sentían tan mal como si estuvieran a punto de morir, o presintiendo algo extraño. Entonces miraron alrededor y se dieron cuenta de que se habían perdido, pues no sabían por cual camino emprender el regreso a casa. El sol estaba aún terminando de ponerse.

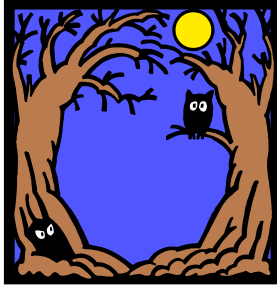
Yoringel miró entre los arbustos, y vio las viejas paredes del castillo al alcance de sus manos. Se horrorizó y se llenó de un temor de muerte. Yorinda estaba cantando:

- "Mi pequeño pajarito, con lacito rojo,
canta triste, triste, triste,
canta que pronto la gaviota morirá,
canta triste, tris..., cuu, cuu, cuu..."

Yoringel miró a Yorinda. Ya se había convertido en ruiseñor, y cantaba:

"cuu, cuu, cuu..."-

Un bullicioso búho con ojos saltones voló tres veces sobre ella, y tres veces gritó:



"Bu-uh, bu-uh, bu-uh" -

Yoringel no se podía mover, estaba tieso como una piedra, y no podía ni llorar ni hablar, ni mover manos o pies.

El sol ya se había puesto. El búho voló entre los arbustos, e inmediatamente se posó en el suelo y tomó la forma humana de un viejo hombre pálido y jorobado, con grandes ojos rojos y nariz tan puntiaguda que le llegaba hasta la barbilla. Él murmuró algo para sí mismo, cogió al ruiseñor y se lo llevó en sus manos.

Yoringel no pudo decir nada, ni moverse de su sitio. El ruiseñor ya no estaba. Al rato el hombre volvió y dijo con una voz profunda:

"Te saludo Zachiel. Si la luna brilla en la jaula, Zachiel, suéltalo de una vez." -

Entonces Yoringel quedó libre. Él se arrodilló ante el hombre y le rogó que le devolviera a Yorinda, pero le contestó que nunca la volvería a tener de nuevo, y se retiró. El gritó, lloró, se lamentó, pero todo en vano.

"¿Ay, qué irá a ser de mí?" - se dijo.

Yoringel se fue de allí, hasta que llegó a una desconocida villa, donde se quedó cuidando ovejas por largo tiempo. A menudo rondaba alrededor del castillo, pero sin acercarse demasiado. Una noche por fin soñó que se encontraba una flor roja que tenía al centro una bella y grande perla, y que él tomaba la flor e iba al castillo, y que todo lo que tocaba con la flor quedaba libre de hechizos, y además soñó que por ese medio recobraba a Yorinda.

En la mañana, cuando despertó, él comenzó a buscar por valles y colinas a ver si podía encontrar a esa flor. Y buscó hasta el noveno día, y entonces, temprano por la mañana, encontró la flor roja. En el centro tenía una gran gota de rocío, tan grande como la más fina perla.

Por días y noches él se encaminó hacia el castillo. Y cuando estuvo a cien pasos, esta vez no quedó paralizado, y caminó hasta la puerta. Yoringel se sintió lleno de dicha. Tocó la puerta con la flor, y se le abrió. Entró y avanzó por los salones, buscando el sonido de los

pájaros. Por fin los escuchó. Y se dirigió en esa dirección hasta llegar al lugar apropiado. Allí estaba el brujo alimentando a los pájaros en las siete mil jaulas.

Cuando vio a Yoringel se enojó, se enojó muchísimo, y lo maldecía y le lanzaba veneno y hiel, pero no se le pudo acercar siquiera a dos pasos de él. Yoringel no le prestó mayor atención, sino que se fue a mirar a las jaulas con los pájaros, pero había cientos de ruiseñores. ¿Y cómo haría entonces para encontrar a Yorinda?

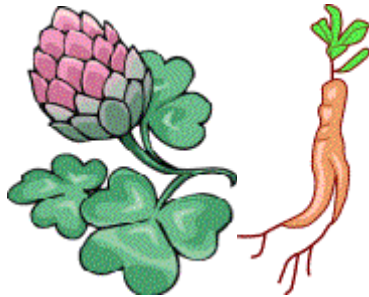
Estaba justo en eso cuando vio al brujo retirarse silenciosamente con una jaula con un ruiseñor en ella, y que se dirigía hacia la puerta.

Rápidamente se fue tras él hasta alcanzarlo, tocó la jaula con su flor y también al viejo hombre. Éste ya no pudo embrujar a nadie más, y Yorinda tomó inmediatamente su forma original, lanzándose a los brazos de Yoringel llena de felicidad.

No está de más decir, que la feliz boda se llevó a cabo, con siete mil damas de honor. Y el viejo brujo tuvo que resignarse a seguir viviendo de bayas y raíces en el bosque por el resto de sus días.

Enseñanza:

La perseverancia lleva al éxito.





027-Allerleirauh

Hubo una vez un rey que tenía una esposa con cabellos de oro, y era tan bella que no se encontraba otra mujer igual en toda la tierra. Pasó que un día ella se enfermó, y presintió que pronto moriría, así que llamó al rey y le dijo:

- "Si después de mi muerte deseas casarte de nuevo, toma a alguien que sea tan bella como yo, y que tenga el cabello de oro que yo tengo: prométemelo." -

Y después de prometérselo el rey, ella cerró sus ojos y descansó en paz.

Por mucho tiempo el rey no pudo sentirse confortado, y no pensó en tomar otra esposa. Por fin sus consejeros dijeron:

- "No hay otra salida, el rey debe casarse de nuevo, así tendremos reina." -

Y mensajeros fueron enviados a lo ancho y largo, cerca y lejos, buscando una novia que igualara a la anterior reina en belleza. En todo el mundo, sin embargo, no se encontraba a ninguna, y si acaso encontraron alguna, no tenía la cabellera de oro. Así que los mensajeros volvieron tal como cuando se fueron.

Sucedió que el rey tenía una hija, que era justamente tan bella como su madre, y con la misma cabellera de oro. Cuando ella creció, el rey se fijó en ella un día, y vio que en todo respecto era como su fallecida esposa, y sorpresivamente sintió un violento amor por ella. Entonces habló a sus consejeros:

- "Desposaré a mi hija, pues es la contraparte de mi anterior esposa, de otra forma no podré encontrar a nadie que la reemplace." -

Cuando los consejeros escucharon aquello, quedaron estremecidos, y se dijeron:

- "Dios ha prohibido que padres se casen con sus hijas, nada bueno puede venir de tal crimen, y el reino caerá en la ruina." -

La hija se sintió aún más estremecida cuando supo de la resolución de su padre, pero esperaba hacerlo cambiar de decisión. Entonces le dijo:

- "Antes de satisfacer tu deseo, yo debo tener tres vestidos: uno tan dorado como el sol, uno tan plateado como la luna, y otro tan brillante como las estrellas. Además de eso, deseo una capa hecha con mil diferentes clases de pieles y pelos todos juntos entrelazados, y cada especie de animal en el reino debe de donar una pieza de su piel para ello." -

Ella pensó:

- "Obtener todo eso será algo imposible, y así apartaré a mi padre de sus malvadas intenciones." -

El rey, sin embargo, no se rindió, y mandó a las más hábiles costureras del reino a coser los tres vestidos, uno tan dorado como el sol, uno tan plateado como la luna, y el otro tan brillante como las estrellas. Y a sus cazadores los envió a cazar un ejemplar de cada especie de animal en todo el reino, y que les tomaran una pieza de su piel y de sus pelos. Y con todo eso recogido mandó a hacer la capa solicitada. Al fin, cuando todo estuvo listo, pidió que le trajeran los vestidos y la capa, los extendió frente a la joven y dijo:

- "La boda será mañana." -

Cuando la hija del rey vio que no había mayores esperanzas de cambiar la opinión del rey, resolvió escaparse. En la noche, cuando todos dormían, se levantó y tomó tres diferentes objetos de sus tesoros: un anillo de oro, una rueda de hilar de oro en miniatura, y un carrito de oro. Echó en una cesta los vestidos del sol, la luna y las estrellas, y se puso sobre ella la capa de las mil pieles, y se ennegreció la cara y las manos con hollín. Entonces se encomendó a Dios y salió, y caminó toda la noche hasta llegar a un gran bosque. Y como estaba tan cansada, se metió en un hueco de un gran árbol y se durmió.

Llegó el amanecer, el sol salió, y ella dormía, y estaba todavía dormida cuando ya era pleno día. Pero sucedió que el rey al cual pertenecía ese bosque, y que no era su padre, andaba de caza por ahí. Cuando sus perros llegaron al árbol, ellos olfatearon, y corrieron ladrando alrededor de él. El rey dijo a sus cazadores:

- "Vayan a ver que clase de bestia salvaje se esconde dentro de ese hueco." -

Los cazadores obedecieron, y cuando regresaron dijeron:

- "Una pasmosa bestia está ahí dentro del hueco del árbol, nunca habíamos visto algo semejante. Su cuero está hecho de mil diferentes piezas, pero está dormida." -

Les dijo entonces el rey:

- "Traten de capturarla viva y átenla al carro para llevarla con nosotros." -

Cuando los cazadores fueron a tomar a la doncella, ella despertó aterrorizada, y les gritó:

- "Yo soy una pobre muchacha, abandonada por padre y madre, tengan piedad de mí, llévenme con ustedes." -

Ellos dijeron:

- "Allerleirauh, tú serás muy útil en la cocina, ven con nosotros y podrás limpiar, barrer y recoger las cenizas." - Y le dejaron de nombre Allerleirauh.



Así pues, la montaron al carruaje y la llevaron al palacio real. Allí le enseñaron una buhardilla bajo las escaleras, donde no entraba la luz del día, y le dijeron:

- "Animal peludo, allí podrás vivir y dormir." -

Luego fue enviada a la cocina, y la pusieron a traer el agua y la leña, limpiar el hogar, desplumar las aves, escoger los vegetales, recoger las cenizas, y en general hacer todos los trabajos pesados. Allerleirauh vivió así por largo tiempo en la miseria.

¡Caray, bella princesa!, ¿que vendrá para ti ahora?

Sin embargo, sucedió que un día hubo una fiesta en el palacio, y ella dijo al cocinero:

- "¿Podría yo ir arriba por un rato y mirar? Estaré a un lado de la puerta, no estorbaré." -

El cocinero respondió:

- "Sí, puedes ir, pero debes estar acá de vuelta en media hora para limpiar el hogar." -

Entonces ella tomó su lámpara de aceite, fue a su buhardilla, se quitó su sucio vestido, se limpió el hollín de su cara y manos, de modo que su original belleza se presentó de nuevo en todo su esplendor. Y abrió la cesta, tomó el vestido que brillaba como el sol, y cuando ya estuvo lista, se introdujo en la fiesta. Todo el mundo hacía campo para que pasara, y aunque nadie la conocía, todos pensaban si sería la hermana del rey. Pero el rey llegó para conocerla, le dió su mano, bailó con ella, y pensó en su corazón:

- "¡Mis ojos jamás habían visto tanta belleza!" -

Al terminar la danza, ella hizo la reverencia, y cuando el rey miró alrededor de nuevo, ella había desaparecido, y nadie sabía hacia donde se había ido. Los guardas que estaban afuera del palacio fueron llamados e interrogados, pero ninguno la había visto pasar.

Sin embargo, ella había corrido a su oscura buhardilla, y rápidamente se cambió de ropas, oscureció su cara y sus manos otra vez, se puso la capa de pieles, y fue de nuevo la así llamada Allerleirauh. Cuando entró a la cocina lista para empezar su trabajo y barrer las cenizas, el cocinero le dijo:

- "Deja eso para mañana, y hazme la sopa para el rey, que yo también iré un rato arriba a mirar, pero no permitas que caigan pelos en ella, o en el futuro no tendrás nada para comer." -

El cocinero se fue, y Allerleirauh hizo sopa de pan para el rey en la mejor forma que pudo, y cuando estuvo lista sacó su anillo de oro de su buhardilla y lo puso en el fondo del tazón en el que se serviría la sopa. Cuando terminó la danza, le fue llevada la sopa al rey y la tomó, y le gustó tanto que le parecía que nunca había probado algo mejor. Pero cuando llegó al fondo del tazón, vio el anillo de oro, y no podía concebir como llegó eso allí. Entonces ordenó al cocinero a presentarse ante él. El cocinero se asustó muchísimo al escuchar la orden, y dijo a Allerleirauh:

- "¡De seguro dejaste caer un pelo en la sopa del rey, y si lo hiciste, serás castigada por eso!" -

Cuando él llegó ante el rey, éste preguntó que quien había hecho la sopa. El replicó:

- "Fui yo." -

Pero el rey respondió:

- "Eso no es cierto pues estaba muchísimo mejor que lo usual, y cocinada en forma diferente." -

El cocinero contestó:

- "Debo reconocer que no la hice yo, sino el tosco animal que me ayuda." -

- "¡Ve y tráelo acá!" - ordenó el rey.

Cuando Allerleirauh llegó, el rey dijo:

- "¿Quién eres tú?" -

- "Soy una pobre muchacha que no tiene padre ni madre." - respondió ella.

- "¿Y qué es en lo que trabajas en mi palacio?" - preguntó de nuevo el rey.

- "No soy buena en nada, excepto algunos trabajos rudos." - contestó.

- "¿Y de dónde conseguiste el anillo que estaba en mi sopa?" - continuó preguntando.

- "No sé nada acerca del anillo." - le contestó ella.

Así que el rey no pudo saber nada, y la dejó que regresara a la cocina de nuevo.

Poco tiempo después hubo otra fiesta, y entonces, como antes, Allerleirauh le rogó al cocinero dejarla ir a mirar. Y el le contestó:

- "Bien, pero vuelve en media hora y hazle al rey la sopa de pan que tanto le gustó." -

Entonces ella corrió a su buhardilla, rápidamente se limpió, sacó de la cesta el vestido plateado como la luna y se lo puso. De inmediato subió como una princesa, y el rey se adelantó para saludarla, quien se alegró mucho de verla de nuevo, y como el baile justamente iba a empezar, bailaron juntos. Pero cuando éste terminó, ella de nuevo desapareció tan rápidamente que el rey no pudo ver por donde se fue. Ella, sin embargo, había corrido a su buhardilla, y de nuevo se arregló como el raro animal peludo, y fue a la cocina a prepararle la sopa de pan al rey.

Cuando el cocinero subió a mirar, ella echó la pequeña rueda de hilar de oro en miniatura en el fondo del tazón, quedando cubierta por la sopa. Entonces fue llevada al rey, que la tomó, y le encantó como la vez anterior, y trajo de nuevo al cocinero, quien como antes se vio obligado a confesar que Allerleirauh había preparado la sopa. Allerleirauh de nuevo fue ante el rey, y otra vez contestó que no era buena en nada, excepto algunos trabajos rudos, y que no sabía nada acerca de la pequeña rueda de hilar de oro en miniatura.

Cuando por tercera vez hubo otra fiesta, todo se preparó tal como las veces anteriores. El cocinero dijo ahora:

- "Estoy seguro, piel áspera, que eres una bruja, y siempre pones en la sopa algo que la hace tan buena que al rey le gusta mucho más que la que yo preparo." -

Pero ella le rogó tanto que la dejara ir a mirar, que la dejó ir a la hora justa. Y ahora ella se puso el vestido que brillaba como las estrellas, y entró al salón.

De nuevo el rey danzó con la bella doncella, y pensó que nunca había estado tan bella. Y mientras danzaban, él ideó, sin que ella lo notara, cómo ponerle un anillo en su dedo, y además, había dado órdenes para que la danza durara mucho más tiempo. Cuando terminó, él quiso sujetarla fuertemente con sus manos, pero ella se soltó, y tan rápido corrió entre la multitud, que se desvaneció de su vista. Ella corrió tan rápido como pudo a su buhardilla, pero como se había atrasado y llevaba más de media hora, no pudo quitarse su lindo vestido, sino que solamente se echó encima la capa de pieles, y en su congoja no pudo pintarse toda de negro, y un dedo le quedó blanco. Y en esas circunstancias,

Allerleirauh corrió a la cocina, cocinó la sopa de pan para el rey, y como no estaba el cocinero, puso en el tazón el carrete de oro. Cuando el rey encontró el carrete en el fondo del tazón, convocó a Allerleirauh, y observó el dedo que tenía blanco, y vio el anillo que él le había colocado durante el baile. Entonces la tomó de la mano y la sujetó fuertemente, y cuando ella quiso soltarse y correr, la capa de pieles se abrió, y su vestido de estrellas brilló intensamente. El rey agarró la capa y se la quitó. Y ahora la cabellera de oro también brilló con fuerza, y allí quedó ella parada en todo su esplendor, y no pudo ocultarse más. En cuanto ella se lavó el hollín y cenizas de su cara y manos, quedó más bella que ninguna otra hubiera sido vista jamás en la tierra. Pero el rey dijo:

- "Tú eres mi querida novia, y nunca nos separaremos uno del otro." -

Y el matrimonio se realizó solemnemente, y vivieron muy felices por el resto de su días.

Enseñanza:

Ante un evidente peligro, lo mejor es alejarse de él inmediatamente.





028-El Pastor Sabio

Había una vez un pastor cuya fama se había extendido a lo largo y ancho debido a las sabias respuestas que siempre tenía para todas las preguntas. El rey del país oyó acerca de su sabiduría, pero no lo creía, y mandó a que le llevaran al muchacho. Entonces le dijo:

- "Si tú puedes darme la respuesta a tres preguntas que te haré, yo te trataré como mi hijo, y habitarás conmigo en el palacio real." -

- "¿Y cuáles son esas tres preguntas?" - dijo el joven.

El rey respondió:

- "La primera es: ¿Cuántas gotas de agua hay en el océano?" -

El pastor contestó:

- "Su Alteza, si logra poner represas en todos los ríos, de modo que ni una sola gota de agua de ellos entre al mar hasta que yo haya terminado de contarlas, podré entonces decirle cuántas gotas hay en el océano." -

El rey dijo:

- "La siguiente pregunta es: ¿Cuántas estrellas hay en el cielo?" -

El muchacho dijo:

- "Denme una hoja grande de papel." -

Y enseguida, con una pluma, hizo tantísimos puntos finos que difícilmente podían distinguirse, y era realmente imposible el poder contarlos. Todo aquel que los miraba, los perdía de vista. Entonces dijo el pastor:

- "Hay tantas estrellas en el cielo como puntos en este papel. Simplemente cuéntenlos." -

Pero nadie logró hacerlo. El rey de nuevo dijo:

- "La tercera pregunta es: ¿Cuántos segundos de tiempo hay en la eternidad?" -

Entonces respondió el joven:

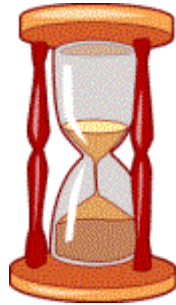
- "En la Baja Pomerania está la Montaña de Diamante, que tiene cuatro mil metros de alto, tres mil metros de ancho, y tres mil metros de largo, y cada cien años un pajarito viene y afila su pico en él, y cuando toda la montaña se haya desgastado por eso, entonces habrá pasado el primer segundo de la eternidad." -

El rey dijo:

- "Has contestado las tres preguntas como un hombre sabio, y habitarás con nosotros en mi palacio, y te trataré como mi propio hijo." -

Enseñanza:

La sabiduría se basa en la correcta observación.





029-Los Dos Caminantes

Valles y colinas no vienen juntos, pero los hijos de los hombres sí, buenos y malos. De este modo un zapatero y un sastre se encontraron uno con el otro en sus viajes. El sastre era un pequeño y bien parecido tipo que siempre estaba alegre y lleno de felicidad. Él vio al zapatero venir hacia él desde el otro lado, y observó por su maleta que clase de mercadería él traía, y le cantó lo siguiente:

- "Cóseme la costura,
enhébrame el hilo,
distribúyelo con gracia,
golpea el clavo en la cabeza." -

El zapatero, sin embargo, no soportaba bromas, y puso una cara como si hubiera bebido vinagre, e hizo unos gestos como si fuera a agarrar al sastre por el cuello. Pero el pequeño tipo comenzó a reír, le acercó una botella, y dijo:

- "No significaba ninguna ofensa, toma un trago, y baja tu enojo." -

El zapatero tomó un buen trago y la tormenta en su rostro empezó a disiparse. Le devolvió la botella al sastre, y le dijo:

- "Te hablo con serenidad, uno habla bien después de mucho beber, pero no con mucha sed. ¿Podríamos viajar juntos?" -

- "Está bien" - contestó el sastre, - "si solamente te cae bien ir a una gran ciudad donde no falta el trabajo." -

- "Exactamente allí es donde quiero ir." - respondió el zapatero, - "En un pueblo pequeño no hay nada qué ganar, y en el campo, la gente acostumbra andar descalza."

Siguieron entonces adelante juntos, y siempre poniendo un pie adelante del otro como una comadreja en la nieve. Ambos contaban con mucho tiempo, pero casi nada para morder o picar. Cuando llegaron a un pueblo, lo recorrieron, y dieron sus respetos a los comerciantes, y como el sastre se veía tan jovial y alegre, y tenía bonitas mejillas rosadas, todos le daban trabajo voluntariamente, y cuando tenía buena suerte, las hijas de los patronos le daban un beso bajo el portal también. Cuando de nuevo se encontraba con el zapatero, el sastre siempre tenía más cantidad en su bolsillo. El mal humorado zapatero hacía una cara amarga y comentaba:

- "Entre más grande el bribón, mayor es la suerte." -

Pero el sastre se reía y cantaba, y compartía todo lo que conseguía con su compadre. Si un par de monedas campaneaban en su bolsillo, él ordenaba buenas cosas, y en su alegría golpeaba la mesa hasta hacer danzar a los vasos, y para él, todo, a como fácil llegaba, fácil se iba.

Cuando habían viajado por algún tiempo, llegaron a un gran bosque por donde pasaba el camino hacia la capital. Dos rutas, sin embargo, llevaban hacia allá, una de las cuales era de una jornada de siete días, y la otra de solamente dos días, pero ninguno de los dos sabía cual de ellas era la corta. Se sentaron bajo un roble, y analizaron cómo debían programarse, y para cuantos días deberían llevar pan. El zapatero dijo:

- "Uno debe mirar antes de brincar, así que llevaré el pan para una semana." -

- "¿Qué? - dijo el sastre, - "¡Llevar pan en la espalda para siete días como una bestia de carga, y no poder ver alrededor! ¡Confiaré en Dios, y no me preocuparé por nada! El dinero que llevo en mi bolsillo es tan bueno en invierno como en verano, en cambio en días calientes el pan se pone duro, y mucho tiempo guardado se enmohece. Y mi abrigo no es tan grande como debería para cargar mucho. Además, ¿por qué no podríamos acertar la ruta correcta? Pan para dos días, es suficiente." -

Y cada uno compró su propio pan, y probaron su suerte en el bosque. Estaba silencioso como una iglesia, no soplaban ni una brisa, ni susurros de riachuelos, ni cantos de aves, y por las ramas tupidas de hojas no se colaba un rayo de sol. El zapatero nunca habló una palabra, el pesado pan doblaba su espalda y el sudor bajaba por su cuerpo y por su cara melancólica. El sastre, por el contrario, estaba todo alegre, saltaba, silbaba, o cantaba una canción, y pensaba para sí mismo:

- "Dios en el cielo estará complacido de verme tan feliz." -

Todo esto duró dos días, y al tercero, el camino dentro de la foresta no llegaba a su fin, y el sastre ya había terminado con su pan, así que su corazón se entristeció un poco. Mientras tanto no perdió el coraje, y confiaba en Dios y en su suerte. Al final de ese tercer día, al anochecer, él se acostó con hambre bajo un árbol. Al día siguiente se levantó, siempre con hambre, y así pasó también el cuarto día, y cuando el zapatero se sentaba sobre un tronco a comer su pan, el sastre sólo era un espectador. Si el rogaba por un pedazo de pan, el otro reía burlescamente y decía:

- "Tú siempre has estado muy contento, y ahora puedes probar lo que es estar triste: los pájaros que cantan muy temprano por la mañana, son cazados por los halcones en la tarde." -

En resumen, no tenía piedad. Pero a la quinta mañana el pobre sastre no pudo sostenerse de pie, y difícilmente podía pronunciar una palabra por su debilidad. Sus mejillas estaban pálidas, y sus ojos enrojecidos. Entonces el zapatero le dijo:

- "Te daré un pedazo de pan hoy, pero a cambio de eso, te sacaré tu ojo derecho." -

El infeliz sastre, que aún esperaba salvar su vida, no pudo hacer otra cosa, y lloró una vez más con ambos ojos, y entonces los mantuvo abiertos, y el zapatero, que tenía corazón de piedra, le sacó el ojo derecho con una navaja. El sastre trajo a su memoria lo que una vez le dijo su madre cuando lo encontró comiendo secretamente en la despensa:

- "Come lo que puedas, y sufre lo que debas." -

Cuando ya hubo consumido su ansiado y pagado pedazo de pan, se paró en sus piernas, olvidó su miseria y se confortó a sí mismo pensando que siempre podría ver suficiente con un ojo.

Pero al sexto día, el hambre le volvió a arreciar y le roía casi hasta el corazón. Al anochecer se dejó caer bajo un árbol, y en la séptima mañana no pudo levantarse por su falta de fuerzas, y la muerte estaba al alcance de la mano. Entonces dijo el zapatero:

- "Te voy a tener un poco de merced y te daré un pedazo de pan otra vez, pero no será de a gratis. Te sacaré el otro ojo a cambio." -

Y ahora el sastre sentía cuan descuidada había sido su vida, rezó a Dios por su perdón, y dijo:

- "Haz tu voluntad, soportaré lo que deba, pero recuerda que nuestro Señor Dios no siempre ve todo con pasividad, y que la hora vendrá cuando la maldad que has hecho conmigo, y que no esperaba de ti, será juzgada. Cuando las cosas iban bien conmigo, todo lo compartí contigo. Mi trato es de tal modo que tal como se recibe, así se da. Si ya no tendré más mis ojos, y no podré ver jamás, seré un pordiosero. En todo caso, no me dejes aquí abandonado cuando esté ciego, o moriré de hambre." -

El zapatero, sin embargo, que había retirado a Dios de su corazón, tomó la navaja y le sacó el otro ojo al sastre. Entonces le dio el pedazo de pan para comer, le amarró un palo y lo llevó detrás de él.

Cuando el sol se ocultó, salieron del bosque, y ante ellos, en el campo abierto, se presentaban unas horcas. Hacia allá dirigió el zapatero al sastre ciego, lo dejó solo debajo de ellas y siguió su camino. La fatiga, el dolor, y el hambre hicieron dormir al maltratado hombre. Y durmió la noche entera.

Cuando amaneció, él despertó, pero no sabía donde estaba. Dos pobres pecadores colgaban de las horcas, y un cuervo se posaba en la cabeza de cada uno de ellos. Entonces uno de los hombres que habían sido colgados comenzó a hablar y dijo:

- "Hermano, ¿estás despierto?" -

- "Sí, estoy despierto." - contestó el segundo.

- "Entonces te diré algo" - dijo el primero, - "el rocío que ha caído esta noche sobre nosotros desde las horcas, le da a cada quien que se lave con él, sus ojos de nuevo. Si la gente ciega supiera esto, cuántos no ganarían de nuevo su vista, lo que les parecería imposible." -

Cuando el sastre escuchó aquello, tomó su pañuelo, lo presionó contra el césped, y cuando estuvo bien mojado con el rocío, lavó las cavidades de sus ojos con él. Inmediatamente sucedió lo dicho por el hombre de la horca, y un par de nuevos ojos llenaron sus cavidades. No había pasado mucho rato cuando el sastre vio levantarse al sol sobre las montañas, y en la planicie delante de él, yacía la gran ciudad real con sus magníficas puertas y cientos de torres, y las bolas y cruces de oro que estaban en las cúpulas comenzaban a brillar. Él pudo distinguir cada hoja en los árboles, vio a los pájaros pasar volando, y los mosquitos que danzaban en el aire. Y tomó una aguja de su bolsillo, y podía enhebrarla tan bien como siempre lo había hecho, y su corazón latía con deleite. Él se arrodilló, dio gracias a Dios por la merced que le había concedido y dijo su oración de la mañana. Y no olvidó rezar por los dos pecadores que colgaban de las horcas balanceándose uno contra el otro con el viento, como si fueran péndulos de relojes. Entonces echó su carga al hombro y pronto olvidó el dolor de corazón que había sufrido, y siguió su camino cantando y silbando. Lo primero que se encontró fue un potro café corriendo por los grandes campos. Él lo tomó por la melena y quiso saltarle encima para trasladarse a la ciudad. Pero el potro le rogó que lo dejara libre.

- "Yo aún estoy joven" - le dijo, - "aún un liviano sastre como eres tú podría quebrar mi espalda en dos, déjame ir hasta que haya crecido fuerte. Una hora quizás llegue en que pueda recompensarte por ello."

- "Corre" - dijo el sastre, - "Veo que todavía eres débil." -

Y le dio un toque con una vara sobre su espalda, y ahí mismo levantó sus patas traseras lleno de gozo, saltó sobre cercas y zanjas y al galope se alejó en el campo abierto.

Pero el pequeño sastre no había comido nada desde el día anterior.

- "El sol sin duda ha llenado mis ojos." - se dijo él, - "pero el pan no ha llenado mi boca. Lo primero que me pase al frente y que sea medio comestible, no escapará." -

En eso, una cigüeña caminaba solemnemente sobre el prado hacia él.

- "¡Para, para!" - gritó el sastre, y la agarró por una pata. - "No sé si serás buena para comerte o no, pero mi hambre no me deja otra opción. Te cortaré la cabeza y te asaré." -

- "No hagas eso." - replicó la cigüeña, - "yo soy una ave sagrada que le da a la humanidad grandes beneficios, y nadie me hace daño. Déjame vivir, y podría ayudarte de alguna otra manera." -

- "Bien, vete, prima Pataslargas." - le dijo el sastre.

La cigüeña se levantó, dejó que colgaran sus largas piernas y se alejó volando suavemente.

- "¿Y cuál será el final de todo esto?" - se dijo el sastre al fin. - "Mi hambre aumenta más y más, y mi estómago está más y más vacío. Todo lo que se pone en mi camino es perdido." -

En ese momento divisó a doce jóvenes patos en un estanque que se acercaban a él.

- "Han llegado en el momento preciso." - dijo él.

Y capturó a uno de ellos y estaba a punto de torcerle el cuello. En esto, una vieja pata que estaba oculta entre las cañas, comenzó a gritar fuertemente, y nadó hacia él con su pico abierto, y le rogó urgentemente que soltara a su hijo querido.



- "¿No te puedes imaginar" - dijo ella, - "cómo tu madre lamentaría si alguien quisiera agarrarte y darte el golpe final?" -

- "Quédate tranquila" - dijo el buen atemperado sastre, - "déjate a tu hijo." - y puso al prisionero de regreso en el agua.

Cuando dio vuelta alrededor, se encontró con un árbol parcialmente hueco, y vio unas abejas silvestres volando hacia adentro y hacia afuera de él.

- "Allí obtendré mi recompensa por mi buen comportamiento." - dijo el sastre, - "la miel me refrescará." -

Pero la abeja reina salió, y lo amenazó diciendo:

- "Si tocas a mi gente, y destruyes mi panal, nuestros aguijones atravesarán tu piel como diez mil agujas calientes. Pero si nos dejas en paz y te vas, te haremos algún servicio en alguna oportunidad." -

El pequeño sastre vio que aquí tampoco había nada que hacer.

- "Tres platos vacíos y nada en el cuarto, es una mala cena." -

Entonces se dirigió con su estómago vacío hacia la ciudad, y como ya eran las doce mediodía, todo estaba preparado en el mesón, listo para almorzar, y se sentó de una vez a comer. Cuando estuvo satisfecho dijo:

- "Ahora, conseguiré trabajo." -

Él caminó por la ciudad, buscó por alguna oferta de trabajo, y pronto encontró una buena posición. Y como él tenía muy buen trato, no tardó mucho en llegar a ser famoso, y todo el mundo quería tener su traje nuevo confeccionado por el pequeño sastre, cuya importancia crecía día a día.

- "No puedo dar más de mi capacidad, y aún las cosas mejoran cada día." - dijo él.

Al fin, el rey lo nombró como sastre de la corte.

¡Pero que cosas suceden en el mundo!

Ese mismo día su antiguo camarada, el zapatero, fue nombrado zapatero de la corte. Cuando éste miró al sastre, y vio que una vez más tenía dos saludables ojos, su conciencia lo puso en problemas.

- "Antes de que tome venganza conmigo" - pensó, - "debo hacer una trampa para él." -

Sin embargo, él, que preparaba una trampa para otro, cayó en ella él mismo. Al atardecer, cuando ya el trabajo estaba cumplido, y la oscuridad avanzaba, buscó al rey, y fue donde él y le dijo:

- "Su Alteza, el sastre es un tipo arrogante y se ha jactado de que encontrará y traerá de regreso la corona de oro que se perdió en tiempos remotos." -

- "Eso me complacería mucho." - dijo el rey.

Y eso provocó que el sastre fuera traído a su presencia a la mañana siguiente, y le ordenó que trajera de regreso la corona, o tendría que dejar la ciudad para siempre.

- "¡Ajá!" - pensó el sastre. - "un granuja dando lo que no tiene. Si el impertinente rey quiere que yo haga lo que nadie puede hacer, no esperaré hasta mañana, sino que me iré de la ciudad de una vez, hoy mismo" -

Por lo tanto, empacó su pequeña maleta, pero cuando dejó la puerta de la ciudad, no pudo dejar de sentirse triste por abandonar su buena fortuna, y volvió su cabeza hacia atrás para ver el pueblo que tan bien lo había tratado. Él llegó al estanque donde había tratado con los patos en el preciso momento en que la mamá pata estaba sentada a la orilla, limpiando sus plumas con el pico. Ella lo reconoció de inmediato, y le preguntó por qué estaba tan cabizbajo.

- "No te sorprenderías cuando oigas lo que me ha ocurrido." - replicó el sastre, y le contó el asunto.

- "Si eso es todo" - dijo la pata, - "nosotros te podremos ayudar. La corona cayó en el agua, y se encuentra en el fondo. Nosotros pronto la sacaremos de nuevo para tí. Mientras tanto, extiende tu pañuelo sobre el banco." -

Ella se consumió junto con sus doce patitos, y en cinco minutos estaba arriba de nuevo y se sentó con la corona descansando sobre sus alas, y los doce patitos nadando alrededor con sus picos debajo de ella, ayudando a sostenerla. Ellos nadaron hacia la orilla y pusieron la corona en el pañuelo. Nadie podía imaginarse la magnificencia de la corona. Cuando el sol brillaba sobre ella, resplandecía como cien mil carbunclos. El sastre envolvió la corona cerrando el pañuelo por las cuatro esquinas, y se la llevó al rey, quien se llenó de felicidad, y le puso un collar de oro alrededor de la garganta al sastre.

Cuando el zapatero vio que su primer golpe había fallado, concibió el segundo, y fue donde el rey y dijo:

- "Su Alteza, el sastre de nuevo se puso insolente, él presume que puede hacer una copia en cera del palacio completo, con todo lo que contiene, móvil o fijo, adentro y alrededor." -

El rey envió por el sastre y le ordenó copiar en cera todo el palacio real, con todo su contenido, móvil o fijo, por dentro y alrededor, y si no tenía éxito en hacerlo, o si tan sólo faltara un clavo de una pared, sería encerrado de por vida bajo tierra.

El sastre pensó:

- "¡Esto se puso peor y peor! ¡Nadie podría hacer eso!" -

Y se echó su maleta al hombro y se marchó. Cuando llegó al árbol con el hueco, se sentó y bajó su cabeza. Las abejas salieron del panal, y la reina abeja le preguntó si tenía una torcedura de cuello pues lo veían con la cabeza tan doblada.

- "¡No, no!" - contestó el sastre, - "algo muy diferente hace sentirme mal." - y les contó lo que el rey le estaba demandando.

Las abejas empezaron a zumbar y conciliaron entre ellas. La abeja reina dijo:

- "Vete a casa de nuevo, pero regresa acá mañana a esta hora, y trae contigo una gran sábana, y todo estará muy bien." -

Así pues, él regresó, pero las abejas volaron hacia el palacio real y por las ventanas abiertas se introdujeron en él, volaron y revisaron todo alrededor y cada rincón, y no dejaron nada sin examinar minuciosamente. Entonces regresaron a su panal y modelaron el palacio en cera tan rápidamente que si alguien lo hubiera estado viendo habría pensado

que crecía solo ante sus ojos. Para el anochecer todo estaba terminado, y cuando el sastre llegó al día siguiente, un espléndido y completo edificio estaba allí, y no faltaba ni siquiera un clavo en las paredes, o pieza alguna del techo, era todo delicado y blanco como la nieve, y con un aroma dulce como la miel. El sastre lo envolvió con sumo cuidado en la sábana y lo llevó al rey, que no paraba de admirarlo, y lo colocó en el salón principal, y en recompensa por él, le regaló al sastre una bella y grande casa de piedra.

El zapatero por su parte, no se rendía, y fue por tercera vez donde el rey a decirle:

- "Su Alteza, ha llegado a los oídos del sastre de que no brotará agua en los jardines del castillo, y él ha blasonado de que puede hacer brotar un manantial en medio del jardín con un chorro de agua de la altura de un hombre, y además limpia y clara como el cristal.

Entonces el rey de nuevo mandó a llamar al sastre a su presencia y le dijo:

- "Si mañana no hay un chorro de agua levantándose en mi jardín como lo has prometido, el verdugo se encargará del corte de tu cabeza en ese mismo lugar." -

El pobre sastre no tardó mucho en pensar sobre eso, y se fue rápidamente hacia la puerta, y como ahora era un asunto de vida o muerte para él, buena cantidad de lágrimas rodaron por su cara. Caminó hacia los grandes campos, y mientras él se llenaba más de tristeza, el potro que anteriormente había dejado en libertad, y que ahora había crecido y se había desarrollado como un hermoso y fuerte caballo, llegó brincando donde él.

- "La hora ha llegado" - le dijo el caballo, - "en que puedo retribuirte el buen trato que me diste. Yo sé cuál es tu necesidad, e inmediatamente recibirás la ayuda necesaria. Sube a mi espalda, que ahora puedo soportar hasta a dos como tú." -

El coraje regresó al corazón del sastre y de un salto montó sobre el caballo, y el caballo corrió a su máxima velocidad hacia la ciudad, directamente al jardín del palacio. Él galopeó con la fuerza de un rayo dando vueltas en el centro del jardín, y a la tercera vuelta cayó violentamente al suelo. En ese mismo instante se oyó un tremendo ruido de truenos, y un fragmento de tierra en el centro del jardín reventó como una bala de cañón en el aire, y sobre el castillo, inmediatamente después de todo aquello, brotó un chorro de agua tan alto como un hombre montado a caballo, y el agua era pura como el cristal, y los rayos del sol danzaban en ella. Cuando el rey vio eso, se levantó asombrado, y fue y abrazó al sastre a la vista de todos.

Pero la buena fortuna no duró mucho. El rey tenía hijas a montones, unas más lindas que otras, pero no tenía hijos. Así que el malvado zapatero fue por cuarta vez donde el rey a decirle:

- "Su Alteza, el sastre no se ha curado de su arrogancia. Ahora se jacta de que si él quiere, puede hacer que un hijo le sea traído al rey por el aire." -

El rey mandó a traer otra vez al sastre y le dijo:

- "Si tú puedes hacer que me llegue un hijo dentro de los próximos nueve días, te daré a mi hija mayor como esposa." -

- "El premio en verdad es grande" - pensó el sastre, - "uno estaría en voluntad de hacer algo por él, pero las cerezas crecen muy alto para mí, y si yo subo a cogerlas, la rama se me quebraría y yo caería." -

Él se fue a su casa, se sentó con sus piernas cruzadas frente a su mesa de trabajo, y meditó sobre lo que habría que hacer.

- "Eso no es realizable" - gritó por fin, - "me voy lejos, después de todo no puedo vivir en paz aquí." -

Amarró su maleta y caminó rápido hacia a la puerta. Cuando llegó al prado, se encontró con su vieja amiga la cigüeña, que caminaba hacia atrás y hacia adelante como filosofando. A veces se quedaba quieta, capturaba una rana y se la tragaba. La cigüeña se le acercó y lo saludó.

- "Ya veo" - comenzó diciendo, - "que llevas tu maleta en tu hombro. ¿Por qué te vas de la ciudad?" -

El sastre le contó lo que el rey le estaba pidiendo, y cómo no podía realizarlo, y cómo lamentaba su mala fortuna.

- "No te pongas canoso por eso" - dijo la cigüeña, - "yo te ayudaré a salir de esa dificultad. Por mucho tiempo y hasta ahora, yo he llevado a los bebés en mantillas a la ciudad, así que no tendré dificultad en llevarle un pequeño príncipe al rey. Vuelve a casa y quédate tranquilo. De aquí a nueve días ve al palacio y yo también llegaré allí." -

El pequeño sastre regresó a su casa, y al tiempo convenido fue al palacio. No tardó mucho en llegar luego la cigüeña volando hacia allá, y tocó a la ventana. El sastre la abrió, y la prima Pataslargas entró cuidadosamente y caminó solemnemente sobre el fino pavimento de mármol. Ella llevaba, además, un bebé en su pico que era como un adorable angelito, y que extendía sus manitas hacia la reina. La cigüeña lo colocó en el regazo de la reina, y ella lo acarició y lo besó, y lo colocó a su lado con deleite.

Antes de partir volando, la cigüeña bajó de su espalda su maletín de viajes, y se lo dio a la reina. En él había pequeños caramelos envueltos en papeles de colores que fueron repartidos entre las princesas. Pero la mayor, no recibió ninguno, y en su lugar obtuvo como esposo al feliz sastre.

- "Me parece a mí" - dijo el sastre, - "que es exactamente como si me hubiera ganado el premio mayor. Después de todo, mi madre estaba en lo cierto, pues siempre decía que quien quiera que confíe en Dios, y tiene un poco de buena suerte, nunca fallará." -

El zapatero tuvo que hacer los zapatos con los que el pequeño sastre bailarí­a en la fiesta de la boda, y después de eso fue expulsado para siempre de la ciudad. El camino hacia el bosque lo condujo hasta las horcas. Desgastado por la rabia, el odio, y el calor del día, se arrecostó en el suelo. Cuando había cerrado sus ojos y estaba a punto de dormir, los dos cuervos que estaban sobre las cabezas de los ahorcados, volaron hacia él y le picotearon los ojos hasta sacarlos. En su desesperación entró al bosque, y presumiblemente murió allí de hambre, pues nadie lo volvió a ver ni a saber nada de él, nunca jamás.

Enseñanza:

La **bondad** que se da, retorna con creces. La **maldad** que se da, retorna con creces.





030-El Doctor Sábelotodo

Había una vez un pobre campesino apodado Cangrejo, que guiaba dos bueyes con su carreta, y llevaba una carga de madera a la ciudad, que se la vendió a un doctor por dos talentos. Cuando el dinero era contado para pagarle, coincidió que el doctor estaba sentado a la mesa comiendo. El campesino al ver cuan gustoso era lo que el doctor comía y bebía, su corazón y su estómago desearon lo que estaba viendo, y decidió que él también podría ser doctor. Así que se quedó un rato parado ahí, y al final le preguntó si él no podría llegar a ser doctor.

- "¡Oh, claro que sí!" - dijo el doctor, - "y esto se aprende a manejarlo prontito." -

- "¿Y qué es lo que debo hacer?" - preguntó el campesino.

- "En primer lugar cómprate un libro A B C de la clase que tiene un gallo en la portada. En segundo lugar, cambia tu carreta y tus bueyes por dinero para comprarte alguna ropa venida al caso, más algunas otras cosas pertenecientes a la medicina. Y tercero, haz un rótulo pintado por ti mismo con las palabras: "Soy el Doctor Sábelotodo", y clávalo sobre la puerta de tu casa." -

El campesino hizo todo lo que el médico le dijo que hiciera. No mucho tiempo después, cuando ya había tratado algunos pacientes, a un gran rico noble le robaron algún dinero. Y a él le hablaron acerca del Doctor Sábelotodo que vivía en tal y cual villa, y que podría saber qué fue lo que pasó con su dinero. Así que el noble encinchó sus caballos al carruaje, se dirigió a la villa, y le preguntó al señor Cangrejo si él era el Doctor Sábelotodo. Y le dijo que sí, que él era. Entonces el noble le pidió que fuera con él para recuperar el dinero robado.

- "Oh, sí, pero Grethel, mi esposa debe ir conmigo." -

El noble estuvo de acuerdo y sentó a ambos en un asiento del carruaje, y todos se fueron juntos. Cuando llegaron al castillo del noble, la mesa estaba puesta, y el señor Cangrejo fue invitado a sentarse y comer.

- "Oh, sí, pero Grethel, mi esposa también." - dijo él, y se sentó a la mesa con ella.

Y cuando el primer sirviente llegó con un delicado plato de entrada, el campesino tocó a su esposa, y señalando con el dedo al sirviente dijo:

- "Grethel, éste es el primero." - refiriéndose que ése era el primer plato del almuerzo.



El sirviente, sin embargo, pensó que él quiso decir:

- "Éste es el primer ladrón." - como ciertamente lo era, y así que se espantó, y le dijo a sus compañeros afuera:

- "El doctor lo sabe todo: debemos cuidarnos, él dijo que yo era el primero." -

El segundo sirviente no deseaba ir del todo, pero fue obligado. Así, cuando fue con su plato, el campesino tocó a su esposa, y señalando con el dedo al sirviente dijo:

- "Grethel, éste es el segundo." - refiriéndose que ése era el segundo plato del almuerzo.

El sirviente se alarmó muchísimo, y salió. Al tercero no le fue mejor, pues el campesino de nuevo tocando a su esposa, y señalando con el dedo al sirviente dijo:

- "Grethel, éste es el tercero." - refiriéndose que ése era el tercer plato del almuerzo.

El cuarto tenía que llevar un plato cubierto, y el noble le dijo al doctor que quería que le mostrara su habilidad, y adivinara qué era lo que había bajo la cubierta. El doctor miró el plato, y no tenía idea de qué decir, y gritó:

- "¡Ay, pobre Cangrejo!" - refiriéndose a él mismo.

Cuando el noble escuchó tan acertada respuesta, gritó:

- "¡Eso es! ¡él lo supo, y sabe dónde está el dinero!" -

Con todo eso, los sirvientes se vieron terriblemente perdidos, y le hicieron una seña al doctor pidiéndole que saliera afuera por un momento. Cuando en efecto, él salió, los cuatro le confesaron que sí habían sido ellos quienes tomaron el dinero, y dijeron que estarían dispuestos a devolverlo, y a darle a él una buena suma con el compromiso de que no los denunciara, pues de lo contrario serían colgados. Ellos lo llevaron al lugar donde estaba oculto el dinero. Con eso, el doctor quedó satisfecho, y regresó al salón, se sentó a la mesa y dijo:

- "Mi Señor Noble, ahora buscaré en mi libro donde está escondido el oro." -

El quinto sirviente, sin embargo, se ocultó en la alacena para oír si el doctor sabía algo más. El doctor, tranquilamente se sentó y abrió su libro A B C, corría las páginas para atrás y para adelante, buscando por el gallo. Como no vio la portada, no lo pudo encontrar inmediatamente, y dijo en voz alta:

- "¡Ya sé que estás oculto ahí, mejor preséntate!" -

Entonces el tipo que estaba en la alacena pensó que el doctor se refería a él, y todo aterrorizado, salió de allí gritando:

- "¡Ese hombre lo sabe todo!" -

Y el Doctor Sábelotodo mostró al noble el lugar donde estaba el dinero, pero no dijo quienes lo robaron, según lo acordado. Y así recibió de ambos lados mucho dinero en recompensa, y llegó a ser un hombre reconocido.

Enseñanza:

Los malos entendidos por lo general producen consecuencias inesperadas, a veces favorables, a veces desfavorables.





031-El Erizo y el Esposo de la Liebre

Esta historia, mis queridos lectores, pareciera ser falsa, pero en realidad es verdadera, porque mi abuelo, de quien la obtuve, acostumbraba cuando la relataba, decir complacidamente:

- "Tiene que ser cierta, hijo, o si no nadie te la podría contar." -

La historia es como sigue:

Un domingo en la mañana, cerca de la época de la cosecha, justo cuando el trigo estaba en floración, el sol brillaba esplendorosamente en el cielo, el viento del este soplabla tibio sobre los campos de arbustos, las alondras cantaban en el aire, las abejas zumbaban entre el trigo, la gente iba en sus trajes de domingo a la iglesia, y todas las creaturas estaban felices, y el erizo estaba también feliz.

El erizo, sin embargo, estaba parado en la puerta con sus brazos cruzados, disfrutando de la brisa de la mañana, y lentamente entonaba una canción para sí mismo, que no era ni mejor ni peor que las canciones que habitualmente cantan los erizos en una mañana bendecida de domingo. Mientras él estaba cantando a media voz para sí mismo, de pronto se le ocurrió que, mientras su esposa estaba bañando y secando a los niños, bien podría él dar una vuelta por el campo, y ver cómo iban sus nabos. Los nabos, de hecho, estaban al lado de su casa, y él y su familia acostumbraban comerlos, razón por la cual él los cuidaba con esmero. Tan pronto lo pensó, lo hizo. El erizo tiró la puerta de la casa tras de sí, y tomo el sendero hacia el campo. No se había alejado mucho de su casa, y estaba justo dando la vuelta en el arbusto de endrina, que está a un lado del campo, para subir al terreno de los nabos, cuando observó al esposo de la liebre que había salido a la misma clase de negocios, esto es, a visitar sus repollos.

Cuando el erizo vio al esposo de la liebre, lo saludó amigablemente con un buenos días. Pero el esposo de la liebre, que en su propio concepto era un distinguido caballero, espantosamente arrogante no devolvió el saludo al erizo, pero sí le dijo, asumiendo al mismo tiempo un modo muy despectivo:

- "¿Cómo se te ocurre estar corriendo aquí en el campo tan temprano en la mañana?" -

- "Estoy tomando un paseo." - dijo el erizo.

- "¡Un paseo!" - dijo el esposo de la liebre con una sonrisa burlona, - "Me parece que deberías usar tus piernas para un motivo mejor." -

Esa respuesta puso al erizo furioso, porque el podría soportar cualquier otra cosa, pero no un ataque a sus piernas, ya que por naturaleza ellas son torcidas. Así que el erizo le dijo al esposo de la liebre:

- "Tú parece imaginar que puedes hacer más con tus piernas que yo con las mías." -

- "Exactamente eso es lo que pienso." - dijo el esposo de la liebre.

- "Eso hay que ponerlo a prueba." - dijo el erizo. - "Yo apuesto que si hacemos una carrera, yo te gano." -

- "¡Eso es ridículo!" - replicó el esposo de la liebre. - "¡Tú con esas patitas tan cortas!, pero por mi parte estoy dispuesto, si tú tienes tanto interés en eso. ¿Y qué apostamos?" -

- "Una moneda de oro y una botella de brandy" - dijo el erizo.

- "¡Hecho!" - contestó el esposo de la liebre. - "¡Choque esa mano, y podemos empezar de inmediato!" -

- "¡Oh, oh!" - dijo el erizo, - "¡no hay tanta prisa! Yo todavía no he desayunado. Iré primero a casa, tomaré un pequeño desayuno y en media hora estaré de regreso en este mismo lugar." -

Acordado eso, el erizo se retiró, y el esposo de la liebre quedó satisfecho con el trato. En el camino, el erizo pensó para sí:

- "El esposo de la liebre se basa en sus piernas largas, pero yo buscaré la forma de aprovecharme lo mejor posible de él. Él es muy grande, pero es un tipo muy ingenuo, y va a pagar por lo que ha dicho." -

Así, cuando el erizo llegó a su casa, dijo a su esposa:

- "Esposa, vístete rápido igual que yo, debes ir al campo conmigo." -

- "¿Qué sucede?" - dijo ella.

- "He hecho una apuesta con el esposo de la liebre, por una moneda de oro y una botella de brandy. Voy a tener una carrera con él, y tú debes de estar presente." - contestó el erizo.



- "¡Santo Dios, esposo mío!" - gritó ahora la esposa, - "¡no estás bien de la cabeza, has perdido completamente el buen juicio! ¿Qué te ha hecho querer tener una carrera con el esposo de la liebre?" -

- "¡Cálmate!" - dijo el erizo, - "Es mi asunto. No empieces a discutir cosas que son negocios masculinos. Vístete como yo y ven conmigo." -

¿Que podría la esposa del erizo hacer? Ella se vio obligada a obedecerle, le gustara o no.

Cuando iban juntos de camino, el erizo dijo a su esposa:

- "Ahora pon atención a lo que voy a decir. Mira, yo voy a hacer del largo campo la ruta de nuestra carrera. El esposo de la liebre correrá en un surco y yo en otro, y empezaremos a correr desde la parte alta. Ahora, todo lo que tú tienes que hacer es pararte aquí abajo en el surco, y cuando el esposo de la liebre llegue al final del surco, al lado contrario tuyo, debes gritarle:

- "Ya estoy aquí abajo." -

Y llegaron al campo, y el erizo le mostró el sitio a su esposa, y él subió a la parte alta. Cuando llegó allí, el esposo de la liebre estaba ya esperando.

- "¿Empezamos?" - dijo el esposo de la liebre.

- "Seguro" - dijo el erizo. - "De una vez." -

Y diciéndolo, se colocaron en sus posiciones. El erizo contó:

- "¡Uno, dos, tres, fuera!" -

Y se dejaron ir cuesta abajo cómo bólidos. Sin embargo, el erizo sólo corrió unos diez pasos y paró, y se quedó quieto en ese lugar. Cuando el esposo de la liebre llegó a toda carrera a la parte baja del campo, la esposa del erizo le gritó:

- "¡Ya yo estoy aquí!" -

El esposo de la liebre quedó pasmado y no entendía un ápice, sin pensar que no otro más que el erizo era quien lo llamaba, ya que la esposa del erizo lucía exactamente igual que el erizo. El esposo de la liebre, sin embargo, pensó:

"Eso no estuvo bien hecho."- y gritó:

"¡Debemos correr de nuevo, hagámoslo de nuevo!"-

Y una vez más salió soplado como el viento en una tormenta, y parecía volar. Pero la esposa del erizo se quedó muy quietecita en el lugar donde estaba. Así que cuando el esposo de la liebre llegó a la cumbre del campo, el erizo le gritó:

"¡Ya yo estoy aquí!"-

El esposo de la liebre, ya bien molesto consigo mismo, gritó:

"¡Debemos correr de nuevo, hagámoslo de nuevo!"-

"Muy bien."- contestó el erizo, -"por mi parte correré cuantas veces quieras."-

Así que el esposo de la liebre corrió setenta y tres veces más, y el erizo siempre salía adelante contra él, y cada vez que llegaba arriba o abajo, el erizo o su esposa, le gritaban:

"¡Ya yo estoy aquí!"-

En la jornada setenta y cuatro, sin embargo, el esposo de la liebre no pudo llegar al final. A medio camino del recorrido cayó desmayado al suelo, todo sudoroso y con agitada respiración. Y así el erizo tomó la moneda de oro y la botella de brandy que se había ganado. Llamó a su esposa y ambos regresaron a su casa juntos con gran deleite. Y cuentan que luego tuvo que ir la señora liebre a recoger a su marido y llevarlo en hombros a su casa para que se recuperara. Y nunca más volvió a burlarse del erizo.

Así fue cómo sucedió cuando el erizo hizo correr al esposo de la liebre tantas veces hasta que quedó exhausto y desmayado en el surco. Y desde ese entonces ninguna liebre o su esposo tienen deseos de correr en competencia con algún erizo.

La moraleja de esta historia, es, primero que nada, que nadie debe permitir que se burlen de él o ella, aunque se trate de un humilde erizo. Y segundo, cuando una pareja se casa, ambos deben ser similares en sus actitudes, y apoyarse y parecerse uno al otro.

Enseñanza:

Los esposos deben siempre ayudarse uno al otro, haya o no adversidades a la vista.





032-Los Duendes

PRIMERA HISTORIA

Un zapatero, sin que fuera su culpa, había llegado a tal pobreza que al final no le quedaba más que el cuero necesario para un par de zapatos. Así que al anochecer, hizo los cortes para los zapatos que haría a la mañana siguiente, y como tenía limpia su conciencia, se acostó tranquilamente en su cama, se encomendó a Dios, y se quedó dormido.

En la mañana, después de decir sus oraciones, fue a sentarse a su banquillo para trabajar, y encontró los zapatos finamente terminados sobre la mesa. Él quedó atónito y no sabía que pensar de aquello. Tomó los zapatos en sus manos para observarlos más de cerca, y estaban tan perfectamente confeccionados que no encontró una sola mala puntada, eran toda una obra maestra. Poco después un comprador llegó, y como le gustaron tanto los zapatos, pagó más que lo de costumbre por ellos, y con ese dinero el zapatero pudo comprar material para dos pares de zapatos. Hizo los cortes en la noche, y a la mañana siguiente se preparó con fresco coraje para empezar su trabajo. Pero no tuvo necesidad de eso, porque cuando se levantó ya los encontró hechos, y no tubo que esperar nada por compradores que le pagaron suficiente dinero como para comprar cuero para otros cuatro pares de zapatos.

Y a la mañana siguiente todo se repitió, encontrando los cuatro pares ya hechos. Todo fue tan constante, que lo que preparaba en la noche amanecía confeccionado al otro día, de modo que pronto tuvo su propia independencia y llegó a ser un hombre rico. Y ocurrió que una noche poco antes de Navidad, cuando el hombre había hecho los cortes de los próximos zapatos, le dijo a su esposa, antes de ir a dormir:

- "¿Qué te parece si nos quedamos levantados para ver quien es el que nos da esta mano de ayuda?" -

A la mujer le gustó la idea, encendió una candela, y se escondieron en una esquina del cuarto entre algunos vestidos que colgaban allí, y esperaron. Cuando fue medianoche, dos lindos y pequeños hombrecillos desnudos llegaron, se sentaron sobre la mesa del zapatero, cogieron todos los cortes que estaban listos y comenzaron a coser y a martillar con tal habilidad y rapidez con sus pequeños dedos que el zapatero no podía quitar la vista del asombro. Ellos no pararon hasta tener todo hecho, y al finalizar se levantaron y corriendo rápidamente se alejaron.

A la mañana siguiente la mujer dijo:

- "Esos hombrecitos nos han hecho ricos, y realmente debemos de mostrarles que les estamos muy agradecidos por ello. Ellos andan así, sin nada encima, y deben sentir frío. Te diré que haré: Coseré para ellos pequeñas camisas, y abrigos, y vestidos, y pantalones, y les tejeré a ambos un par de medias, y tú, hazle un par de zapatitos para cada uno." -

El hombre dijo:

- "Me encantará hacérselos." -

Y una noche, cuando todo estuvo listo, les dejaron los regalos en la mesa en lugar de los cortes usuales de los zapatos, y se escondieron para ver que harían los hombrecitos. A medianoche llegaron ellos resueltos a trabajar como de costumbre, pero como no encontraron los cueros cortados, sino solamente los lindos artículos de vestimenta, al principio se sorprendieron, y luego más bien mostraron gran complacencia. Se vistieron con gran rapidez, poniéndose encima los regalos y cantando:

- "Ahora somos muchachos lindos para ver,
¿Por qué zapateros hemos de ser?" -

Ellos bailaron y brincaron, y saltaron sobre sillas y bancos. Al final bailaron fuera de la puerta y se alejaron. Desde ese entonces no volvieron, pero en el tanto que vivieron el zapatero y su esposa, todo siguió bien con ellos, y todo lo que manejaron prosperó.



SEGUNDA HISTORIA

Había una vez una pobre joven sirvienta, que era muy industriosa y limpia, y barría la casa todos los días, y vaciaba todo lo recogido en un montón al frente de la puerta.

Una mañana justo cuando iba para su trabajo, encontró una carta en el montón, y como ella no sabía leer, puso la escoba en la esquina, y llevó la carta a su patrón y patrona, y resultó que era una invitación de los duendes, en la que le pedían a la muchacha que llevara por ellos un niño a bautizar. La joven no sabía que hacer, pero al final, después de mucha persuasión, y que los patronos le dijeran que no era correcto rechazar una invitación de esa clase, ella consintió.

Entonces tres duendes vinieron y la llevaron a una cueva en la montaña, donde las pequeñas creaturas vivían. Allí todo era pequeñito, pero tan elegante y bello que no podría describirse. La madre del niño yacía en una cama de ébano negro, ornamentado con perlas, los edredones estaban bordados con hilos de oro, la cuna era de marfil, y el

baño era de oro. La muchacha estuvo como madrina, y luego deseó regresar a su casa de nuevo, pero los pequeños duendes urgentemente la convencieron para quedarse tres días más con ellos. Así que se quedó, y pasó el tiempo plazeramente a gusto, y los pequeños amigos hicieron lo que pudieron para hacerla feliz. Por fin se puso en camino de regreso. Entonces de primero le llenaron sus bolsillos de monedas, y enseguida la condujeron fuera de la montaña. Cuando ella llegó a la casa, quiso comenzar su trabajo de nuevo, y tomó en sus manos la escoba, que aún estaba en la esquina donde la dejó, y empezó a barrer. Entonces unas personas desconocidas salieron de la casa, y le preguntaron ¿qué quién era ella, y qué hacía allí? Y es que ella no estuvo, como pensó, tres días con los duendes, sino siete años, y entretanto sus antiguos patronos habían fallecido.

TERCERA HISTORIA

Un cierto niño había sido sacado de su cuna por unos duendes, y sustituido por otro que tenía una larga barba y unos ojos mirones, y quien no hacía más que comer y beber, acostado en su cuna. En su congoja, la madre fue donde la vecina a pedirle consejo. La vecina le dijo que ella debería llevar al intercambiado a la cocina, ponerlo junto al hogar, encender el fuego, y poner a hervir agua en dos cáscaras de huevo, lo que debería hacer reír al intercambiado, y si efectivamente reía, todo quedaría resuelto con él.

La mujer hizo todo tal como se lo indicó la vecina. Cuando puso las cascarras de huevo con agua en el fuego, el impostor dijo:

- "Yo soy ahora tan viejo como el bosque de occidente, pero nunca había visto que a alguien se le ocurriera hervir algo en unas cáscaras de huevo." -

Y comenzó a reír inmediatamente. Cuando estaba riendo, inesperadamente llegó un grupo de pequeños duendes, quienes traían al niño correcto, lo pusieron junto al hogar, y se llevaron con ellos al intercambiado.

Enseñanza:

- 1- Siempre se debe ser bien correspondido con las ayudas recibidas.
- 2- Cuando se está fuera de lo habitual, el tiempo corre veloz.
- 3- La risa corrige muchos males.



033-El Mantel, La Mochila, el Sombrero y el Cuerno



Había una vez tres hermanos que habían caído profundamente en la pobreza, y al final su necesidad fue tan grande que tenían que soportar hambres, no teniendo nada para comer o beber. Entonces dijeron:

- "No podemos seguir así aquí, mejor vamos por el mundo en busca de fortuna." -

Por lo tanto se pusieron en marcha. Habían ya caminado un largo sendero y pasado por muchos campos, pero no tenían aún buena suerte. Un día llegaron a un gran bosque, y en medio de él había una colina, y cuando se acercaron a ella, vieron que la colina era toda de plata. Entonces el mayor habló:

- "Ya encontré la buena suerte que deseaba, y ya no buscaré nada más." -

Él tomó tanta plata como pudo cargar, y dio media vuelta y regresó a su casa. Pero los otros dos dijeron:

- "Nosotros queremos más buena suerte que la simple plata." - y sin tocarla siguieron adelante. Después de caminar dos días más sin parar, llegaron a otra colina que era toda de oro. El segundo hermano paró, meditó consigo mismo, y estuvo indeciso.

- "¿Qué debería hacer?" - dijo él, - "¿debo tomar para mí lo más que pueda de este oro, con lo que tendría suficiente para el resto de mi vida, o debería avanzar más?" -

Por fin tomó una decisión, y poniendo lo más que pudo de oro en sus bolsos, dijo adiós a su hermano, y regresó a casa. Pero el tercero dijo:

- "El oro y la plata no me motivan, no renunciaré a mi oportunidad de fortuna, quizás algo aún más valioso me será dado." -

Él siguió hacia adelante, y cuando había caminado por tres días, llegó a un bosque que era aún más grande que el anterior, y al que no se le veía un fin, y como no encontraba nada que comer o beber, se sentía todo exhausto. Entonces subió a un árbol bien alto para averiguar si allá arriba podría ver dónde terminaba el bosque, pero hasta donde los ojos le permitían ver, sólo veía copas de árboles. Entonces comenzó a descender del árbol, pero el hambre lo atormentaba, y pensó:

- "¡Si al menos pudiera comer una vez más!" -

Una vez abajo él encontró, con asombro, una mesa bajo el árbol ricamente servida con comida, cuyos vapores subían hasta su nariz.

- "Esta vez" - dijo, - "mi deseo ha sido cumplido a cabalidad en el momento oportuno." -

Y sin preocuparse en averiguar quién habría traído la comida, o quién la preparó, se sentó a la mesa y comió con gran disfrute hasta haber satisfecho su hambre. Una vez terminado, pensó:

- "Después de todo sería una verdadera lástima que el bello y pequeño mantel de esta mesa fuera abandonado en este bosque." -

Y lo enrolló bien apretado y lo puso en su bolso. Entonces prosiguió la marcha hacia adelante, y al anochecer, cuando de nuevo sintió hambre, el quiso usar el mantel como sábana, y lo extendió y dijo:

- "¡Cuánto me gustaría verte de nuevo cubierto de buenos alimentos!" -

Y no había terminado de pronunciar la última palabra de su deseo cuando aparecieron sobre el mantel muchos platos con la más exquisita comida, llenando todos los espacios disponibles sobre el mantel.

- "Ahora me doy cuenta" - se dijo, - "en qué cocina se hace mi comida. Tú serás más apreciado por mí que las montañas de oro y plata." -

Vio claramente que aquél era un mantel de los deseos. Sin embargo, el mantel no era aún suficiente para volver tranquilamente a casa. Él prefirió viajar más por el mundo y buscar aumentar su fortuna.

Una noche él encontró, en un bosque solitario, a un sucio y negro carbonero, quien estaba quemando carbón allí, y tenía algunas papas en el fuego, con las que estaba preparando su comida.

- "¡Buenas noches, pájaro negro! dijo cariñosamente el joven, - "¿Cómo vives en esta soledad?" -

- "Un día es como cualquier otro" - replicó el carbonero, - "¡y cada noche papas! ¿Te gustaría tomar algunas y ser mi invitado?" -

- "Muchas gracias" - contestó el viajero, - "No pienso quitarte un pedacito de tu cena, pues no esperabas una visita, pero si quieres compartir la cena que traigo, tienes la invitación." -

- "¿Y quién te la va a preparar?" - preguntó el carbonero, - "Veo que no traes nada contigo, y no hay nadie a menos de dos horas de camino que te pudiera alistar algo." -

- "Pues va a haber cena." - contestó el joven, - "y de lo mejor que jamás hayas probado." -

Ahí mismo sacó el mantel de su mochila, la extendió en el suelo, y dijo:

- "Mantelito, mantelito, cúbrete tu mismo." -

Instantáneamente, ensaladas, postres, carnes asadas y cocidas aparecieron allí, y tan calientitas como recién sacadas de la cocina. El carbonero se quedó viendo admirado, pero no necesitó de mucha insistencia para acomodarse junto a la comida, y llevar grandes bocados a su boca. Cuando ya hubieron comido de todo, el carbonero sonrió contento y dijo:

- "¡Mira tú! tu mantel tiene mi aprobación. Sería algo muy provechoso para mí en el bosque, donde nadie me cocina nada bueno. Te propongo un trueque: allá en aquel rincón cuelga una mochila militar, que ciertamente está vieja y fea, pero contiene poderes maravillosos, y como yo no la uso, te la cambiaría por el mantel." -

- "Primero debo saber que clase de poderes son." - contestó el muchacho.

- "Eso es lo que te diré." - contestó el carbonero. - "Cada vez que la palmees con la mano, un sargento con seis soldados armados de pies a cabeza se te hace presente, y ellos harán lo que le comandes hacer." -

- "Eso me interesa" - dijo el joven, - "si ninguna otra cosa podemos hacer, lo cambiaremos." -

Le dio al carbonero el mantel, desenganchó la mochila militar de donde colgaba, y poniéndosela le dijo adiós. Después de un poco de caminar, quiso hacer una prueba de los poderes mágicos de su mochila y la palmeó. Inmediatamente los siete guerreros saltaron ante él, y el sargento dijo:



- "¿Qué es lo que mi señor y jefe desea que hagamos?" -

- "Vayan a toda velocidad donde el carbonero, y exíjanle que me regrese mi mantel de los deseos." - contestó.

Ellos hicieron giro a la izquierda, y fue cuestión de unos instantes para que estuvieran de regreso con lo solicitado, habiéndolo tomado del carbonero sin hacer mayores preguntas. El joven les ordenó retirarse, siguió adelante su camino con la esperanza de que la fortuna brillara aún mejor para él. A la hora de la puesta del sol llegó hasta donde estaba otro carbonero, quien estaba preparando su cena junto al fuego.

- "Si puedes comer algunas papas con sal, pero sin aderezos, ven y siéntate conmigo." - dijo el hollinado amigo.

- "No" - contestó, - "esta vez tú serás mi invitado." -

Y extendió el mágico mantel, que instantáneamente se llenó con los más delicados platos. Comieron y bebieron juntos, y lo disfrutaron plenamente. Una vez terminada la cena, el carbonero dijo:

- "Allá arriba, en aquella ramita, hay un sombrero viejo y usado que tiene propiedades extrañas: cuando alguien se lo pone, y lo gira sobre su cabeza, salen doce cañones disparando a la vez, derribándolo todo, de modo que nadie puede oponérseles. El sombrero no tiene uso para mí, y estoy dispuesto a cambiártelo por tu mantel." -

- "Eso me calza muy bien." - le contestó.

Tomó el sombrero, se lo puso y dejó el mantel con el carbonero. Difícilmente había recorrido unos cientos de pasos cuando palmeó sobre la mochila, y mandó a sus soldados a capturar de nuevo el mantel.

- "Una cosa trae consigo otra cosa" - pensó él, - "y yo siento como que mi suerte no ha llegado aún a su fin." -

Sus pensamientos no lo engañaban. Después de haber caminado otro día entero, encontró a un tercer carbonero, quien como los anteriores, lo invitó a las papas sin aderezo. Pero el joven también lo invitó a cenar por medio del mantel de los deseos, y al carbonero le gustó tanto el mantel, que por fin le ofreció un cuerno a cambio, el cual tenía cualidades muy diferentes a las del sombrero. Cuando alguien lo sopla todas las paredes y fortificaciones se derrumban, y toda la ciudad o villa queda en ruinas.

Ciertamente hizo el trato y cambió el mantel por el cuerno, pero como en las veces anteriores, envió al regimiento a capturar y regresarle el mantel de nuevo.

- "Ahora" - se dijo él, - "soy un hombre completo, y es hora de regresar a casa y ver cómo les está yendo a mis hermanos." -

Cuando llegó a su casa, sus hermanos se habían construido para ellos bellísimas casas con el oro y la plata que trajeron, y vivían cómodamente. Él fue a visitarlos, pero como sus ropas estaban andrajosas, con un lamentable sombrero en su cabeza, y la sudada y sucia

mochila en su espalda, ellos no lo reconocieron como a su hermano. Más bien se burlaron y dijeron:

- "Tú dices ser nuestro hermano quien despreció oro y plata para buscar algo mucho mejor para él. Cuando él venga lo hará sobre un carruaje lleno de esplendor como un rey poderoso, no como un mendigo." - y le cerraron la puerta.

Entonces se enojó mucho, y palmeó su mochila muchas veces, hasta que ciento cincuenta hombres se presentaron ante él, bien armados de pies a cabeza. Les ordenó rodear las casas de sus hermanos, y dos soldados fueron a traer varillas de avellanos, y con ellos castigaron a los insolentes hombres, hasta que confesaron que sí sabían quien era.

Aquello provocó un gran disturbio, la gente corría desesperada buscando dar auxilio a aquellos dos en su necesidad, pero contra estos soldados nada había que hacer.

Al fin le llegaron noticias al rey sobre este asunto, quien se enfureció, y ordenó a un capitán marchar con su tropa y sacar al provocador fuera de la ciudad. Pero el hombre de la mochila pronto consiguió un regimiento más grande de hombres, quienes rechazaron al capitán y su grupo, los que tuvieron que irse sufriendo múltiples heridas. El rey dijo:

- "Este vagabundo no ha sido puesto en orden aún." - y al día siguiente envió a una aún más grande tropa contra él, pero todavía hicieron menos.

El joven entonces puso más hombres contra el rey, y para terminar más rápido, giró dos veces en sombrero sobre su cabeza, y pesados cañones empezaron a trabajar, y los hombres del rey fueron derrotados y puestos en fuga.

- "Y ahora" - dijo él, - "no haré la paz hasta que el rey me de a su hija por esposa, y me ponga a gobernar todo el reino en su nombre." -

Él mandó a anunciarle esto al rey, quien al saberlo dijo a su hija:

- "La necesidad es una nuez muy dura de quebrar, ¿qué más me queda por hacer sino lo que él solicita? Si yo quiero paz y mantener la corona sobre mi cabeza, no tengo más opción que entregarte" -

Así pues se celebró la boda, pero la hija del rey estaba molesta de que su marido fuera un hombre común, que usaba un lamentable sombrero, y cargaba una sucia y vieja mochila.

Ella quería deshacerse de él, y de noche y de día estudiaba cómo podría realizarlo. Entonces pensó:

- "¿Sería posible que sus maravillosos poderes radicaran en su mochila?" -

Y ella lo cuidó y acarició, y cuando su corazón se había suavizado, le dijo:

-"Si tú pudieras alejar de tu lado esa horrible mochila, que tanto te desfigura, yo ya no me sentiría avergonzada de ti."

-"Mi querida niña"- dijo él, -"esta mochila es mi mayor tesoro. Mientras yo la tenga, no hay poder en la tierra al cual yo le tema."-

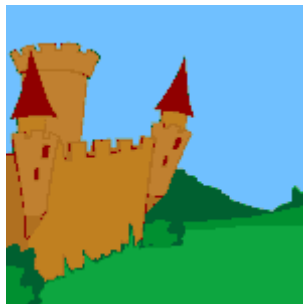
Y él le reveló a ella la maravillosa virtud con la cual estaba poseída la mochila. Entonces ella se abalanzó en sus brazos como si fuera a besarlo, pero con gran destreza le quitó la mochila de sus hombros, y corrió con ella. Tan pronto como se sintió alejada, la palmeó, y ordenó a los soldados capturar a su antiguo amo, y sacarlo del palacio. Ellos obedecieron, y la obligada esposa envió aún más hombres tras de él, a que lo sacaran también del país.

Él habría sido derrotado si no hubiera tenido el viejo sombrero. Y como aún conservaba un poco de libertad en sus manos, pudo girar un par de veces el sombrero. Inmediatamente los cañones empezaron a disparar, y golpearon duramente todo, y la hija del rey se vio forzada a venir a pedir clemencia. Y en el tanto que ella aceptó los términos, y prometió arrepentimiento, él se permitió ser persuadido y le dio la paz. Ella actuó cariñosamente como si lo amara mucho, y después de un tiempo llegó a ablandarlo tanto que él le confió que si alguien llegara a tener la mochila en su poder, no podría hacerle ningún daño mientras él mismo tuviera en sus manos el viejo sombrero.

Cuando ella supo el nuevo secreto, esperó a que se durmiera, le quitó el sombrero y lo tiró a la calle. Pero aún le quedaba el cuerno, y con gran enojo él lo sopló con todas sus fuerzas. Instantáneamente todas las paredes, fortificaciones, ciudades, pueblos y villas se vinieron abajo, y el rey y su hija quedaron aplastados entre las ruinas. Y sin haber terminado él de soplar un poco más y de bajar su cuerno, todo se redujo a escombros, y no quedó piedra sobre piedra, y él mismo terminó siendo la última víctima de aquella hecatombe.

Enseñanza:

Lo que de buena fe ha sido intercambiado, jamás debe ser arrebatado, de lo contrario sólo servirá para generar su propia desgracia.





034-El Campesino y el Diablo

Había una vez un muy afamado y astuto campesino, cuyos trucos eran muy comentados. La mejor historia es, sin embargo, cómo negoció con el Diablo e hizo que éste quedara como un tonto.

Estaba un día el campesino trabajando en su terreno, y como la penumbra ya caía, se alistaba para regresar a su casa, cuando de pronto vio un montón de carbones encendidos en medio del campo, y cuando se acercó, lleno de asombro vio a un pequeño diablillo sentado sobre los carbones encendidos.

- "¡De veras que estás sentado sobre un gran tesoro!" - dijo el campesino.

- "Sí, es cierto" - contestó el Diablo, - "sobre un tesoro que contiene más oro y plata que lo que jamás verás en tu vida!" -

- "El tesoro está en mi propiedad y me pertenece." - replicó el campesino.

- "Y seguirá siendo tuyo" - contestó el Diablo, - "si por dos años consecutivos me das la mitad de lo que el campo produce, porque tengo un gran antojo de los productos de la tierra." -

El campesino aceptó el trato, y le dijo:

- "Eso sí, sin embargo, para que no haya discusiones sobre la repartición, todo lo que se produzca sobre la tierra será tuyo, y todo lo que se produzca bajo la tierra, será mío." -

El Diablo quedó satisfecho con eso, y el campesino sembró nabos.



Cuando llegó el tiempo de la recolecta, el Diablo se presentó a tomar su parte de la producción, pero no encontró mas que amarillentas y marchitas hojas, mientras que el campesino, lleno de satisfacción, escarbaba y guardaba sus nabos.

- "Por esta vez has obtenido lo mejor de la cosecha" - dijo el Diablo, - "pero no será así la próxima vez. Lo que se produzca sobre la tierra será tuyo, y lo que se produzca bajo tierra, será mío." -

- "Estoy de acuerdo." - dijo el campesino.

Cuando llegó el tiempo de la siembra, no sembró de nuevo nabos, sino trigo. El trigo nació, creció y los granos maduraron y el campesino recogió todas las espigas que había en el campo.

Al llegar el Diablo, no encontró nada sino únicamente los rastrojos, y furibundo se lanzó dentro de una hendidura en las rocas.

- "Esa es la forma de engañar al Diablo." - dijo el campesino, y se fue a su casa llevándose todo su tesoro.

Enseñanza:

Planificar con el adecuado conocimiento, definitivamente lleva al éxito.





035-Piel de Oso

Durante una guerra, hubo una vez un joven que se enlistó como soldado, y se comportaba muy valientemente, y siempre estaba en el frente a la hora de afrontar las balas. Mientras duró la guerra, todo iba bien, pero cuando llegó la paz, recibió su baja y el capitán le dijo que podría ir donde quisiera con su carabina. Sus padres habían muerto, y ya no tenía un hogar, así que fue donde sus hermanos y les pidió que lo aceptaran hasta que hubiera otra campaña militar. Los hermanos, sin embargo, eran de duro corazón y le dijeron:

- "¿Qué podríamos hacer contigo?, no nos servirías de nada. Vete y has tu propia vida." -

El soldado no tenía nada excepto su carabina. Se la echó al hombro y se lanzó al ancho mundo. Llegó a un páramo donde no había nada más que ver que un círculo de árboles, y se sentó muy triste debajo de ellos, pensando sobre su destino.

- "No tengo dinero" - pensó, - "no he aprendido nada, excepto sobre los combates, y ahora que se hizo la paz, ya nadie me quiere ni me necesita, así que estoy viendo que voy a pasar hambres." -

De pronto escuchó el crujir de ramas, y cuando miró alrededor, un extraño hombre estaba parado junto a él, quien usaba un abrigo verde y tenía la mirada fija, pero también tenía un pie horriblemente partido en dos partes.

- "Ya yo sé de qué estás necesitado" - dijo el hombre, - "oro y posesiones tendrás, tantas como quieras proponerte, pero primero debo saber si no tienes miedo, para que yo no invierta inútilmente mis riquezas." -

- "Un soldado y el miedo, ¿cómo pueden esas dos cosas estar juntas?" - contestó él, - "puedes ponerme a prueba." -

- "Muy bien" - contestó el hombre, - "mira detrás de ti." -

El soldado dio media vuelta y vio a un enorme oso, que venía gruñendo hacia él.

- "¡Ajá!" - gritó el soldado, - "voy a hacerte cosquillas en la nariz, de modo que pronto perderás tu gusto por estar gruñendo." -

Y apuntó hacia el oso disparándole al hocico. Éste cayó y nunca más se levantó.

- "Ya veo muy bien" - dijo el extraño, - "que no te falta el coraje, pero aún hay otra condición que debes de cumplir." -

- "Si eso no pone en peligro mi salvación." - replicó el soldado, que ya veía muy bien que era el Diablo el que se encontraba a su lado - "De lo contrario, no tengo nada que tratar." -

- "Míralo y decídelo tú mismo" - contesto el del abrigo verde, - "tú deberás por los próximos siete años, no lavarte, no peinar tu barba ni tu cabello, no cortarte las uñas, ni decir un padrenuestro. Te daré un abrigo y una capa, que deberás usar todo ese tiempo. Si murieras dentro de esos siete años, tú serás mío. Si permaneces vivo, quedarás libre, e inmensamente rico por el resto de tus días." -

El soldado meditó sobre la extrema posición en que se encontraba ahora, y como a menudo había afrontado la muerte, resolvió correr el riesgo de nuevo y aceptó los términos. El Diablo se quitó el abrigo verde, se lo dio al soldado y dijo:

- "Si tienes este abrigo sobre tu espalda y metes tu mano en el bolsillo, siempre lo encontrarás lleno de dinero." -

Entonces le quitó la piel al oso y dijo:

- "Esta piel será tu capa, y tu cama también, pues encima de ella deberás dormir, y no debes ir a ninguna otra cama, y debido a toda esta indumentaria, serás llamado "Piel de Oso." -

Después de eso, el Diablo se desvaneció. El soldado se puso el abrigo, y de una vez buscó en el bolsillo, y encontró que lo dicho era cierto. Entonces se puso la piel de oso y siguió adelante por el mundo, y se regocijaba, no faltándole nada que fuera bueno para él y malo para su bolsillo.

Durante el primer año su apariencia fue aceptable, pero al segundo empezó a parecerse a un monstruo. Su cabello tapaba toda su cara, su barba era como un pedazo de fieltro grueso, sus dedos tenían uñas como garras, y toda su cara estaba con tal suciedad, que si una semilla cayera allí, con seguridad nacería. Quien quiera que lo veía, salía corriendo, pero como en todo lado daba dinero a los pobres para que rezaran por él para que no muriera durante esos siete años, y además pagaba bien por todo, siempre consiguió refugio.

Al cuarto año llegó a una posada donde el posadero no lo recibía, y ni siquiera quería que fuera al establo, pues tenía temor de que asustara a los caballos. Pero Piel de Oso metió su mano en el bolsillo y sacó un puñado de monedas, y el dueño de dejó persuadir a sí mismo y le dio un cuarto en una casa externa. Sin embargo, Piel de Oso fue obligado a prometer que no se dejaría ver, para que la posada no cogiera mal renombre.

Estaba Piel de Oso sentado solo al atardecer, y deseando desde el fondo de su corazón que pronto terminaran los siete años, oyó un fuerte lamento desde una habitación

contigua. Él tenía un corazón muy compasivo, así que abrió la puerta y vio a un hombre mayor llorando amargamente y apretándose las manos. Piel de Oso se le acercó, pero el hombre saltó sobre sus pies y trató de escapar de él. Al fin, cuando el anciano percibió que la voz de Piel de Oso era humana permitió que le hablara, y por medio de palabras amables Piel de Oso logró convencerlo de que le revelara la causa de su angustia.



Sus ingresos habían disminuido gradualmente, y él y sus hijas pasaban hambres, y estaba tan pobre que tampoco tenía con qué pagar al dueño de la posada y lo iban a poner en prisión.

- "Si ese es tu único problema" - dijo Piel de Oso, - "yo tengo suficiente dinero." -

Él le pidió al posadero que viniera donde ellos, le pagó la cuenta del señor y además puso una bolsa llena de monedas dentro de los bolsillos del hombre.

Cuando el señor se vio a sí mismo libre de todos sus problemas, no sabía cómo agradecer el gesto.

- "Ven conmigo" - le dijo a Piel de Oso, - "mis hijas son todas buenas muchachas. Escoge una de ellas para ser tu esposa. Cuando ellas oigan lo que has hecho por mí, no te rechazarán. Tú en verdad luces un poco extraño, pero ellas pronto te aceptarán correctamente." -

Eso le complació a Piel de Oso, y se fue con él. Cuando la mayor de las hijas lo vio, se alarmó tan terriblemente ante su cara, que gritó y salió corriendo espantada. La segunda hija se quedó y lo miró de pies a cabeza, y dijo:

- "¿Cómo voy a aceptar un esposo que ya no tiene una forma humana? Me gustaba más el oso afeitado que vi una vez por aquí, y que parecía un hombre con sus guantes blancos y uniforme de soldado. Si no fuera por lo feo, seguro que podría acostumbrarme." -

La menor de ellas, sin embargo, dijo:

- "Querido padre, tiene que ser un buen hombre para que sin conocerte te haya ayudado a salir de problemas, y si le prometiste una esposa por lo que hizo, tu promesa debe ser cumplida. Yo no tengo inconveniente en aceptarlo." -

Fue una bendición que el rostro de Piel de Oso estuviera tapado con la suciedad y el largo cabello, pues si no, todos hubieran visto cuan contento se sentía de oír aquellas palabras. Él se quitó un anillo de su dedo, lo quebró en dos partes, y le dio a la joven una mitad, y se dejó la otra para él. Escribió su nombre en la mitad de ella, y el nombre de ella en su mitad, y le rogó que guardara su mitad cuidadosamente. Entonces se alistó para salir y le dijo:

"Debo de retirarme por tres años, y si para entonces no he regresado, quedarás libre de compromiso, pues seguramente habré muerto. Pero reza a Dios para que me conserve la vida."

La pobre prometida novia se vistió toda de negro, y cuando pensaba sobre su futuro esposo, sus ojos se llenaban de lágrimas. Y ninguna otra cosa más que desprecio y mofa le llegaba de sus hermanas mayores.

"Ten cuidado"- decía la mayor, "-si le das la mano, te clavaré las uñas."

"Ponte viva"- decía la segunda, "-A los osos les gusta la miel, y si eres dulce con él, te comerá entera."

"Debes hacer todo como a él le gusta"- dijo de nuevo la mayor, "-o si no te gruñirá."

"Pero la boda será muy divertida"- continuó la segunda, "-los osos bailan muy bien."

La joven prometida permaneció en silencio y no se dejó molestar por ellas. Piel de Oso, sin embargo, viajó por el mundo de un lugar a otro, hizo el bien lo más que pudo, y dio generosa ayuda a los pobres pidiéndoles que rezaran por él.

Por fin, cuando terminó el último día de los siete años, Piel de Oso fue una vez más al páramo y se sentó bajo el círculo de árboles. No pasó mucho rato cuando el viento sopló, y el Diablo se paró junto a él, y lo miró disgustadamente, y definitivamente que estaba muy molesto. Entonces le tiró a Piel de Oso su vieja ropa de soldado, y le pidió que le devolviera su abrigo verde.

"No hemos terminado aún"- contestó Piel de Oso, "-primero debes dejarme limpio."

Le gustara o no al Diablo, se vio obligado a traer agua y lavar a Piel de Oso, peinarlo, y cortarle las uñas. Después de todo eso, ya se veía como un bravo soldado, y mucho más apuesto que como nunca había estado antes.

Cuando ya el Diablo partió, Piel de Oso sintió su corazón aliviado. Fue a la ciudad, se puso un magnífico abrigo de terciopelo, se montó en un carruaje tirado por cuatro caballos blancos, y se dirigió a la casa de la prometida. Nadie lo reconocía. El padre lo tomó como un distinguido general, y lo llevó a la habitación donde se encontraban sus hijas.

A Piel de Oso no le quedó más que sentarse entre las dos hermanas mayores quienes le trajeron vino, y le dieron las mejores piezas de carne, y pensaron que en todo el mundo nunca encontrarían un hombre más apuesto.

La prometida estaba sentada al lado contrario con su vestido negro, y nunca levantó sus ojos ni pronunció palabra alguna. Cuando por fin él preguntó al padre si daría a alguna de sus hijas en matrimonio, las dos mayores saltaron y corrieron a sus cuartos a ponerse espléndidos vestidos, pues cada una de ellas fantaseaba de que sería la elegida. El extraño, en cuanto quedó solo con su prometida, sacó su mitad del anillo y lo puso en el fondo de un vaso de vino que se lo pasó a través de la mesa a la joven. Ella bebió el vino, y cuando lo hubo terminado, encontró la mitad del anillo descansando en el fondo del vaso, y su corazón se aceleró.

Ella tomó su otra mitad, que usaba en una cinta alrededor de su garganta, junto a ambas mitades, y vio que calzaban exactamente juntos. Entonces él dijo:

- "Soy tu novio prometido, que conociste como Piel de Oso, pero por la gracia de Dios he recibido de nuevo mi presencia humana, y una vez más volví a estar limpio." -

Él se le acercó, la abrazó y la besó. Mientras tanto las dos hermanas regresaron todas muy bien vestidas, y cuando vieron que el apuesto hombre estaba junto a la más joven, y oyeron que él era Piel de Oso, se retiraron rápidamente llenas de rabia y dolor. Pero el tiempo les sanaría las heridas y aceptaron el buen discurrir de los acontecimientos, deseando para los nuevos esposos mucha felicidad para el resto de sus días.

Enseñanza:

En momentos de prueba, la fe y la perseverancia conducen a un final feliz.





036-La Abeja Reina

Dos hijos de un rey salieron una vez en busca de aventuras, y cayeron en un modo de vida tan salvaje y desordenado, que nunca regresaron a su hogar. El más joven, llamado Simpletón, salió en busca de sus hermanos, pero cuando al fin los halló, ellos se burlaron de él, por haber pensado Simpletón, que con su simplicidad, podría rodar por el ancho mundo, cuando ellos, que eran mucho más listos, no pudieron encontrar un buen camino.

Sin embargo viajaron los tres juntos, y llegaron a un gran nido de hormigas. El mayor quería destruirlo para ver a las pequeñas hormigas corriendo desesperadas por el terror, trasladando sus huevos a donde pudieran, pero Simpletón le dijo:

- "Deja a las creaturas en paz. No permitiré que las molestes." -

Siguieron adelante hasta un lago, donde nadaban un gran número de patos. Los dos hermanos mayores querían capturar a un par y asarlos. Pero Simpletón no lo permitiría y dijo:

- "Dejen a las creaturas en paz, no dejaré que los maten." -

Luego ellos llegaron a donde había un panal de abejas, el cual tenía tanta miel que del tronco donde estaba, chorreaba un grueso hilo de miel. Los dos mayores querían hacer un fuego debajo del tronco para sofocar a las abejas y cogerles su miel, pero Simpletón de nuevo los detuvo y les dijo:

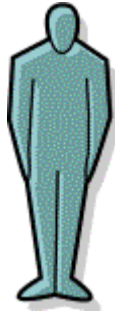
- "Dejen a las creaturas en paz, no dejaré que las quemem." -

Por fin los tres hermanos llegaron a un castillo en cuyos establos había caballos de piedra, y no se veía un solo ser humano. Y recorrieron todos los salones, hasta que casi al final llegaron a un salón con una puerta con tres cerraduras. Sin embargo, en medio de la puerta había una rendija, por medio de la cual podían ver hacia adentro.

Allí vieron a un pequeño hombre gris sentado junto a una mesa. Ellos lo llamaron, una y dos veces, pero él no oía. A la tercera vez, él se levantó, quitó las cerraduras y salió. No dijo nada, pero sin embargo, los condujo a una mesa muy bien servida con alimentos. Después de que ellos comieron y bebieron a satisfacción, el pequeño hombre llevó a cada uno a una habitación donde durmieron esa noche.

A la mañana siguiente, el pequeño hombre gris se acercó al mayor, y por medio de señas lo llevó hasta una mesa de piedra donde estaban escritas tres tareas, mediante las cuales, si se realizaban, el castillo quedaría libre y desencantado.

La primera era que en el bosque, debajo del musgo, estaban regadas las perlas de la princesa, mil perlas en total, que deberían ser recogidas, y que si a la puesta del sol faltaba una sola perla, aquél que las estuvo buscando, se haría de piedra.



El mayor se dirigió allá, y buscó durante todo el día, pero al caer el sol, solamente había encontrado cien, y lo que se decía en la mesa sucedió, y él fue convertido en piedra.

Al otro día, el segundo tomó la misión, pero sin embargo, no tuvo mayor suerte que su hermano, pues no encontró mas que doscientas perlas, y también se hizo de piedra.

Al siguiente día le tocó el turno a Simpletón, quien también buscó en el musgo. Pero era tan difícil encontrar las perlas, y se avanzaba tan despacio, que se sentó sobre una piedra a llorar. Y mientras eso sucedía, la reina de la hormigas, cuyo nido una vez él salvó, vino con cinco mil hormigas, y sin mucho tardar, las pequeñas creaturas habían juntado las mil perlas, y se las entregaron en un montón.

La segunda tarea era, sacar del fondo del lago la llave del dormitorio de la hija del rey. Cuando Simpletón llegó al lago, los patos que él había salvado, se sumergieron y salieron nadando hacia él, llevándole la llave solicitada.

Pero la tercera tarea era la más dificultosa. Entre las tres dormidas hijas del rey, debía de encontrarse a la menor de ellas. Sin embargo, las tres eran físicamente idénticas, y solamente podían reconocerse por los dulces que habían probado antes de caer dormidas. La mayor probó un pedacito de azúcar, la segunda un sirope, y la menor una cucharada de miel. Entonces llegó la reina de las abejas del panal del tronco que Simpletón había defendido de ser quemado, y ella probó los labios de las tres, y se quedó parada en la boca de la que había probado la miel. Así Simpletón pudo reconocer a la princesa correcta.

Y con eso terminó el encantamiento, y todos los que estaban dormidos despertaron y los convertidos en piedra volvieron a su contextura normal. Simpletón se casó con la menor de las princesas, y al faltar su padre el rey, él quedó en el trono, y sus hermanos se

formalizaron comportándose correctamente en adelante, y se casaron con las otras dos hermanas.

Enseñanza:

En esta creación divina, toda creatura, pequeña o grande, tiene su santa misión y debe respetársele.





037-El Enigma

Hubo una vez un hijo de un rico comerciante que estaba poseído por un fuerte deseo de viajar por el mundo, y decidió hacerlo haciéndose acompañar solamente por un fiel sirviente. Un día llegó a un gran bosque, y al final de la tarde no había encontrado aún un refugio, y no sabía donde pasar la noche. En eso vio a una mujer que se dirigía hacia una pequeña casa, y acercándose a ella vio que era una joven doncella. Él le habló diciéndole:

- "Querida joven, ¿podríamos mi sirviente y yo encontrar posada por esta noche en esa casita?" -

- "Oh, sí" - respondió con una voz triste, - "ciertamente que podrían, pero les aconsejo que no se aventuren a eso. No vayan." -

- "¿Por qué no?" - preguntó el muchacho.

La joven suspiró y dijo:

- "Mi patrona practica malas artes y siempre está indispuesta con los extraños." -

Entonces comprendió que habían llegado a la casa de una bruja, pero como ya estaba oscuro y no podían avanzar más, y también porque no era temeroso, entraron.

La vieja mujer estaba sentada en una mecedora cerca del fuego, y miró al extraño con sus rojos ojos.

- "Buenas noches" - gruñó ella, y fingió ser muy amable. - "Tomen un asiento y descansen." -

Ella sopló el fuego en el que estaba cocinando algo en una pequeña olla. Su criada les advirtió a los dos viajeros que tuvieran prudencia, que no comieran ni bebieran nada, pues la anciana preparaba bebidas envenenadas. Ellos durmieron en calma hasta el amanecer. Cuando ya se alistaban para su salida, y el hijo del comerciante estaba ya sentado sobre su caballo, la anciana dijo:

- "Paren un momento, les daré una manita con una bebida para la partida." -

Mientras ella traía la bebida, el joven se fue, y el sirviente, que tenía que tenía que abrochar firmemente su silla de montar, fue el único que quedó presente cuando la malvada bruja llegó con la bebida.

"Llévale esto a tu patrón."- dijo ella.

Pero en ese momento el vaso se volcó y el veneno se regó sobre el caballo, y era tan fuerte que inmediatamente el caballo cayó muerto.

El sirviente corrió tras de su patrón y le contó lo que había sucedido, pero no quería dejar su silla de montar tras de sí, y regresó a recogerla. Sin embargo cuando llegó donde el caballo muerto, un cuervo estaba sobre él picoteándolo para devorarlo.

"¿Quién sabe si podremos encontrar algo mejor para hoy?"- dijo el sirviente.

Así que mató al cuervo y se lo llevó. Y siguieron su camino dentro del bosque el resto del día, pero no salían de él. Al anochecer encontraron una posada y entraron en ella. El sirviente le dio el cuervo al posadero para que lo alistara para la cena. Pero no sabían que habían llegado a una guarida de asesinos, y durante la oscuridad de la noche, llegaron doce de ellos, con la intención de matar a los recién llegados y robarles. Pero antes de cometer su objetivo, se sentaron a cenar, y el posadero y la bruja se sentaron con ellos, y juntos tomaron un plato de sopa que se había hecho con la carne del cuervo. No habían terminado de tomar un par de cucharadas, cuando todos cayeron muertos, pues el cuervo les transmitió el veneno que había picoteado del caballo. No quedó vivo nadie más en la posada que la hija del posadero, quien era honesta, y nunca tomaba parte de sus malvados actos. Ella le abrió todas la puertas al extraño, y le mostró los tesoros que había apilados. Pero el muchacho le dijo que podía quedarse con todo aquello, y que él no tomaría ninguna cosa. Y siguió su camino junto con el sirviente.

Después de haber viajado un largo trecho, llegaron a un pueblo en el cual había una bella, pero muy orgullosa princesa, quien había mandado a proclamar que el hombre que le propusiera a ella un enigma que ella no pudiera resolver, lo haría su esposo. Pero eso sí, si ella resolvía el enigma, él sería encarcelado por todo un año.



Ella se daba tres días para resolver el enigma, pero era una chica tan lista, que por lo general al primer día ya tenía la respuesta. Nueve pretendientes purgaban ya la condena

por su intento, cuando llegó el hijo del comerciante, y cegado por el encanto de la princesa, estuvo dispuesto a perder su libertad.

Entonces fue donde ella, y le propuso su enigma.

- "¿Qué es" - dijo - "uno que nunca mató a ninguno, y sin embargo mató a doce." -

Ella no sabía que sería aquello, y pensó y pensó, pero no daba en la solución. Abrió cuanto libro de enigmas tenía, pero no estaba escrito en ninguno. En resumen, sus conocimientos llegaron a su fin. Como ya no sabía como ayudarse, le ordenó a su criada introducirse en el dormitorio del joven y que escuchara sus sueños, y pensó que quizás hablara dormido y delatara el enigma.

Pero el astuto sirviente se había acostado en la cama de su patrón, y cuando la criada llegó, él le jaló la capa con que se había cubierto, y la echó dándole de palos.

A la segunda noche, la hija del rey envió a su criada de más confianza a ver si ella podía tener éxito en la misión de escuchar. Pero el sirviente también le soltó la capa, y la echó dándole de palos.

Ahora el joven se sintió seguro por la tercera noche y se instaló en su cama. Pero ahora vino la princesa en persona, que se había puesto una capa gris oscuro, y se sentó cerca de él. Y cuando pensó que ya se había dormido profundamente y soñaba, le habló, esperanzada en que dormido le contestaría, como muchos lo hicieron, pero en realidad él estaba despierto, y entendía y oía perfectamente. Entonces ella preguntó:

- "Uno que nunca mató a ninguno, ¿qué es eso?" -

Él contestó:

- "Un cuervo, que comió de la carne de un caballo que había muerto por veneno." -

Y ella preguntó aún más:

- "Y sin embargo mató a doce, ¿qué es eso?" -

Él contestó:

- "Significa que doce asesinos, que comieron de la carne del cuervo, murieron por ello." -

Cuando ella supo la respuesta del enigma, ella quiso salir corriendo, pero él le agarró la capa tan fuerte que se vio obligada a soltarla y dejarla abandonada. A la mañana siguiente la hija del rey anunció que ya había adivinado la respuesta al enigma, y enviopor los doce jueces, exponiendo la solución ante ellos. Pero el joven pidió su derecho a la defensa y dijo:

-"Ella entró subrepticiamente a mi habitación en la noche y me interrogó, de otro modo no hubiera podido saber la respuesta."-

Los jueces dijeron:

-"Danos una prueba de eso."-

Entonces su sirviente presentó los tres mantos capturados, y cuando vieron el manto gris oscuro que la hija del rey acostumbraba usar, dijeron:

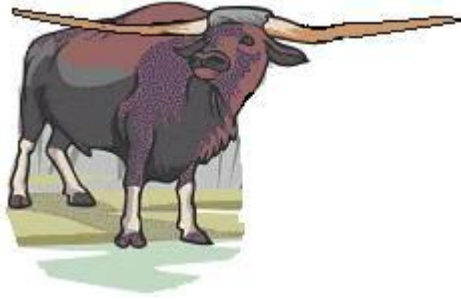
-"Que ese manto sea decorado con oro y plata, para que ella lo use en su boda con este joven."-

Y la boda se realizó, y todos los que habían sido condenados por los enigmas previos, quedaron en libertad inmediatamente.

Enseñanza:

Todo convenio debe cumplirse limpiamente, sin engaños, tal como se acuerda.





038-El Azote del Cielo

Un campesino salió cierto día a arar llevando un par de bueyes. Cuando llegó al campo, los cuernos de los bueyes empezaron a crecer y crecer, y cuando tuvo que regresar a casa, los cuernos estaban tan grandes que no podían pasar por la puerta del establo.

Por buena suerte un carnicero pasaba por ahí, y llamándolo se los ofreció en venta, y finalizó el trato de la siguiente manera:

que él le daría al carnicero una taza de medida llena de semillas de nabo, y que el carnicero le daría tantas monedas de Brabant como semillas de nabo hubiera en la taza.

¡A eso llamó yo un buen negocio!

El campesino entonces fue a su casa y trajo de regreso la taza con las semillas de nabo. Sin embargo, en el camino una semilla se cayó de la taza. El carnicero le pagó lo acordado, y si el campesino no hubiera perdido esa semilla, tendría una moneda más.

Mientras tanto, cuando el campesino regresaba a casa, la semilla había nacido y crecido hasta convertirse en un árbol, tan alto que llegaba hasta el cielo. Entonces el campesino pensó:

- "Ahora que tienes la oportunidad, puedes ver que están haciendo los ángeles allá arriba, y por al menos esta vez, los tendrás frente a tus ojos." -

Así que trepó al árbol, y vio que los ángeles estaban azotando las espigas de avena, y se quedó mirando.



Y mientras miraba, notó que el árbol sobre el cual estaba subido, empezó a vibrar, y se asomó hacia abajo y vio que alguien estaba tratando de cortarlo.

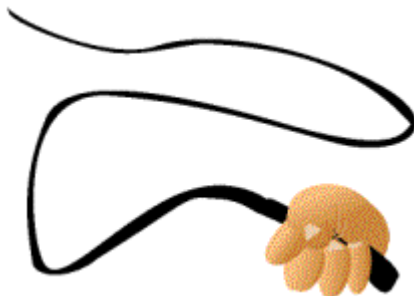
- "Si yo caigo desde aquí, eso será algo muy malo." - pensó.

Y en su apuro, para salvarse no pensó en otra cosa que tomar tallos de avena que estaban amontonados en grupos, trenzarlos y así hacerse de una cuerda. De igual forma, tomó un azadón y un azote de los que se usan para azotar los cereales y que estaban a su alcance, y empezó a bajar por medio de la cuerda que recién había hecho.

Pero al llegar a la tierra, cayó exactamente en un enorme hueco, muy hondo. Fue una verdadera suerte que hubiera traído el azadón, porque con él fue cavando gradas hasta que salió a la superficie. Y subió consigo también el azote como prueba de su verdad, para que así, viéndolo en su mano, nadie intentara dudar de su historia.

Enseñanza:

La amenaza es con lo que actúan siempre quienes quieren imponer "su verdad", con menosprecio de lo que piensen los demás.





039-El Gato con Botas

Había una vez un molinero cuya única herencia para sus tres hijos eran su molino, su asno y su gato. Pronto se hizo la repartición sin necesitar de un clérigo ni de un abogado, pues ya habían consumido todo el pobre patrimonio. Al mayor le tocó el molino, al segundo el asno, y al menor el gato que quedaba.

El pobre joven amigo estaba bien inconforme por haber recibido tan poquito.

- "Mis hermanos" - dijo él, - "pueden hacer una bonita vida juntando sus bienes, pero por mi parte, después de haberme comido al gato, y hacer unas sandalias con su piel, entonces no me quedará más que morir de hambre." -

El gato, que oyó todo eso, pero no lo tomaba así, le dijo en un tono firme y serio:

- "No te preocupes tanto, mi buen amo. Si me das un bolso, y me tienes un par de botas para mí, con las que yo pueda atravesar lodos y zarzales, entonces verás que no eres tan pobre conmigo como te lo imaginas." -

El amo del gato no le dio mucha posibilidad a lo que le decía. Sin embargo, a menudo lo había visto haciendo ingeniosos trucos para atrapar ratas y ratones, tal como colgarse por los talones, o escondiéndose dentro de los alimentos y fingiendo estar muerto. Así que tomó algo de esperanza de que él le podría ayudar a paliar su miserable situación.

Después de recibir lo solicitado, el gato se puso sus botas galantemente, y amarró el bolso alrededor de su cuello. Se dirigió a un lugar donde abundaban los conejos, puso en el bolso un poco de cereal y de verduras, y tomó los cordones de cierre con sus patas delanteras, y se tiró en el suelo como si estuviera muerto. Entonces esperó que algunos conejitos, de esos que aún no saben de los engaños del mundo, llegaran a mirar dentro del bolso.

Apenas recién se había echado cuando obtuvo lo que quería. Un atolondrado e ingenuo conejo saltó a la bolsa, y el astuto gato, jaló inmediatamente los cordones cerrando la bolsa y capturando al conejo.

Orgulloso de su presa, fue al palacio del rey, y pidió hablar con su majestad. Él fue llevado arriba, a los apartamentos del rey, y haciendo una pequeña reverencia, le dijo:

- "Majestad, le traigo a usted un conejo enviado por mi noble señor, el Marqués de Carabás. (Porque ese era el título con el que el gato se complacía en darle a su amo)." -

- "Dile a tu amo" - dijo el rey, - "que se lo agradezco mucho, y que estoy muy complacido con su regalo." -

En otra ocasión fue a un campo de granos. De nuevo cargó de granos su bolso y lo mantuvo abierto hasta que un grupo de perdices ingresaron, jaló las cuerdas y las capturó. Se presentó con ellas al rey, como había hecho antes con el conejo y se las ofreció. El rey, de igual manera recibió las perdices con gran placer y le dio una propina. El gato continuó, de tiempo en tiempo, durante unos tres meses, llevándole presas a su majestad en nombre de su amo.

Un día, en que él supo con certeza que el rey recorrería la rivera del río con su hija, la más encantadora princesa del mundo, le dijo a su amo:

- "Si sigues mi consejo, tu fortuna está lista. Todo lo que debes hacer es ir al río a bañarte en el lugar que te enseñaré, y déjame el resto a mí." -



El Marqués de Carabás hizo lo que el gato le aconsejó, aunque sin saber por qué. Mientras él se estaba bañando pasó el rey por ahí, y el gato empezó a gritar:

- "¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Mi señor, el Marqués de Carabás se está ahogando!" -

Con todo ese ruido el rey asomó su oído fuera de la ventana del coche, y viendo que era el mismo gato que a menudo le traía tan buenas presas, ordenó a sus guardias correr inmediatamente a darle asistencia a su señor el Marqués de Carabás. Mientras los guardias sacaban al Marqués fuera del río, el gato se acercó al coche y le dijo al rey que, mientras su amo se bañaba, algunos rufianes llegaron y le robaron sus vestidos, a pesar de que gritó varias veces tan alto como pudo:

- "¡Ladrones! ¡Ladrones!" -

En realidad, el astuto gato había escondido los vestidos bajo una gran piedra.

El rey inmediatamente ordenó a los oficiales de su ropero correr y traer uno de sus mejores vestidos para el Marqués de Carabás. El rey entonces lo recibió muy

cortesmente. Y ya que los vestidos del rey le daban una apariencia muy atractiva (además de que era apuesto y bien proporcionado), la hija del rey tomó una secreta inclinación sentimental hacia él. El Marqués de Carabás sólo tuvo que dar dos o tres respetuosas y algo tiernas miradas a ella para que ésta se sintiera fuertemente enamorada de él. El rey le pidió que entrara al coche y los acompañara en su recorrido.

El gato, sumamente complacido del éxito que iba alcanzando su proyecto, corrió adelantándose. Reunió a algunos lugareños que estaban preparando un terreno y les dijo:

- "Mis buenos amigos, si ustedes no le dicen al rey que los terrenos que ustedes están trabajando pertenecen al Marqués de Carabás, los harán en picadillo de carne." -

Cuando pasó el rey, éste no tardó en preguntar a los trabajadores de quién eran esos terrenos que estaban limpiando.

- "Son de mi señor, el Marqués de Carabás." - contestaron todos a la vez, pues las amenazas del gato los habían amedrentado.

- "Puede ver señor" - dijo el Marqués, - "estos son terrenos que nunca fallan en dar una excelente cosecha cada año." -

El hábil gato, siempre corriendo adelante del coche, reunió a algunos segadores y les dijo:

- "Mis buenos amigos, si ustedes no le dicen al rey que todos estos granos pertenecen al Marqués de Carabás, los harán en picadillo de carne." -

El rey, que pasó momentos después, les preguntó a quien pertenecían los granos que estaban segando.

- "Pertenecen a mi señor, el Marqués de Carabás." - replicaron los segadores, lo que complació al rey y al marqués. El rey lo felicitó por tan buena cosecha. El fiel gato siguió corriendo adelante y decía lo mismo a todos los que encontraba y reunía. El rey estaba asombrado de las extensas propiedades del señor Marqués de Carabás.

Por fin el astuto gato llegó a un majestuoso castillo, cuyo dueño y señor era un ogro, el más rico que se hubiera conocido entonces. Todas las tierras por las que había pasado el rey anteriormente, pertenecían en realidad a este castillo. El gato que con anterioridad se había preparado en saber quien era ese ogro y lo que podía hacer, pidió hablar con él, diciendo que era imposible pasar tan cerca de su castillo y no tener el honor de darle sus respetos.

El ogro lo recibió tan cortesmente como podría hacerlo un ogro, y lo invitó a sentarse.

- "Yo he oído" - dijo el gato, - "que eres capaz de cambiarte a la forma de cualquier criatura en la que pienses. Que tú puedes, por ejemplo, convertirte en león, elefante, u otro similar." -

- "Es cierto" - contestó el ogro muy contento, - "Y para que te convenzas, me haré un león." -

El gato se aterrorizó tanto por ver al león tan cerca de él, que saltó hasta el techo, lo que lo puso en más dificultad pues las botas no le ayudaban para caminar sobre el tejado. Sin embargo, el ogro volvió a su forma natural, y el gato bajó, diciéndole que ciertamente estuvo muy asustado.

- "También he oído" - dijo el gato, - "que también te puedes transformar en los animales más pequeñitos, como una rata o un ratón. Pero eso me cuesta creerlo. Debo admitirte que yo pienso que realmente eso es imposible." -

- "¿Imposible?" - gritó el ogro, - "¡Ya lo verás!" -

Inmediatamente se transformó en un pequeño ratón y comenzó a correr por el piso. En cuanto el gato vio aquello, lo atrapó y se lo tragó.

Mientras tanto llegó el rey, y al pasar vio el hermoso castillo y decidió entrar en él. El gato, que oyó el ruido del coche acercándose y pasando el puente, corrió y le dijo al rey:

- "Su majestad es bienvenida a este castillo de mi señor el Marqués de Carabás." -

- "¿Qué? ¡Mi señor Marqués!" exclamó el rey, - "¿Y este castillo también te pertenece? No he conocido nada más fino que esta corte y todos los edificios y propiedades que lo rodean. Entremos, si no te importa." -

El marqués brindó su mano a la princesa para ayudarle a bajar, y siguieron al rey, quien iba adelante. Ingresaron a una espaciosa sala, donde estaba lista una magnífica fiesta, que el ogro había preparado para sus amistades, que llegaban exactamente ese mismo día, pero no se atrevían a entrar al saber que el rey estaba allí.

Su majestad estaba perfectamente encantado con las buenísimas cualidades de mi señor el Marqués de Carabás, y observando que su hija se había enamorado violentamente de él, y después de haber visto sus grandes posesiones, y además de haber bebido ya cinco o seis vasos de vino, le dijo:

- "Será solamente tu culpa, mi señor Marqués de Carabás, si no llegas a ser mi yerno." -

El marqués, haciendo varias pequeñas reverencia, aceptó el honor que Su Majestad le estaba confiriendo, y enseguida, ese mismo día se casó con la princesa.

El gato llegó a ser un gran señor, y ya no tuvo que correr tras los ratones, excepto para entretenerse.

Enseñanza:

Recibir una valiosa herencia puede ser de alguna ayuda, pero aún más valiosos son la inteligencia y el ingenio que no se heredan de nadie.





040-El Manto

Hubo una vez una madre que tenía un niño de siete años, quien era tan tierno y bondadoso que todo aquél que lo conocía, no podía dejar de amarlo, y ella lo adoraba sobre todas las cosas del mundo.

Y sucedió que repentinamente él se enfermó, y Dios lo llamó a su lado, y desde entonces su madre no encontró consuelo y lloraba por él día y noche. Pero poco después de que el niño había sido sepultado, aparecía por las noches en los sitios que él acostumbraba jugar y estar cuando vivió, y si su madre lloraba, él también lloraba, y al llegar el amanecer, él desaparecía.

Y como la madre no dejaba de llorar, él llegó una noche envuelto en su manto blanco con el que había sido enterrado, y con una corona de flores sobre su cabeza, y se sentó en la cama a los pies de su madre y le dijo:

- "Oh madre, por favor deja de llorar, o nunca podré llegar felizmente al reino de Dios, pues mi manto no se seca a causa de tus muchas lágrimas, que caen sobre él." -

La madre se atemorizó cuando escuchó aquello, y ya no lloró más.

A la noche siguiente el niño vino de nuevo, y sostenía una pequeña luz en mano y le dijo:

- "Mira, mamá, mi manto ya está seco y ahora puedo partir felizmente a la casa de Dios." -

Entonces la madre entregó su dolor en las manos de Dios, y tuvo tranquilidad y paciencia, y el niño ya no volvió más, quien ahora estaba feliz en su nuevo hogar celestial.

Enseñanza:

Ante lo que es imposible de cambiar, lo mejor es la comprensión, la amorosa resignación y la aceptación de la voluntad Divina.





041-La Serpiente Blanca

Hace mucho tiempo vivía un rey, famoso en todo el país por su sabiduría. Nada le era oculto; y parecía que por el aire le llegaban las noticias de las cosas más desconocidas y secretas. Pero tenía una extraña costumbre. Todos los días, después de la cena, cuando la mesa había sido retirada y cuando nadie se hallaba presente, un criado de confianza le servía un plato más. Estaba tapado, y ni siquiera el criado sabía lo que contenía, pues el Rey no lo descubría ni lo comía hasta encontrarse completamente solo.

Las cosas siguieron así durante mucho tiempo, hasta que un día al criado que retiraba el plato, le entró una curiosidad irresistible, y después de retirar el plato, lo llevó a su propia habitación. Cerró la puerta con todo cuidado, levantó la tapadera y vio que en la bandeja yacía una serpiente blanca. No pudo resistir el antojo de probarla, cortó un pedacito y se lo llevó a la boca.

Apenas lo hubo tocado con la lengua, cuando oyó un extraño susurro de suaves voces que venían de afuera de la ventana. Él fue y escuchó con detenimiento, y observó que eran gorriones que hablaban entre sí, contándose mil cosas que vieran en los campos y bosques. Al comer aquel pedacito de serpiente había recibido el don de entender el lenguaje de los animales.

Sucedió que aquel mismo día se extravió la sortija más valiosa de la Reina, y la sospecha del robo recayó sobre el fiel criado que tenía acceso a todo lugar del palacio. El Rey le mandó comparecer a su presencia, y con duras palabras le amenazó, diciéndole que si para el día siguiente no lograba descubrir al ladrón, la culpa recaería en él y sería severamente castigado. En vano argumentó su inocencia; y fue retirado sin lograr una mejor respuesta.

Con su problema y angustia, bajó al patio, pensando en la manera de salir del apuro. En eso algunos patos descansaban tranquilamente en el arroyo, y mientras se alisaban las plumas con el pico, sostenían una animada conversación. El criado se detuvo a escucharlos.

Conversaban sobre dónde habían pasado la mañana y lo que habían encontrado para comer. Uno de ellos dijo algo disgustado:

"Siento muy pesado el estómago. Por estar comiendo de prisa, me tragué una sortija que estaba al pie de la ventana de la Reina." -

Inmediatamente, el criado lo agarró por el cuello, lo llevó a la cocina y dijo al cocinero:

- Éste es un buen pato, que ya está en buena condición para la cena." -

- "Cierto"- dijo el cocinero sopesándolo con la mano, -"él no ha tenido reparo en engordar por sí mismo, y hace días que estaba esperando ir al asador." -

El cocinero lo empezó a preparar, y cuando lo estaba adobando, apareció en su estómago el anillo de la reina.

Ahora el fiel criado pudo probar su inocencia, y el rey, queriendo rectificar su error, le ofreció el mejor puesto que quisiera dentro de la corte.

El criado declinó este honor y solamente pidió un caballo y algún dinero para viajar, pues deseaba ver el mundo y pasarse un tiempo recorriéndole.

Otorgada su petición, se puso en camino y un día llegó a un estanque, donde observó tres peces que habían quedado aprisionados entre cañas y luchaban por volver al agua. Ahora, aunque se diga que los peces son mudos, el hombre entendió los miserables lamentos de aquellos animales, por verse condenados a una muerte tan miserable, y como él era de corazón compasivo, se apeó de su caballo y devolvió los tres peces al agua. Ellos saltaban de alegría, y asomando las cabezas, le dijeron:

- " Nos acordaremos de tí, y ya te pagaremos por salvarnos." -

Siguió cabalgando, y al cabo de un rato le pareció oír una voz en la arena a sus pies. Escuchó con atención, y oyó a la reina de un hormiguero que se quejaba:



- "¿Por qué esos hombres, con sus torpes bestias, no nos dejan de maltratar tanto? Ese caballo estúpido, con sus pesados cascos, está aplastando sin compasión a mi gente." -

Entonces él se hizo a un lado del camino, y la reina de las hormigas le gritó:

- " ¡Nos acordaremos de ti, una buena acción, depara otra!" -

El camino lo condujo a un bosque, y allí vio una pareja de cuervos a la orilla de su nido, que arrojaban de él a sus hijos:

- ¡Fuera de aquí, vagabundos, buenos para nada!"- les gritaban. -"No podemos seguir alimentándolos. Ya están bastante grandecitos para proveerse por sí mismos."-

Pero los pobres polluelos quedaban en el suelo, agitando sus alitas y lloriqueando:

- "¡Oh, que desdichados somos, que debemos de buscarnos la comida y todavía no sabemos volar! ¿Qué más podremos hacer, sino morirnos de hambre?"-

Se bajó el joven, mató al caballo con su espada y dejó su cuerpo para alimento de los pequeños cuervos, los cuales se acercaron a saltos sobre la presa y, una vez satisfechos, dijeron:

- ¡Nos acordaremos de tí y te lo pagaremos!

El criado tubo que seguir su viaje a pie, y después de caminar un largo trecho, llegó a una gran ciudad. Había gran ruido y multitud de gente en las calles, y un hombre venía montado a caballo, gritando en voz alta:

- "La hija del rey desea un esposo, pero quien pretenda su mano debe cumplir una dura tarea, y si no lo logra será severamente castigado."-

Muchos ya habían hecho el intento, pero en vano. Sin embargo, cuando el joven vio a la princesa, fue cautivado por su belleza, y olvidando cualquier peligro, fue donde el rey y se declaró como pretendiente.

Entonces lo condujeron mar adentro, y en su presencia arrojaron al fondo un anillo. El Rey le ordenó que trajese el anillo del fondo del mar, y añadió:

- "Si vuelves sin ella, serás precipitado al mar y abandonado a tu suerte."-

Todos los presentes se compadecieron del apuesto mozo, y se retiraron dejando al joven solo en la playa. Él se quedó allí, considerando lo que debía de hacer, cuando de pronto vio tres peces que se le acercaban, y que no eran sino aquellos tres que él había salvado. El que venía en medio llevaba en la boca una concha, que depositó en la playa, a los pies del joven. Él la recogió y la abrió, y en su interior estaba el anillo de oro. Lleno de alegría lo llevó al rey, esperando que le concediese la prometida recompensa.

Pero la orgullosa princesa, al saber que su pretendiente no era más que un simple criado, lo rechazó, exigiéndole la realización de una nueva tarea. Salió al jardín, y con sus propias manos esparció entre la hierba diez sacos llenos de semilla de mijo y dijo:

- "Mañana, antes de que salga el sol, debes haberlo recogido todo, sin que falte un solo grano."-

El joven se sentó en el jardín pensando sobre como podría cumplir aquella tarea. Pero no se le ocurría nada, y se sentó muy triste pensando que a la mañana siguiente le sería impuesto un terrible castigo. Pero cuando los primeros rayos del sol iluminaron el jardín, encontró los diez sacos completamente llenos, uno al lado del otro, sin que faltase un solo grano. Por la noche había acudido la reina de las hormigas con sus miles y miles de súbditos, y los agradecidos animalitos habían recogido el mijo muy diligentemente, y lo habían depositado en los sacos.

Bajó la princesa en persona al jardín y pudo ver muy asombrada que el joven había hecho la tarea encomendada. Pero su corazón orgulloso no estaba saciado aún, y dijo:

- "Aunque él haya realizado las dos tareas, no será mi esposo hasta que me traiga una manzana del Árbol de la Vida." -

El pretendiente ignoraba dónde crecía aquel árbol, pero se puso en camino, dispuesto a no detenerse mientras lo sostuvieran sus piernas, aunque no abrigaba esperanza alguna de encontrarlo. Después de haber recorrido ya tres reinos, un atardecer llegó a un bosque y se tendió a dormir debajo de un árbol. Pero él oyó un rumor entre las ramas, y al instante una manzana dorada cayó en sus manos. En ese mismo momento bajaron volando tres cuervos, que se posaron sobre sus rodillas, y le dijeron:

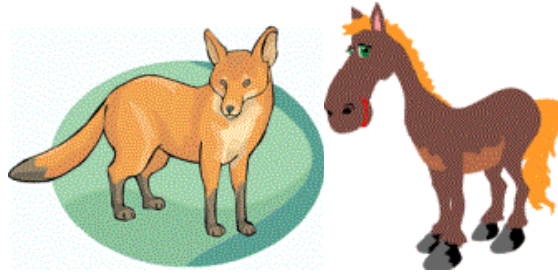
- "Somos aquellos cuervos pequeñitos que salvaste de morir de hambre. Ahora, ya crecidos, supimos que andabas en busca de la manzana del Árbol de la Vida, entonces cruzamos volando el mar y llegamos hasta el confín del mundo, donde crece el Árbol de la Vida, y te hemos traído la manzana" -

El joven, con todo júbilo, reemprendió el camino de regreso, y llevó la manzana dorada a la bella princesa, la cual no puso ya más excusas. Ellos partieron la manzana de la vida en dos mitades y se la comieron juntos. De inmediato en el corazón de la princesa brotó un sincero y gran amor por el joven, y vivieron muy felices hasta el fin de sus vidas.

Enseñanza:

Siempre, en el momento que fuese más oportuno, deben retribuirse los favores recibidos.





042-La Zorra y el Caballo

Un hacendado tenía un fiel caballo que había envejecido, y como no podía ya hacer el trabajo, no le daba nada para comer y le dijo:

- "Ciertamente que ya no haré más uso de ti, pero siempre te tengo cariño. Si tú me demuestras suficiente fortaleza como para traerme un león, te mantendré por el resto de tus días, pero por ahora, sal del establo." -

Y terminando de decirlo, lo echó al campo abierto. El caballo quedó triste, y se metió al bosque buscando protegerse un poco del clima. Entonces lo encontró una zorra y le dijo:

- "¿Por qué estás tan cabizbajo, y andas tan solitario?" -

- "¡Caray!" - replicó el caballo, - "la avaricia y la fidelidad no conviven bien en la misma casa. Mi amo ha olvidado todos los servicios que le brindé por tantos años, y como ahora ya no puedo arar tan bien, no me dará más comida, y me ha sacado del establo." -

- "¿Y no te ha dado ninguna otra oportunidad?" - preguntó la zorra.

- "Sí, pero una muy mala oportunidad. Dijo él, que si yo tenía suficiente fuerza como para llevarle a él un león, él me mantendría, pero él sabe muy bien que yo no puedo hacer eso." -

Y le contestó la zorra:

- "Yo te ayudaré, solamente tírate al suelo, estírate como si estuvieras muerto, y no te muevas para nada" -

El caballo obedeció las instrucciones, y la zorra fue donde el león, quien tenía su cueva no muy lejos de ahí, y le dijo:

- "Hay un caballo muerto en el suelo por aquí cerca, ven conmigo y tendrás una rica cena." -

El león la siguió, y cuando llegaron donde estaba el caballo, le dijo la zorra:

- "La verdad es que este sitio no es nada confortable para tí, lo mejor será que yo amarre su cola a la tuya, y así lo arrastras hasta tu cueva donde lo devoras cómodamente en paz." -

La sugerencia le pareció muy buena al león y se sentó en el suelo junto a la cola del caballo, y para que la zorra pudiera atar ambas colas rápidamente, se quedó muy quietecito. Pero la zorra retorció y ató las colas tan bien y tan fuertemente que ninguna fuerza las desataría. Una vez que terminó el trabajo, ella palmeó al caballo en el hombro y le dijo suavemente:

- "¡Jala caballo, jala!" -

Dándole las gracias, se levantó el caballo como un resorte y arrastró al león tras de sí. El león comenzó a rugir tan fuerte que todos los pájaros volaron aterrorizados, pero el caballo no se amedrentó y lo dejó rugir, y así lo arrastró por todo el bosque hasta llegar a la casa del amo. Cuando el amo vio al león, tuvo una mejor opinión, y le dijo al caballo:

- "Te quedarás conmigo y la pasarás muy bien." -

Y en efecto, le dio abundante comida hasta el último de sus días.

Enseñanza:

Al adulto mayor, que ya no puede realizar las tareas de antaño, debe de respetársele y de llenársele sus necesidades, ya que el esfuerzo de toda su vida, directa e indirectamente, ha sido entregado a las siguientes generaciones, quienes ahora disfrutan de dicho esfuerzo.





043-El Pescador y su Esposa

Había una vez un pescador que vivía con su esposa en una choza miserable, a la orilla del mar, y quien todos los días iba a pescar.

Estaba un día sentado con su caña en la ribera, con la vista dirigida hacia las claras aguas, cuando de repente vio hundirse el anzuelo y bajar hasta lo más profundo y cuando lo sacó, tenía un Gran Pez Azul, el cual le dijo:

- "Te suplico que me dejes vivir, pues no soy un pez verdadero, soy un príncipe encantado. ¿qué bien te haría el matarme? No soy bueno como comida, ponme en el agua y déjame ir." -

- "Bien" - le dijo el pescador, - "no hay necesidad de tantas palabras, pues a un Gran Pez Azul que habla, ciertamente que lo dejaré ir." -

Y lo puso en las claras aguas, y el Gran Pez Azul bajó al fondo, dejando un hilo de sangre detrás de él. Entonces el pescador regresó a su choza donde su esposa.

- "Esposo" - le dijo, - "¿no has cogido nada hoy?"

- "Nada para traer" - contestó el marido, - "solamente he cogido un gran Gran Pez Azul que me ha dicho ser un príncipe encantado y lo he dejado libre de nuevo." -

- "¿Y a cambio, no le pediste nada para tí?" - preguntó la mujer.

- "No" - repuso el hombre, - "¿y qué había de pedirle?" -

- "¡Ah!" - respondió la mujer, - "es tan triste vivir siempre en un tugurio como éste, que podrías haberle pedido una casa pequeñita para nosotros. Vuelve y llama al Gran Pez Azul, y dile que quisiéramos tener una casa pequeñita pero cómoda, pues nos la dará de seguro." -

- "¡Ah!" - dijo el marido, - "¿y por qué he de ir de nuevo allí?" -

- "¿Que por qué?" - dijo la mujer, - "Ya lo capturaste una vez y lo dejaste ir. De seguro te complacerá. Ve de inmediato." -

Al pescador no le gustaba mucho la idea, pero para no contradecir a su esposa, volvió al mar.

Cuando llegó, el mar estaba todo verde y amarillo, y nada tranquilo, así que se quedó mirando y dijo:

- "Pez azul, Gran Pez Azul,
ven, te lo suplico, ven donde estoy.
Por mi esposa, la buena Isabel,
que un deseo te quiere pedir." -

Entonces el Gran Pez Azul llegó nadando hasta donde él y preguntó:

- "Bueno, ¿y qué es lo que pide?" -

- "Ah" - dijo el hombre, - "yo te capturé, y mi esposa dice que realmente debí haberte pedido algo por haberte dejado ir. Ella ya no quiere vivir más en nuestro tugurio. Ella quisiera tener una pequeña y decente casita." -

- "Ve entonces" - dijo el Gran Pez Azul, - "ya la tiene." -

Cuando el hombre regresó a casa, ya su mujer no estaba en un tugurio, sino en una pequeña casita, y ella se encontraba sentada en una banca junto a la puerta. Entonces lo tomó de la mano y le dijo:

- "Ven adentro y mira, ¿no es todo esto mucho mejor ahora?" -

Entraron, y había una pequeña sala, una linda alcoba, un comedor y una cocina equipada con los más completos y mejores utensilios conocidos, y de todo lo que había deseado. Y detrás de la casita había un pequeño patio con gallinas y patos, y un pequeño jardín con flores y frutas.

- "Mira" - dijo la esposa, - "¿No es bello todo esto?" -

- "¡Claro!" - dijo el esposo, - "y así debemos verlo siempre. Ahora viviremos tranquilos y contentos." -

- "Ya lo pensaremos." - dijo ella.

Con todo eso, cenaron y fueron a dormir.

Todo marchó muy bien por una semana, al cabo de la cual la esposa dijo:

- "Hark, tú, esposo mío, esta casita es muy pequeña para nosotros, y el jardín y el patio también son muy chiquitos. El Gran Pez Azul que cogiste justamente debería darnos una

casa más grande. Me gustaría vivir en un gran castillo de piedra. Búscalo de nuevo y pídele que nos dé un castillo."-

- "Pero esposa"- dijo el hombre, - "esta casita es suficiente para nosotros, ¿para qué vivir en un castillo?"-

- "¿Qué?"- dijo la mujer, - "Ve de una vez. El Gran Pez Azul siempre complacerá."-

- "No, esposa"- respondió el pescador, - "ya el Gran Pez Azul nos dió esta casita, no quiero regresar a buscarlo tan pronto, eso podría molestarlo."-

- "Ve"- dijo la esposa, - "para él es muy fácil, y le gustará hacerlo. Simplemente llámalo."-

El corazón del pescador se apesadumbró, y no deseaba ir. Él se dijo a sí mismo:

- "No es correcto."- pero siempre fue.

Y cuando llegó, el agua estaba color violeta y azul oscuro y muy espesa. No se veía ya más verde y amarilla, aunque estaba tranquila. Él se paró allí y dijo:

- "Pez azul, Gran Pez Azul,
ven, te lo suplico, ven donde estoy.
Por mi esposa, la buena Isabel,
que un deseo te quiere pedir."-

- "Bien"- dijo el Gran Pez Azul, - "¿Qué es lo que ella quiere, entonces?"-

- "Caray"- dijo el hombre medio asustado, - "ella quiere vivir en un gran castillo de piedra."-

- "Ve para allá. Ella está junto a la puerta."- dijo el Gran Pez Azul.

Entonces el hombre regresó, creyendo que volvía a casa, pero al llegar, se encontró con un gran palacio de piedra, y su esposa estaba justamente junto a las gradas de ingreso, y lo tomó de la mano y le dijo:

- "Entra."-

Así que él fue con ella, y en el castillo había una gran sala de piso de mármol, muchos sirvientes que abrían las amplias puertas, y las paredes bellamente decoradas con hermosos colgantes, y en los cuartos sillas y mesas de oro puro, y candelabros colgando del techo, y todos los dormitorios con alfombras, y encima de todas las mesas alimentos y vinos de lo mejor, que parecían querer quebrarse por su peso. En la parte de atrás, había un enorme patio con establos, caballos y ganado, y con los mejores coches. Había también un grande y precioso jardín, con las flores más hermosas y árboles con las más

exquisitas frutas. Además un parque como de un kilómetro de largo en el que se veían cabras, venados, liebres y todo tipo de fauna no salvaje.

- "Ves" - dijo la esposa, - "¿no es todo eso hermoso?" -

- "Sí, por supuesto." - contestó el pescador, - "que sea así, y vivamos ya felices con este bello castillo." -

- "Ya lo consideraremos." - respondió ella, - "y durmamos con él." -

Cenaron y fueron a dormir.

A la mañana siguiente la esposa despertó de primero, y observando la salida del sol, vio el bello territorio que yacía frente sus ojos. Su esposo apenas se estaba estirando, cuando ella lo tocó con su codo y le dijo:

- "Hey, esposo, levántate y asómate por la ventana. Mira, ¿Qué te parece que seamos los reyes de todos esos territorios?, ve donde el Gran Pez Azul y pídele que seamos los reyes." -

- "Ay, señora" - dijo el hombre, - "¿Por qué debemos ser reyes? Yo no quiero ser rey." -

- "Bueno" - dijo ella, - "si no quieres ser rey, yo sí quiero ser reina. Vé donde el Gran Pez Azul, y dile que quiero ser reina." -

- "Pero mujer" - dijo él, - "¿por qué quieres ser reina? No me gustará pedirle eso." -

- "¿Por qué no?" - dijo la mujer. - "ve inmediatamente donde él, ¡debo ser la reina!" -

Entonces el hombre partió, y se sentía muy infeliz de que su esposa quisiera ser reina.

- "No es correcto, no es correcto." - pensaba y pensaba él.

No quería ir, pero siempre fue. Y cuando llegó al mar, estaban las aguas de un color gris muy oscuro, muy crecidas y con un olor putrefacto. Entonces se paró allí y dijo:

- "Pez azul, Gran Pez Azul,
ven, te lo suplico, ven donde estoy.
Por mi esposa, la buena Isabel,
que un deseo te quiere pedir." -

- "Bien, ¿qué es lo que desea ahora?" - preguntó el Gran Pez Azul.



- "Caray" - dijo el hombre, - "desea ser reina." -

- "Vuelve con ella, ya es reina." -

Así que el pescador regresó, y al llegar al palacio, éste era mucho más grande, con su gran torre y magníficos adornos, con un centinela cuidando la puerta, y un gran número de soldados tocando tambores y trompetas. Y cuando entró al interior, vio que todo era de mármol y oro puro, con cobertores de terciopelo y grandes cofres de joyas.

Entonces se abrieron las puertas del salón, y allí estaba toda la corte en su total esplendor, y su esposa sentada sobre un gran trono de oro y diamantes, con una gran corona de oro en su cabeza, y con un cetro de oro puro en sus manos, y a ambos lados de ella sus criadas en espera de órdenes formando una fila, de modo que a cada una le seguía otra de una cabeza más baja que la anterior.

Entonces él fue y se paró junto a ella y le dijo:

- "Oh, esposa, ahora eres reina." -

- "Sí" - dijo la mujer, - "ahora soy reina." -

Y él se quedó mirándola. Después de mirarla por un rato, le dijo:

- "Ahora que eres reina, no tienes nada más que desear." -

- "Nopis, querido esposo." - dijo ella, con cierta ansiedad - "encuentro que el tiempo pasa rápidamente, y no puedo dejarlo ir. Ve donde el Gran Pez Azul, pues ahora soy reina, pero debo ser emperadora también." -

- "Caray, esposa, ¿por qué quieres ser emperadora?" - preguntó él.

- "Esposo" - le dijo, - "Ve donde el Gran Pez Azul. Yo seré emperadora." -

- "Caray, esposa" - dijo el hombre, - "él no te podrá hacer emperadora. No le pediré eso al Gran Pez Azul. Sólo hay un emperador en estas tierras. ¡El Gran Pez Azul no te puede hacer emperadora! ¡Te aseguro que no puede!" -

- "¿Cómo?" - dijo la mujer, - "Yo soy la reina, y tú no eres nada más que mi esposo. ¡Irás ahora mismo! Si él pudo hacerme reina, podrá hacerme emperadora. Y lo seré. ¡Vete ya!" -

Así que se vio forzado a ir. Cuando iba de camino, sin embargo, su espíritu sufría, y pensaba:

- "Esto no terminará bien, nada bien. Emperadora es mucha sinvergüenzada. El Gran Pez Azul terminará hastiado." -

Pensando en eso llegó al mar, y el mar estaba bien negro y espeso, y hervía a borbotones, y burbujas salían desde el fondo, y un fuerte viento las levantaba, y el hombre estaba muy asustado. Pero se acercó y parándose dijo:

- "Pez azul, Gran Pez Azul,
ven, te lo suplico, ven donde estoy.
Por mi esposa, la buena Isabel,
que un deseo te quiere pedir." -

- "Bien, ¿que desea ahora tu señora?" - preguntó el Gran Pez Azul.

- "Caray, Gran Pez Azul" - le dijo, - "mi esposa desea ser emperadora." -

- "Pues ve con ella, ya es emperadora." -

Entonces el hombre se fue, y cuando llegó, todo el palacio estaba hecho de mármol pulido, con imágenes de alabastro y decoraciones de oro, y había soldados marchando frente a la puerta sonando trompetas, tocando platillos y tambores, y adentro, barones, duques y cortesanos trabajaban como sirvientes. Entonces le abrieron las puertas de oro a él. Y cuando entró, estaba su esposa sentada en un trono hecho de una sola pieza de oro, de muchos metros de alto, y portaba una gran corona de oro, también altísima, decorada con diamantes y esmeraldas, y tenía en una mano el cetro, y en la otra el sello imperial, y a ambos lados de ella estaban dos filas de sus guardas personales, ordenados por altura, desde el más alto, hasta el más pequeño. Y delante de ella estaban de pie una cantidad de duques y princesas.

Entonces el pescador avanzó entre ellos, y dijo:

- "Esposa, ¿eres emperadora ahora?" -

- "Sí, ahora soy emperadora." -

Él se quedó mirándola muy bien por un rato, y luego dijo:

- "Oh esposa, estarás contenta ahora que eres emperadora." -

- "Esposo" - dijo ella, - "¿que te quedas haciendo ahí parado? Ahora soy emperadora, pero quiero también ser Super Emperadora. Ve pronto donde el Gran Pez Azul." -

- "Pero esposa" - dijo el hombre, - "¿qué más no desearás? No puedes ser Super Emperadora. Es demasiado para tí. El Gran Pez Azul no te puede hacer Super Emperadora." -

- "Esposo, he de ser Super Emperadora. Ve inmediatamente. Debo ser Super Emperadora hoy mismo." -

- "No, esposa" - dijo el hombre, - "no me gusta pedirle eso, que no lo hará, eso es demasiado. El Gran Pez Azul no te puede hacer Super Emperadora." -

- "Esposo" - dijo ella, - "seré Super Emperadora. Ve inmediatamente. Debo ser Super Emperadora este mismo día." -

- "Oh, no, mujer" - replicó él, - "no me gusta pedirle eso, no puede ser, el Gran Pez Azul no te puede hacer Super Emperadora." -

- "Esposo" - dijo ella, - "¡qué sin sentido! Si pudo hacerme emperadora, podrá hacerme Super Emperadora. Ve directamente donde él. Yo soy emperadora, y tú no eres más que mi esposo. ¿Ya te vas?" -

Entonces él se atemorizó y se fue. Pero se sentía muy débil y conmocionado, y sus piernas y rodilla le temblaban mucho. Y un gran viento sopló sobre la tierra, y la nubes se acumulaban, y con el atardecer todo oscurecía, las hojas caían de los árboles, y las aguas del mar hacían efervescencia como si hirvieran, y golpeaban sobre la arena de la playa. Y en la distancia se veían barcos disparando cañones, balanceándose sobre las olas. Y todavía a mitad del cielo había una pizca de azul, aunque todo el resto era rojo como en una fuerte tormenta. Así, con tanta disparidad, él fue, se paró frente al mar y dijo:

- "Pez azul, Gran Pez Azul,
ven, te lo suplico, ven donde estoy.
Por mi esposa, la buena Isabel,
que un deseo te quiere pedir." -

- "Bien, ¿que quiere ahora?" - preguntó el Gran Pez Azul.

- "Caray" - dijo el pescador, - "quiere ser Super Emperadora." -

- "Pues ve donde ella, ya es Super Emperadora." -

Y se fue donde ella. Cuando llegó, vio lo que parecía ser una gran super palacio, rodeado de palacios menores. Y avanzó entre la muchedumbre. Adentro todo estaba iluminado con miles y miles de candelas, y su esposa estaba vestida en oro, y sentada en un trono aún más grande, con tres grandes coronas de oro, y a todo su alrededor había mucho

esplendor real, y a ambos lados de ella una fila de candelas, siendo la más alta de ellas tanto como la torre más elevada, hasta llegar a la más pequeñita de todas. Y todos los emperadores y reyes estaban de rodillas ante ella, besando su pie.

- "Esposa" - dijo el hombre, - "¿Eres Super Emperadora ahora?" -

- "Sí" - dijo ella, - "ahora soy Super Emperadora."

Y él se quedó mirándola, y era como si estuviera mirando al brillante sol. Después de mirarla por un rato, le dijo:

- "Oh, esposa, si ya eres Super Emperadora, ya quédate ahí." -

Pero ella permanecía inmutable como un poste, y parecía no mostrar ningún signo de vida. Entonces él le dijo:

- "Esposa, ahora que eres Super Emperadora, quédate satisfecha. Ya no hay nada más grande a qué aspirar." -

- "Ya lo veré." - respondió ella.

Y fueron a dormir. Pero ella no se sentía satisfecha, y la inquietud no la dejaba dormir, pues continuamente estaba pensando en que paso podría dar adelante.

El pescador dormía bien y tranquilamente, pues había tenido un día de arduo trabajo. Pero la mujer, del todo no pudo dormir, y se movía de un lado para otro durante toda la noche, pensando siempre en que le faltaría llegar a ser, pero incapaz de obtener una respuesta de su mente.

Cuando empezó el día, y la mujer vio el resplandor del amanecer a través de la ventana, y el sol subiendo sobre las montañas, pensó:

- "¿No podría yo, ordenarle al sol y a la luna cuándo levantarse?" -

- "Esposo" - dijo ella, golpeándole las costillas con sus codos - " ¡despierta!, ve al Gran Pez Azul, y dile que deseo ser igual a como es Dios." -

Aunque el hombre estaba aún medio dormido, se horrorizó tanto que hasta se cayó de la cama. Creyendo que había oído mal, se frotó los ojos y dijo:

- "¿Que qué?, ¿qué es lo que estás diciendo?" -

- "Esposo" - dijo ella, - "si yo no puedo ordenarles al sol y la luna cuando salir, y ver al sol y la luna levantarse cuando yo lo deseo, no lo podría soportar. No sabré lo que es tener una nueva hora feliz, a menos que pueda controlarles su salida." -

Entonces lo volvió a ver con una mirada tan terrible que al pobre pescador un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y le agregó:

- "¡Anda de una vez!" -

- "Caray, esposa" - replicó él, lanzándose de rodillas a sus pies - "el Gran Pez Azul no puede hacer eso. Él te hizo emperadora y super emperadora, quédate con lo que tienes como una super emperadora." -

Entonces ella se encolerizó, y su cabello se levantaba y se movía salvajemente, y gritaba:

- "¡No permitiré esto, ya no soporto más!, ¿vas a ir?" -

Entonces él se puso su ropa y corrió como un desesperado. Pero afuera había una gran tormenta, y el viento soplaba tan fuerte que difícilmente podía mantenerse de pie. Los árboles se doblaban y pegaban contra las casas, las montañas temblaban, las rocas rodaban hacia el mar, el cielo estaba resquebrajado y negro, y había truenos y relámpagos, y el mar se movía con inmensas olas tan altas como las torres de los castillos, y llevaban grandes espumas blancas sobre sus cúspides.

Entonces él gritó:

- "Pez azul, Gran Pez Azul,
ven, te lo suplico, ven donde estoy.
Por mi esposa, la buena Isabel,
que un deseo te quiere pedir." -

- "Bien, y ¿qué es lo quiere ella?" - preguntó el Gran Pez Azul.

- "Caray" - dijo él, - "ahora desea ser igual a Dios" -

- "Pues ve con ella, la encontrarás en el antiguo miserable tugurio de nuevo." -

Y que se sepa, allí continuaron viviendo hasta estos días.

Enseñanza:

La ambición sin medida ni respeto, sólo conduce a la desgracia.





044-El Alimento de Dios

Había una vez dos hermanas, una de las cuales no tenía hijos y era muy rica, y la otra tenía cinco hijos, era viuda y muy pobre, y tan pobre que llegó un momento en que no tenía lo suficiente para satisfacer sus necesidades y las de sus hijos.

En su necesidad, la hermana pobre fue donde la rica y le dijo:

- "Mis hijos y yo estamos sufriendo por el hambre. Tú, que eres rica, regálame un bocado de pan para nosotros." -

La hermana muy rica, que tenía su corazón más duro que una roca le dijo:

- "Yo misma no tengo nada en esta casa." - y la despidió diciéndole palabras groseras.

Poco después llegó el esposo de la hermana rica a su casa, y cuando cortó un pedazo de pan para él, brotó del pan sangre roja. Cuando la mujer vio aquello, se aterrorizó, y le contó lo que recién había ocurrido.

Él corrió entonces a ayudar a la viuda y sus niños, pero al llegar la encontró rezando. Ella tenía a los dos niños menores en sus brazos, y los tres mayores yacían muertos. Él le ofreció darles alimentos, pero ella contestó:

- "Por alimento terrestre, ya no tenemos deseos. Dios ya alivió el hambre de tres de nosotros, y el también oirá las súplicas de los que quedamos." -

No más había terminado de pronunciar aquellas palabras cuando los dos menores dieron su último suspiro, y ella, con su corazón despedazado, cayó también muerta.

Enseñanza:

Quien ha recibido una buena situación, debe compartirla con quien esté necesitado, sin excusas, y en el momento preciso.





045-El Buho

Hace trescientos o cuatrocientos años, cuando la gente estaba muy lejos de ser tan mañosa y astuta como lo es ahora, algo extraordinario ocurrió en un pequeño pueblo. Por alguna circunstancia desconocida, uno de los grandes búhos, llamado búho cornudo, llegó desde los bosques vecinos al establo de uno de los habitantes del pueblo durante la noche, y cuando estaba la luz del día, no se atrevía a salir de su nuevo refugio, por miedo a otras aves, que hacían un terrible escándalo cuando él aparecía.

En la mañana, cuando el sirviente del dueño de la propiedad fue al establo por algo de paja, se alarmó tanto cuando vio al búho, que salió corriendo a anunciarle al patrón, que un monstruo, como nunca había visto en su vida, y que podría devorar a un hombre sin ninguna dificultad, estaba sentado en el granero y girando sus ojos horriblemente.

- "Ya te conozco" - dijo el patrón, - "y sé que tienes el coraje suficiente para perseguir un mirlo por el campo, pero cuando ves una gallina muerta, primero te aseguras de tener un buen palo contigo para acercarte a ella. Yo debo de ir personalmente para ver que clase de monstruo es ese." -

Y el patrón se acercó cuidadosamente al granero mirando alrededor. Sin embargo, cuando localizó a la extraña creatura con sus propios ojos, no estuvo menos aterrorizado que su sirviente.

Y en dos rápidos saltos salió del establo, corrió donde sus vecinos, implorándoles que lo ayudaran contra una desconocida y peligrosa bestia, porque si no, todo el pueblo estaría en peligro, en caso de que la bestia abandonara el granero, donde estaba posada.

Un gran estrépito y clamor se formó en todas las calles, los pobladores se armaron con espadas, tridentes, picos y hachas, como si fueran a luchar contra un poderoso enemigo, y finalmente, hasta los regidores aparecieron con el alcalde a la cabeza.

Después de reunirse en la plaza del mercado, marcharon al establo y lo rodearon por todos lados. Y allí, uno de los más valerosos de todos ellos, avanzó y entró con su espada bajada, pero regresó inmediatamente corriendo como desesperado y pálido como un muerto, y no podía siquiera pronunciar una sola palabra. Otros dos más también se aventuraron a entrar, pero no les fue nada mejor.

Por fin, un hombre grande, que era famoso por sus acciones de guerra, avanzó y dijo:

- "El monstruo no se irá por solamente verlo, debemos de vencerlo, pero he visto que todos se han acobardado, y nadie se atreve a enfrentar al animal." -

Él pidió que le dieran alguna armadura, consiguió un sable y una espada, y se armó el solo.



Todos alababan su coraje, aunque muchos temían por su vida. Las dos puertas del establo fueron abiertas, y todos vieron al búho, que en el entretanto se había colocado él mismo al centro de una gran viga que cruzaba el establo.

El hombre llevó una escalera, y cuando la levantó, y estaba listo para subir, todos gritaban que él sí demostraba su bravura, y lo encomendaban a San Jorge, quien había derrotado al dragón.

Cuando subió casi toda la escalera, y el búho notó que venían en contra de él, y que la multitud le gritaba y lo maldecía, y que no sabía cómo escapar, empezó a rotar sus ojos, paró sus plumas, aleteó sus alas, abrió su pico y gritó:

- "¡Tujii! ¡Tujoo!" - con un tono muy desagradable.

- "¡Pégale duro! ¡Pégale duro!" - gritaba afuera la multitud al valiente héroe.

- "Cualquiera que estuviera donde yo estoy" - contestaba el hombre, - "no se lamenta, golpea." -

Y él entonces subió un peldaño más de la escalera, pero se le empezó a tambalear, y sin poder sostenerse, cayó estrepitosamente hacia atrás.

Ahora sí que nadie se atrevía a ponerse en tal peligro.

- "El monstruo" - dijeron, - "ha envenenado y herido mortalmente a nuestro hombre más fuerte entre todos nosotros, con tan simplemente mirarlo y soplar sobre él. ¿Debemos nosotros también, arriesgar nuestras vidas?" -

Ellos hicieron concejo sobre que era lo que debían hacer para evitar que todo el pueblo fuera destruido. Por un rato, todo lo que proponían parecía no tener ningún uso útil, hasta que al final el alcalde sugirió una solución.

-"Mi opinión"- dijo él, -"es que debemos, fuera de todo reglamento, pagar por este establo, con todo lo que contiene, maíz, paja, y lino, para indemnificar al dueño, y entonces quemarlo completamente, junto con la bestia que habita allí. Así nadie arriesgará más su vida. No es hora de pensar en costos, y la tacañería debe de olvidarse."-

Todos estuvieron de acuerdo con él. Así que prendieron fuego por los cuatro costados al edificio, y el búho fue miserablemente quemado.

Si alguien no quiere creer la historia, que vaya allá y lo vea por sí mismo.

Enseñanza:

La ignorancia y los prejuicios son totalmente perjudiciales para todos.





046-Las Zapatillas Desgastadas por Danzar

Había una vez un rey que tenía doce hijas, y cada una parecía más encantadora que la otra. Todas dormían en una misma alcoba, con sus camas lado a lado, y cuando iban a dormir, el rey les cerraba con llave su habitación para que nadie pudiera llegar a molestarlas.

Pero sucedía que en cada mañana, cuando él abría la puerta, veía que las zapatillas de todas ellas estaban desgastadas como cuando se baila mucho, y nadie podía imaginar como era que sucedía eso. Entonces el rey emitió una proclama diciendo que quienquiera que descubriera cómo y donde sus hijas iban a bailar, podría escoger a una de ellas por esposa, y que además lo nombraría heredero del reino cuando él muriera. Pero eso sí, si al cabo de tres días no había encontrado la respuesta, sería condenado a trabajos forzados de por vida.

Al poco tiempo se presentó el hijo de otro rey, y se ofreció para el intento. Fue muy bien recibido, y al anochecer fue alojado en una habitación contigua a las princesas. Allí tenía su cama, y se alistó para ver a dónde las princesas iban y bailaban. Y para asegurarse de que no hicieran nada en secreto o se trasladaran a otro sitio, dejaba la puerta del cuarto de ellas abierta.

Pero los párpados del príncipe se pusieron tan pesados como el plomo, y cayó dormido, y cuando despertó en la mañana, vio que todas las doce habían ido al baile, ya que sus zapatillas estaban con huecos en las suelas. La segunda y tercera noche sucedió exactamente lo mismo, y fue condenado a los trabajos forzados sin piedad.

Muchos otros vinieron luego a tratar de descifrar el enigma, pero corrieron la misma suerte. Hasta que un día sucedió que un pobre soldado, que tenía una herida que le impedía trabajar, se encontró en el camino hacia la ciudad donde vivían el rey y sus princesas. Allí él conoció a una anciana que le preguntó hacia donde iba.

- "Difícilmente lo sabría" - le respondió, y agregó como en broma - "tengo la intención de descubrir en dónde es que bailan las princesas y desgastan sus zapatillas, y así llegaría a ser rey." -

- "Eso no es tan difícil" - dijo la anciana, - "no debes de beber el vino que te ofrezcan al anochecer, y luego finges estar profundamente dormido." -

Tras esas palabras ella le dio un manto y le dijo:

- "Cuando te lo pones encima, te harás invisible, y entonces podrás vigilar a las doce doncellas." -

Habiendo recibido estas magníficas ayudas, decidió ir al grano, alentó a su corazón, y fue donde el rey a anunciarse como competidor. Él fue recibido tan bien como los anteriores, y le pusieron indumentaria real. A la hora de dormir fue llevado a la habitación contigua, y cuando ya estaba a punto de ir a su cama, llegó la mayor de las princesas trayéndole una copa de vino. Pero como él ya estaba preparado, había amarrado una esponja bajo su barbilla, y dejó correr el vino hacia ella, sin probar una sola gota y sin que cayera nada al suelo.

Entonces se acostó en su cama, y pasado un rato comenzó a fingir que roncaba, como si estuviera profundamente dormido. Las doce princesas reían al oírlo, y la mayor dijo:

- "Él también, debió haberse evitado los futuros trabajos forzados." -

Con todo eso sucedido, ellas se levantaron, fueron a sus armarios, sacaron preciosos vestidos, se arreglaron ante los espejos, se pintaron muy coquetamente, y se regocijaron pensando en el baile de esa noche. Solamente la más joven dijo:

- "No sé que me pasa, ustedes están muy felices, pero yo me siento extraña, con un presentimiento de que algo desafortunado nos va a ocurrir." -

- "Pareces un ganso, que siempre pasa asustado." - dijo la mayor, - "¿Has olvidado ya cuántos príncipes han venido en vano? No había necesidad de darle un vino para dormir a un simple soldado, pero de todas formas el payaso no despertará en toda la noche." -

Cuando ya todas estuvieron realmente listas, observaron con cuidado al soldado, pero él había cerrado muy bien sus ojos, y no se movía para nada, así que se sintieron bien seguras. Entonces la mayor se dirigió a su cama, la golpeó, y la cama se hundió en la tierra, dejando a la vista un pasadizo secreto, y todas, una a una, descendieron por él, yendo de primera la mayor.



El soldado, que había observado todo, se levantó de inmediato, se puso el manto encima, y bajó detrás de la más joven. A medio camino de las gradas, él majó el ruedo del vestido de ella. Al no ver a nadie, ella se asustó muchísimo y gritó:

- "¿Qué pasa? ¿Quién me está majando mi vestido?" -

- "¡No seas tonta!" - dijo la mayor, - "¡Simplemente se te prensó en un clavo!" -

Siguieron bajando las gradas, y cuando llegaron al final, se encontraban en una maravillosa avenida de árboles cuyas hojas eran de plata, que brillaban y parpadeaban. El soldado pensó:

- "Llevaré una muestra conmigo" -

Y arrancó una pequeña ramita de ellos, con lo cual el árbol sonó estrepitosamente.

La menor gritó de nuevo:

- "¡Algo anda mal!, ¿no oyeron quebrarse una rama?" -

Pero la mayor contestó:

- "Es solo un arma disparada para celebrar que nos hemos librado de otro concursante rápidamente."

Siguieron más adelante a una avenida donde todos los árboles tenían sus hojas de oro, y por último a una tercera en que las tenían de diamante. Él cortó una ramita de cada clase, las que también hicieron un gran estruendo al quebrarse, y que aterrorizaron aún más a la más joven, pero la mayor insistía en que eran saludos de bienvenida.

Luego llegaron a un gran lago donde se encontraban doce botes, y en cada bote estaba sentado un apuesto príncipe, quienes esperaban por ellas, y cada princesa se subió al bote de su correspondiente príncipe. El soldado con la capa invisible se sentó en el bote de la más joven.

Entonces su príncipe dijo:

- "No sé por qué, pero siento al bote más pesado que de costumbre. Tendré que remar con todas mis fuerzas para atravesar el lago." -

- "¿Y qué podría ser la causa?" - preguntó ella, - "¿será acaso el tiempo caliente? Hoy siento mucho calor." -

Al lado opuesto del lago se presentaba un espléndido castillo de luces brillantes, donde resonaba música deleitante de trompetas, panderetas y tambores. Todos bajaron allí, entraron y cada príncipe danzó con la joven de su preferencia, y el soldado se mezclaba entre los danzantes sin ser visto, y cuando alguna de ellas tenía una copa de vino en su mano, él la bebía, de modo que cuando ella iba a beberla, ya estaba vacía. La menor estaba bien alarmada por todo eso, pero la mayor siempre la obligaba a callar.

Ellos y ellas bailaban hasta las tres de la mañana, cuando ya todas las zapatillas tenían sus suelas llenas de huecos, y se veían forzadas a regresar. Los príncipes las acompañaron remando en sus botes, pero esta vez el soldado se montó en el bote de la mayor. Cuando atravesaron el lago, ellos las ayudaron a bajar de los botes y prometieron regresar a la noche siguiente.

El soldado se adelantó a todas ellas y subió de prisa las gradas y se acostó en su cama. Cuando las princesas llegaron despaciosamente y silenciosamente, lo observaron aparentemente bien dormido, y roncaba tan fuerte que se dijeron:

- "En cuanto a él concierne, podemos estar tranquilas." -

Ellas se cambiaron sus trajes por su ropa de dormir, pusieron sus zapatillas desgastadas bajo las camas, y se acostaron a dormir. Al día siguiente el soldado decidió no hablar aún, pero sí a vigilarlas de nuevo, y sin que lo vieran, las acompañó. Y todo sucedió como la noche anterior, y bailaban hasta que sus zapatillas quedaban desgastadas. Pero a la tercera noche él se guardó una copa como testimonio.

Cuando llegó el momento de dar su informe, él tomó las tres ramas y la copa, y fue donde el rey. Las doce doncellas permanecieron detrás de la puerta para escuchar lo que él diría. El rey preguntó:

- "¿En dónde has estado mis hijas desgastando sus zapatillas bailando?" -

El soldado contestó:

- "En un castillo bajo la tierra, con doce príncipes." -, y relató cómo sucedió todo, y cómo trajo las muestras de testimonio.

El rey llamó a su presencia a las princesas y les preguntó si el soldado había dicho la verdad. Al ver ellas las pruebas contundentes, y que cualquier falsedad no tendría cabida, se vieron obligadas a confesarlo todo. Entonces el rey le preguntó al soldado cuál preferiría por esposa, él contestó:

- "Ya no soy tan joven, así que escojo a la mayor." -

Y ese mismo día se celebró la boda, y se formalizó la promesa de dejarle el reino a su fallecimiento. A solicitud del soldado, el rey liberó de su condena a los que con anterioridad habían intentado descubrir el misterio pero que fallaron.

Enseñanza:

Teniendo precaución y con las herramientas adecuadas, las tareas se pueden realizar exitosamente.





047-La Comadre Loba y el Zorro

Una Señora loba tuvo a su pequeño hijo, e invitó al Señor Zorro para que fuera su padrino.

- "Después de todo, es un pariente cercano de nosotras" - dijo ella, - "es muy entendido y con mucha astucia, así que podrá muy bien instruir a mi hijo, y ayudarlo a desarrollarse en el mundo." -

El zorro, también, se presentó aparentando mucha honestidad, y dijo:

- "Mi querida Señora Comadre, te agradezco el honor que me haces, y además, me conduciré en tal forma que serás grandemente recompensada por ello." -

Él disfrutó y gozó mucho de la fiesta, y luego dijo:

- "Mi querida Señora Comadre, es nuestro deber tomar cuidado del lobato, quien debe alimentarse bien para que llegue a ser fuerte. Yo conozco una finca donde hay un rebaño de ovejas, con el cual podremos tener una buena despensa." -

La loba quedó complacida con la sugerencia, y fue con el zorro al campo. Él le señaló a lo lejos el establo donde estaba el rebaño, y le dijo:

- "Tú podrás acercarte tranquilamente sin que seas vista, y mientras tanto yo iré por el otro lado a ver si capturo algún pollo." -

Sin embargo, él en realidad no fue allá, sino que se sentó a la entrada del bosque, estiró sus piernas y descansó. La loba, por su parte, ingresó al establo. Pero había allí un perro que hizo tan gran escándalo, que los campesinos llegaron corriendo, cogieron a la Comadre Loba, y le rociaron sobre su piel una quemante mezcla que tenían para la limpieza. Al final ella logró escapar, arrastrándose hasta la salida.



Cerca de allí se encontró al zorro, quien simulaba quejarse, y decía:

- "¡Ay, mi querida Comadre Loba!, cómo he sufrido, los campesinos cayeron sobre mí, y me quebraron las costillas. Si no quieres que me quede donde estoy y me muera, sácame de aquí."-

La loba sólo se sentía capaz de moverse lentamente ella misma, pero estaba tan preocupada por lo que le dijo el zorro, que tomó fuerzas y se lo echó al hombro, y muy despaciosamente lo llevó totalmente seguro hasta su casa. Entonces el zorro se levantó y le gritó:

- "¡Hasta la vista mi querida Comadre Loba, que el ejercicio que has hecho hoy te sea de gran provecho!"-, y riéndose a carcajadas frente a ella, salió rápidamente de allí.

Enseñanza:

Quien se asocia con timadores, de seguro también saldrá timado.





048-El Agua de la Vida

Había una vez un rey que tuvo una enfermedad, y nadie creía que podría sobrevivir contra ella. Él tenía tres hijos quienes se preocuparon mucho al saber de su enfermedad, y bajaron a los jardines del palacio a lamentarse. Allí encontraron a un anciano que les preguntó la causa de su angustia. Ellos le dijeron que su padre estaba tan enfermo que pronto moriría, ya que no se sabía de nada que lo pudiera curar. Entonces el anciano les dijo:

- "Yo sí sé de un remedio, y es el agua de la vida. Si el toma de ella, se curará, sólo que es muy difícil de encontrar." -

El hijo mayor dijo:

- "Yo iré a buscarla." -

Y fue donde el padre enfermo a rogarle que le dejara ir en busca del agua de la vida, pues era lo único que podría salvarle.

- "No" - dijo el padre, - "el peligro es demasiado grande. Prefiero morir." -

Pero el hijo le rogó tanto que al fin consintió. Él pensó en su corazón:

- "Si yo consigo traer el agua, entonces seré el preferido de mi padre, y me heredaré su reino." -

Así que se puso en ruta, y cuando ya había recorrido un cierto trecho, un duende que estaba parado a la orilla del camino lo llamó y le dijo:

- "¿Hacia dónde vas tan apresurado?" -

- "Tonto camarón" - contestó despreciativamente el príncipe, - "no es nada que te importe." -, y siguió su camino.

Pero el pequeño duende se enojó, y le envió una maldición. Poco después de esto, el príncipe llegó a un estrecho paso entre las montañas, y a medida que avanzaba, más se cerraban las montañas, y al final, tanto se cerraron, que ya no pudo dar un paso más, y el caballo no podía girar en retorno, ni él se podía bajar de su silla, y quedó aprisionado entre las rocas.

El enfermo rey esperó largo tiempo por él, pero no regresaba. Entonces el segundo hijo dijo:

- "Padre, déjame a mí ir por el agua."-, y pensó para sí mismo:

- "Si mi hermano murió, entonces el reino me tocará a mí." -

Al principio el rey no le permitió ir, pero al final cedió, de modo que el segundo príncipe tomó la misma ruta que su hermano, y también se encontró con el duende, quien le preguntó que adónde iba con tanta prisa.

- "Tonto camarón" - contestó despreciativamente también el príncipe, - "no es nada que te importe."-, y siguió su camino sin volverlo siquiera a ver.

Pero el duende también se molestó y lo maldijo, y como sucedió con su hermano, llegó a un estrecho entre montañas y allí quedó atrapado. Así es el precio de la arrogancia.

Y como el segundo hijo tampoco regresaba, el más joven rogó para que se le permitiera ir a buscar el agua, y el rey se vio obligado a dejarlo ir.

Cuando él se encontró con el duende, quien le preguntó hacia dónde se dirigía con tanta prisa, él paró, le dio una explicación y le dijo:

- "Estoy buscando el agua de la vida, pues mi padre está enfermo de muerte." -

- "¿Y ya sabes, entonces, dónde encontrarla?" - preguntó el duende.

- "No" - dijo el príncipe.

- "Como has sido amable y cortés conmigo, y no grosero como tus hermanos, te daré la información y te diré como podrás obtener el agua de la vida. Ella mana de un manantial en los jardines de un castillo encantado, pero no podrás tomarla fácilmente, si no te doy una varita de hierro y dos pequeños bollos de pan. Golpea tres veces la varita en la puerta de hierro del castillo y ella se abrirá. Adentro encontrarás dos hambrientos leones con sus garras listas, pero tírales un bollo de pan a cada uno de ellos, y se calmarán. Entonces apresúrate a cargar el agua de la vida antes de que el reloj dé las doce campanadas, porque las puertas se cerrarán de nuevo y quedarías aprisionado." -

El príncipe le dio las gracias, tomó la varita y los panes, y continuó su camino. Cuando llegó al castillo, todo sucedió como lo dijo el duende. La puerta se abrió al tercer toque de la varita, y cuando hubo tranquilizado a los leones con los panes, entró al castillo, y llegó a una larga y espléndida sala, donde estaban sentadas algunas princesas encantadas, a quienes les quitó sus anillos de los dedos. Allí encontró una espada y un pan, que llevó consigo. Luego entró a una habitación en la que estaba una bella doncella, que se alegró al verlo, lo besó, y le dijo que él había sido enviado a ella, y que obtendría la totalidad de su reino, y que si él retornaba en un año, celebrarían la boda. Además le indicó dónde

estaba la fuente del agua de la vida, y que debería apresurarse y guardar la que necesitara antes de que sonaran las doce campanadas.

Entonces siguió adelante, y al final entró a un cuarto donde había una recién hecha y bellísima cama, y como estaba muy cansado, se sintió con deseos de descansar un rato. Así que se arrecostó y se durmió. Cuando se despertó, ya sonaban en el reloj un cuarto para las doce. Se levantó como un resorte, corrió a la fuente, llenó con agua un recipiente que estaba cerca, y se fue rápidamente. Pero justo cuando iba pasando por la puerta de hierro, el reloj dio las doce, y la puerta se cerró con tal violencia que le arrancó un pedazo de su talón. Él, sin embargo, muy feliz de haber recogido el agua de la vida, siguió su rumbo a casa, y de nuevo se encontró al duende. Cuando éste vio la espada y el pan, le dijo:

- "Con estos has ganado gran valor: la espada te permitirá vencer a ejércitos completos, y el pan nunca se acabará." -

Pero el príncipe no quería volver a casa de su padre sin sus hermanos, y dijo:

- "Querido duende, ¿no podrías decirme dónde están mis hermanos?, ellos salieron en busca del agua de la vida, y nunca volvieron." -

- "Ellos están aprisionados entre dos montañas." - dijo el duende, - "Yo los condené a estar allí, porque fueron muy groseros." -



Entonces el príncipe le rogó tanto que al fin los liberó, pero le advirtió, sin embargo, diciendo:

- "Ten cuidado con ellos, pues no tienen buen corazón." -

Cuando sus hermanos llegaron, él se regocijó, y les contó todo lo que había ocurrido con él, y que había encontrado el agua de la vida, y traía una vasija consigo, y que había rescatado a una bella princesa, quien esperaría un año por su retorno para celebrar la boda y entregarle todo un gran reino.

Tras el encuentro siguieron el viaje juntos, y llegaron a una tierra donde reinaban el hambre y la guerra, y el rey ya pensaba que perecería, por la escasez tan grande que había. Entonces el príncipe fue donde él y le dio el bollo de pan, con el cual se alimentó y

satisfizo a todos los pobladores del reino. Además el príncipe le dio la espada con la cual pudo derrotar a sus enemigos y en adelante vivir en paz. Cumplida esa misión, el príncipe tomó de nuevo su pan y su espada, y los tres hermanos continuaron su viaje.

Luego pasaron por otros dos reinos donde también abundaban el hambre y la guerra, y en cada caso el príncipe les prestó su bollo de pan y su espada. Con eso ya había sacado adelante a tres reinos, y continuaron su rumbo. Tomaron luego una nave y navegaron en el mar. Durante el viaje, los dos mayores conversaron aparte entre sí, diciendo:

- "Nuestro hermano menor consiguió el agua de la vida, y nosotros no, por lo que de seguro nuestro padre le dará a él el reino, que debería pertenecernos a nosotros, y además nos quitará toda nuestra fortuna." -

Entonces comenzaron a pensar que había que vengarse, y entre ellos planearon cómo deshacerse de él. Esperaron hasta encontrarlo bien dormido, entonces le vaciaron el recipiente con el agua de la vida, y la tomaron para ellos mismos, y al recipiente lo llenaron con agua salada del mar.

Y cuando por fin llegaron a casa, el menor llevó su recipiente donde el enfermo rey para que bebiera el agua y se curara. Pero escasamente había tomado un sorbo del agua salada, cuando el rey se puso peor que antes. Mientras él se lamentaba por eso, llegaron los dos hermanos mayores y acusaron al hermano menor de querer envenenarlo, y le dijeron que ellos sí habían traído el agua de la vida, y se la pasaron. No más la había probado cuando sintió que su mal se retiraba, y se puso fuerte y saludable como en sus años de juventud.

Enseguida fueron donde el hermano menor, se burlaron de él y le dijeron:

- "Cierto que tú encontraste el agua de la vida, pero tú obtendrás la pérdida y nosotros la ganancia. Debiste haber sido cauteloso y mantener los ojos abiertos. Nosotros la tomamos mientras dormías en el mar, y cuando haya pasado el año, uno de nosotros irá por la princesa. Pero ten cuidado de no decirle esto a nuestro padre, pues él ya no confía en tí, y si le cuentas una sola palabra, de seguro perderás la vida en el asunto, pero si guardas silencio, guárdalo como un regalo." -

El viejo rey estaba enojado con su hijo menor, y creyó que había planeado quitarle la vida. Así que convocó a la corte, y sentenció sobre su hijo, que debería ser ejecutado secretamente. Y cuando el príncipe iba camino a una cacería, sin sospechar nada malo, el cazador del rey iba con él, y cuando se encontraron solos dentro del bosque, el cazador estaba tan consternado, que el príncipe le preguntó:

- "Mi apreciado cazador, ¿qué es lo que te acongoja?" -

El cazador contestó:

- "No te lo puedo decir, aunque debería." -

Y el príncipe replicó:

- "Dilo francamente, yo te perdono cualquier cosa que sea." -

- "¡Caray!" - dijo el cazador, - "El rey me ha ordenado que te dé muerte, aquí en el bosque." -

Entonces el príncipe se conmocionó y le dijo:

- "Querido cazador, déjame vivir. Yo te daré toda mi indumentaria real, y a cambio tú me das la tuya." -

El cazador dijo:

- "Claro que lo haré, en verdad yo no hubiera sido capaz de matarte." -

Entonces intercambiaron las indumentarias, y el cazador regresó al palacio. El príncipe, sin embargo, se adentró en el bosque. Después de un tiempo, tres vagones cargados de oro y piedras preciosas le llegaron al rey para ser entregados a su hijo menor, los que venían de parte de los tres reinos que habían vencido a sus enemigos con la espada que les prestó, y que también habían saciado el hambre de sus habitantes con su bollo de pan, por lo que querían mostrar su gratitud hacia él.

Entonces el viejo rey pensó:

- "¿Podría mi hijo menor ser inocente?" -, y dijo a su pueblo:

- "¡Si él estuviera aún vivo!, cómo me dolería y sufriría si estuviera muerto." -

- "¡Él aún vive!" - gritó el cazador, - "yo no tenía corazón suficiente para ejecutar su orden." -

Y le contó al rey lo que realmente sucedió. Entonces un gran peso se eliminó del corazón del rey, y proclamó en todo lugar que su hijo debía retornar y que tendría de nuevo todo a su favor.

La princesa, mientras tanto, había construido a la entrada de su palacio, un camino de oro todo brillante, y le comunicó a su pueblo que quien fuera que viniera directo a su puerta por el centro del sendero, ese sería el verdadero novio y debería ser admitido; y quien se acercara a la puerta, caminando a un lado del sendero, ese no sería el verdadero, y debería ser devuelto.

A medida que la hora del cumplimiento se acercaba, el mayor pensó que debía apurarse a ir donde la princesa, presentarse como el novio, llevarla a la boda, y tomar el poder del reino. Así que se dirigió allá, y cuando llegó al frente del palacio y vio aquel espléndido sendero de oro, pensó que sería un gran pecado pasar encima de él, por lo que decidió

caminar a su orilla. Pero cuando llegó a la puerta, los sirvientes le dijeron que él no era el hombre esperado, y que debía regresar.

Pronto apareció también el segundo príncipe, y al llegar al sendero dorado, pensó de igual manera y avanzó a un lado del sendero. En igual forma, los sirvientes le dijeron que no era el hombre esperado y que debía de irse.

Cuando por fin realmente expiró el año, el tercer hijo también deseó salir del bosque y dirigirse a su amada, y con ella olvidar sus tristezas. Se puso en camino, y como pensaba mucho en ella, y tanto deseaba encontrarla pronto, no notó en absoluto el sendero de oro, y encaminó su caballo por el centro de él hasta la puerta del palacio. Entonces le abrieron las puertas y la princesa lo recibió con mucho júbilo, y proclamó que él era su libertador y el señor del reino. Y la boda se celebró con gran festividad. Cuando terminó, ella le contó que su padre le pedía perdón y que volviera con él. Así que se dirigió allá, y le contó todo lo realmente sucedido, cómo sus hermanos se burlaron de él, y cómo lo obligaron a guardar silencio.

El viejo rey quiso castigarlos, pero ya se habían hecho a la mar y nunca más se volvió a saber de ellos.

Enseñanza:

El respeto al prójimo y la honestidad son dos invencibles fortalezas.





049-Las Tres Plumas

Hubo una vez un rico hacendado que tenía tres hijos, de los cuales los dos mayores eran muy hábiles e inteligentes, pero el tercero no hablaba mucho y era humilde, y lo llamaban Sencillón. Cuando el hacendado se avejentó y debilitó, empezó a pensar sobre su final, y no sabía a cual de los hijos dejarle la hacienda. Entonces los llamó y les dijo:

- "Vayan afuera, y aquél que me traiga la alfombra más bella, será mi sucesor de la hacienda." -

Y como no hubo disputa entre ellos, los llevó fuera del palacio, lanzó tres plumas al aire y dijo:

- "Irán en la dirección hacia donde vayan las plumas." -

Una voló hacia el este, otra al oeste, pero la tercera voló hacia arriba y sin recorrer mayor distancia, cayó de nuevo al suelo. Entonces uno de los mayores cogió hacia el este, y el otro hacia el oeste, y se burlaron de Sencillón, que no le quedó más que quedarse donde había caído la tercera pluma. Él se sentó en el suelo todo triste, pero en eso vió que cerca de la pluma, en el suelo, se encontraba una puerta levadiza. Levantándola la abrió, encontró unas gradas, y bajó por ellas. Abajo llegó a otra puerta, tocó en ella y escuchó una voz adentro que decía:

- "Verdecita doncellita,
saltando aquí y allá,
salta hacia la puerta,
para ver quien será." -

La puerta se abrió, y encontró a una grande y gorda rana, y a su alrededor un montón de pequeñas ranitas. La gorda rana le preguntó que quería. Él le dijo:

- "Me gustaría obtener la alfombra más bella y fina del mundo." -

Entonces ella llamó a una de las pequeñas y dijo:

- "Verdecita doncellita,
saltando aquí y allá,
salta pronto y tráeme,
la gran caja hasta acá." -

La ranita trajo la caja, y la rana gorda la abrió, y le dio a Sencillón una alfombra tan fina y tan bella, que en el mundo entero nadie podría tejer otra igual. Entonces le agradeció el obsequio y subió de nuevo. Los otros hermanos, sin embargo, juzgaron a su hermano tan ingenuo que creyeron que del todo no llevaría nada.

- "¿Por qué nos vamos a molestar buscando tanto?" - se dijeron, y tomaron algunos pañuelos rústicos hechos por las esposas de pastores que encontraron en el camino, y las llevaron a casa del padre.

Al mismo tiempo llegó Sencillón trayendo la bellísima alfombra, y al verla, el hacendado quedó sorprendido, y dijo:

- "Si hay que ser justo, la hacienda pertenecerá al menor." -

Pero los otros dos no dejaban a su padre en paz, diciendo que era imposible que Sencillón, quien era torpe en muchas otras cosas, pudiera llegar a ser el nuevo hacendado, y lo convencieron para que hiciera un nuevo acuerdo con ellos. Entonces el padre dijo:

- "Aquél que me traiga el anillo más bello, heredaré mi hacienda." -

Y los llevó afuera, lanzó las tres plumas al aire y les indicó que las siguieran. Las de los dos mayores fueron hacia el este y el oeste, y la de Sencillón subió y cayó de nuevo al suelo, cerca de la puerta que ya conocía. Entonces bajo de nuevo donde la rana gorda, y le dijo que deseaba el anillo más bello. De inmediato ella ordenó traer la caja grande, y sacó de ella un hermoso anillo con brillantes joyas, y era tan bello que ningún joyero sería capaz de hacer algo semejante.



Mientras tanto los dos hermanos mayores, gozaban de imaginarse a Sencillón en busca de un anillo dorado. Y ellos no se molestaron demasiado. Tomaron el primer anillo que encontraron en una tienda del pueblo y se lo llevaron al padre. Pero cuando Sencillón presentó el anillo que él llevaba, el padre dijo de nuevo:

- "La hacienda será para Sencillón." -

Los dos mayores no se rendían de atormentar al padre para que pusiera una tercera condición, que sería dar la hacienda a quien trajera la mujer más hermosa a casa. Al fin cedió, y de nuevo lanzó las tres plumas al aire, las que volaron como antes.

Entonces Sencillón, sin más que hacer, bajó donde la rana gorda y le dijo:

- "Ahora tengo que llevar a la mujer más bella a casa." -

- "¡Oh!" - contestó la rana, - "¡La mujer más bella! A ella no la tengo a mano en este momento, pero de todas maneras siempre la tendrás." -

La rana le dió un nabo ahuecado, y tirando de él, estaban seis ratones con sus arneses. Entonces Sencillón preguntó, un poco confundido:

- "Pero, ¿qué puedo yo hacer con eso?" -

La rana contestó:

- "Simplemente pon una de mis ranitas dentro del nabo." -

Y tomando al azar una de las ranitas que la rodeaban, la puso dentro del nabo. No más se había sentado la ranita cuando el nabo se convirtió en un lujoso coche, y los ratones en briosos caballos, y la ranita pasó a ser una bellísima doncella. Entonces Sencillón la besó, y salió en el coche junto con ella a la casa del padre.

Los hermanos llegaron al rato, quienes no trabajaron mucho buscando bellas muchachas. Traían consigo a las primeras campesinas que encontraron en el camino. Cuando el hacendado las vio a todas dijo:

- "Después de mi muerte, la hacienda será de mi hijo menor." -

Sin embargo los dos mayores insistieron en algo más diciendo:

- "No podemos consentir tan fácilmente que Sencillón sea el heredero. Queremos que aquél cuya esposa pueda saltar a través de un anillo que cuelgue en el centro del salón, sea finalmente el escogido." -

Porque ellos pensaban:

- "Nuestras mujeres campesinas lo podrán hacer con facilidad, mientras que la refinada doncella se caerá y se quebrará." -

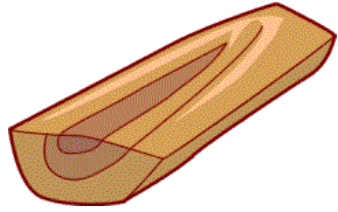
El padre aceptó esta última propuesta. Entonces las dos campesinas saltaron a través del anillo, pero eran tan corpulentas que cayeron y se maltrataron los brazos y las piernas. Entonces, cuando le tocó el turno a la bella doncella que trajo Sencillón, ella saltó, y saltó tan hábilmente como una rana sin sufrir el menor percance.

Entonces ya los mayores no pusieron más oposición. Y Sencillón recibió la hacienda, y la supo manejar con total acierto por el resto de su vida. Sus hermanos lo aceptaron como el patrón, y vivieron en adelante en paz.

Enseñanza:

Nunca se debe juzgar por las apariencias. Dentro de un espíritu aparentemente sencillo, puede hallarse una inmensa grandeza.





050-La Viga

Había una vez un artista que se ganaba honestamente la vida haciendo presentaciones de magia o encantamientos, como lo llamaban en ese entonces, y estaba un día en medio de un gran grupo de personas haciendo sus presentaciones. Entre ellas presentaba a un gallo cargando una pesada viga, llevándola como si fuera una pluma más.

Pero entre todos los que miraban se encontraba presente una joven que hacía poco se había encontrado un trébol de cuatro hojas, y esto la había hecho tan perspicaz que ninguna ilusión óptica podía vencerla fácilmente, y por eso ella veía que la tal viga no era más que una astilla. De modo que gritó:

- "¡Hey ustedes!, ¡fíjense bien y verán que lo que lleva el gallo no es más que una astilla y no una viga!" -

Inmediatamente el truco se desvaneció, y la gente vio lo que realmente era, y echó al mago lejos lleno de vergüenza y desgracia. Él, sin embargo, cargado interiormente de dolor, se dijo:

- "Pronto tendré otra oportunidad." -

Algunos días después llegó el día de la boda de la joven, y ella fue ataviada bellamente y llevada en procesión por los campos hacia el lugar donde estaba la capilla. De pronto creyó encontrarse frente a un arroyo que lo veía crecido y no se encontraba ningún puente o tablón para cruzarlo. Entonces la novia hábilmente se levantó al máximo sus ropas para vadearlo. Y justo cuando ella creía que estaba entrando en las aguas, un hombre, que por cierto era el mago o encantador, le gritó jocosamente:

- "¡Ajá! ¿Dónde tienes los ojos, que tomas esto por agua?" -

Enseguida sus ojos se aclararon, y vio que ella tenía sus ropas bien subidas en medio de un sembradío que se veía azul por motivo de las flores de su cultivo que era lino azul.

Entonces toda la gente que vio lo sucedido, la ahuyentó con risas y ridiculizándola.

Enseñanza:

A quien honradamente se gana su pan diario, no se le debe entorpecer su honesta actividad.

